

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN HISTORIA Y SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

“REPRESENTACIONES SOCIALES DE LAS Y LOS JÓVENES DE LA CLASE
MEDIA Y ALTA EN LA CIUDAD DE MÉXICO DURANTE
EL PORFIRIATO, 1880-1910”

TRABAJO RECEPCIONAL PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN HISTORIA Y SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

PRESENTA:

Luis Gilberto Martínez Tello

DIRECTORA DE TRABAJO RECEPCIONAL:

Dra. Samanta Norma Zaragoza Luna

México, D.F. Mayo, 2015.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

ÍNDICE DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	1
I. HISTORIZAR A LAS Y LOS JÓVENES: ENFOQUES PARA UNA HISTORIOGRAFÍA EN PROCESO DE CONSTRUCCIÓN	9
1.1 Historiografía colateral de la juventud	15
1.2 Historiografía de la minoridad	21
1.3 Historiografía de larga duración sobre la juventud	26
1.4 Historiografía de la adolescencia	30
1.5 La juventud bajo el enfoque de la “nueva historia”	34
1.6 “Historia oral” de las y los jóvenes	40
II. PENSAR HISTÓRICAMENTE A LAS JUVENTUDES	48
2.1 La historicidad como propuesta de análisis para el estudio de las juventudes	49
2.2 Argumentos sobre el surgimiento sociohistórico de la juventud	59
III. ITINERARIOS PARA HISTORIZAR A LAS Y LOS JÓVENES DE LA CLASE MEDIA Y ALTA EN LA CIUDAD DE MÉXICO DURANTE EL PORFIRIATO	69
3.1 Comienza el recorrido: nueva historia cultural y representaciones sociales	69
3.2 Primera parada: descripción de fuentes	76
3.3 El camino metodológico	79
3.3.1 Crítica de fuentes	80

3.3.2	“Llegar al instante de peligro”: choque de representaciones	87
3.4	Por qué seguir este camino	91
IV.	FORMAS DIVERSAS DE REPRESENTAR A LAS Y LOS JÓVENES DE LA CLASE MEDIA Y ALTA EN LA CIUDAD DE MÉXICO (1880- 1910)	95
4.1	Significaciones sobre el término juventud en la época del Porfiriato	96
4.2	Jóvenes de la clase media y alta durante el Porfiriato: retratos de grupo	106
4.2.1	“Los pollos”	109
4.2.2	“Las pollas”	116
4.2.3	Pisaverdes, currutacos, mequetrefes, rotos, dandies, lagartijos	122
4.2.4	La joven virtuosa	129
4.2.5	Los jóvenes estudiosos	140
4.3	Representaciones hegemónicas y choque de representaciones	151
	CONCLUSIONES	155
	FUENTES CITADAS	161

Dedico a:

Mi enorme y maravillosa familia compuesta por don Gil, Yazmín Prisma, Xóchitl, Damaris Carina, Alberto, Cinthya Iridian, Jessica Aidé, Jorgito, Cristina y Carlos Antonio. Con todo mi cariño, la dedico especialmente a Socorro Aurora, Marlene Andrea, Valeria Nicté y Diego Ulises, quienes me inspiran, me alienta, son mi fuerza y mi alegría.

A ustedes les debo tanto que lo resumiría en “todo”.

Mis entrañables, queridos e increíbles amigos y amigas, quienes han estado conmigo tanto en momentos alegres como difíciles. Agradezco a: Jessica Gómez, Angélica Carranza, Alicia Flores, Yadira Janet, Evencio Bravo, Rosario Robledo, Guillermina Coronado, Stefany Pérez, Adriana González, Claudia Cruz, Wendy Tello, Beatriz López, Marco Martínez, David, Samantha Hernández, Areli Martínez, Nitzia Villa y Casandra.

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis no hubiera sido posible sin los comentarios, sugerencias, críticas, regaños y lecturas atentas de Samanta Zaragoza Luna, quien orientó esta investigación con compromiso, paciencia y sabiduría. La ayuda que me diste para resolver interrogantes y problemas teórico-metodológicos, así como a pensar en el género fue invaluable.

Reconozco tu infinita paciencia ante mi inestabilidad académica y emocional. Por todo eso, gracias con MAYÚSCULAS.

Reconocimiento especial merece la Dra. Daniela Marino, quien amablemente comentó este escrito para mejorarlo y enriquecerlo mucho.

A las Doctoras Hilda Sánchez Santoyo y Carmen Díaz Vázquez, quienes con sus reflexiones y comentarios hicieron repensar y mejorar este escrito. Gracias y muchas gracias a ambas por invitarme a participar en el coloquio “Imaginarios juveniles en torno a la nación e identidad en México”.

A Jesús Salazar por las lecturas críticas y su apoyo incondicional para escribir esta investigación. Más allá de eso, ha sido un placer tenerte como maestro y amigo.

A mi amiga la narradora y crítica literaria Adriana Azucena Rodríguez por sugerirme novelas del siglo diecinueve; explicarme aspectos de la teoría literaria y por hacerme reflexionar sobre la escritura.

Mención especial merece Elena Torres, allá por 2011, me encaminó a historizar a las y los jóvenes.

Agradezco las charlas y discusiones que sostuve con Stefany Pérez, Jessica Gómez y Wendy Tello, ustedes con su inteligencia excepcional pusieron a prueba muchos de los argumentos de esta tesis.

Sirvieron de mucho las pláticas eventuales que tuve con María Eugenia Sánchez Calleja, Cecilia Viadas y Luis Alejandro Díaz, quienes ayudaron a delinear preguntas.

Asistir al “Círculo de Estudios de Género” me hizo comprender que la construcción de representaciones sobre lo femenino y masculino afecta a los distintos grupos de edad. Entre muchas otras cosas.

Mi reconocimiento a todos los desconocidos que a través de la lectura llegué a conocer. Muchos autores, sin saberlo, con sus argumentos, ayudaron a escribir esta historia. Esta investigación es tanto suya como mía.

Mi agradecimiento más grande para esos muertos, quienes tuvieron mucha vida para ser olvidados.

Agradezco al convenio UACM-ALDF por otorgarme la beca modalidad titulación que ayudó a concluir esta investigación. De igual modo, a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México por el apoyo para la impresión y empastado de esta tesis.

A mi *alma mater* la **UACM**

REPRESENTACIONES SOCIALES DE LAS Y LOS JÓVENES DE LA CLASE MEDIA Y ALTA EN LA CIUDAD DE MÉXICO DURANTE EL PORFIRIATO, 1880-1910

INTRODUCCIÓN

La juventud es, ante todo, lo que ella se siente ser y también lo que los no jóvenes consideran que es.

Víctor Alba. *Historia social de la juventud*.

Esta investigación tiene como objetivo analizar, por un lado, las representaciones construidas por algunas novelas, manuales de urbanidad y escritos periodísticos en torno a la identidad de las y los jóvenes de clase alta y media de la ciudad de México durante el Porfiriato. Y, por otro lado, comparar esas representaciones entre sí. Ello con el propósito de argumentar que durante el Porfiriato las representaciones en torno a las y los jóvenes de clase alta y media en las fuentes que analizo no son homogéneas sino, por el contrario, múltiples. Me interesa cuestionar planteamientos que conciben a la identidad como un modelo homogéneo, estático y ahistórico, pues, al contrario, las representaciones de identidad de la juventud de la época porfiriana que analizo a través de las fuentes expresan lo diverso que fue la identidad juvenil en esa época.

Las preguntas que guían esta investigación son: ¿cómo se representó la identidad de las y los jóvenes durante el Porfiriato? ¿Cuáles fueron las representaciones hegemónicas de juventud masculina y femenina para la clase media y alta durante el Porfiriato? ¿Cómo contrastaban éstas con otras representaciones no hegemónicas?¹

En este marco, las representaciones sociales son entendidas como conocimientos de sentido común que los sujetos construyen para interpretar lo que sucede. Las cuales se presentan por medio de imágenes que concentran conjuntos de significados y categorías que sirven para clasificar y asignarles un lugar a las circunstancias, fenómenos e individuos con los que el sujeto se relaciona. Además, la noción de representaciones sociales no presenta una definición unívoca por su carácter transversal, éstas han sido utilizada por distintas ciencias sociales como la antropología, la historia y la sociología. De hecho, en el campo de historia, el enfoque de la *nueva historia cultural* ha centrado más su atención en ellas. Este tema lo analizo con más profundidad en el tercer capítulo de esta investigación.

¹ Las representaciones hegemónicas juveniles, *grosso modo*, son conocimientos de sentido común que tienen mayor consenso dentro de la sociedad, ello debido a que sus mecanismos residen en una amplia red de instituciones culturales que las legitiman, cuya función es además organizar homogeneidades sobre las y los jóvenes en el ámbito público.

En la presente investigación se conceptualiza a la juventud como una construcción sociocultural² vinculada a un contexto social, político, económico y cultural, así como momento histórico específico. Se resalta en especial su particularidad histórica, pues ésta difiere según la época en la que esté inmersa, aunque también según el tipo de sociedad y cultura de que se trate.³ De este modo, ésta se comprende principalmente como una construcción en el tiempo porque de un contexto a otro las y los jóvenes han asumido diversas funciones.⁴ Se recalca además que la juventud es una categoría polisémica, es decir, con múltiples significados que, por un lado, se han transformado de un momento histórico a otro. Pero, por otro lado, se alude a que ésta refiere distintas formas de ser joven, de acuerdo con el género, la clase social y la etnicidad, por mencionar sólo algunas condiciones sociales que provocan diferentes modos de ser y representar a las y los jóvenes.

Es importante mencionar aquí que si bien no se considera a la juventud como un proceso meramente biológico (marcado por los cambios físicos de la pubertad y las crisis identitarias de la adolescencia) sí se piensa a esta categoría como una etapa liminal ubicada entre los márgenes de la infancia y la adultez, ésta es una etapa de la vida de un individuo, en el cual la sociedad deja de verlo como niño, pero aún no le otorga los roles adultos. Aclaro lo siguiente, al conceptualizar a ésta como construcción sociocultural, no dejo de considerar que los sujetos juveniles sean quienes se construyen a sí mismos, ellos han elegido la forma de serlo bajo sus propios términos. La juventud, así, constituye una identidad inscrita entre la dialéctica sociocultural y la elección propia.

La periodización de esta tesis se ubicó de 1880 a 1910. El corte histórico lo delimito bajo la premisa de que el postergamiento a la vida adulta, debido a la educación en miembros de la clase alta y media constituyó uno de los factores relevantes para establecer la especificidad de la juventud como etapa de la vida. Lo anterior, por tres motivos: 1) La escolarización permitió la construcción de una identidad colectiva juvenil que los identificó como pares y/o semejantes. 2) La educación se amplió bajo la premisa de alcanzar un mejor estatus y capacitar a los muchachos para el acceso a las profesiones liberales, principalmente las elites se preocuparon de que sus jóvenes recibieran instrucción para prever su futuro.⁵ La ampliación y consolidación de los sistemas educativos en la época del Porfiriato sirvieron para formar

² Por construcción se define a un “conjunto de prácticas culturales que se orientan a la producción de imaginarios diferenciados, y singularizados del ser y deber ser de las prácticas y relaciones, y a los dispositivos de normalización” Véase en Carlos Iván García y José Fernando Serrano. “Género y juventud en los procesos de subjetivación” en *Debates sobre el sujeto perspectivas contemporáneas*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2004, p. 47.

³ Alberto Del Castillo Troncoso. *Conceptos, imágenes y representaciones de la niñez en la ciudad de México*, México, El Colegio de México/ Instituto Mora, 2006, p. 16.

⁴ Giovanni Levi y Jean Claude Schmitt. “Introducción” en *Historia de los jóvenes*, Madrid, Taurus, 1996, p. 14.

⁵ Sandra Souto Kustrín. “Juventud, teoría e historia: La formación de un sujeto social y un objeto de análisis” en *Historia Actual Online*, p. 173. [En línea en: http://www.dialnet.unirioja.es/servlet/fichero_articulo?codigo=24793343] Pablo Toro Blanco. “Dimensión de la *confección* de una *juventud virtuosa*: Manuales de urbanidad en Chile (c. 1894- c. 1900), en *Universum*, núm. 27, 2012, pp.191-194. [En línea en: <http://www.dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=335767>].

y educar no a todos sino “a una nueva elite que condujera a México a la era positivista”.⁶ 3) El Estado, durante el Porfiriato, se preocupó por formar a los jóvenes como futuros ciudadanos y hombres con valores cívicos. En el caso de las jóvenes le interesó hacer novias castas y vírgenes, buenas esposas y madres, para ello era esencial formar y/o normar a una *juventud virtuosa*, esto denotó el comienzo de una representación hegemónica sobre ser joven.

El decenio de 1880 fue de suma importancia para la constitución de la juventud burguesa. Comienzo mi estudio en esa década por el creciente interés por transformar, consolidar y crear espacios educativos para los jóvenes. Ello denotó que se pensara “que la base fundamental de la sociedad era la instrucción de la juventud”.⁷ Esto implica que esta edad pasara “a ser una apuesta política y social”.⁸

De hecho, casos concretos ocurrieron: se transformó la Secundaria para Niñas en la Escuela Normal de Profesoras, por decreto del 4 de julio de 1888, aunque fue inaugurada hasta 1890. Fue a partir de la década de 1880, cuando se observa una incorporación paulatina de una selecta minoría de muchachas que se atrevió a adentrarse en el terreno educativo, el cual hasta entonces había sido masculino, me refiero a la Escuela Nacional Preparatoria.⁹ Interpreto ambos acontecimientos como elementos fundamentales para el desarrollo educativo de la juventud femenina. Se observa así la demanda social de un grupo minoritario de mujeres jóvenes que pedía el acceso a educación pos-elemental, aunque dicho grupo haya sido bastante restringido.

Otro hecho fundamental ocurrido en 1888 fue la ley del 23 de mayo de instrucción primaria, la cual estableció y reglamentó la obligatoriedad de la enseñanza elemental en el Distrito y territorios federales para hombres y mujeres de 6 a 12 años. En el artículo 3° de dicha ley quedó estipulado que quienes ejercieran la patria potestad de los menores debían responder que los niños recibían la instrucción primaria elemental.¹⁰ Ello denotó un interés por parte del Estado postergar la educación. Luego durante 1890 y 1891, en el *Segundo Congreso de Instrucción Pública*, hubo una reestructuración del plan de los estudios de la Escuela Preparatoria. Fue precisamente Justo Sierra, quien indicó en su informe que las modificaciones servirían para instruir de manera integral, “desenvolver en el adolescente al hombre

⁶ Para Charles A. Hale este fue el principal propósito de la Escuela Nacional Preparatoria. Véase. *Las transformaciones del liberalismo en México a finales del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 240.

⁷ Joaquín Baranda citado por Leopoldo Zea, “Hacia un nuevo liberalismo en la educación” en *La educación en la Historia de México*, México, El Colegio de México, 2005, p. 309.

⁸ Jean- Claude Caron. “La enseñanza en Francia y Europa, desde finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX: colegios religiosos e institutos” en *Historia de los jóvenes*, vol. II, Madrid, Taurus, 1996, p. 174.

⁹ De acuerdo con María de Lourdes Alvarado las primeras alumnas de dicho plantel fueron Matilde Montaña (1882); Luz Bonequi (1883); Guadalupe Castañares (1884); Hermelinda e Ignacia García, Paz Gómez y Carmen Sartre (1885); Ynés Vázquez, María Sandoval, María Nájera, Francisca Parra y Hermelinda Rangel (entre 1887 y 1889). Más tarde, entre 1891 y 1900 había un total de 58 jóvenes inscritas. María de Lourdes Alvarado, *La educación “superior” femenina en el México del siglo XIX*, México, Universidad Autónoma de México, 2004, pp. 266-267.

¹⁰ Artículos 2° y 3° de la Ley de Instrucción Primaria en el Distrito y Territorios Federales, de mayo de 1888 en *Primer Congreso Nacional de Instrucción Pública 1889-1890*, México, 1975.

entero” [sic].¹¹ Pero en las resoluciones añaden además la uniformidad de la preparatoria en toda la república, así como la gratuidad de la enseñanza.

Con el establecimiento de la educación obligatoria y con la gratuidad de la misma, aprecio que cada vez cobró más importancia el sistema educativo en México para las familias de clase alta y media, pues éste aseguraba el acceso de los jóvenes a las profesiones liberales y a la vez mantenía su estatus social. El Estado y la élite política asumieron interés por ampliar las perspectivas educativas de niños y jóvenes, elemento *sine qua non* para conducir a una sociedad hacia el progreso. De este modo, se puede decir que la preocupación primordial consistió en la formación de futuros ciudadanos que respondieran a las necesidades de una nascente sociedad moderna.¹² En mi opinión, así el Estado descubrió y afirmó el valor de juventud, formar como ciudadanos, buenos patriotas e individuos aptos y útiles para dirigir a la nación hacia el progreso.

Se concluye esta pesquisa en el año 1910 porque se percibe, en ese momento, un cambio generacional. Cierta grupo de jóvenes comenzó a cuestionar muchos de los preceptos ideológicos, culturales, políticos, sociales y educativos del Porfiriato.¹³ Es el momento en que los jóvenes de ciertos sectores medios alcanzan protagonismo político que no habían tenido durante el Porfiriato, fue un momento en que una nueva generación no se sentía perteneciente a la ideología positivista. José Vasconcelos y Nemesio García Naranjo, cada uno a su modo, hablaron de un régimen caduco y gerontocrático que requería la intervención de la juventud.¹⁴ De igual forma, coincide con eventos significativos de la vida estudiantil-juvenil. Recuérdese que en 1910 se celebró el *Primer Congreso Estudiantil*, éste convocó a todos los estudiantes del país con el propósito de discutir el rumbo de la educación nacional; asimismo el 22 de septiembre se inauguró la Universidad Nacional de México (UNM), así surgió otro modo de organizar la educación superior; finalmente, el grupo Ateneo de la

¹¹ Justo Sierra. *Segundo Congreso de Instrucción Pública Informes y Resoluciones*, México, Imprenta Francisco Díaz de León, 1891, p. 66.

¹² Por modernidad se entiende un conjunto de experiencias vitales que han compartido hombres y mujeres desde hace quinientos años. Ésta surgió a partir de los procesos de modernización, los cuales se pueden sintetizar en descubrimientos científicos que se transforman en tecnologías, industrialización de la producción, crecimiento urbano, alteraciones demográficas y Estados cada vez más estructurados, poderosos y dirigidos burocráticamente. Véase a Marshall Berman. “La modernidad: ayer, hoy, mañana” en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México, Siglo XXI, 2004, pp. 1-2. Por otra parte, se considera que durante el Porfiriato se comenzó a construir una sociedad moderna, así como etapa de paz social y estabilidad política conocida como la paz porfiriana, cuyo reflejo más notorio se aprecia en las transformaciones económicas, institucionales, y en un Estado más consolidado y represor que benefició principalmente a las elites, situación que contrasta con la inestabilidad política y disturbios que caracterizó la primera mitad del siglo XIX en el país.

¹³ Juan Peña citado por Alfonso Reyes. “Pasado inmediato” en *Obras completas de Alfonso Reyes XII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 199.

¹⁴ José Vasconcelos. “La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país” en *Conferencias del Ateneo de la juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. 136; Nemesio García Naranjo. *El crepúsculo porfirista memorias*, México, Factoría Ediciones, 1998, p. 9.

Juventud (creado en octubre de 1909) tomó más impulso, con ello se incorporaron otras filosofías, pues desde la Reforma los planes de estudio se habían fundamentado en la teoría positivista y el régimen de Porfirio Díaz coincidió con el predominio de ese pensamiento.¹⁵

¿Pero por qué hacer historia de las y los jóvenes porfirianos de clase media y alta del sector urbano? La primera respuesta que viene a mi mente es recalcar la importancia de historizar a un grupo social que hasta ahora ha sido poco abordado. Concretamente, para el periodo de esta investigación existen pocos estudios sobre este tema. Éstos corren a cargo de Raquel Barceló “El muro del silencio. Jóvenes de la burguesía porfiriana” y Gerardo Necochea “Los jóvenes a la vuelta del siglo”.¹⁶ Aunque tampoco existe mucha bibliografía en torno a las y los jóvenes de clase media y alta en el siglo veinte. Por el momento solamente he identificado las investigaciones de Elena Torres.

Lo anterior ha sido en parte lo que me motivó a investigar a este grupo juvenil. Pero reconstruir la historia de estos sujetos requiere un enfoque que los mire a través de su complejidad, con la finalidad de no caer en meras tipologías, las cuales en muchas ocasiones han representado solamente a las y los jóvenes de clase media y alta como: *fresas, juniors, conformistas, apáticos, pasivos e incorporados*. Frente a la arbitrariedad interpretativa de autores que han expresado mediante adjetivos cualidades inherentes o naturales en las y los jóvenes, un análisis histórico puede replicar esta postura porque su explicación recobra la historicidad de los sujetos situándolos en un tiempo y espacio determinado, no bajo tipificaciones inmutables que presentan a las y los jóvenes de una manera completamente homogénea.

Junto al análisis de la clase social, la categoría género ha sido de vital importancia para esta investigación. En primer lugar, porque las diferencias históricas entre “mujeres jóvenes de clase media o alta” y “hombres jóvenes de clase media o alta” expresan experiencias sociales y representaciones disímiles, sobre todo en contexto histórico como el analizado aquí. Esto porque el Porfiriato fue una sociedad patriarcal, cuyo modelo de familia encarnó lo que puede denominarse un ideal de *domesticidad* para las mujeres. En segundo lugar, es fundamental considerar que el género está presente en lo simbólico, lo político, lo económico y lo social. Por lo mismo, “es un campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder”;¹⁷ donde la diferencia sexual se traduce en desigualdades y jerarquizaciones, las cuales han afectado de modo diferente a los grupos de edad. En último lugar, es necesario tomar en cuenta el género porque a través de éste se definen roles, estereotipos, códigos normativos, formas de socialización y jerarquizaciones, entonces, el género afecta el modo cómo se

¹⁵ Luis Leal. “La Generación del Centenario” en *Hispania*, vol. 37, núm. 4, 1956, p. 425. El grupo del Ateneo de la Juventud estuvo integrado por Antonio Caso, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Carlos González Peña, José Escofet, entre otros.

¹⁶ Véanse en José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga (coords.). *Historia de los jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX*, México, núm. 16, Secretaría de Educación Pública/ Archivo General de la Nación/ Instituto Mexicano de la Juventud, 2004.

¹⁷ Joan Scott. “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-PUEG/ Miguel Ángel Porrúa, 2000, p. 292.

construyen y representan las identidades juveniles de feminidad y masculinidad, de ahí la pertinencia de incluir el género en esta investigación.

Historizar a las y los jóvenes, en ese sentido, propone pensar que la historia es un proceso construido por los sujetos. No puede haber historia sin sujetos y, sin embargo, distintas corrientes de pensamiento tales como el positivismo, marxismo, estructuralismo y posmodernismo no han centrado su análisis en el sujeto. Volver a la noción de éste, para analizar a la juventud de manera histórica implica, por un lado, ver la participación activa que han tenido las y los jóvenes en la vida social y durante ciertos momentos históricos. Y, por otro lado, reconocer que desde las instituciones adultas surgen representaciones sobre la juventud. Aunque se debe aclarar que el retorno a la noción de sujeto, no es nada nuevo para la historia. Marc Bloch en *Introducción a la historia*, escrito que dejó incompleto, planteó a esta disciplina como la ciencia de los hombres en el tiempo.¹⁸

Ahora, ¿por qué hacer historia de las representaciones? Respondería que me he interesado por las representaciones del pasado para intentar desentrañar desde cuándo se considera a la juventud incapaz de dirigirse a sí misma. Luego, así, comprender por qué constantemente se asocia a las y los jóvenes con la inmadurez, la rebeldía, la belleza, la irresponsabilidad, el ocio, la mejor época para amar y enamorarse. Representaciones que se considera pertenecen exclusivamente a las y los jóvenes. En esa misma línea, aseguro, sin la menor duda, que la relevancia de estudiar las representaciones radica en trastocar y cuestionar los mecanismos culturales de poder. El poder no se consigue sólo sometiendo por la fuerza, necesita elementos representacionales que construyan un discurso sobre el Otro. Llega, entonces, el punto en que el cuestionamiento no sólo es de corte académico, sino, sobre todo, de corte social y político.

Puedo decir además que el sujeto representado y el sujeto histórico se complementan, no se puede estudiar uno sin el otro. Si bien, como ya lo señalé, toda representación es una percepción hegemónica que sirven para asignarles un lugar en la sociedad a las y los jóvenes. El sujeto histórico tiene la capacidad de resistir, negociar, actuar o apropiarse a su modo lo impuesto y con ello cambiar su cultura.

De igual manera, considero que las historias de las y los jóvenes pueden traer consigo una redefinición y ampliación del significado histórico. Al alejarme de la Historia basada en los hombres de estatura extraordinaria, quienes con sus grandes hazañas han dado ejemplos dignos de imitar y, al acercarme a este grupo social puedo ver desde otro ángulo la vida social de México durante el Porfiriato. Será, además, enriquecedor comprender la relación dialéctica que existe entre la juventud y la sociedad. Sin querer adelantarme, este tipo de historias, pueden ayudar a explicar las brechas generacionales; la complejidad de los ciclos de la vida; cómo se establece el poder por grupos de edad y cuál es la relación que existe entre juventud y cambio histórico.

Imagino que esa redefinición histórica puede llegar a trastocar el ámbito social y político. La desigualdad social afecta la igualdad política. Esta escritura histórica concierne por tanto a esa

¹⁸ Marc Bloch. *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 31.

provocadora idea que le hacía decir a Benedetto Croce que la historia es “conocimiento del eterno presente”.¹⁹ Este tema de investigación histórica, es evidente, parte de su presente para plantearle interrogantes al pasado. Habría que repensar lo que escribió William Faulkner: “El pasado no está muerto”. No está muerto porque la historia que he decidido escribir no es otra cosa sino una interrogación en nombre de las inquietudes, problemas, intereses y preocupaciones presentes. En específico, en la manera de relacionarnos, clasificar e incluso devorar al Otro. No está muerto porque las y los jóvenes que vivieron en el mundo real dejaron huellas. Huellas que, en mi caso, me obligan a estar alerta ante las relaciones de poder que van incluidas en cualquier representación. No está muerto desde el momento en que a través de la escritura histórica uno puede actualizarlo, traerlo a la memoria, a una suerte de imbricación que Walter Benjamin denominó “tiempo del ahora”.

Finalizo con una inquietante lección que nos legó Marc Bloch en sus reflexiones sobre qué es la historia. De acuerdo con él, la historia es la relación continua y vital del pasado con el presente. Por ello escribió: “la incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado”.²⁰ De ahí que hacer historia de las y los jóvenes tenga relación no sólo con el pasado sino también con nuestro presente.

Ahora bien, la presente investigación está dividida en cuatro capítulos: 1) En “Historizar a las y los jóvenes: Enfoques para una historiografía en proceso de construcción”, analizo de qué modo se han abordado a las y los jóvenes desde la historiografía, tomando en cuenta no sólo las investigaciones realizadas por historiadores de formación sino se da cabida a otras disciplinas (sociología y antropología) que abordan al sujeto juvenil desde un enfoque histórico. Este capítulo está integrado por seis enfoques historiográficos.

2) En “Pensar históricamente a la juventud” se discuten dos temáticas. En el apartado inicial titulado: “La historicidad como propuesta de análisis para el estudio de las juventudes” se sugieren propuestas para estudiar a las y los jóvenes, así como la categoría juventud desde una perspectiva histórica. Este apartado intenta persuadirlos de la importancia de estudiar a los sujetos juveniles desde la historia. En el segundo apartado, “Argumentos sobre el surgimiento sociohistórico de la juventud”, en cambio, se analizan los factores que propiciaron el surgimiento de la juventud como una etapa diferida del ciclo de la vida en las sociedades occidentales.

3) En “Itinerarios para historizar a las y los jóvenes de la clase media y alta en la ciudad de México durante el Porfiriato” trazo un recorrido que explica, en primer lugar, en qué consiste la *nueva historia cultural* y las representaciones sociales. Luego se describen las fuentes que empleo en esta investigación. Por último, hago un recorrido por el camino metodológico que decidí seguir para historiar a estos muertos (nuestros muertos), relatando paso a paso técnicas para el análisis de fuentes. Los apartados de este

¹⁹ Benedetto Croce citado por Raymundo Mier. “El texto histórico y las estrategias de la lectura” en *Historias*, núm. 31, octubre 1993-marzo 1994, p. 235.

²⁰ Marc Bloch., *op., cit.*, p. 47.

capítulo están ordenados así: “Comienza el recorrido: nueva historia cultural y representaciones sociales”; “Primera parada: descripción de fuentes”; “El camino metodológico” y “Por qué seguir este camino”.

4) El último capítulo, “Formas diversas de representar a las y los jóvenes de la clase media y alta en la ciudad de México (1880-1910)” tiene como propósito analizar, por un lado, las representaciones construidas por la literatura, la prensa y los manuales de urbanidad en torno a la identidad de las y los jóvenes de clase alta y media de la ciudad de México durante el Porfiriato. Y, por otro lado, comparar esas representaciones entre sí. Los apartados de este capítulo se subdividen de la siguiente manera: “Significaciones sobre el término juventud en la época del Porfiriato”, en éste se discute cómo los discursos literario, médico, periodístico y educativo conceptualizaron la categoría juventud. En “Jóvenes de la clase media y alta durante el Porfiriato: retratos de grupo” presento un conjunto de imágenes sobre cómo se representó la identidad de las y los jóvenes. Una advertencia: si en algún momento escuchas murmullos que te trasladan a un espacio y tiempo que no son los tuyos, entonces, quizá experimentes una suerte de imbricación que Walter Benjamin denominó “tiempo del ahora”. Finalmente en “A modo de cierre: representaciones hegemónicas y choque de representaciones” se contraponen los modos en que fueron representados las y los jóvenes, dejando ver que las historias no son lineales sino conflictivas.

Finaliza este escrito con las conclusiones. Aunque en realidad aquí se concluyó poco, más bien reflexioné lo que me dejó escribir esta investigación. Tal vez un mejor título para este apartado hubiera sido (in)conclusiones.

CAPÍTULO I.

HISTORIZAR A LAS Y LOS JÓVENES: ENFOQUES PARA UNA HISTORIOGRAFÍA EN PROCESO DE CONSTRUCCIÓN

Escribir una historia de los jóvenes implica [...] una pluralidad de perspectivas.

Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt. *Historia de los jóvenes*.

La historia [...] es una canción que debería cantarse a muchas voces [...]. Nunca ha habido una voz que se haya impuesto para cantar un solo, rechazando cualquier clase de acompañamiento.

Fernando Braudel. *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*.

El presente capítulo tiene como objetivo analizar cómo se ha abordado a las y los jóvenes desde la historiografía. En ese sentido, entiendo por historiografía un conjunto de prácticas producidas mediante la reflexión, el empleo de métodos e interpretación de fuentes cuya finalidad es analizar y dotar de significado al pasado desde el presente. De igual modo, se considera a la historiografía como una forma de escritura social, con la cual un autor logra transmitir conocimiento del pasado a los lectores de historia.²¹ Aclaro además que, bajo este criterio, ella no es solamente el proceso de investigación, interpretación y escritura de la historia elaborada por historiadores profesionales y académicos, sino también los modos de escritura realizados desde otras disciplinas que aluden a la juventud desde una perspectiva histórica.

Dada la aclaración anterior, el balance historiográfico que a continuación realizo, lo agrupo en seis enfoques historiográficos. Pese a que encuentro en este campo de estudio en México trabajos esporádicos, los cuales dan muestra de perspectivas iniciales, considero necesario dar una panorámica sobre las posibles rutas de análisis enfocadas a historizar a las y los jóvenes, con el fin de que sirvan y permitan guiar a los interesados en el tema.

²¹ Javier Rico Moreno. "La historiografía como crítica. Apuntes para una teoría de la historiografía" en *Reflexiones en torno a la historiografía contemporánea*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2002, pp. 70-71; Evelia Trejo. "Historia Mexicana" en *La historiografía del siglo XX en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 157-173.

Habiendo dicho esto, supongo que historizar a las y los jóvenes conlleva a puntos aún más importantes: por un lado, reivindicar que las y los jóvenes tienen historias dignas de ser contadas y, por otro lado, considerarlos como sujetos históricos que han desempeñado un papel activo en ciertos momentos. Con claridad puedo decir que pensar así, es reconocer la capacidad que han tenido de intervenir de modo autónomo en sus propias decisiones y acciones.

Pero a diferencia de la historia, en otras ciencias sociales tales como la antropología, la psicología social y la sociología, las investigaciones concernientes a la juventud no son del todo marginales²², si bien Gabriel Medina y José Antonio Pérez Islas han hecho hincapié sobre lo marginal de la producción académica respecto a lo juvenil, llegando a señalar incluso que ello supera los logros y avances.²³ Se considera aquí que el diagnóstico que ofrecen, en donde observan aún muchos vacíos e insuficiencias, se debe principalmente al privilegio que se ha otorgado a ciertas temáticas, por ejemplo, el interés académico dominante se ha centrado prioritariamente en dos ejes: los “chavos banda” y “las culturas juveniles urbanas”. En mi opinión, si se habla de marginalidad en estudios académicos sobre la juventud, se tiene que aludir, desde luego, lo que se ha olvidado y ha llamado más la atención de los investigadores. Pues si se quiere mirar lo polisémico de la categoría juventud, se tiene que apreciar a varias juventudes y a muy diversos jóvenes. No sólo a ciertos grupos de jóvenes y temáticas específicas.

La primera temática de la que se habló arriba, se puede rastrear en investigaciones de Francisco Gómez y Fernando Villa Fuerte tituladas *Pandillerismo en el estallido urbano* y *Las bandas en tiempo de crisis*, así como José García-Robles con *¿Qué transa con las bandas?*²⁴ La segunda se ubica en las décadas de los ochenta y los noventa. De acuerdo con Gabriel Medina, con los investigadores de esta vertiente nace una nueva interpretación sobre los jóvenes en México porque en sus análisis no muestran una visión estigmatizada sobre las culturas juveniles,²⁵ de igual modo estas investigaciones complementan los estudios empíricos con marcos teóricos y conceptuales. Aquí destacan los trabajos de Carles Feixa *El reloj de arena. Las culturas juveniles en México*; Rossana Reguillo *En la calle otra vez. Las bandas:*

²² Considero a la historia parte de las ciencias sociales. En ese sentido, mi posicionamiento se enmarca bajo la propuesta de la *nueva historia cultural* de la Escuela de los Annales, corriente que ha cuestionado tanto al *new criticism* por su postura de aislar los documentos de su contexto histórico, interesándose simplemente por la estructura formal del lenguaje; así como al giro lingüístico que, de acuerdo con Chartier, piensa que la realidad sólo está constituida en y por el lenguaje.

²³ Cabe indicar que Gabriel Medina en su texto cita el trabajo de José Antonio Pérez Islas “Trazos de un mapa sobre la investigación sobre la juventud en América Latina” estudio con el que concuerda. Véase a Gabriel Medina, “Presentación” en *Juventud, territorios de identidad y tecnologías*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2009, p. 11.

²⁴ Francisco Gomezjara, Fernando Villafuerte *et. al. Pandillerismo en el estallido urbano*, México, Fontamara, 1993 [1ª. ed.: 1988]; Jorge García-Robles. *¿Qué transa con las bandas?*, México, Ediciones Posada, 1995 [1ª. ed.: 1985].

²⁵ Gabriel Medina. “La vida se vive en todos lados. La apropiación juvenil de los espacios institucionales” en *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, México, El Colegio de México, 2000, p. 81.

identidad urbana y usos en la comunicación, Maritza Urteaga *Por los territorios del rock. Identidades juveniles y rock mexicano* y Jose Manuel Valenzuela *¡A la brava ese!*²⁶

Aclaro que me limito exclusivamente a los estudios históricos del ámbito nacional. Al realizar una búsqueda bibliográfica sobre la historia de la juventud, he hallado una producción más o menos amplia que se ha estado realizando en otros países sobre el sujeto joven, no obstante, considero más pertinente abocarme sólo a lo que se ha realizado en el país, con el propósito de reflexionar sobre los enfoques empleados por los estudiosos mexicanos del tema.²⁷

Antes de especificar bajo qué criterio agrupo toda la literatura histórica sobre las y los jóvenes, dedico unas líneas a los *Anuarios Juveniles Mexicanos* de 1984 y 1985 coordinados por Iván Zavala, obras en las que se encuentran apartados titulados: “Los jóvenes en la historia”, en éstos se enuncia las aportaciones que hicieron grandes hombres durante su juventud. Los periodos que abarcan ambos trabajos inician con la conquista y finalizan en el México contemporáneo. Un aspecto importante es que fueron escritos con la finalidad de resaltar que los jóvenes han sido un elemento importante para la vida

²⁶ Carles Feixa. *El reloj de arena. Las culturas juveniles en México*, México, Secretaría de Educación Pública/Causa Joven, 1998; Rosana Reguillo. *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, México, ITESO, 1991; Maritza Urteaga. *Por los territorios del rock. Identidades juveniles y rock mexicano*, México, CONACULTA/Causa Joven, 1998; José Manuel Valenzuela. *¡A la brava ese!*, México, Colegio de la Frontera Norte, 1988.

²⁷ Algunos títulos que recomiendo al lector interesado en investigar a la juventud históricamente son: Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt, *Historia de los jóvenes*, Madrid, Taurus, 1996, vols. 2; John R. Gillis, *Youth and history. Tradition and change in European age relations, 1770-present*, New York, Academic Press, 1974; Sandra Souto Kustrín, “Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis” en *HAOL* 13, 2007 [en línea]; “Introducción: juventud e historia” en *Hispania. Revista Española de Historia*, núm. 225, vol. LXVII, 2007; Manuela Marín (coord.). *Jóvenes en la historia*, Mélanges de la Casa de Velázquez, Madrid, vol. 34, núm. 1, 2004; Barbara A. Hanawalt “Historical Descriptions and Prescriptions for Adolescence” en *Journal of Family History*, núm. 4, vol. 17, 1992; John Demos y Virginia Demos, “Adolescence in Historical Perspective” en *Journal of Marriage and the family*, 1969; Agnes Thiercé, *Histoire de l'adolescence (1850-1914)*, París, Belin, 1999; “Revoltes de Lycéens, revoltes d' adolescents au XIX siècle” en *Histoire de l'éducation*, núm. 89, 2001, pp. 59-93; Pablo Blanco Toro, “Desordenes y juegos de chapas en la plaza: estudiantes, espacio público y juventud (San Fernando c.1870-c.1900)” en *Historia*, núm. 45, 2012 [en línea]; “Dimensiones de la confección de una juventud virtuosa: manuales de urbanidad en Chile (c. 1840-c.1900)” en *Universum*, Santiago, núm. 27, vol. 1, 2012 [en línea]. Natalie Zemon Davis, “The Reasons of Misrule: Youth Groups and Charivaris in Sixteenth-Century France” *Past & Present*, núm. 50, 1971, pp. 41-75; José Aguayo González, “*Juventud, amor, lo que se quiere, ha de irse con nosotros...*” *Rebeldía juvenil, el “proceso a los subversivos” y la represión al movimiento estudiantil santiaguino. Chile. 1920*, Tesis de licenciatura en historia, Universidad de Concepción, 2008; Joan Jacobs Brumberg “Chlorotic Girs! 1870-1920: A Historical Perspective on Female Adolescence” en *Child Development*, 1982, pp. 1468-1477; Jean- Claude Caron. “Révoltes collégiennes, élites juvéniles et société post-révolutionnaire (1815-1848)” en *Histoire de l'éducation*, núm. 118, 2008, pp. 83-108; Gabriel Salazar y Julio Pinto (coords.). *Historia contemporánea de Chile: Niñez y juventud (construcción cultural de actores emergentes)*, vol. 5, Santiago, 2002; Marco Fincardi. “Le associazioni per ragazzi promosse dal movimento operaio” en *Studi Storici*, núm. 1, 2008, pp. 209-233; Carlos Arturo Reyna Rodríguez. *Historia de los jóvenes en Colombia 1903-1991*, Tesis de doctorado en historia, Universidad Nacional de Colombia, 2012.

nacional.²⁸ Estos trabajos de corte histórico, si bien no son más que colecciones de datos biográficos y no propiamente estudios historiográficos, dado que no tienen una interpretación explícita, son una arqueología de la historia de las y los jóvenes. Es decir: son los trabajos pioneros en intentar abordar al sujeto juvenil desde una perspectiva histórica, aunque ella sea muy tradicional.

Como lo mencioné, la información recabada la agrupé en seis enfoques, para la organización de la misma me basé en los siguientes criterios:

1.1.- Para el primer enfoque se buscaron y consultaron trabajos donde las y los jóvenes no son los sujetos principales de investigación, sino forman parte de otra temática. A este enfoque lo denominé *historia colateral de la juventud*. El criterio para agruparlo consistió en analizar bibliografía sobre la participación los jóvenes como estudiantes en movimientos y conmociones sociales durante el siglo diecinueve y principios del veinte.²⁹ De igual modo, se hallaron estudios en los cuales las jóvenes aparecen como novias o ese ser que necesita control adulto para proteger su virginidad y así llegar castas al matrimonio.³⁰ Para agrupar este enfoque historiográfico examiné más bibliografía al respecto, sin embargo, los que aparecen en este apartado, desde mi óptica, son los que se acercan más a una perspectiva etaria porque analizan discurso que se dirigían primordialmente a las jóvenes; o hablan de las jóvenes conocidas como *pollas* y también porque aluden al noviazgo, proceso que hasta hoy en día sigue asociándose con la juventud.

1.2.- Aunque el segundo enfoque se inscribe dentro de la denominada historiografía de la infancia, llama la atención que constantemente aluden tanto al niño como al adolescente de sectores populares; es decir, a los menores de edad.³¹ Las historias que elegí se dirigen básicamente a los ámbitos de la criminalidad y al trabajo infanto-juvenil. Las investigaciones de este grupo, les he asignado el nombre

²⁸ Iván Zavala (Coord.). *Anuario Juvenil Mexicano*, México, CREA, 1985-1986. Éstos pueden encontrarse en el Centro de Documentación del Instituto Mexicano de la Juventud (IMJUVE).

²⁹ Elena Torres señala que el primer intento por historizar a los jóvenes se halla en la obra de Agustín Arriaga titulada "El movimiento juvenil", publicada en 1961. Texto que no se ha tomado en consideración por ser un instrumento propagandístico del gobierno de ese entonces PRI. Véase a Elena Torres. *Aproximaciones a las identidades juveniles en México: un estado del arte, segunda mitad del siglo XX*, México, Tesis de maestría en historia y etnohistoria, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2002, p. 13.

³⁰ Leí más trabajos relacionados con las señoritas porfirianas, éstos fueron: "Señoritas porfirianas: mujer e ideología en el México progresista, 1880-1910" de Carmen Ramos Escandón y *La educación "superior" femenina en el siglo XIX. Demanda social y reto gubernamental* de María de Lourdes Alvarado. Aunque éstas no forman parte de este balance historiográfico, considero que constituyen obras básicas para apreciar las circunstancias educativas, laborales y de control que vivieron las mujeres durante el Porfiriato, por lo que serán de gran utilidad para este trabajo.

³¹ Seleccioné estas investigaciones porque encontré a María Eugenia Sánchez Calleja, quien opta utilizar el término de adolescencia en su trabajo sobre los menores infractores y la conceptualiza como una etapa biopsíquica y sociocultural. En cambio, Susana Sosenski y Elisa Speckman discuten la arbitrariedad del tránsito de la minoría de edad a la mayoría como conceptos históricos, asimismo la primera autora realiza un trabajo en donde historiza tanto a niños como a jóvenes.

historia de la minoridad y se consideraron para dicho balance porque permiten conocer que para las clases bajas el tránsito a la juventud, por lo menos, hasta principios del siglo veinte fue muy breve.

1.3.- Con el tercer enfoque, se retoman los trabajos de José Manuel Valenzuela y de Maritza Urteaga, la razón de seleccionar estas investigaciones para un balance histórico es porque se puede entrever en ellos una necesidad de explicar lo que hacían los jóvenes en el pasado. El primer autor repasa el ser joven desde la época prehispánico hasta el tiempo presente. En cambio, la segunda autora revisa cómo se fue construyendo la juventud mexicana como proceso social y cultural a lo largo del tiempo. El nombre que se le ha asignado a estos trabajos es: *historia de los jóvenes de larga duración*.

1.4.- Al revisar bibliografía sobre los jóvenes encontré un interés histórico por las y los adolescentes. Específicamente las investigaciones de Eloísa Uribe, Julia Tuñón e Hilda Sánchez Santoyo, autoras que emplean el término adolescente, el cual es una conceptualización de psicología pero, al mismo tiempo, en sus trabajos se aprecia claramente una perspectiva social, histórica y/o cultural. Estas *historias de la adolescencia* se enfocan sobre todo al campo de las representaciones o idealizaciones.³²

1.5.- El penúltimo enfoque corresponde a una obra en conjunto que se adscribe a la corriente historiográfica “nueva historia” o, más bien dicho, a la *nueva historia de la juventud*. Ella apuesta, más que nada, por las prácticas de las y los jóvenes, asimismo en *Historias de los jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX*, José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga coordinadores conjuntaron un equipo de trabajo que integra investigadores de distintas disciplinas, no sólo escriben en este libro historiadores de formación sino dan cabida a investigadores de otras áreas de conocimiento social.

1.6.- El último enfoque, lo componen investigaciones sobre los jóvenes de la clase media, el modo en que recobran las experiencias juveniles es a través la historia oral. Aunque existen distintos trabajos que se valen de los testimonios orales para estudiar a la juventud, así como investigaciones que han dado propuestas metodológicas sobre el empleo de dichos testimonios orales, he elegido sólo trabajos que se enfocan a la clase media, so pretexto de interpelar por la importancia de investigar a las y los jóvenes de dicho sector social.³³ En concreto, me refiero en este apartado a los trabajos de Elena Torres sobre los jóvenes del milagro mexicano, a algunos trabajos que recogen testimonios sobre el movimiento estudiantil de 1968 como son *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska y de Gloria Tirado Villegas “De la historia a la nostalgia. Memoria colectiva, el 68 en Puebla, México”. Los retomo específicamente porque el primero es rico en recuperar las voces de los distintos actores que participaron en el

³² Al finalizar esta investigación se encontró un estudio historiográfico sobre adolescencia escrito por Katherine Elaine Bliss y Ann S. Blum “Dangerous Driving: Adolescence, Sex and the Gendered Experience of Public Space in Early-Twentieth-Century Mexico City” en *Gender, sexuality, and power in Latin America since independence*, 2007, pp. 163-186.

³³ Me refiero principalmente a Carles Feixa, quien ha utilizado en sus entrevistas un método abierto de historia oral. Cabe indicar que este autor pese que reconoce la subjetividad de las fuentes orales no ve en ello una limitación, por el contrario, las considera óptimas para la comprensión de las actitudes culturales, de hecho, en su propuesta metodológica afirma que los testimonios orales llegan a desmentir o complementar la información oficial. Véase a Carles Feixa. “Los espacios y los tiempos de las culturas juveniles” en *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 45-60.

movimiento estudiantil y el segundo porque me hará discutir la participación de las jóvenes en dicho movimiento. Finalmente, Carles Feixa *El reloj de arena. Las culturas juveniles en México* con una compilación de historias orales de vida de cinco jóvenes mexicanos.

En lo concerniente a las investigaciones históricas escritas desde una perspectiva de género centradas específicamente en la juventud y no abordada de manera colateral, hasta el momento solamente identifiqué un análisis, cuyo título es: *“Dangerous Driving: Adolescence, Sex and the Gendered Experience of Public Space in Early-Twentieth-Century Mexico City”*, escrito por Elaine Bliss y Ann Blum. La falta de investigaciones históricas centradas en los sujetos juveniles, las cuales se enfoquen a cuestiones de género me parece que resulta ser una de las insuficiencias académicas más evidentes en el campo historiográfico. Incluso mencionaría lo siguiente: los estudios que vienen realizándose desde hace más tiempo sobre la juventud en México, los que refieren a las “culturas juveniles”, se puede decir que dentro de ellos, el género no parece tener la importancia que merece. Desde mi punto de vista, en muchas de las investigaciones las jóvenes se han vuelto invisibles, pues, por lo general, la “cultura juvenil” se ha definido generalmente desde la participación masculina, lo que tampoco ha implicado que se reflexione sobre la masculinidad dentro de esos grupos.³⁴

Pese a los evidentes rezagos en torno a los estudios de la juventud enfocados a una perspectiva de género, también existen investigaciones que a nivel epistemológico y bibliográfico están haciendo aportaciones considerables. Me gustaría enunciar dos trabajos no propiamente históricos, pero sí útiles para reflexionar sobre la categoría género en las mujeres jóvenes. El primero de ellos es de Carlos Iván García y José Fernando Serrano, titulado “Género y juventud en los procesos de subjetivación”, análisis que explora las relaciones entre la juventud y los estudios de género. El segundo es un balance bibliográfico preparado para el foro juvenil de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) con motivo del año internacional de la juventud, en el cual Evangelina Mijares desde una perspectiva de estudios sobre mujeres, pasa revista de manera pormenorizada a un conjunto de estudios sobre la mujer joven en México.³⁵

³⁴ Sobre dicha temática identifiqué sólo las siguientes investigaciones: Rueda M. A. “Las chavas en la historia del rock mexicano. Recuento de una larga presencia” en *JÓVENES. Revista de estudios sobre la juventud*, núm. 2, 1996, pp. 63-73; Maritza Urteaga. “Chavas activas punk: la virginidad sacudida” en *Estudios sociológicos*, núm. 40, vol. XIV, pp. 97-118; Jorge García Villanueva y María Emily R. Ito Sugiyama. “Hombre joven propuesta de una categoría para la investigación social” en *Revista de Estudios de Género. La ventana*, núm. 29, 2009, pp. 67-108.

³⁵ Evangelina Mijares. “La mujer como tema de estudio en México” en *Mujeres jóvenes en América Latina*, Montevideo, CEPAL, 1985, pp. 309-326.

1.1 Historiografía colateral de la juventud

El enfoque colateral se pensó así porque comprende trabajos cuyo tema principal no son las y los jóvenes, sin embargo, se enuncia al sujeto juvenil de modo indirecto. En un primer momento, se analizan investigaciones que corresponden a movilizaciones estudiantiles, juveniles y varoniles durante coyunturas específicas. Aquí se encuentran los trabajos de María de Lourdes Alvarado, “La universidad libre: primer movimiento estudiantil del México independiente (1875)” y de Javier Garciadiego “Los movimientos estudiantiles durante la revolución Mexicana (un estudio de caso sobre la participación de un grupo de clase media urbana)”.

En un segundo momento, se analizan trabajos que versan sobre el control ejercido a las jóvenes para que fueran castas y vírgenes. Concretamente, los trabajos que aluden esta temática son: “Castas y marchitas” de Angélica Velázquez Guadarrama; “Cuerpo y erotismo en el discurso para las ‘señoritas decentes’ porfirianas” de Marcela Suárez Escobar; “Cuerpos velados, cuerpos femeninos. La educación moral en la construcción de la identidad católica femenina”; “Manuales de conducta, urbanidad y buenos modales durante el Porfiriato. Notas sobre el comportamiento femenino”;³⁶ “Cuerpos velados, cuerpos femeninos. La educación moral en la construcción de la identidad católica femenina” y “Noviazgo: una aproximación desde el discurso de la Iglesia Católica, 1930-1970” de Valentina Torres Séptien. Por último, a Martha Eva Rocha “Los comportamientos amorosos en el noviazgo, 1870-1968. Historia de un proceso secular”.³⁷ Todos estos escritos pertenecen a los estudios de género, menciono lo anterior porque estas investigaciones enfatizan, aunque de manera muy distinta, cómo la diferencia sexual se transforma, en varias ocasiones, en desigualdades sociales y políticas. Esto marca la diferencia entre un análisis de género y los estudios de mujeres, la función principal de estos últimos se centra en reconocer a las mujeres como sujetos históricos, que participan de la historia, pero también contribuyen en su construcción, es decir, estudios que contribuyen a su visibilización. En cambio, al aplicar la categoría

³⁶ Angélica Velázquez Guadarrama. “Castas o marchitas ‘El amor del colibrí’ y ‘La Flor muerta’ de Manuel Ocaranza” en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 73, 1998, pp. 125- 160; Marcela Suárez Escobar. “Cuerpo y erotismo en el discurso para las ‘señoritas decentes’ porfirianas” en *Memorias de la II Semana Cultural de la Diversidad Sexual*, México, INAH, 2005, pp. 101-112; Valentina Torres Séptien. “Manuales de conducta, urbanidad y buenos modales durante el Porfiriato. Notas sobre el comportamiento femenino” en *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio del siglo (XIX-XX)*, 2001, pp. 271-279.

³⁷ Valentina Torres Séptien. “Cuerpos velados, cuerpos femeninos. La educación moral en la construcción de la identidad católica femenina” en *Historia y Grafía*, México, núm. 9, Universidad Iberoamericana, 1997, pp. 167-190; “El noviazgo: una aproximación desde la Iglesia Católica, 1930-1970” en *Religión y sociedad durante el siglo XX*, México, INEHRM, 2007, pp. 111-137; Martha Eva Rocha. “Los comportamientos amoroso en el noviazgo, 1870-1968. Historia de un proceso secular” en *Historias*, México, núm. 35, INAH, octubre 1995- marzo 1996, pp. 119-139.

género como lo hacen estas autoras, se pone a discusión los códigos normativos de feminidad, el patriarcado o incluso enfatizan que hubo jóvenes que no se conformaron con el modelo de domesticidad: “ángel del hogar”.

En primer término, María de Lourdes Alvarado en su análisis nos deja conocer “el primer conflicto estudiantil digno de meditación” que ocurrió en la ciudad de México durante ese año. La autora mediante fuentes, principalmente hemerográfica, analiza cómo esta huelga movilizó a una parte considerable del estudiantado de los planteles de educación media y superior. Expone cómo los estudiantes cuestionaron la estructura educativa del gobierno liberal, pues la juventud consideraba que preexistían prácticas coloniales contrarias al ideal liberal-positivista de esa generación. Al mismo tiempo que los jóvenes retomaban el concepto de universidad; pero lo diferenciaron de su antecesor colonial porque su universidad sería libre, independiente del Estado.³⁸

Lo interesante de la propuesta esbozada por María de Lourdes Alvarado es considerar el movimiento estudiantil en su totalidad. La interpretación que realiza la autora permite conocer cómo estos jóvenes fueron formando alianzas con otros sectores: académicos, políticos, periodistas, padres de familia e incluso se buscó vinculación con los obreros, aunque como se menciona no se llegó a concretar. Asimismo, percibir como a través de esta huelga hubo válvulas de escape. Por ejemplo: las jóvenes expresaron su desaprobación a todas las instituciones educativas para mujeres. Dentro de esa totalidad, también se encuentra la ideología de esa nueva generación de jóvenes que pertenecían a la primera generación formada bajo el positivismo y que por lo mismo hicieron que su movimiento se dirigiera a una “moralizadora y filosófica revolución”.³⁹

Enfocado en la participación estudiantil durante la Revolución Mexicana, Javier Garciadiego brinda un análisis centrado en cuál fue realmente la actitud asumida por los estudiantes capitalinos durante esa convulsión social. Con un conjunto de fuentes de archivo, hemerográficas y memorias, el autor marca dos momentos para comprender el posicionamiento de los jóvenes universitarios durante el periodo revolucionario. Un primer momento fue durante el Porfiriato, ahí este autor observa que los estudiantes en su mayoría simpatizaban con el régimen porfirista principalmente porque eran beneficiados por el sistema, por ende, no aceptaban cualquier intento de modificar su *status quo*. Entre los universitarios y el régimen había una relación mutua de convivencia, la “juventud estudiosa” se benefició del desarrollo económico y político y el sistema necesitaba contar con la creciente clase media profesional.

El segundo momento comenzó con la lucha armada, los estudiantes, aunque toman cierta distancia del Porfiriato no participaron mayoritariamente en la revolución, mantuvieron una actitud más bien

³⁸ María de Lourdes Alvarado. “La universidad libre: primer movimiento estudiantil del México independiente (1875)” en *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad/ Plaza y Valdés, 2002, p. 62.

³⁹ *Ibid.*, p. 65.

conservadora.⁴⁰ Tal es así que, según Javier Garciadiego, los jóvenes universitarios apoyaron sólo de manera minoritaria al movimiento maderista. En cambio, sí formaron una alianza con el régimen de Victoriano Huerta porque favoreció el ámbito académico-educativo universitario. Finalmente, cuando el movimiento encabezado por Carranza se volvió gobierno hubo alianza ideológica entre los estudiantes de clase media y el régimen, a ambos los unió el nacionalismo.

Los estudios de María de Lourdes Alvarado y Javier Garciadiego se puede decir que posibilitan una vertiente de análisis para la historia política y social de la juventud. Estas historias se concentrarían en analizar la participación de los jóvenes en movimientos estudiantiles o en conmociones armadas. Si bien es cierto que esta perspectiva es más de corte coyuntural, por lo tanto sólo visibiliza a estos sujetos por su militancia durante la lucha armada o su rebeldía estudiantil en momentos específicos, no por ello deja de ser significativa. Todo lo contrario, considero que es fundamental investigar sobre los conflictos estudiantiles, la participación juvenil en convulsiones sociales o el posicionamiento ideológico de los estudiantes en determinados contextos.

En cierto sentido, la historia que tome en cuenta la participación de las y los jóvenes en los acontecimientos políticos de la vida nacional, en mi opinión, puede dar nuevas interpretaciones a procesos históricos, además ésta desafiaría a la historia política tradicional, la cual considera que “los hombres blancos y adultos” son quienes hicieron la historia. Sobre la participación del sector juvenil en la Revolución Mexicana, el trabajo de Javier Garciadiego instiga asimismo a no idealizar a la juventud siempre como metáfora de cambio, pues, salvo excepciones, los jóvenes estudiosos de clase media en su mayoría durante la lucha armada por su posicionamiento político se identificaron más con la continuidad que con el cambio, por ello, pocos se adhirieron a la lucha armada.

Una vez aludidos los jóvenes como estudiantes, paso a estudiar investigaciones que fijan su análisis en las representaciones, los códigos normativos y la construcción de lo femenino en distintos periodos históricos. En una primera lectura pareciera que se refieren a la mujer de clase media y alta en general, sin distinción de edad, pero una lectura más fina me llevó concluir que el sujeto que enuncian constantemente es a la joven, ese ser que se tenía que controlar para que cuidara su mayor capital antes del matrimonio: la virginidad.

En este rubro se encuentra “Castas o marchitas” de Angélica Velázquez Guadarrama, investigación centrada en analizar a través de las pinturas *El amor del colibrí* y *Flor Marchita* de Manuel Ocaranza la representación de dos jóvenes enfrentadas a una situación conflictiva: la pérdida de la castidad en una “sociedad patriarcal en el proceso de modernización”.⁴¹ Temporalmente la investigación está ubicada en los primeros años de la República Restaurada. Trazando así las connotaciones simbólicas de cada uno de los elementos que componen los cuadros, la historiadora del arte, presenta dos imágenes que bien

⁴⁰ Javier Garciadiego. “Movimientos estudiantiles durante la revolución Mexicana (estudio de caso sobre la participación de un grupo de clase media urbana) en *Los Estudiantes*, México, Centro de Estudios de la Universidad / Plaza y Valdés, 1998, p. 152.

⁴¹ Angélica Velázquez Guadarrama., *op. cit.*, p. 126.

pueden interpretarse como una misma, en *El amor del colibrí* se representa a la joven que vacila entre el placer y la virtud y, por ello, puede terminar convirtiéndose como en la otra pintura en una “flor marchita”.

Puntualizo respecto a nuestros sujetos de estudio: las jóvenes. Elegí el trabajo de Angélica Velázquez Guadarrama porque me brinda además elementos para comprender los códigos normativos que las afectaban. Por poner algunos ejemplos, la obra *El amor del colibrí* representa prohibiciones que se le imponían a la mujer joven de estratos medios y altos. La mujer joven de esa pintura estrecha sobre su pecho una carta; en ese entonces, como menciona la autora era ilícito que una muchacha mantuviera correspondencia con el sexo opuesto. Tampoco era bien visto que las muchachas decentes leyeran novelas de amor, como el personaje del cuadro que tiene un libro de Dumas. De igual modo, la exageración del atuendo de la joven, según la autora, hace que sea identificada como una *polla*, es decir, la adolescente que algunos escritores clasificaron como noviera y entregada a la moda.

Para otro momento del mismo siglo, en concreto, durante el Porfiriato, Marcela Suárez Escobar con su ponencia nos permite conocer cómo debían ser las señoritas durante el Porfiriato. El trabajo se centra en las jóvenes de clase alta, quienes fueron las receptoras primordiales de los cánones ligados con la religión católica y el positivismo, los cuales intentaron lograr sobriedad, buenas maneras, normar la sexualidad, controlar el cuerpo y el erotismo de las mismas. Para ello, hubo discursos emanados de diferentes poderes que determinaron el camino que debían seguir las jóvenes: vírgenes antes de las nupcias, fieles en el matrimonio y castas en la viudez. Esto con la finalidad “de lograr familias adecuadas al contexto que se requería”.⁴²

Además, por la moral de la época no se tocaban temas que tenían que ver con la sexualidad, muchas adolescentes desconocían la menstruación y a la hora de casarse no sabían realizar el coito. Asimismo los cuerpos y movimientos de las jóvenes fueron controlados por normas determinadas, se les inculcaba “lo decente” y la manera de comportarse. Sin embargo, como lo indica Marcela Suárez, hubo trasgresoras que lograron construir una identidad distinta a la de casta, por poner un ejemplo las jóvenes huérfanas que se convertían en amantes.

En este punto merecen mención los trabajos de Valentina Torres Septién “Manuales de conducta, urbanidad y buenos modales durante el Porfiriato. Notas sobre el comportamiento femenino”⁴³ y “Cuerpos velados, cuerpos femeninos. La educación moral en la construcción de la identidad católica femenina”.⁴⁴ El primer estudio analiza un tipo de fuente que en su momento tuvo la función de controlar fundamentalmente el comportamiento de las jóvenes urbanas de clases alta y media, los manuales de urbanidad y buenas maneras, textos que según la autora les hacían creer que estaban continuamente

⁴² Marcela Suárez Escobar., *op., cit.*, p. 106.

⁴³ Valentina Torres Septién. “Manuales de conducta, urbanidad y buenos modales durante el Porfiriato”..., *op., cit.*, pp. 271-289.

⁴⁴ Valentina Torres Septién. “Cuerpos velados, cuerpos femeninos. La educación moral en la construcción de la identidad católica femenina” *op., cit.*, pp. 167-190.

bajo el ojo escudriñador de los otros, cuyo discurso era pragmático porque tenían la intención de ser aprendidos, puesto en práctica y su finalidad era dar constitución a la conducta diaria.⁴⁵

En otra investigación Valentina Torres utilizó como fuente principal textos que tenían como destinatario final a la juventud y que fueron creados por la Iglesia Católica en la segunda mitad del siglo veinte para normar conductas y transmitir valores morales en un contexto en que ésta consideró que tenían como fin instruir a la juventud para contrarrestar los efectos de una educación sexual laica, sobre todo a las mujeres, porque creían que ellas acataban mejor las normas, eran más morales y más religiosas, por tanto, se pensaba que tenían mayor interés por conservar la inocencia y mantener la ignorancia sobre el conocimiento de la sexualidad y su propio cuerpo.⁴⁶

Hago referencia a estas investigaciones principalmente porque posibilitan al historiador explorar una fuente que resulta ser muy rica y reveladora sobre la representación del mundo juvenil femenino de clase alta y media, los manuales de urbanidad o moralidad. Se pueden encontrar, por lo mismo, en estos discursos normativos una concepción sobre el ideal de juventud femenina. Este tipo de fuente, por consiguiente, ayudaría a explicar ¿cómo se ha construido las representaciones en torno a la juventud femenina? ¿Qué prescripciones y proscipciones se les han impuesto a ellas? Y, sobre todo, comprender que a las jóvenes se les ha representado de modo distinto porque las sociedades y las culturas han sido quienes instituyen las diferencias de género.

Se examina, entonces, otro ámbito donde las jóvenes de sectores altos y medios se vuelven visibles. Hablo de la historia de comportamientos amorosos en el noviazgo. Aquí se encuentra a Martha Eva Rocha, quien ha estudiado los códigos culturales que rigieron el noviazgo desde 1870 a 1968.⁴⁷ Los sujetos a los que se refiere, obviamente, son las mujeres jóvenes vistas como novias y los comportamientos dentro de las relaciones de noviazgo fueron desiguales porque los discursos morales normaban principalmente a las señoritas. En el Porfiriato era requisito ineludible para las novias la castidad y la pureza, solamente las virtuosas llegaban al sagrado matrimonio. Más tarde, con la Revolución Mexicana continuaron cánones establecidos en el Porfiriato, persistía la idea de muchacha decente que no ha tenido experiencias sexuales. Fue a partir de la modernización las décadas de los cincuenta y sesenta cuando iniciaron los cambios, las jóvenes expresaban de manera un poco más abierta sus deseos; al mismo tiempo con los anticonceptivos la juventud comenzó a gozar sin tantas trabas de su sexualidad.

⁴⁵ En el texto los manuales que estudia son: *Cartas sobre la educación del bello sexo* (1824); *Máximas de educación. Sacadas por la mayor parte de las divinas escrituras* (1819); *Manual de urbanidad y buenas maneras; Nociones prácticas de moral. Para enseñanza en Escuelas oficiales de la República* (1896); *Indicaciones prácticas para alcanzar la reputación de mujer elegante* (1876); *Manual de las mujeres. Anotaciones históricas y morales sobre su destino, sus labores, sus habilidades, sus merecimientos, sus medios de felicidad* (1881).

⁴⁶ Las fuentes que Valentina Torres Septién analiza en su escrito son: *Juventud hoy y castidad* (1964); *Juventud y moral* (1954); *Normas morales de educación sexual* (1961) y *¿Quién me contestará? (Explicaciones y consejos a las adolescentes)* (1962).

⁴⁷ Martha Eva Rocha. "Los comportamientos en el noviazgo, 1870-1968. Historia de un proceso secular"..., *op., cit.*, pp. 119-139.

El otro artículo sobre el noviazgo es el ya citado de Valentina Torres Septién, autora que muestra cómo la Iglesia Católica dotó significado al noviazgo y cuál fue el impacto que tuvo su discurso en la vida de los jóvenes y familias católicas urbanas de clase media.⁴⁸ La investigación se realiza a través de publicaciones de la Acción Católica Mexicana y entrevistas a mujeres que vivieron su noviazgo durante el periodo estudiado. La investigación arroja conclusiones interesantes, por ejemplo, a las jóvenes se les consideró responsables del buen funcionamiento del noviazgo católico, ellas debían demostrar ante todo su pureza, virtud y virginidad. Las chicas no visitaban la casa del novio, salvo ocasiones especiales. Jamás lo llamaban por teléfono. No podían mostrarse cariñosas con el sexo opuesto. Debían tener signos de delicadeza y gracia, además evitar el uso de maquillaje, pantalones y cigarro. Y pobres de aquéllas que no salvaguardaran el honor familiar, entendido como la virginidad, pues se condenaban al rechazo, incluso al abandono familiar. A los jóvenes se les aconsejaba escoger como novias y futuras esposas a muchachas cristianas, abnegadas y preparadas en las artes domésticas.⁴⁹

De ambos textos me gustaría puntualizar algunas cuestiones. Es evidente que la virginidad en las jóvenes de clase media y alta era requisito imprescindible dentro de los códigos sociales y culturales de esos grupos, el control de la sexualidad en las jóvenes fue tema recurrente hasta hace poco, ellas debían ser intocables por sus pares de edad; las relaciones sexuales sólo eran permitidas hasta el matrimonio. Todo ello refleja, en general, el miedo adulto sobre el ejercicio de la sexualidad en los jóvenes y, en particular la responsabilidad que afectaba principalmente a las jóvenes, cuidar el honor familiar entendido como la virginidad.

Como se pudo ver, los trabajos analizados hasta aquí abordan de manera colateral a la juventud, su interés primordial no consiste en historizarlos, más bien se acercan a investigar movilizaciones estudiantiles, cuestionar los modelos de feminidad o analizar los comportamientos amorosos en el noviazgo, empero en ellos se alude al sujeto juvenil. No obstante, los consideré importantes para este capítulo pues pueden proporcionar fuentes en dónde rastrear a estos sujetos históricos, así como posibles perspectivas para historizar a las y los jóvenes de clase alta y media. Los trabajos de Valentina Torres Septién sobre manuales proporcionan elementos que ayudan a comprender la imagen de juventud femenina ideal que se quiso formar para la clase alta y media, es decir, nociones normativas de género. En ese sentido, es preciso, a mi juicio, revisar si esa ideación fue producto de consenso o más bien de conflicto. Con María de Lourdes Alvarado y Javier Garcíadiego me parece que hay un campo historiográfico de investigación importante en relación con la participación política de la juventud en ciertos momentos históricos.

Por último, preciso un poco más sobre estas investigaciones. De manera general, los trabajos que aluden a las jóvenes, permiten entender la importancia de la categoría género en las investigaciones

⁴⁸ Valentina Torres Septién. "El noviazgo: una aproximación desde el discurso de la Iglesia Católica, 1930-1970"..., *op. cit.*, pp. 111-137.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 129.

sobre la juventud. Los modos de ser joven y las representaciones producidas en torno a la juventud se han basado en mecanismos que diferencian y producen feminidad y masculinidad. Ello, por supuesto, se traduce en desigualdades. Al respecto observo restricciones en torno a la sexualidad. Interpreto con dichas investigaciones lo siguiente: el control y la normatividad sobre la misma se encauzaban esencialmente en ellas y se reproducía mediante distintos discursos sociales. Las contribuciones de estas investigaciones, en buena medida, consisten en hacernos reflexionar que las jóvenes por más tiempo han ocupado el espacio de lo privado; también en puntualizar que distintos discursos sociales han exaltado el culto a la virginidad para ellas.

Con respecto a la *historiografía colateral de la juventud* he subrayado, por un lado, la importancia de estudiar las movilizaciones sociales y estudiantiles en las que han participado los jóvenes. No obstante, he enunciado también los límites de este tipo de estudios: se remiten a un tiempo corto o coyuntural, así los jóvenes son únicamente visibles por su participación política en momentos muy específicos. Por último destaco no sólo la validez que tienen los estudios sobre las jóvenes, sino agrego que las distinciones de género en el ámbito de las representaciones son sustanciales porque nos hablan de las formas en que se ha percibido a la mujeres, lo que significa un gran contraste con los hombres.

En las siguientes líneas analizo la *historiografía de la minoridad*, ésta al igual que el enfoque anterior, no se aboca propiamente a las y los jóvenes sino como su nombre lo indica a los menores (niños y adolescentes).

1.2 Historiografía de la minoridad

El tercer enfoque historiográfico que se aproxima a la temática juventud se refiere a los trabajos concernientes a la minoridad. Esto es, aquellos abordan tanto las edades de la niñez como de la adolescencia. Aquí entiendo por minoridad: una condición jurídica, social y política en la cual los individuos no han cumplido la edad legal para disfrutar plenamente de sus derechos civiles o políticos, por lo que se está bajo tutela. Si bien ésta protege a través de disposiciones legislativas al menor contra el trabajo y promueven la obligatoriedad educativa, también pone a los menores de edad en una situación de desigualdad frente a quienes adquirieron la mayoría de edad, porque se considera una etapa con poco discernimiento para tomar decisiones. Es decir, a las y los menores de edad se les considera como seres humanos dependientes, no autónomos, cuya responsabilidad corre a cargo de los adultos.⁵⁰

⁵⁰ Paulí Dávila Balsera. "El largo camino de los derechos del niño: entre la exclusión y la protección" en *La infancia en los siglos XIX y XX. Discursos e imágenes, espacios y prácticas*, México, Casa Juan Pablos/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2008, pp. 71-110.

Sostengo además que dicho término es histórico porque ha mutado con el tiempo. La intervención del Estado ha tenido un rol importante en la creación de leyes, disposiciones legislativas y códigos civiles, penales y laborales, los cuales han sido modificados en distintos momentos. Por ello mismo, han cambiado los cortes de edad que estipulan hasta qué edad los individuos son considerados menores de edad.

Incluyo, en primer momento, escritos enfocados a la criminalidad infanto-juvenil, pues aquí se plantea que la juventud en cuestiones jurídicas no puede tener una definición clara. Niños, niñas y adolescentes son considerados como menores. Y una vez que se cumple la mayoría de edad quienes todavía son jóvenes se les juzga como adultos. Visto así, en cuestiones penales la figura del joven no está delimitada cuando se comente algún tipo de trasgresión o delito.

Los trabajos de los que hablo a continuación son: “Diversiones malsanas: el cine y la infancia en la ciudad de México en la década de 1920” de Susana Sosenski; “Infancia es destino. Menores delincuentes en la ciudad de México (1884-1910)” de Elisa Speckman; finalmente de María Eugenia Sánchez Calleja “Adolescente homicida: un caso para la psiquiatría criminal”.

Desde el enfoque histórico de la legislación penal, los trabajos de Elisa Speckman y Susana Sosenski se insertan dentro de la temática criminalidad infanto-juvenil. Las autoras emplean un corte jurídico para analizar ambas etapas de la vida, es decir, la edad penal. *Grosso modo*, Speckman analiza a partir de los expedientes judiciales la magnitud numérica de los menores infractores, el perfil criminal de éstos y los tipos de delitos que cometieron los menores de edad durante el Porfiriato. De igual modo, la autora hace hincapié en que la infancia y la adolescencia son conceptos históricos, dicho de otro modo: las concepciones que se tienen de ellos mutan a través de las épocas. Así como también la edad en que se sitúa el paso a la vida adulta.⁵¹

Ubicado en el México posrevolucionario, el artículo de Sosenski analiza las diversiones malsanas de los menores de edad durante un periodo en que el Estado mexicano se concentró en controlar la delincuencia infantil y juvenil, así como educar mediante principios de trabajo, orden y respeto, por lo cual el cinematógrafo se percibió como un espacio de degeneración. A los niños y adolescentes que llegaban al Tribunal para Menores se les preguntaba por sus diversiones, los datos que arrojaban los archivos judiciales era que iban principalmente al cine. Por ello, médicos, funcionarios, maestros y padres de familia creían que el cine era una influencia corruptora para las mentes de los menores, ya que en las películas se exaltaba al malhechor y a la mujer cosmopolita que cometía crímenes y en las salas los adolescentes no sólo se podían besar sino también acariciar.

Pero, por otra parte, Sosenski plantea que infancia, adolescencia y juventud como construcciones socioculturales presentan dificultades de definición, por tanto, delimitar una edad cronológica para

⁵¹ Elisa Speckman Guerra. “La infancia es destino. Menores delincuentes en la ciudad de México (1884-1910)” en *De normas y trasgresiones enfermedad y crimen en América Latina 1850-1950*, 2005, pp. 225- 253. La autora centra su estudio en los infractores de 9 a 18 años de edad, según la autora hasta que se cumplieran los 18 merecían ayuda y protección del Estado.

definirlas puede ser un tanto arbitrario.⁵² En ese sentido, habría que preguntarse: ¿qué papel juegan los criterios jurídicos y penales que plantean ambas autoras?; ¿qué tan importante es la edad penal para considerar la categoría juventud?; ¿la mayoría de edad realmente marca el paso a la adultez y el fin de la juventud? En términos generales se puede responder a la pregunta señalando que las fronteras entre la infancia, la juventud y la adultez en materia penal presentan límites difusos, por ello al emplear la edad penal no podría definir claramente la categoría juventud en mi análisis, ya que al delimitar el inicio y fin de la juventud mediante la minoridad o mayoría, no se toma en cuenta que son los individuos y los grupos quienes continuamente definen y redefinen qué es ser joven en determinados contextos.

Como ha mencionado María Eugenia Sánchez Calleja, con el caso de la edad penal se toma en cuenta la edad biológica para responsabilizar o no a un menor en caso de violaciones a leyes civiles o penales. Motivo por el cual, la noción de joven en el terreno jurídico no es delimitada claramente, de este modo, “entra en contradicción con la realidad social”.⁵³ En la minoría de edad se acoge a la niñez y adolescencia, además se considera a ésta como un periodo de inmadurez, por lo mismo, se está bajo tutela. En contraposición, la mayoría de edad en plano jurídico y civil consiste “en que los individuos pueden comenzar a ejercer sus derechos y responsabilidades”.⁵⁴

Sin embargo, el mismo concepto de minoría de edad no ha sido unívoco. En el plano civil desde el Porfiriato hasta el México posrevolucionario adquirirían la ciudadanía hasta 21 años los solteros y a los 18 quienes estaban ya casados. En cambio, para el plano jurídico-penal desde 1871 hasta 1929 a los 18 años se adquiría responsabilidad penal. En el caso de la edad laboral, ya en el siglo veinte, se estipuló como mayores de edad a los individuos que contaban con 16 años cumplidos, la edad mínima para celebrar un contrato de trabajo fue a los 12 años.

Con todo lo anterior, se puede decir que los límites de la juventud se disipan con los de la infancia con respecto a la edad penal. Niños y jóvenes son vistos como menores y la edad biológica parece ser esencial para considerar a ésta. Entonces, me parece importante subrayar que al ser la juventud un periodo liminal que se encuentra entre los márgenes de la infantil y la adultez, he optado por mirar la entrada y salida de la juventud a través de ritos de paso. Por ejemplo, el tránsito de la juventud a la adultez puede estar marcado por el matrimonio, el fin de la escolarización, la independencia económica. La entrada, en cambio, lo puede marcar el primer trabajo, la primera relación sexual, en las mujeres la

⁵² Susana Sosenski. “Diversiones malsanas: el cine y la infancia en la Ciudad de México en la década de 1920” en *Secuencia*, México, núm. 66, 2006, p. 110. Véase también a Susana Sosenski. “Introducción” en *Niños en acción. El Trabajo infantil en la ciudad de México (1920-1934)*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 21-22.

⁵³ María Eugenia Sánchez Calleja “Adolescente homicida: un caso para psiquiatría criminal” en *Niños y adolescentes: normas y trasgresiones en México, siglos XVIII-XX*, México, 2008, p. 107. En el México posrevolucionaria, si se trataba de una trasgresión penal el Tribunal para Menores Infractores determinaba enviarlos a la correccional, en el caso de que la condena rebasara el límite de la minoridad (18 años) tenían que cumplir la sentencia en una cárcel para adultos.

⁵⁴ María Eugenia Sánchez Calleja. *Las prostitutas adolescentes en la ciudad de México 1926-1940*, México, Tesis de licenciatura en historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1996, p. 69.

menarquía y en los varones las primeras eyaculaciones.⁵⁵ Se plantea lo anterior, porque al historiar una edad de la vida se tiene que precisar qué se entiende por ella.

Con estos trabajos históricos se pueden problematizar también otras consideraciones. En primer lugar, el conjunto de textos analizados en este apartado se enfocan en los menores de los sectores populares, a quienes, como ha señalado Susana Sosenski, se les orientó al trabajo manual como un paso natural hacia la vida adulta. De acuerdo con ella, desde el siglo diecinueve y hasta el primer tercio del veinte se consideró que el trabajo ennoblecía. Muchos pensaban que el trabajo infantil, por un lado, servía para que los menores colaboraran en las economías familiares. Pero, por otro lado, así podían formarse una vida honesta lejos del vicio y la delincuencia. Con lo que se acaba de decir, me parece que se puede hacer una interpretación respecto a la juventud. Ésta sigue distintos ritmos dependiendo de la clase social, si los niños de los sectores populares entraban a muy temprana edad al mercado laboral, adquiriendo más pronto un responsabilidades del adulto, entonces en qué momento pudieron ser jóvenes.

Otra cuestión que me gustaría problematizar con los trabajos que se refieren a la minoría de edad, es la siguiente pregunta: ¿Cuáles serían las contribuciones de historiar en conjunto infancia y juventud? La pregunta anterior se menciona porque parte considerable de los estudios historiográficos que se han hecho sobre infancia y juventud han mantenido su especificidad, parece haber consenso de que necesariamente cada edad requiere que se centren concretamente en ella.⁵⁶ Y resulta obvia esa respuesta, las diferencias entre ser niño y ser joven en cuanto a las concepciones, estatutos, valores y símbolos que revisten las sociedades a esas edades, son abismales. Sin embargo, desde mi punto de vista, también tienen vínculos en común en cuanto a las representaciones, con frecuencia tanto a la infancia como a la juventud se piensan a futuro, “convertirse en” ciudadanos y adultos, por ello, a ambas se les niega participación en el presente.

Un caso que aborda a niños y jóvenes es “Niños y jóvenes aprendices. Representaciones en la literatura mexicana del siglo XIX”. Aunque Susana Sosenski no problematiza el trabajar en conjunto ambas edades, desde mi punto de vista, abre la posibilidad de estudiar a niños y jóvenes en conjunto. Parece pertinente, en este punto, someter a evaluación crítica tal posición ya que en algunas ocasiones a las y los jóvenes se les ha tratado como niños. Y ver los límites a través de rangos no es la mejor solución para diferenciar dichas edades, así se concluye que trabajar niñez y juventud puede ser viable, sin embargo, reconocer la especificidad de cada grupo de edad lo es aún más.

⁵⁵ Esta propuesta es mencionada tanto por Giovanni Levi y Schmitt como por Barbara Hanawalt, ésta última apunta que las ciencias sociales han contribuido en indagar sobre elementos que determinan la entrada y salida de la juventud, esencialmente los rituales de paso que marcan esa transición de niño a joven y de joven a adulto. Sin embargo, enfatiza que la entrada y salida de la adolescencia se determina primordialmente por el control adulto. Barbara Hanawalt. “Historical descriptions and prescription for adolescence” en *Journal of family history*, vol. 17, núm. 4, p. 343.

⁵⁶ Puedo interpretar que para Giovanni Levi y Schmitt no hay muchas condiciones sociales de vinculación entre infancia y juventud. Mientras que los jóvenes son los principales sujetos activos de la historia, de acuerdo con ellos, los niños suelen tener más bien cometidos pasivos. Véase en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt. “Introducción”. *op. cit.*, p. 17.

Por último, quisiera plantear un asunto que me parece crucial para las próximas investigaciones de sobre la edad como categoría histórica. Para comprender mejor a un grupo de edad y el cambio histórico ¿se debe dirigirse a un grupo determinado o, por el contrario, enfocarse al curso de la vida en su totalidad?⁵⁷ Ese interesante cuestionamiento es planteado por Tamara Hareven, para quien vejez, como proceso sociocultural e histórico, se puede entender mejor si se refiere al contexto de otras etapas de la vida. Según su argumento, las condiciones sociales de niños y jóvenes en un contexto determinado se relacionan con la forma en que la adultez es concebida, y el papel que se les da a los adultos y viejos se vincula con el tratamiento dado a niños y adolescentes. Con ello, Hareven propone un enfoque que analice el ciclo de la vida en su totalidad en lugar de estudiar cada grupo de edad.

En contraposición a dicha idea, Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt aseveran que tal empresa no es deseable ni viable. Es más, acentúan que juventud no debe verse como cualquier otra edad, insisten en la importancia de su especificidad. Caso similar en México ocurre con Maritza Urteaga, quien sostiene que juventud debe concebirse como una construcción social “de fases particulares del ciclo de la vida”.⁵⁸

Aunque es pertinente el argumento de Tamara Hareven, opino que debe ser discutido. Por un lado, para hacer historia de las representaciones de las y los jóvenes considero que puede ser conveniente mirar a otras edades de la vida, porque evidentemente las y los jóvenes no sólo interactúan entre pares, también lo hacen con adultos, ancianos y niños, por la sencilla razón de estar insertos en la sociedad. Sin embargo, no concuerdo que necesariamente se tenga estudiar todo el curso de la vida, creo que cada grupo etario requiere su especificidad.

Para cerrar este acápite, enfatizo mi posición anterior, me parece más viable historizar en conjunto infancia y juventud porque a lo largo del tiempo se han pensado a futuro y se ha enmarcado su dependencia frente a los adultos. Si las historiadoras que se acaban de mencionar abordan a los menores de edad vistos desde la óptica de la criminalidad y el trabajo, los autores que enseguida abordo se han dedicado a estudiar a la juventud de manera sociohistórica a lo largo de periodos que podría denominar como de larga duración.

⁵⁷ Véase en Tamara K. Hareven. “La última etapa: la adultez y vejez históricas” en *La adultez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, pp. 297-298.

⁵⁸ Citado por Mauricio List *El amor imberbe*, México, Ediciones Eón, 2010, p. 63.

1.3 Historiografía de larga duración sobre la juventud

He utilizado el término *historia de larga duración de los jóvenes* para clasificar a esta perspectiva histórica. La empleo para referirme a los trabajos de José Manuel Valenzuela⁵⁹ y Maritza Urteaga.⁶⁰

En el escrito de José Manuel Valenzuela se describe la condición juvenil en distintos periodos históricos. En la época prehispánica, según el autor, lo juvenil no era algo homogéneo, había diferencias según la jerarquización social y distinciones genéricas. Con base en sus fuentes que son el *Códice Florentino* y *De los veintiún libros rituales y monarquía indiana* de Fray Juan de Torquemada concluye que había dos modelos de hijos: virtuosos y viciosos. Para el periodo colonial, dos formas de institucionalización incorporan a los jóvenes al mundo adulto, para criollos y peninsulares fue la educación, para los jóvenes de sectores populares el ejército.

En el siglo XIX, cobra visibilidad el joven estudiante, se crean la Escuela Nacional Preparatoria y las escuelas correccionales para el control de la juventud. Ya con el Estado posrevolucionario, el estudiante se convirtió en prototipo de la juventud mexicana, para los jóvenes de clase alta y media se impulsó su incorporación al sistema educativo, para los obreros y campesinos se volvió un elemento de movilidad social.

En seguida, José Manuel Valenzuela destaca la combatividad de los jóvenes en el movimiento de 1968, momento en que cambia la imagen del estudiantado, de percibirse como prototipo de la juventud pasó a considerárseles como “seres inmaduros, amenazantes, manipulables, insensatos, comunistoides, promiscuos y antimexicanos”.⁶¹ Luego vienen las movilizaciones acaecidas en 1971, 1986 y 1999, junto con diversas manifestaciones asociadas a la juventud generadas en espacios informales donde se definen espacios de socialización y afectividad.

En procesos sociales de largo tiempo, me parece vital mirar constantemente los cambios y las continuidades en derredor a la juventud, esto para no reconstruir una historia que caiga en una linealidad acumulativa. José Manuel Valenzuela al concebir el tiempo histórico sólo como recolección ineluctable de sucesos y hechos, expone un recorrido de la juventud cuyo fin consiste en realizar una cronología de la historia nacional entrelazándolos con la condición juvenil, así presenta una *historia lineal* que abarca un

⁵⁹ José Manuel Valenzuela Arce. “Un tropel de tiranos furiosos: la construcción social de l@s jóvenes” en *El futuro ya fue. Socioantropología de los jóvenes en la modernidad*, México, Colegio de la Frontera Norte/ Juan Pablos, 2009.

⁶⁰ Es necesario aclarar que Maritza Urteaga en su investigación enfatiza que no pretende hacer una historia de los jóvenes, sino analizar el proceso de construcción sociohistórica de las representaciones e imágenes juveniles. Pero como se ha dicho en la definición de historiografía que se dio, interesa su escrito precisamente porque es una lectura de los jóvenes desde una perspectiva histórica. Maritza Urteaga. “Textos y contextos sobre lo juvenil en el México moderno y contemporáneo” en *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*, México, 2011, pp. 31- 132. Una versión aparece en *Historia de los jóvenes. Su presencia en el siglo XX*.

⁶¹ José Manuel Valenzuela Arce. *op., cit.*, p. 86.

periodo de *larga duración* (no en el sentido asignado por Braudel de estructuras que el tiempo tarda en desgastar, sino que, por el contrario, se hace referencia a una periodización que abarca desde la época prehispánica hasta la época actual). No obstante, sería problemático hacer historias de las y los jóvenes como procesos unilineales, porque no se toma en cuenta lo que ha cambiado rápidamente, lo que se transforma más lento y lo que permanece inalterable tanto para la condición juvenil como para las representaciones sobre lo juvenil.

Por otra parte, llama la atención que el autor se desligue de la conceptualización que da sobre condición juvenil, entendida como polisémica y “definida a partir de múltiples criterios que expresan su diversidad histórica o regional, las disimiles condiciones entre ciudades y los campos o entre hombres y mujeres”.⁶² Resulta contradictorio que hable de una pluralidad de significados respecto a la condición juvenil, si una parte significativa de su trabajo aborda exclusivamente al sector estudiantil varonil de la Ciudad de México. Del *Telpochcalli* y *Calmecac* a la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria, luego al movimiento de la autonomía universitaria en 1929, de éste a los movimientos estudiantiles de 68 y 71. “Después a las manifestaciones asociadas con la juventud”⁶³ y finaliza con los movimientos estudiantiles que dieron pauta a las huelgas de 1987 y 1999 en la UNAM.

Pese a la insistencia del autor sobre los criterios que expresan la diversidad histórica de la condición juvenil, se puede percibir vacíos en la heterogeneidad que tanto alude. Se da como ejemplo lo que ocurre con las jóvenes, se sabe que ellas desde finales del siglo diecinueve comenzaron a integrarse aunque sea minoritariamente a instituciones educativas pos-elementales, sin embargo, están ausentes en este escrito. Esto también se refleja con los movimientos estudiantiles del siglo veinte, nunca aparece la participación política de las jóvenes, aunque se sabe que estuvieron siempre presentes.

Aunque el trabajo de José Manuel Valenzuela ilustra lo que hacía la juventud en distintos periodos históricos, no deja de ser una historia lineal que muestra algunos episodios en áreas de participación política, educación e imágenes culturales en los jóvenes mexicanos de cinco siglos. Sin embargo, también tiene la cualidad de abarcar en un lapso de tiempo bastante largo, algo que los historiadores no han hecho hasta ahora. No obstante, desde mi punto de vista, se tiene que superar esa visión de la historia como una sucesión de procesos ordenados cronológicamente, donde cada acontecimiento se vincula con el otro.

En cambio, Maritza Urteaga analiza la construcción de la juventud mexicana tanto como realidad empírica como *representación social*. Para ello emplea un conjunto de herramientas teóricas como las representaciones sociales, las cuales usa con el fin de rastrear cómo se percibió a los “no niños no adultos” en el último cuarto del siglo diecinueve y, así esclarecer el tipo de conocimiento que la sociedad construyó sobre la juventud mexicana a lo largo del siglo veinte.

⁶² *Ibid.*, p. 59.

⁶³ *Ibid.*, p. 87.

Retoma, por otra parte, de Carles Feixa la noción de *imágenes culturales*, con ésta analiza el modo en que las identidades y culturas juveniles se presentan en la escena pública. Dicha noción hace referencia tanto a los atributos ideológicos, valores y ritos asignados a los jóvenes como al universo simbólico que configura su mundo, expresado en lo material (modas) e inmaterial (lenguajes, prácticas culturales y música). La última herramienta es el *imaginario* entendido como “la creación incesante y esencialmente indeterminada (social, histórica y psíquica) de figuras formas e imágenes a partir de las cuales solamente se puede referir algo [...] Lo imaginario produce más que representa y tienen un sentido proyectivo más que retrovisor”.⁶⁴ El concepto de imaginario le sirve para dar cuenta de ciertas formas de rebeldía juvenil.

Con este conjunto teórico, la autora escudriña sobre la *construcción sociocultural* de la juventud en México (entendida como las formas institucionalizadas creadas para asignar conductas y valores específicos a la juventud en contextos determinados) y la *construcción juvenil de la cultura* (los espacios de sociabilidad juvenil). De este modo, traza una serie de representaciones sociales, imaginarios e imágenes culturales sobre ser joven desde finales del siglo diecinueve hasta inicios del nuevo milenio.

Ahora bien, según señala, la idea de juventud comenzó a gestarse a principios del siglo veinte. Ésta fue producto de una serie de transformaciones acaecidas durante el siglo diecinueve en los ámbitos de la familia, el trabajo, el ocio, la escuela, el estatuto jurídico del menor y el ejército. Agrega, además, que fue precisamente durante el Porfiriato cuando surge la representación de ser joven articulada a la condición estudiantil, es por ello que la construcción sociocultural de la juventud se encuentra circunscrita a las familias burguesas, “las cuales pueden alargar el periodo de aprestamiento y aprendizaje de su infancia para producir ‘juventud’ o un tiempo de etapa de tránsito hacia la vida adulta; de esta forma, dicha ‘moratoria’ excluye a la mayoría de la población”.⁶⁵

Siguiendo un hilo cronológico de imágenes y representaciones sobre lo juvenil en el México moderno, destaca que en los regímenes posrevolucionarios (1920-1940) se consideró a los jóvenes como futuros líderes de la Revolución hecha gobierno, por lo mismo se les asignó la tarea histórica de renovar la sociedad, los jóvenes elegidos necesitaban también ser modernos y su despertar a la sexualidad requería control. Dicha representación choca con el surgimiento de grupos de jóvenes de clases bajas como los pachucos, las pandillas y las palomillas. Al respecto Maritza Urteaga indica que se forma un estereotipo de desviación y marginalidad para los no estudiantes.

Más adelante, alude que en los cincuenta preexiste una imagen ambivalente de ser joven: por un lado, están los *juniors* (niños bien) y, por otro, los rebeldes, primera generación de jóvenes que ocupó espacios separados del mundo adulto. Ya después de 1968, al igual que José Manuel Valenzuela,

⁶⁴ Maritza Urteaga., *op., cit.* pp. 48-49.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 57-58.

encuentra una ruptura. A partir de ese momento la juventud de ser esperanza del futuro, se convierte en un problema en el presente. Como lo subraya la autora:

Desde ese momento se dota a los estudiantes universitarios de atributos negativos; se vuelven “sospechosos de rebeldía social y política”. A los jóvenes *onderos* y *jipitecas* les corresponden los atributos de “sospechosos de rebeldía y contestación al sistema”; mientras a los agregados en pandillas, los de “sospechoso de delinquir”. Ser joven a finales de los sesenta, significó ser sospechoso (de algún delito).⁶⁶

Para los setenta aparecen imágenes del joven guerrillero aunado con la representación institucional de delincuentes sociales. En los ochenta el chavo banda *versus* chavo fresa y la imagen del estudiante que participó en el movimiento de 1986 de la Universidad Nacional Autónoma de México. Finalmente, en los noventa distintos ritmos musicales crean contrastantes identidades juveniles (*skatos*, *tecno-raves*, *anarco-punks*, etc.), termina con las y los jóvenes que participaron en la huelga de la Universidad Nacional Autónoma de México de 1999, haciendo referencia a un sujeto juvenil de clase baja y sectores populares que protesta contra la privatización de la educación.

Con este recorrido cronológico de representaciones, imaginarios e imágenes culturales la autora hace un estudio singular. No obstante, a éstas les hacen falta contenido social, por lo tanto, histórico. Sin pretender descalificar su análisis, me parece que no escaba tanto en el contexto en que surgen y se producen esas imágenes y representaciones, la razón es que se queda sólo con la estética y estilo de los distintos grupos juveniles.

Al examinar su análisis detenidamente, se pueden detectar también una serie de contradicciones; ella menciona que en el siglo diecinueve hubo una serie de transformaciones en el sistema educativo, el ejército y la familia, sin embargo, nunca las explica a detalle. ¿Qué cambios ocurrieron en la familia para que se formara la noción moderna de juventud? ¿Qué papel jugó el sistema escolar en la definición de ese ser? ¿Cómo dotó el ejército y la escuela de identidad a la juventud? Son cuestiones que me parecen fundamentales para entender las transformaciones de las que habla la autora, sin embargo las esquivo por completo.

Si los autores anteriores apelan a la categoría juventud, las autoras que examino a continuación nos hablan de la adolescencia, conceptualización de la psicología. Al mismo tiempo, se han interesado por estudiar de qué forma se ha percibido e idealizado a los adolescentes, por ello a esta perspectiva la se puede ubicar en el plano de lo simbólico.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 95.

1.4 Historiografía de la adolescencia

Ahora bien, también existen trabajos históricos que se han enfocado a la adolescencia. Entre ellos hallamos a Eloísa Uribe con un ensayo titulado: “Adolescentes en la estatuaria mexicana del siglo XIX (1851-1876)”. Con éste, la autora incita a leer las formas, texturas y volúmenes a la manera de imaginario social, el cual se encuentran en esculturas de adolescentes creadas por jóvenes artistas de la academia de San Carlos “en un tiempo histórico en que aún no existía esta nomenclatura como categoría de estudio de una etapa de vida del ser humano”.⁶⁷ En su texto, Eloísa hace énfasis en que el común denominador de la carga simbólica de la estatuaria adolescente reconoce que la belleza sólo radica en los cuerpos masculinos jóvenes.

Además, propone que con la estatuaria de adolescentes se pueden realizar estudios de género porque éstas informan sobre la condición, sensibilidades y emotividad masculina de los alumnos de la academia. En resumen, en dicho trabajo se analiza la representación del adolescente en las estatuas y con ello se ayuda a repensar conductas masculinas relegadas y negadas. Como la autora nos hace percibir, en las esculturas de *Ganimedes*, *San Sebastián*, *Pastor Olimpo*, *El huérfano labrador* y *David* se encuentran sentimientos como: amor casto, ternura, miedo, erotismo e inclusive dudas sobre el rol que el hombre debe desempeñar.

Otro trabajo que aborda la representación es la investigación de Julia Tuñón titulada: “El ángel caído. La adolescencia en el cine mexicano (1954-1962)”.⁶⁸ En este trabajo, la autora analiza imaginarios de situaciones que generalmente se consideran biológicas: la adolescencia. Es decir, centra su estudio en la invención de la adolescencia en el cine mexicano y, el género propicio para abordarla fue el melodrama, el cual se encargó de representar los conflictos intergeneracionales y las problemáticas que aquejaban a este grupo de edad. Para la historiadora del cine, la invención ocurrió a mediados de los cincuenta, los adolescentes poseían ya existencia y problemas propios, contrariamente en filmes de la década de los treinta y cuarenta las y los jóvenes se volvían adultos de golpe, se vestían como ellos y en automático adquirían las responsabilidades de los mayores.

Julia Tuñón recalca que el adolescente es descubierto en estas representaciones filmicas como un arquetipo del ángel caído, aquel que por su rebeldía frente a los padres, al Estado y a la Iglesia fue desterrado o exiliado de la inocencia infantil. De este modo, el adolescente tuvo que comenzar a discernir entre lo bueno y lo malo, requerimiento para entrar a la realidad y al mundo adulto. Pero en su andar por

⁶⁷ Eloísa Uribe Hernández. “Adolescencia en la estatuaria mexicana del siglo XIX” en *Los niños su imagen en la historia*, México, INAH, 2006, p. 57.

⁶⁸ Las películas que analiza Julia Tuñón son: “¡... Y mañana serán mujeres!” “¿Con quién andan nuestras hijas?” “¡Viva la juventud!” “A dónde van nuestros hijos”, “Al compás de rock and roll, Juventud desenfrenada”, “Locura del rock and roll”, “Paso a la juventud”, “La rebelión de los adolescentes”, “El caso de un adolescente”, “Quinceañera entre muchas otras”. Es importante mencionar que, según Tuñón, todas esas películas plantean ya la especificidad del adolescente.

el mundo tuvo que pasar por una serie de tentaciones. Por tal razón, considera que el cine de adolescentes, a pesar de la modernidad de mediados del siglo veinte, mostró aspectos tradicionales de la cultura como la *mea culpa* cristiana que exhorta al castigo. Por último, concluye que en los filmes se hace evidente el deseo por comprender a la juventud y los problemas que la aquejan. Sin embargo, en éstos se encuentran valores atrasados e inocuos que no enfrentaron los problemas que aludían.⁶⁹

Para finalizar, se cuenta con un estudio reciente de Hilda Sánchez Santoyo titulado *Miradas a la adolescencia: Las prácticas culturales hacia los adolescentes en México en el proceso de construcción del Estado mexicano*.⁷⁰ En él, la autora realiza una investigación de larga duración sobre la adolescencia bajo el enfoque de la antropología histórica, así realiza un recorrido por las principales coyunturas del Estado mexicano. A grandes rasgos, la autora analiza cómo se han estructurado las prácticas culturales, que para ella se sintetizan en el “deber ser de la adolescencia”. La hipótesis de la autora es que los cambios cualitativos del Estado han trastocado el orden cultural que sustenta las prácticas hacia los adolescentes, modificando las concepciones que se tienen sobre dicho grupo a lo largo del tiempo.

Cabe destacar que en su investigación la autora centra su atención en el cambio histórico, qué se ha modificado y mantenido en las concepciones que se ha tenido sobre los y las adolescentes. Para Hilda Sánchez Santoyo, las continuidades han sido que a las adolescentes se les oriente a la reproducción, al matrimonio y el culto a la virginidad. Igualmente, tanto a las y los jóvenes se les ha visto bajo el lente de las instituciones adultas como seres dependientes, aunque este *continuum* ha sido de manera más marcada para las jóvenes por la misma condición de ser mujer, perspectiva en la que coincide con la autora. Las rupturas en la percepción de los adolescentes se han dado con los cambios políticos del Estado, es decir, se han modificado las obligaciones, espacios, relaciones sociales.

Por otra parte, pone énfasis en que las prácticas culturales responden, por lo general, a objetivos del Estado y necesidades de la sociedad. No a los anhelos de los propios adolescentes, a quienes se considera incapaces de tener decisiones libres y autónomas. Por eso concluye que “el deber ser adolescente” se impone desde arriba. Argumento que quizá convendría matizar un poco. Si bien, como menciona la autora, el deber ser adolescente refleja un ideal que se construye desde lo hegemónico, cabe recordar que siempre existe distancia entre lo establecido y lo vivido, así como entre mandatos y conductas. Es allí donde se encuentra resistencia, negociación y modos propios de ajustarse a las imposiciones y lo establecido. Los jóvenes aceptan, rechazan e interactúan con lo impuesto.

Para cerrar con esta investigación, Hilda Sánchez Santoyo examina y valora la importancia de comprender en los estudios los problemas de los adolescentes como un grupo con necesidades propias y

⁶⁹ Julia Tuñón. “El ángel caído. La adolescencia en el cine mexicano (1954-1962)” en *Niños y adolescentes: normas y trasgresiones en México, siglos XVII-XX*, México, INAH, 2008, p. 177.

⁷⁰ Hilda Sánchez Santoyo. *Miradas a la adolescencia: Las prácticas culturales hacia los adolescentes en México en el proceso de construcción del Estado mexicano*, México, Tesis de doctorado en antropología, ENAH, 2011, pp. 250-252. Cabe mencionar que esta investigación está escrita desde un enfoque de historia social.

socialmente definido. Apunta que a dicho grupo de edad, generalmente, se les integra a las investigaciones sobre niños o sobre jóvenes que ya pasaron esa etapa. El meollo del asunto aquí es reconocer a este grupo como sujeto de estudio más específico, con ello mostrar su independencia de la infancia y de los jóvenes de mayor edad. La autora, así, opta por analizar a dicho sector no sólo desde punto de vista psíquico sino desde categorías como género, vida cotidiana y cultura, todo con la finalidad de incrementar el conocimiento sobre “este grupo subalterno”.

No obstante, según Pérez Islas y Maritza Urteaga, el mismo concepto de adolescencia causa disputa, por lo tanto, para ambos, se tiene que cuestionar en sí mismo. Para el autor “la adolescencia” deja en segundo plano lo social y cultural, el término es invención de la psicología y significa “una fase universal del desarrollo psíquico”.⁷¹ Contrariamente, la juventud se refiere a un grupo con características propias que históricamente se diversifica con base en las transformaciones sociales e institucionales. Para Maritza Urteaga, la adolescencia sólo “define a los jóvenes en términos de procesos biológicos y psicológicos inherentes” por los que todos los individuos pasarán.⁷²

Con los discernimientos de ambos autores, entonces, se puede interpretar que la historia de la adolescencia descuidaría lo social y cultural, aparte apelaría constantemente a un sujeto homogéneo cuyo fin es convertirse en adulto. Tal vez sería oportuno ilustrar brevemente esta proposición: si las historiadoras de la adolescencia demuestran que ésta puede ser estudiada también desde lo simbólico, lo social, lo cotidiano y, sobre todo, en el plano histórico y social, nunca dejan de percibirla como etapa de transición que inicia con la pubertad y acaba con madurez. El trabajo de Julia Tuñón da muestra de ello, a través del análisis de sus fuentes sólo se ve a la adolescencia como la edad de las tentaciones, impulsividad, madurez sexual y frivolidad. Esto implica cierta limitante, pues parecería que todos los adolescentes son iguales, por lo tanto, se ve a dicha etapa como homogénea y universal.

Sin embargo, me parece que cuándo se escoge la categoría juventud o adolescencia es una elección propia del investigador o investigadora. Habrá quienes creen que la historia debe dejar de confundir a la adolescencia con la infancia y la juventud y, por supuesto, asignarles un lugar propio en la historiografía. Al contrario, otros investigadores dirán que hay evitar confusiones, dado que la palabra adolescencia *per se* implica un prejuicio psicológico sobre la juventud.

Personalmente opto por el término juventud, a mí me parece que me da más elementos de análisis sociales y culturales como son clase social, género y territorio para comprender cómo se representó a las y los jóvenes de clase alta y media en el Porfiriato. Sin embargo, insisto que la elección de una u otra categoría tienen que ver con los fines que se persigan en las investigaciones, considero que no se trata de imponer categorías, sino de adecuarlas a nuestros estudios. Inclusive analizar la categoría

⁷¹ José Antonio Pérez Islas. “Juventud: un concepto en disputa”, *op., cit.*, p. 10.

⁷² Maritza Urteaga. “La construcción teórica de la juventud. Los conceptos sobre lo juvenil” en *La construcción juvenil de la realidad...*, *op., cit.*, p. 139.

adolescencia de manera histórica puede ser esencial si se desea conocer y criticar el impacto que ha tenido el mismo término en la sociedad mexicana a través del tiempo.

En fin, los trabajos de Eloísa Uribe, Julia Tuñón e Hilda Sánchez Santoyo ofrecen una perspectiva nueva para hacer historia de las y los jóvenes; al centrarse en las representaciones simbólicas y el *deber ser* adolescente. Su aportación, sin duda, es que hablan sobre *el ser percibido*. Una cuestión esencial para entender a la juventud porque es indudable que las sociedades y culturas atribuyen características y cometidos sobre la misma, es decir, cómo construyen representaciones sobre ser joven. Este imperativo, sin embargo, fija también un límite en las historias de las representaciones y el deber ser de la juventud, al parecer existe una reducción de su campo de investigación, al centrarse sólo en lo que los no jóvenes dicen de ellos. Vuelvo a poner el caso de Julia Tuñón, ella dice que el adolescente fue inventado en el cine en los cuarenta y cincuenta, pero nunca explica quién y para qué lo inventó. Otro punto que olvida la autora: las representaciones nunca son producto de consenso sino de negociación, esto es las y los jóvenes se apropian o rechazan a su modo las condiciones establecidas.

Pese a este último punto, a mi modo de ver, esta postura historiográfica enmarca dos cuestiones esenciales, por un lado, nos hace pensar que toda fuente inclusive la más objetiva lleva las representaciones de sus productores, pues las fuentes no mantienen una relación transparente con la realidad percibida. Y, por otro lado, huellas como la literatura, el cine, la escultura y la fotografía nos mostrarán sólo cómo se ha percibido a este grupo de edad. La cuestión que retomo de dichas investigaciones es que estudiar las representaciones de las y los jóvenes amplía nuestra idea sobre lo real, es sumamente interesante trastocar la forma como se ha percibido a la juventud a lo largo del tiempo.

Finalmente, me parece original la elección de fuentes que se emplearon para estas investigaciones, Eloísa Uribe con la escultura, Julia Tuñón con el cine y Sánchez Santoyo emplea desde literatura, entrevistas, censos, prensa y legajos llenos de polvo. Se menciona esto porque es evidente que para hacer historias de las juventudes se tienen que emplear distintos tipos de documentos, prestando atención a sus voces y a las voces que hablan sobre ellos. Así cada quien decidirá, si quiere ser ratón de biblioteca, rata de archivo o usar fuentes como la literatura, el cine, la escultura, la pintura, los testimonios orales, la prensa, las memorias, las fotografías, etc. En el caso de los más intrépidos, de seguro, buscarán como el cazador a su presa, otros indicios y entrecruzarán fuentes para no quedarse meramente con la representación, también intentarán buscar sus prácticas o, al menos, eso esperaba.

Si los tres ejemplos que se examinaron arriba ponen primacía en el ser percibido, la corriente que se ha denominado *nueva historia de la juventud* lo hace sobre el sujeto histórico. A Maritza Urteaga y José Antonio Pérez Islas coordinadores de esta obra, les interesó reconstruir las prácticas y la voz juvenil. A continuación la estudio.

1.5 La juventud bajo el enfoque de la “nueva historia”

Hasta el momento, como he mostrado, existen distintas investigaciones que abordado la temática juventud desde distintos enfoques. Empero, la obra más amplia en temáticas que reúne a distintos investigadores de diferentes disciplinas es *Historias de jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX*, trabajo colectivo cuya influencia fueron los ya clásicos tomos de *Historia de los jóvenes* dirigidos por Giovanni Levi y Jean Claude Schmitt.⁷³

De acuerdo con José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga, la obra se enmarca dentro del enfoque de la *nueva historia*, para ello retoman de Peter Burke la idea de que esta forma de historia se construye desde abajo y se fija en el análisis de estructuras. Esto, por supuesto, los coloca de inmediato en oposición a la *historia tradicional*, la cual se construye desde arriba y se centra en los acontecimientos. Entonces, ¿qué es lo que hace que su obra sea *nueva historia de la juventud*? De entrada, la respuesta simple y obvia sería: se alejan de los adultos, en cambio, se centran en la experiencia de los jóvenes, por tal motivo hacen una historia desde abajo no desde arriba. Pero una historia de la juventud desde abajo genera sus propias dificultades, en quiénes habría de enfocarse en los jóvenes de clases bajas o clases altas, en lo femenino o lo masculino, en lo heterosexual u homosexual, por último, en lo urbano o lo rural. Esto es una problemática esencial de la historia desde abajo, no obstante, los coordinadores de este texto no complejizan este punto, respecto a ello habría que aclarar si el sólo hecho de hablar de los jóvenes conlleva necesariamente a hacer esta forma de historia.

Por cierto, se adscriben a la nueva historia pero no consideran una problemática consustancial de esta forma de hacer de hacer historia, la cual se relaciona con las fuentes. Si la historia tradicional se hace con fuentes documentales (de archivo), la nueva historia examina una mayor variedad de huellas, como son visuales y orales. Testimonios orales son colaterales en el trabajo de Necochea y las fuentes visuales (cine, pintura, escultura y fotografía) no tienen cabida en el libro. En realidad, el uso de fuentes iconográficas lleva consigo una cuestión más profunda. La nueva historia, tal como la plantea Burke, hace una distinción entre huellas que no “ofrecen un reflejo de la realidad si no representaciones de la misma”. Es decir, una nueva historia interesada tanto por las representaciones como por las experiencias de los sujetos. Sin embargo, esta nueva historia de los jóvenes quiere desligarse de la primera y le da mucho peso a la segunda. Aquí el problema estriba en que una “nueva historia” sería una historia de representaciones y prácticas; consistiría en exploraciones más allá de lo escrito y finalmente que no dé por sentado que solamente porque se habla de jóvenes implica en sí: una historia desde abajo.

No obstante, observo una contradicción aún mayor en algunos escritos que proponen recuperar lo que los jóvenes dijeron sobre ellos mismos. Recobrar la voz y praxis de estos sujetos es esencial de

⁷³ José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga Castro-Pozo (coords.). “Introducción. La Heteroglosia sobre los Jóvenes”..., *op. cit.*, p. 9.

acuerdo con los coordinadores. A pesar de eso, parte considerable de las fuentes empleadas por algunos investigadores en sus estudios son sumamente secundarias, pocos analizan documentos escritos por los mismos jóvenes que hablen de sus propias experiencias. Al basarse en fuentes en las que otros hablan de ellos o que han sido elaboradas con posterioridad al periodo abocado en sus estudios, se desvían de su propósito primordial, el cual consiste en rescatar las voces de los propios jóvenes del pasado.

Llevo esta reflexión un poco más lejos. Detrás de la inocente frase, rescatar la voz de ellos mismos, hay implicaciones epistemológicas y éticas. Si estos nuevos historiadores de la juventud en realidad deseaban que sus textos contuvieran las voces de las y los jóvenes debían haber buscado estrategias de escritura que los llevaran a recobrar las mismas. La nueva historia se interesa por técnicas narrativas para escribirla.⁷⁴ Peter Burke, de hecho, opta por el término de *heteroglosia* propuesto por Bajtin, el cual presenta distintos puntos de vista dentro de la escritura, es decir, voces diversas y opuestas. Sin embargo, los coordinadores desconfían de ella, pues a su parecer ha ocultado la voz de los jóvenes, como sucede con las historias de la educación que pocas veces tratan sobre estudiantes, esto es, la juventud. Pero si se quiere cumplir lo que se promete, si realmente se desea poner las voces de los jóvenes en el discurso histórico académico, entonces se debe dejar de ser el narrador omnipresente en el texto, como lo sugieren algunos teóricos poscoloniales cuando cuestionan que los sujetos hablen por sí mismos, o ser un compositor como lo sugiere Cristina Rivera Garza con su técnica del *collage*, modo de escritura que llevaría la historia de las y los jóvenes al papel porque encarnaría la estructura propia e interna del documento. Para lograrlo, se analiza a la fuente como un constructo que registra distintas voces. Luego las voces se juxtaponen a través de citas para elaborar así un nuevo texto.

Aunque sí hay algunas propuestas interesantes en cuanto al uso de fuentes y herramientas teóricas para historizar a los jóvenes. Con el caso de las fuentes, Julieta Quilodrán hace un trabajo de demografía histórica, a través de censos de población da una lectura sobre la instrucción, fecundidad y pareja. Elena Torres con testimonios autorreferenciales enuncia la diversidad juvenil dentro de un mismo estrato social, espacio y momento histórico. Finalmente, Martha Eva Rocha mediante papeles de familia, cartas, prensa y memorias nos recuerda que el amor y el noviazgo no significaron siempre historias de color de rosa para las jóvenes.

En lo que respecta a lo teórico existen tres estudios sugerentes. El primero corre a cargo de José Antonio Pérez Islas, quien mediante una conversación con distintos autores (principalmente con Morch, Ariès, Bourdieu, Deleuze y Guattari), da propuestas para buscar en el caso mexicano a la juventud como etapa diferida de la vida y, así no caer en la idea de que la juventud es hecho universal que ha existido en los tiempos. En cambio, Maritza Urteaga sigue muy de cerca los planteamientos sobre representaciones sociales, imaginarios e imágenes culturales para trazar un recorrido cronológico de cómo se construyó la juventud, como categoría, en el México moderno. Finalmente, Roberto Brito Lemus

⁷⁴ Peter Burke señala algunas técnicas narrativas como son la heteroglosia, la narración densa, la micronarrativa (historia local) y la historia estructural.

siguiendo a Mannheim, Ortega y Gasset y sobre todo a Margaret Mead desarrolla una *tipología de las relaciones generacionales*, la cual lo conduce a analizar el desarrollo de la participación juvenil, en su representación de estudiante, dado que las condiciones materiales de la época cardenista, dejaban pocas posibilidades de desarrollo de una cultura juvenil.

Al teorizar los autores dicen al historiador algo significativo para estudiar a la juventud, se debe unir los datos empíricos y la especificidad contextual con la teoría, para no caer sencillamente en investigaciones descriptivas. Quizá lo anterior no sea nada nuevo bajo el sol, supongo que ello hace rato que se sabe. Pero lo que se sabe no siempre se lleva a la práctica. Y con frecuencia existe en el historiador la incertidumbre sobre el uso de la teoría, sobre todo, por los planteamientos universales de ésta que no siempre se acoplan a la especificidad contextual que analiza la historia. Por eso, me parece que lo valioso de estas investigaciones fue buscar y compartir propuestas teóricas que puedan servir de guía para otros.

Con esto finalizo con las propuestas generales de esta nueva historia de juventud, pero falta hacer una reflexión particular sobre dos trabajos esenciales para mi investigación porque se abocan al periodo histórico conocido como Porfiriato. Éstos son: “El muro del silencio: Los jóvenes de la burguesía porfiriana” de Raquel Barceló y de Gerardo Necochea “Los jóvenes a la vuelta del siglo”.

El estudio de Barceló se enfoca a la juventud de clase media y alta ya que, según la autora, la juventud porfiriana se halla circunscrita a los hijos de las familias de esas clases sociales. Planteamiento con el que Gerardo Necochea va a estar de acuerdo, pues al respecto él menciona que para los sectores medios y la élite la llegada a la madurez se postergó con la educación. En ese sentido, cabe indicar que durante el Porfiriato esos jóvenes a los 13 años ingresaban a la Escuela Nacional Preparatoria y a los 15 ya la concluían, momento en que decidían si continuar con sus estudios o iniciar a trabajar, por ese motivo incluso en ellos la juventud aparecía como una etapa relativamente corta.

En contraposición, las clases bajas tenían un periodo aún más corto entre dejar de ser niños y adquirir responsabilidades adultas.⁷⁵ Desde pequeños se insertaban en el mundo laboral fue por eso que para las clases bajas la juventud parece casi imperceptible, en poco tiempo se pasaba de la infancia a la adultez. Como lo muestra Gerardo Necochea, a los quince años los muchachos artesanos ya podían “dedicarse solos a la producción” y “ganarse la vida por sí mismo”.⁷⁶

De aquí lo interesante es destacar que ambos trabajos toman en cuenta las condiciones sociales y contrastes del Porfiriato para realizar sus estudios, dado que existió durante ese lapso marcadas diferencias entre las distintas clases sociales. Por lo mismo, la condición juvenil no tuvo el mismo significado para los jóvenes de clases medias y altas, quienes tuvieron acceso a la educación; la contraparte de ellos fueron los sectores campesinos, artesanos y obreros, quienes empezaron a trabajar a muy temprana edad. Mientras con el sector estudiantil por la misma condición de ser estudiantes existió

⁷⁵ Gerardo Necochea. “Los jóvenes a la vuelta de siglo”..., *op. cit.*, p. 99.

⁷⁶ *Ibid.*, pp. 95-97.

un postergamiento entre la infancia a la adultez porque accedieron a una educación post-elemental, para los sectores bajos se puede decir que difícilmente había para ellos dicha una etapa de juventud pues rápidamente adquirirían responsabilidades adultas.

Es por esa razón que ambos autores fijan límites para considerar cuándo un individuo era joven. Para Gerardo Necochea, la juventud se dio con la inserción a un oficio y el paso a la adultez sucede con el matrimonio (sobre éste hay que mencionar que ocurría, en general, a edades tempranas). Por su parte, Raquel Barceló toma en cuenta el código civil de 1870 y su modificación en 1883, el primero protegió a los menores de 21 años mediante la patria potestad porque los consideró incapaces; no obstante, con la modificación que se hizo al código las cosas no cambiaron mucho, “antes de los 21 se necesitaba del consentimiento de los padres para disponer libremente de su persona y bienes”.⁷⁷ Si bien esos códigos civiles son importantes porque aluden una diferenciación entre los mayores de edad y los menores de edad en cuestiones legales, estoy más de acuerdo con Necochea en buscar la noción de juventud mediante transiciones simbólicas como la entrada al mundo laboral o al matrimonio.

En otro orden de ideas, Raquel Barceló observa la existencia de un “abismo generacional” entre los hijos que vivían una revolución hormonal y los padres que no hallaban donde se encontraban sus fallas al educarlos. Como consecuencia de esto, en la familia había escasez de canales de comunicación de sentimientos y el autoritarismo del padre se hacía latente. Él “era el hombre que simbolizaba toda la familia” y pocos “padres supieron no ser autoritarios” durante finales del siglo XIX.⁷⁸ De tal manera, que la adolescencia se volvía confusa para los jóvenes y los padres los dejaban solos ante sus fantasías; por tal motivo, había un muro de silencio entre padres e hijos en particular y entre adultos y adolescentes en general.

En oposición a lo anterior, me parece que hay aquí una visión anacrónica de la autora, sin ser determinista realmente fue difícil que existiera otro modelo de paternidad o de familia en una sociedad autoritaria y patriarcal como fue el Porfiriato. Recientemente, un estudio sobre la patria potestad demuestra que el padre podía incluso seguir ejerciendo control sobre la persona y los bienes de los hijos legítimos más allá de la muerte, viuda e hijos tenían que someterse a la autoridad del difunto que mediante consultores imponía su voluntad.⁷⁹

Ese autoritarismo y actitudes patriarcales no sólo se encuentran en los papás de los burgueses, sino también con el sector social al que alude “Los jóvenes a la vuelta del siglo”. Los padres de estos jóvenes tenían una actitud autoritaria, las obligaciones familiares inclusive se anteponian a las aspiraciones personales de los muchachos, por lo que migrar para los hijos podía ser una forma de huir

⁷⁷ Raquel Barceló. “El muro del silencio: los jóvenes de la burguesía porfiriana”..., *op. cit.*, p. 114.

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 122-124.

⁷⁹ Véase a Carmen Ramos Escandón. “Entre ley y cariño. Normatividad jurídica y disputas familiares sobre la patria potestad en México” en *Entre la familia, la sociedad y el Estado: niños y jóvenes en América Latina siglos XIX-XX*, Madrid, 2005, pp. 115-141.

del despotismo paterno, sin embargo para Necochea los papás aún a la distancia se empeñaban en mantener su autoridad.

De ambas investigaciones me intereso mencionar “la autoridad paterna”, ya que los jóvenes siempre se hallan inmersos en relaciones de poder, parafraseando a Pierre Bourdieu, los límites entre las edades son objeto de lucha, donde cada cual debe ocupar el lugar que le corresponde. Al otorgarles a los jóvenes ciertas atribuciones se les dejan otras a los adultos. Y esto se muestra, claramente, desde la institución familiar, en la cual el padre fue la máxima autoridad y a los vástagos sólo les quedaba obedecer. Los hijos básicamente eran propiedad del padre. En ese sentido, hay que tomar en cuenta cómo se dan estas relaciones o luchas de poder dentro del ámbito familiar por la diferencia de edad.

Raquel Barceló y Gerardo Necochea nos dicen mucho sobre cómo los padres veían a sus hijos adolescentes y cuál era la función paterna frente a los jóvenes; cómo se les normaba dentro de la familia. De ahí que, ambos den esbozos de lo que puede ser una línea de investigación en relación con la vida familiar de jóvenes que vivieron en una sociedad patriarcal y adultocéntrica.

Otro aspecto interesante es que Raquel Barceló reconstruye, por un lado, algunas características sobre los jóvenes rebeldes del siglo diecinueve. Para ello emplea como fuente la novela de José Tomás de Cuéllar *Ensalada de pollos*, así logra revelar comportamientos y elementos culturales distintivos de las y los jóvenes conocidos como *pollos* y *pollas*. Por otro lado, también salen a flote en su investigación los “perros preparatorianos”, jóvenes que mediante las *perradas*, es decir, con las travesuras y la guasa lograban dominar el territorio aledaño a la Escuela Nacional Preparatoria. Con dichas reconstrucciones, el trabajo de Raquel Barceló, es el que más nos acerca a conocer algunos elementos de vida cotidiana de los jóvenes burgueses durante el Porfiriato. Para ello traza una línea de análisis que nos invita a descubrir la vida de los jóvenes enmarcada dentro de la escuela, la familia, el autoritarismo, el enamoramiento y las diversiones.

De la misma manera, Gerardo Necochea nos da a conocer dos imágenes de lo juvenil en el caso del Porfiriato, la imagen del bohemio, donde figura Ricardo Flores Magón, a quien alude principalmente su texto, sin embargo, hace poca referencia a algunos escritores modernistas, quienes empezaron a escribir desde muy jóvenes. De hecho, la literatura puede ser una fuente importante de estudio porque en algunos escritos de los modernistas se puede hallar ese sentir bohemio del joven. Un ejemplo de ello, es la obra de Bernardo Couto Castillo, soñador y artista modernista que murió “agostado en la flor de la juventud” – dijo Rubén M. Campos- .

La otra imagen es la del revolucionario, pero antes se tiene que aclarar que Necochea menciona que el movimiento de oposición al régimen porfirista no fue meramente de jóvenes, aunque éstos si dieron una dinámica distinta a esta oposición, sobre todo por ideas de cambio de muchos jóvenes de clases media y alta, las cuales no encontraron lugar y, en consecuencia, muchos de ellos fueron protagonistas de la oposición. Ya durante la efervescencia revolucionaria, también sale a flote la imagen del intelectual, grupo de filósofos literatos y artistas que más tarde formó el Ateneo de la Juventud.

Por último, el ensayo de Gerardo Necochea plantea una pregunta que seguramente en los próximos estudios será tema de discusión: ¿cuándo surgió en México la juventud? Para él, ésta como concepción política y social comenzó a formarse en los primeros decenios del siglo veinte. En el siglo anterior, ser joven no representaba una etapa diferida del ciclo de la vida, los individuos sin más pasaban de la infancia a la adultez.⁸⁰ Por demás, esta idea nos parece significativa, ponen a debate el surgimiento sociohistórico de la misma.

Es pertinente subrayar lo siguiente, Gerardo Necochea no encuentra la categoría juventud en el siglo diecinueve para obreros, campesinos y artesanos porque éstos no eran el centro de la vida familiar, por tanto, adoptaban conductas adultas, vivían de trabajos marginales e iniciaban una vida sexual activa a temprana edad.⁸¹ Aunado a ello, María Eugenia Sánchez Calleja y Susana Sosenski apuntan que fue en el México posrevolucionario cuándo hubo un cambio de actitudes por parte del Estado con los menores de sectores pobres. En ese periodo comenzaron a realizarse organizaciones de asistencia pública como privada, congresos mexicanos y panamericanos enfocados a la protección de la infancia, así como legislaciones e instituciones que tenían como fin difundir un proyecto para integrar a la infancia de esa clase, evitando así la vagancia, la delincuencia y el abandono de los menores. Entre otras cosas, el Estado buscó normarlos, disciplinarlos, moralizarlos tanto a ellos como a sus familias.⁸²

Visto así, Gerardo Necochea no toma en cuenta que el periodo de la infancia para esa clase social era corto, trabajar a temprana edad para ayudar en el sostenimiento de la familia los hizo adquirir más pronto responsabilidades y comportamientos adultos. Lo más conveniente, en mi opinión, al reconstruir la historia de jóvenes de clases populares, consiste en comprender que la infancia es requisito previo a la juventud. Si la niñez en los sectores pobres, como fase particular de la vida adquirió singularidad hasta en el siglo veinte, la idea de juventud se formaría tiempo después.

De manera contraria al autor antes citado, mi punto de vista es que desde el Porfiriato se puede apreciar que las clases alta y media se apropian de una noción de juventud, principalmente estos cambios son debido a la escolaridad y la postergación de la entrada al trabajo de los hijos de la clase media y alta, así como la preocupación de las familias de la elite por educar, disciplinar y normar a un ciudadano del futuro.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 98.

⁸¹ María Eugenia Sánchez Calleja. *Niños y adolescentes en el abandono moral. Ciudad de México (1864-1926)*, México, INAH, 2014, p. 11.

⁸² María Eugenia Sánchez Calleja "Niños desvalidos: abandonados o delincuentes, sus derechos: una historia en construcción, 1920-1930 en *Los niños su imagen en la historia*, México, INAH, 2006, pp. 117-133; Susana Sosenski. *Niños en acción. El Trabajo infantil en la ciudad de México (1920-1934)*, México, El Colegio de México, 2010.

1.6 “Historia oral” de las y los jóvenes

No puedo terminar este balance historiográfico sin mencionar trabajos sobre historia oral, los cuales recogen tanto la palabra como la memoria de la juventud, ya que éstos son de suma importancia porque nos remiten a experiencias personales y a la propia vida de las y los jóvenes que se estudian. Señalaría, por lo tanto, que esta forma de hacer historia pone de manera más cercana al investigador con el sujeto de estudio, por la simple razón de que entre ellos existe una interacción a través de la comunicación y de la memoria.

Para la *historia oral de los jóvenes* decidí centrarme solamente en cuatro estudios que hablan principalmente de la clase media, el motivo de adentrarme en este grupo radica también en apelar la necesidad de investigar a profundidad sobre las y los jóvenes de dicho sector social. Reitero que la mayoría de los estudios en torno a la juventud han centrado más su atención en los sectores urbano populares –aclaro que ello no me parece mal–, dado que estos análisis evidentemente han sido indispensables para complejizar la categoría juventud. Pero lo que sí tengo que mencionar son los vacíos e insuficiencias que existen respecto a producción académica referente a la clase media y, aún más para la clase alta.

Sobre la juventud de clase media, cabe indicar que la sociología ha dado algunas investigaciones. Permítanme indicar de manera sumaria dos ejemplos: “La juventud radical” capítulo que aparece en *Mitos y fantasías de la clase media en México*, en este texto Gabriel Careaga examina la actitud política y situación del joven estudiante de clase media a nivel global, Latinoamérica y México.⁸³ Y “Los rebeldes de la clase media”, capítulo que pertenece al libro *El desafío de la clase media* de Francisco López Cámara.⁸⁴ En éste, el dilema capital que expone este autor en su escrito es que la rebeldía y la protesta son parte del contexto sociohistórico en que ocurren, para el momento que él analiza surgen a raíz de un futuro que no parece asegurarles a los jóvenes una posición mejor que la de sus padres. Según él, ya la educación no es garantía de promoción social y los pocos canales de representación de los partidos políticos les niegan la participación.

Esta idea de que la educación superior ya no es garantía de un ascenso social es retomada por Elena Torres. Autora que a través de la historia oral centra su análisis en las y los jóvenes en las décadas de los cuarenta y cincuenta en México. Así, mediante los recuerdos juveniles de sus entrevistados, ella reconstruye y analiza, por una parte, cómo los jóvenes de dicho sector social, durante el milagro mexicano, se apropiaron de una ciudad en crecimiento y cómo la urbanización también se apropió de

⁸³ Gabriel Careaga. “Los jóvenes radicales” en *Mitos y fantasías de la clase media en México*, México, Cal y Arena, 1988, pp. 133-163.

⁸⁴ Francisco López Cámara. “Los rebeldes de la clase media” en *El desafío de la clase media*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1971, pp. 90-104

ellos transformándolos en *nuevos jóvenes*.⁸⁵ El centro de argumentación de la autora estriba, por un parte, en conocer cómo los jóvenes de clase media en los cuarenta y cincuenta adoptaron y practicaron nociones modernas de juventud, las cuales aún se pueden hallar en el nuevo milenio. Y, por otra parte, critica los mitos que se crearon en torno trayectorias escolares de los jóvenes-estudiantes, el ser profesionalista como sinónimo de éxito económico-laboral y movilidad social; así como la modificación de las trayectorias laborales que surgen a partir de que se posterga la entrada al mercado laboral.

De la explicación de Elena Torres sobre los jóvenes de clase media durante los decenios de los cuarenta y cincuenta, es indiscutible que la autora es precursora en hacer historia de los jóvenes de dicha clase social, pues este grupo juvenil que ha sido un tanto marginado en los estudios antropológicos y sociológicos, pues como es bien sabido, han centrado su interés en los jóvenes de los sectores populares.

No obstante, hay que someter a evaluación crítica su propuesta metodológica. En ese sentido, Elena Torres no formula una estrategia de análisis para sus testimonios orales, considera que al entrevistar a personas ancianas y preguntarles cómo vivieron su juventud se encuentra de forma directa con la experiencia juvenil. Para ir un poco más allá con esto, quiero mencionar que hacer historia oral de los jóvenes del milagro mexicano, mediante recuerdos de hombres y mujeres que oscilaban entre los 65 y 85 años, no se halla frente a una relación inmediata ni transparente con los jóvenes, por el hecho de que a quienes entrevistó ya no son jóvenes. Por mi parte preguntaría: ¿qué método utilizó para analizar las percepciones e ideaciones adultas que se encuentran en los recuerdos de sus entrevistados? Pero esta pregunta sería tendenciosa sino explico por qué considero que hay en esos testimonios orales percepciones e ideaciones adultas sobre la juventud. Primero los entrevistados envejecieron y, con ello ha cambiado su modo ser, pensar y actuar, ello los pudo haber llevado a resaltar ciertos aspectos de su juventud que consideran importantes desde su visión adulta y a omitir de manera intencional o involuntaria otros porque la memoria es selectiva. Puede haber recuerdos idealizados de su propia juventud. Los adultos, a veces, solemos a decir: “en nuestra época los jóvenes éramos de tal modo, nos preocupábamos por y hacíamos esto”, comparándonos con la generaciones que nos siguen. Así cada uno de los entrevistados se hizo cartero de “un relato que trasmite conservando lo ‘esencial’: subrayado, recortado [...] repuesto en una perspectiva escogida”.⁸⁶

Quisiera aclarar aquí que para nada demerito la importancia de la historia oral para la reconstrucción de distintos jóvenes. Menos aún, desmerecen importancia los testimonios orales, ya que

⁸⁵ Elena Torres “Milagros, mitos y anacronismos del trabajo juvenil.” Ponencia presentada en el marco del VII Congreso Nacional *El trabajo en la crisis. Desafíos y oportunidades*. Realizado del 18 al 20 de mayo de 2011 y organizado por la asociación Mexicana de Estudios del Trabajo en Mérida, Yucatán; “Jóvenes, educación y ciudad: La tríada mítica” en *Revista mexicana de estudios de la juventud*, núm. 1, México, 2011, pp. 31-48; *La Juventud: Una historia para contarse. Jóvenes de clase media en la Ciudad de México 1940-1960*, México, Tesis de doctorado en historia y etnohistoria, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2012.

⁸⁶ Jaques Derrida citado por Cristina Rivera Garza. *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General. México, 1910-1930*, México, Tusquets, 2012, p. 254.

ellos tienen un valor indescriptible para hacer historia de las y los jóvenes. Tampoco digo que no sea válido entrevistar a personas adultas para reconstruir la historia de la juventud, cada quien sigue las huellas que desea emplear. Más bien, la limitación principal del trabajo de la autora reside en que no sometió a análisis crítico sus fuentes, por el hecho de que olvida que todo testimonio histórico sufre de las representaciones de quiénes lo producen, en su caso, de quien habló. Quien habló en los testimonios fue el adulto y, no el joven en sí.

El otro punto verdaderamente crítico radica en que la investigación de Elena Torres la categoría juventud no es conceptualizada. Si bien se puede interpretar que no la considera como una etapa universal. Como menciona en su investigación, se aleja de las teorías psicológicas y moratorias sociales que la caracterizan como una edad de rasgos inherentes y homogeneizadores, falta un referente teórico más amplio que sirva para interpretar de manera histórica la categoría juventud. Me parece que rehúye construir un marco de analítico que problematice y sirva para explicar la realidad de los jóvenes de clase media del periodo comprendido. Pensar la juventud únicamente a través de la heterogeneidad y lo no bio-psicológico ayuda a comprender que hay distintas maneras de ser joven, no obstante, es insuficiente para un estudio histórico.

Observo que explica poco la categoría juventud en derredor al cambio y la continuidad histórica. Elena Torres indica que las prácticas y nociones modernas de juventud de las décadas de los 40 y 50 proceden del siglo diecinueve y permanecen vigentes tras la revolución, pero nunca expone cómo y por qué continúan, ni tampoco si se perpetúan íntegramente o han tenido cambios, aunque sean mínimos. Por lo mismo pienso que es necesario ir más lejos, estar atentos siempre al cambio y la continuidad, pero sobre todo construir un referente conceptual que ayude a complejizar a nuestros sujetos de estudio.

Abro un paréntesis y menciono un momento cumbre de la historia contemporánea de México en el que ya no había de milagros sino fracasos de un sistema político autoritario que fueron denunciados primordialmente por los hijos de la clase media. Enseguida me referiré al movimiento estudiantil de 1968. El primer texto que menciono sobre el tema es la recopilación de testimonios orales que realizó la escritora Elena Poniatowska. En su libro, *La noche de Tlatelolco*, la autora recobra voces de distintos protagonistas, no sólo de las y los jóvenes que participaron en el movimiento, cuya voz es sumamente importante, sino también las voces de madres y padres de familia, vecinos de Tlatelolco, militares, profesores y obreros. Este trabajo merece especial atención en este apartado sobre historia oral dado que los investigadores con estos testimonios pueden tener una fuente imprescindible para historizar a las y los jóvenes del movimiento estudiantil de 1968.

Es substancial que Poniatowska haya recuperado los testimonios orales de las y los estudiantes justamente en su momento de juventud, de este modo en este libro se puede apreciar una relación directa con la experiencia juvenil a través de los propios recuerdos. Otro detalle es que no únicamente en este texto se encuentra lo que dicen las y los jóvenes, sino además lo que dicen otras personas sobre la juventud. Esto me parece significativo porque aquí se encuentran tanto las representaciones en torno a

esa generación de jóvenes, como también al sujeto juvenil en su papel transformador. O como Giddens diría, al agente de cambio que reconoce el potencial de sus acciones.⁸⁷ En otras palabras, en los testimonios se puede leer a un sujeto juvenil de clase media que resiste frente a las coacciones y el autoritarismo de un Estado represor, lo que refleja a las y los jóvenes de dicho sector social no solamente como individuos preocupados por el consumo o la moda sino como sujetos que incurren en la vida política y social.

Quizá el único cuestionamiento que podría hacer sobre el texto de Poniatowska tiene que ver en sí con una problemática muy debatida sobre el uso de las fuentes orales en la historia. Si esta historia oral tuvo como herramienta el diálogo situado en el momento que ocurrieron los hechos. ¿Qué ocurre cuando se transforma esa oralidad al documento escrito, como pasó con este libro? Con la recopilación de testimonios de *La noche de Tlatelolco*, me parece que el lector no se encuentra en la misma situación oral de quien recogió esos invaluable testimonios porque Elena Poniatowska estuvo allí observando lo que sucedió en esos momentos precisos. Me pregunto: ¿dónde quedan los silencios, los gestos, los movimientos, las expresiones de las personas que dieron su testimonio? Todos estos elementos son unidades comunicativas que expresan al igual que las palabras y, quizá se pierden al trasladarlos al documento, ya que oralidad y escritura son completamente distintas. La primera se sitúa en el momento mediante la interacción del diálogo, en cambio, la segunda “corre tras la palabra hablada tratando de captarla en el momento mismo de su surgimiento. Y, como Aquiles con la tortuga, nunca la alcanza”.⁸⁸ La transcripción que transforma lo oral a lo escrito, siempre es “semblante de un objeto perdido”. Con ello, supongo que con el cambio a la escritura se pierden elementos comunicativos, por más de que los testimonios hayan sido fielmente transcritos. Aunque esto para nada demerita el enorme valor histórico de la *Noche de Tlatelolco*, se ha vuelto una invaluable huella contra el olvido.

Después de haberme ocupado del texto de Elena Poniatowska, examino un estudio que visibiliza y reivindica la participación de las jóvenes de la Universidad Benemérita de Puebla en el movimiento estudiantil de 1968. En esta investigación de Gloria Tirado Villegas titulada “De la historia a la nostalgia. Memoria colectiva, el 68 en Puebla, México”, la autora mediante la historia oral nos lleva a conocer las experiencias de participación política de las protagonistas. Pero aún más, este estudio no sólo se limita a ello, se señala también cómo cambió el rol de estas jóvenes a raíz de que se fueron incorporando al movimiento, de acuerdo con la autora se mostraron algunas transformaciones en la mentalidad, vida cotidiana y en su propia identidad, eso evidentemente las llevó a trasgredir el ámbito familiar y además el espacio público.

⁸⁷ Citado por Denise Jodelet. “El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales” en *Cultura y representaciones sociales*, núm. 5, 2008, p. 44.

⁸⁸ Néstor A. Braunstein. “El atizador Wittgenstein y el agalma de Sócrates a Lacan” en *Filosofía y psicoanálisis*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 15.

Específicamente, según la autora, esos cambios se volvieron visibles en la sexualidad, el noviazgo, el matrimonio. Las jóvenes que participaron en el movimiento ya no desean ser como sus madres: calladas y sumisas. Ello lo interpreto como un punto de ruptura para estas mujeres, quienes a partir de ese momento tuvieron más autonomía en el ámbito privado y además en el público porque lograron formar una conciencia de clase que las llevo a organizar grupos de mujeres que reivindicaron la lucha estudiantil y a participar en cuestiones políticas y sociales.

Pero el movimiento estudiantil y social de 1968, desde la lectura de Gloria Tirado Villegas pone en evidencia la ausencia e invisibilidad de las jóvenes en la producción histórica. Si las jóvenes participaron y fueron protagonistas de distintas maneras, entonces “*por qué y cómo* [...] se vuelven invisibles para la historia cuando, de hecho, fueron actores sociales y políticos en el pasado”.⁸⁹ Así el problema de la invisibilidad de las mujeres jóvenes en este movimiento tiene implicaciones políticas porque se les ha denostado su estatus de sujetos históricos al omitir que han sido parte de las transformaciones políticas y sociales de una generación que logró grandes cambios. Se les ha percibido por ello únicamente como seres privados, negando su incidencia en la vida pública.

Al respecto agrego aquí que la invisibilidad de las jóvenes en las investigaciones históricas no forma parte de una conspiración académica, más bien es producto de un arraigo muy presente en los estudios históricos. Hay que reconocer que, en muchas ocasiones, la historia ha sido vista desde la óptica masculina y se ha circunscrito desde una concepción androcéntrica.

Para cerrar tengo que indicar que este estudio se posiciona en la denominada historia de las mujeres, hace énfasis en que las jóvenes poblanas de la generación de 1968 fueron protagonistas de ese momento histórico y, ello ha quedado en la memoria de esas mujeres. En ese sentido, la historia oral desde un enfoque que problematice la participación de las jóvenes en movimientos estudiantiles y sociales debe de constituir una tarea importante para las investigaciones históricas a futuro, dado que se nos ha olvidado que ellas han sido actores públicos.

Quisiera considerar a continuación la obra de Carles Feixa, *El reloj de arena. Las culturas juveniles en México*. En este libro dedica un apartado a cinco historias orales de vida que captan experiencias vivenciales de jóvenes mexicanos en un periodo más o menos reciente. Aquí me interesa mencionar solamente el testimonio de Aida, una joven universitaria de clase media que relata cuestiones como la movilidad social de su familia, su trayectoria educativa en escuelas privadas, actividades cotidianas, ocio, el anhelo de ser empresaria y su percepción sobre los chavos banda. Aunque aquí al igual que en *La noche de Tlatelolco* sólo se tiene un trabajo compilatorio subrayo que todos estos fragmentos y detalles de la vida de Aída son fuentes fundamentales para escribir historias sobre jóvenes. Primero, las vivencias de esta joven no hablan sólo de una historia individual, sino de una conciencia colectiva de clase social, la cual supone que a través de la educación se obtiene una mejor condición social y, segundo, las historias orales de vida que recolecta Feixa son testimonios cercanos al análisis histórico de la realidad social

⁸⁹ Joan Scott. “El problema de la invisibilidad” en *Historia y género*, México, Instituto Mora, 1992, p. 47.

todavía vigente, visto de este modo las historias orales de vida son huellas que van de la mano con la historia del tiempo presente.⁹⁰

En síntesis, la historia oral y los testimonios orales de las y los jóvenes pueden servir de denuncia como lo es *La Noche de Tlatelolco*. Pueden incluso contradecir los mitos creados alrededor de la educación universitaria cada vez más selectiva y menos inclusiva, que se ostenta como sinónimo de éxito laboral, profesional y económico. Pueden, por último, ser útiles para percibir lo heterogénea que es la juventud por condiciones de clase social y género, entre muchas otras. Entonces mi pregunta es: ¿si los investigadores estamos ante una forma de hacer historia bastante generosa por qué existe aún sordera e incapacidad por parte de los historiadores de escuchar voces que han existido siempre? A mi entender, el reto principal de quienes practiquen las historias orales de las y los jóvenes consiste en oír la voz de los discapacitados, homosexuales, y de aquellos que se encuentran en situación de calle y, al trasladarlas al papel dejar que sus voces las puedan escuchar los demás. Pues todas esas voces por sí mismas son importantes, ya que presentan distintas apreciaciones de la vida y lo desigual que es nuestra sociedad. Y de este modo, sólo así, la historia oral de las y los jóvenes podrá decir: *soy toda oídos*.

Finalmente, recupero un cuestionamiento que planteé al principio. Existe una producción académica importante sobre los jóvenes de sectores populares, mientras que para la clase media y alta, muchas investigaciones sólo se han centrado sólo en la moda, consumo musical y ocio. En este punto menciono que Elena Torres, Elena Poniatowska y Gloria Tirado Villegas van más allá de la imagen del joven de clase media como sujeto que se interesa sólo por el ocio y consumo.

A lo largo de este capítulo me he encauzado a analizar cómo se ha abordado, desde una perspectiva historiográfica, a las y los jóvenes en México. Así he podido esbozar distintos enfoques que aluden a ciertos jóvenes en distintos contextos históricos. Parafraseando a Luis González, cada enfoque histórico es una manera de enfrentarse al vastísimo pasado y útil a su modo porque según la realidad que se reconstruya será el provecho que se obtenga. La historia colateral de la juventud, por ejemplo, aunque su objetivo principal no sea estudiar a estos sujetos, da mucha información sobre posibles fuentes para historizar a las y los jóvenes, invita a reflexionar sobre los estudiantes como jóvenes y a mirar las desigualdades por condición de género que han vivido las jóvenes. Claro, hay que hacer hincapié en que ésta no plantea escribir historias de las juventudes.

La historiografía de la minoridad pone en evidencia lo difícil que es en cuestiones jurídico-penales definir a la juventud, está no está delimitada, sencillamente se es menor o mayor de edad. Sin embargo, la historia de los menores se ubica dentro la historiografía de la infancia, pues, en algunas legislaciones y

⁹⁰ Al buscar textos de historia oral enfocados a la temática juventud se encontró una investigación enfocada a jóvenes indígenas recluidos en cárceles del Distrito Federal. Lo interesante de esta investigación no es sólo el enfoque historia oral, sino también por la periodización de la investigación, se puede ubicar dentro de la historia del tiempo presente. Véase a Duzko Velázquez de la Rosa. *En busca de la identidad perdida: Micro-Historias de la juventud indígena abandonada*, Tesis de licenciatura en historia, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

decretos se considera niños a todos los menores de 18 años, algo arbitrario, en mi opinión, porque no es suficiente conceptualizar a la infancia o juventud sólo por un rango de edad determinado. Por su parte, la historiografía de larga duración sobre la juventud se fija en el tiempo largo, si bien los casos expuestos terminan siendo lineales, no dejan de asombrar las descripciones de lo que hacían los jóvenes en aquellos tiempos.

La historiografía de la adolescencia propone, por un lado, el análisis de la realidad percibida y, por otro lado, darle un lugar específico al adolescente. No obstante: esta historia puede caer en lugares comunes, es decir, caracterizar a la adolescencia exclusivamente como una etapa de crisis identitarias. La historiografía bajo el enfoque de la nueva historia promete recuperar la voz de las y los jóvenes, quizá le haga falta reflexionar sobre técnicas de escritura para que lectores escuchemos sus voces, además plantea propuestas teóricas que pueden servir de referentes para próximas investigaciones. Por último, la historia oral de las y los jóvenes hace énfasis en la viva voz de sus fuentes, empero no cuestiona que cuando el lenguaje oral se convierte en lenguaje escrito, es decir, cuando se escriben las voces, éstas se llegan a destruir.

En gran medida, todos los enfoques historiográficos revisados son legítimos y válidos porque a su modo hacen recordar que las y los jóvenes tienen una historia y estudiarlos es comprender a las sociedades en su complejidad. Es ver además, por un lado, que las y los sujetos juveniles han sido agentes de cambio durante ciertos momentos históricos y, por otro lado, también ver que han estado bajo control de instituciones adultas.

Si bien no demerito ninguno de los enfoques estudiados aquí, dado que, cada uno de ellos hace una aportación a este campo de estudio, el cual requiere ser explorado, considero que en un análisis histórico sobre las y los jóvenes debe haber una confluencia entre el sujeto representado y el sujeto histórico. En mi opinión: se necesita analizar en la *historia de las y los jóvenes* tanto las normas como prácticas; tanto las representaciones como las participaciones; poner atención a los silencios como a las propias voces. En escribir historias desde un modo más complejo, en las cuales no se les considere sólo como las eternas víctimas de la sociedad adulta, o su contrario, los eternos impulsores del cambio.

Por lo visto, puedo decir que el camino recorrido por la historiografía de la juventud no es inexistente, aunque evidentemente los enfoques presentados son apenas exploraciones en torno a los varios caminos que faltan construir, también hay señalar que historiadoras e historiadores han investigado a las y los jóvenes para problematizarlos y visibilizarlos en el ámbito histórico. Llegados a este punto, sin embargo, conviene subrayar que *las historias de las juventudes* han de reescribirse, no únicamente por el descubrimiento de nuevas fuentes, sino porque ninguna escritura histórica es una afirmación definitiva, más bien es una interpretación que intenta persuadir sobre lo que pasó en el tiempo, por eso, sometida a discusión.

Quizá con esta forma de historia, ocurra lo mismo que pasó con las historias de las mujeres y de niños, de no ser tomadas en cuenta por la *historia tradicional*, nuevas corrientes de análisis histórico

propugnaron no sólo por su visibilidad o lo legítimo que es escribir estas historias, sino también han revalorado a los sujetos desde una perspectiva política, considerándolos como agentes del cambio histórico.

Si antes he afirmado que no debe preocuparnos los enormes silencios y vacíos que hay en la historia de las juventudes, realmente espero que pronto sean escuchados y llenados. Y para ello, es necesario no sólo saber qué ocurrió sino también imaginar cómo ocurrió. Pero no sólo eso: la imaginación para construir un método de análisis para escribir historias de las y los jóvenes puede ser esencial. Cuando el historiador construye métodos con el uso de su imaginación puede hacer como si en verdad escuchara voces, interiormente las puede escuchar. Voces que están en las fuentes, voces que vienen de lejos, voces que vienen del más allá...

Los retos de historizar a las y los jóvenes quizás sean: formular estrategias de lectura y escritura para poder escuchar las voces de esos muertos. Exhumarlos para que no sean olvidados a través de la escritura histórica. Escribir, así, historias sobre varias juventudes y muy diversos jóvenes. Eso para mí sería lo significativo, si se desea reconstruir la historia de estos sujetos sociales.

CAPÍTULO II.

PENSAR HISTÓRICAMENTE A LAS JUVENTUDES

Pensar fuera de la historia me resultaría tan imposible como debe parecerle a un pez vivir fuera del agua.

Pierre Vilar. *Pensar históricamente*

De modo intencional inicié con un epígrafe de Pierre Vilar, historiador francés que en una célebre conferencia cuestionó a toda ciencia de la sociedad de corte ahistórica y propuso a la historia como un modo de pensar. No es apresurado decir que ése sea el pretexto más apremiante para reflexionar sobre la categoría juventud, así como sobre las y los jóvenes dentro de la disciplina histórica y no fuera de ella. Como lo ha advertido Pierre Vilar, pensar históricamente es deseable, pero sobre todo posible.

Dicho lo anterior, en este capítulo, *grosso modo*, propongo en un primer momento analizar a la juventud, así como a las y los jóvenes mediante la historicidad. En segundo y último momento, analizo algunas teorías que explican el surgimiento sociohistórico de la categoría juventud como etapa distinta y diferida dentro del ciclo de la vida del ser humano.

Quisiera señalar, en este punto, que no trato de dar una definición unívoca sino simplemente mostrar elementos que inviten a pensar a la juventud de manera más compleja. Insistiré que cualquier definición sobre la juventud representa algo muy parcial, por lo mismo, no se pueden establecer definiciones definitivas y únicas. No obstante, no conceptualizarla conlleva riesgos, sobre todo, porque al no hacerlo no existe un referente teórico que problematice la realidad de las y los jóvenes, “e integre un marco de análisis para su comprensión”.⁹¹ No estoy diciendo tampoco que pensar históricamente tanto la categoría como a los sujetos signifique restringirlos a una sola disciplina: la historia. Más bien, soy de la idea de que el tema demanda la confluencia de varias disciplinas debido a la complejidad del mismo. Una vez más, se exhorta que el tema requiere de distintos enfoques que propongan maneras diferentes de abordar al sujeto juvenil.

Aclaro también que si bien este análisis no se plantea hacer un trabajo de corte transdisciplinario, multidisciplinario o interdisciplinario sobre la juventud. Sí intenta estudiar a las y los jóvenes durante el Porfiriato bajo un abordaje analítico diverso, por ello, se conjuntan ciertos saberes en torno a una

⁹¹ Roberto Brito Lemus. “Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un paradigma de la juventud” en *Última Década*, núm. 009, 1998, p. 1. [En línea en <http://www.re-dalyc.org/articulo.oa?id=19500909>].

temática específica, pero siempre teniendo en cuenta que se hace una investigación histórica. E incluso haciendo hincapié en la necesidad de pensar de modo histórico.

2.1. La historicidad como propuesta de análisis para el estudio de las juventudes

En este apartado, como señalé, planteo algunas propuestas para analizar la categoría juventud, así como a las y los jóvenes mediante la historicidad. Pero antes de comenzar con ello, es necesario precisar algunas cuestiones: en un principio explico la diferencia de significado que existe entre la juventud y los sujetos juveniles. El primero término, por una parte, se refiere a la categoría social de edad que surgió en algún momento de la historia y que identifica a un grupo de edad específica.⁹² Y, por otra parte, a partir de que la juventud se comprende como una etapa diferida de la vida se comienzan a construir referentes teóricos o/y conceptuales para abstraer y problematizar la realidad del grupo denominado: jóvenes. En ese sentido, la juventud se refiere a una categoría de análisis y con ello aludo a un constructo *in extenso* que no tiene un significado unívoco porque la realidad social de las y los jóvenes en el devenir tiempo ha sido tan compleja que cualquier construcción teórica y/o conceptual que problematice a la juventud siempre será limitada y, por otro lado, esa construcción teórica que se haga será histórica. El segundo término, son los sujetos de carne y hueso quienes viven su realidad sociohistórica.

Si construir un referente teórico siempre es limitado e incluso arbitrario, no construirlo puede resultar riesgoso. El motivo es porque se trabaja con los sujetos reales sin “efectuar una ruptura epistemológica con esa realidad”.⁹³

Dejo en este momento la clarificación de términos, para enunciar en qué consiste mi propuesta de análisis. En el curso de este trabajo sugiero, por un lado, recobrar la historicidad de las y los jóvenes (sea como sujeto social o sujeto representado) y, por otro lado, también para categoría la juventud tanto a nivel teórico como a categoría social de edad. A grandes rasgos, en estas páginas se intenta pensar históricamente a la categoría juventud, así como a las y los jóvenes.

Para comprender mejor los problemas que discuto más adelante, será útil profundizar qué se entiende por historicidad. Frente a los múltiples y complejos significados que pueda tener dicho concepto, la defino como el conjunto de condiciones que permiten pensar la historia.⁹⁴ Específicamente a las y los jóvenes. Pero para que quede un poco más claro qué es la historicidad, en primer lugar, se hace

⁹² Nótese que menciono que la juventud se formó en algún momento de la historia de la humanidad, porque en realidad no existe consenso sobre momento histórico específico en que ocurrió en las sociedades occidentales. Mientras algunos aseveran que fue en el siglo XVIII, hay quienes señalan se dio hasta el siglo XX y otros más aluden a que en la Edad Media ya existía esa categoría de edad.

⁹³ Roberto Brito Lemus., *op., cit.*, p. 1.

⁹⁴ Mariano Álvarez Gómez. “Introducción” en *Teoría de la historicidad*, Madrid, 2007, p. 15.

referencia a que el ser humano es el sujeto de la historicidad, en tanto que es y está en un tiempo y espacio determinados. Visto de este modo, el sujeto con su historia particular “tiene un lugar en la historia del mundo [...] en tanto que es parte de ella”⁹⁵ pero, a la vez, el sujeto es quien genera y hace que se establezcan los cambios en la historia con sus acciones. Con ello se puntualiza, los sujetos individuales y colectivos viven el devenir de la historia de la humanidad y tienen su propia historia, la cual es fundamento de la misma. Como lo dirá Agnes Heller: “La historicidad de *un hombre* comprende *la historicidad de la humanidad*. El plural tiene *prioridad* respecto al singular: *yo soy si nosotros somos, y no soy si no somos*”.⁹⁶ De esta manera, la historicidad es una gestación individual que tiene que ver siempre con otros. Las y los jóvenes son si otros lo son. Además el tiempo universal de la historia del mundo que se representa, por lo general, de manera lineal y el tiempo individual de la historia propia se piensa que se vincula, cruza y se transforman mutuamente.

La historicidad tiene la función de aclarar categorías que el historiador emplea para interpretar los hechos que estudia. Bajo este concepto, la categoría juventud tiene historicidad. La razón es porque esta categoría de análisis surge en un contexto histórico determinado y, a su vez, ha estado sometida a una enorme variabilidad de sentidos un contexto a otro y de una época a otra, dado que el marco de las relaciones sociales que se refieren a dicho término han cambiado a lo largo del tiempo. Así lo ha señalado Gadamer:

La comprensión de la historicidad de un concepto contiene, al mismo tiempo, la conciencia de que algo pertenece a su propio contexto de origen y adquiere su significado en el marco de relaciones que lo suponen y que, al mismo tiempo, pretende representar o referir y, además, que ese concepto traído por nuestro interés al presente pertenece a nuestro mundo, en el que lo analizamos, lo utilizamos y lo re-creamos.⁹⁷

Para comprender mejor esta propuesta análisis señalo su estructura, primeramente, se intenta recobrar la historicidad de la categoría de análisis juventud. Luego la historicidad de las y los jóvenes primero como sujetos sociales y luego como sujeto representado.

La categoría analítica adolescencia y más tarde juventud, como se sabe, ha sido utilizada por distintas ciencias, ello con el fin de explicar la realidad social de las y los jóvenes. Así pues, no se exime de las determinaciones temporales de su época. Por eso, considero que puede ser examinada desde dos dimensiones. Una sería de tipo sincrónica, es decir, referida al contexto determinado en que se conceptualiza a la juventud y la otra sería de tipo diacrónica, esto es, a través del tiempo. Esta forma de

⁹⁵ Armando Cisneros Sosa. “Cotidianidad e historicidad en las identidades colectivas” en *Identidades urbanas*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2005, p. 48.

⁹⁶ Agnes Heller. “Historicidad” en *Teoría de la historia*, México, Fontamara, 2005, p. 10.

⁹⁷ Citado por Lidia Girola, “Historicidad y temporalidad de los conceptos sociológicos” en *Revista Sociológica*, núm. 73, 2011, p. 18.

acercase a la historicidad de la categoría de análisis juventud, me parece una cuestión de suma importancia para que sea investigada. La razón es porque las categorías son más que palabras. Sí. “La juventud es más que una palabra”.⁹⁸ Como han mencionado Reinhart Koselock, los conceptos atrapan experiencias, contenidos sociales y políticos y, por lo mismo, atrapan y almacenan al pasado en el lenguaje. Lenguaje que alude, desde luego, a la realidad social y a los conocimientos científicos aprehendidos por los conceptos. Desde mi punto de vista, pueden indicar los cambios estructurales sobre cómo se ha pensado e interpretado a la categoría juventud, incluyendo los prejuicios con los que se ha construido a la misma. Este tipo de análisis sería un trabajo de corte histórico centrado primordialmente en los cambios y continuidades conceptuales de la categoría juventud.

De facto, Maritza Urteaga en *La construcción juvenil de la realidad* realiza un ejercicio sobre cómo se ha conceptualizado teóricamente la categoría juventud a través del tiempo. El estudio de la autora es un ejercicio de desmitificación de las bases no científicas con las se ha construido a nivel teórico la juventud, así analizar diacrónicamente la categoría juventud desde su surgimiento, que de acuerdo con ella, se dio durante el siglo XVIII con el concepto de adolescencia de Rousseau en *Emilio o de la educación*, para más tarde revisar a teóricos como Stanley Hall, Durkheim y Margaret Mead entre muchos otros, quienes han influido en la manera cómo se ha conceptualizado a la juventud. Lo interesante de la reflexión de la autora es que, según su opinión, en la teorización de la categoría juventud hay demasiada continuidad ya que los conceptos se han vulgarizado y mantenido a través de los estereotipos juveniles, esto entra en contradicción con la realidad de las y los jóvenes quienes han vivido en contextos históricos que cambian rápidamente.

Desde hace ya tiempo, de acuerdo con Maritza Urteaga, la juventud vista por las instituciones (familia, medios de comunicación, sistema escolar, instituciones de bienestar social y sistemas de vigilancia y control) se ha pensado sólo como etapa transitoria hacia la vida adulta. Se ha percibido a las y los jóvenes como seres incompletos cuyo destino es llegar a ser adultos, con ello se le niega participación en el presente. Se les ha homogenizado representándolos de un modo dicotómico, sea como ángeles o demonios. Así la conceptualización de la juventud, desde su perspectiva, no parece una categoría mutable sino estática.

En fin: el revisar cómo se ha conceptualizado históricamente la categoría juventud, no sólo es importante porque de este modo se recalcaría la dimensión temporal la categoría; sino también porque es necesario cuestionar los significados que se le han asignado juventud en el devenir del tiempo, ya que pareciera que éstos siguen constantes, se han perpetuado. Resulta paradójico que mientras la realidad social a la que aluden ha cambiado constantemente de un contexto a otro, algunos conceptos se mantengan casi inmutables. Es por esa razón que la juventud debe ser conceptualizada de acuerdo con esa realidad transformada, se deben evocar, por lo visto, nuevos cambios de paradigmas.

⁹⁸ Título del trabajo de Pierre Bourdieu sobre los jóvenes.

Como se ve, es importante resaltar la valía que tiene dicho tema de investigación, el cual no sólo atañe al campo de la disciplina histórica sino, desde mi punto de vista, también a las distintas ciencias sociales que analizan a la juventud. Pues al estudiarla uno puede darse cuenta que “cualquier cosa que pueda y deba ser conceptualizada se encuentra fuera de los conceptos”.⁹⁹ Es decir, la categoría de análisis también alude a esa realidad social y al conocimiento científico de la época en que se construyó la categoría. Ello implica trastocar la forma como se ha generado el conocimiento en torno a la juventud. Se apunta por último que una categoría se refiere siempre al momento histórico que la vio nacer y, por supuesto, está sujeta tanto al cambio como a la continuidad histórica.

Luego de esta exposición, se da paso a conocer cómo se puede recobrar la historicidad de la juventud como categoría social de edad. Aquí no se alude a una conceptualización teórica y abstracta, sino, por el contrario, se está haciendo referencia a la diferenciación que comienzan a tener las sociedades que las llevó a reconocer a la juventud como una etapa con características propias y que surgió en algún punto de la historia. ¿Desde cuándo se diferenció al joven del niño y del adulto para asignarle “ciertas demandas y tareas que suponen una relación con la idea de juventud”?¹⁰⁰ La propuesta que se plantea con esta pregunta, tiene relación con lo que Agnes Heller denomina el primer estadio de la conciencia histórica, los orígenes. Ésta a su vez resulta ser un tópico que merece atención ya que ayudaría a encontrar, por un lado, los factores sociales, culturales e históricos que propiciaron el origen la juventud como categoría social y bajo qué contexto se dio el cambio que propició que los jóvenes se concibieran como jóvenes. Sin embargo, habría que recordar que para cada una de las sociedades este proceso no se fue dado de manera simultánea: si en Europa, según algunos teóricos, surgió a finales del siglo XVIII o para otros hasta principios del siglo XX, en caso de México el surgimiento llevó otro ritmo diferente, sencillamente porque las condiciones sociales, económicas y culturales fueron diferentes. E incluso no se puede generalizar para todo un país, pues, se puede observar una diferencia entre lo rural y lo urbano, clases sociales y género.

A continuación lo que se plantea es analizar la historicidad tanto para los sujetos sociales como para las representaciones del sujeto. Pero antes de mostrar algunas posibilidades de análisis. Se recalca que los sujetos sociales y las representaciones de los sujetos tienen historicidad. Como ya se mencionó, los sujetos sociales individuales y colectivos tienen un lugar en la historia del mundo en tanto que son parte de ella. A su vez, tienen una historia propia, de ahí que se puede escribir una historia de cualquier individuo o grupo social mientras exista alguien dispuesto a contarla. En contraposición, el sujeto representado no participa en la historia porque es un objeto ausente. Sin embargo, sí forma parte de la historia de la humanidad, en la medida en que los sujetos individuales y colectivos en el mundo

⁹⁹ Reinhart Kosellock. “Historia de los conceptos y conceptos de historia” en *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 53, 2004, p. 30.

¹⁰⁰ Sven Morch. “El surgimiento de la juventud como concepción sociohistórica” en *JÓVENES. Revista de estudios sobre la juventud*, núm. 1, 1996, p. 81.

social tienden a elaborar imágenes, nociones y mentalidades respecto a otros sujetos con los que se tiene algún tipo de relación social. Esta forma de clasificar y asignarle un lugar al Otro en la realidad social tiene historicidad, porque son percepciones de un sujeto (individual o colectivo) ubicado en un tiempo y espacio determinado. Desde esta lectura, las representaciones sociales constituyen un proceso dinámico de orden histórico, las cuales cambian y se reelaboran en cada contexto y tiempo.¹⁰¹

He dicho que los seres humanos somos los sujetos de la historicidad, dado que somos tiempo y espacio. Específicamente somos tiempo determinado porque “cuando nosotros no éramos, *otros* eran y que cuando nosotros no seamos, otros serán; que cuando nosotros no estemos aquí otros estarán”.¹⁰² La cita de Agnes Heller me permite exponer, en un primer momento, que ser “no significa sólo ‘ser en el tiempo’ sino ‘ser en un tiempo determinado’”.¹⁰³ Lo anterior supone que las y los jóvenes tienen una dimensión temporal límite, enmarcada dentro de un contexto social, político, económico y, por lo tanto, histórico específico. El cual es imprescindible para cualquier investigación social, pues sitúa al sujeto dentro de su experiencia social y, es ésta la que alimenta a la historia de la humanidad.

En un segundo momento, se hace referencia a la sucesión de generaciones porque se está hablando de los predecesores, es decir, aquellos que existían antes de nosotros. De los contemporáneos, aquellos que comparten ciertas experiencias, acontecimientos y recuerdos en común que los hacen pertenecer a un mismo periodo histórico. Y finalmente de los sucesores aquellos que cuando ya no estemos estarán. En torno a la sucesión de generación, puede considerarse una perspectiva útil para analizar a las y los jóvenes puesto que sirve de base para pensar la continuidad y el cambio histórico. Con el fin de clarificar esta cuestión presento unos cuantos ejemplos. Con las y los jóvenes del 68, hubo un cambio generacional muy importante que dio lugar a transformaciones a nivel mundial, en la cual las y los jóvenes toman protagonismo público que se reflejó con el activismo político y la crítica a ciertos valores tradicionales en la familia y la sexualidad. El otro ejemplo es con las culturas juveniles. En ellas, Carles Feixa ha observado que tienen una clara identidad generacional que condensan el contexto histórico que las vio brotar y, a la vez surgen en defensa de la innovación por lo que sirven para estudiar procesos de transición cultural. Pero también, se aprecia cierta continuidad cuando los estilos juveniles son retomados por generaciones posteriores. Lo anterior da pauta a analizar la sucesión de generación como un proceso de cambio y continuidad histórica, que hace ver aparte que las y los jóvenes son parte de ese contexto histórico del que surgieron. Se producen en una temporalidad dada, porque cada generación posee una historicidad exclusiva

¹⁰¹ Mary Nash. “Representaciones culturales y discurso de género, raza y clase en la construcción de la sociedad europea contemporánea” en *El desafío de la diferencia: Representaciones culturales e identidades de género, raza y clase*, Bilbao, 2003, p. 22.

¹⁰² Agnes Heller., *op., cit.*, p. 10.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 13.

Por último, las y los jóvenes tienen una historicidad propia que les pertenece de sobremanera. La cual forma parte y es fundamento de la historia de la humanidad. Por eso, entonces, no han estado fuera de los procesos humanos. Han participado de diferentes maneras, esto los coloca como sujetos históricos. Es decir con una historia propia. De tal modo existe un entrecruzamiento entre historia personal (experiencia vivida) e historia mundial (sucesión de hechos). Pues las experiencias sociales de los sujetos construyen la historia. Por todo lo dicho antes, me parece pertinente escribir y hacer historia de las y los jóvenes vislumbrándola no solamente como una marcha universal, sino reconociendo la multiplicidad de historias personales y de tiempos. Viendo los procesos que el tiempo tarda en desgastar (continuidades) y los ritmos acelerados (rupturas).

Desde mi punto de vista, he considerado importante estudiar a las y jóvenes mediante la historicidad, porque ello los coloca como sujetos sociales que participan y viven el devenir histórico. Ello no es otra cosa que pensar históricamente. Si bien no demerito los cinco tipos ideales diferenciados de juventud que ha propuesto Carles Feixa para ordenar la heterogeneidad de datos etnográficos e históricos sobre grupos juveniles en distintos momentos de la historia universal. Sí pienso que es necesario discutirlos. El autor presenta los tipos ideales del siguiente modo: *púberes* en las sociedades primitivas sin Estado, éstas le asignan a la pubertad el valor de linde “fundamental en el curso de la vida, básico para la reproducción de la sociedad en su conjunto”. El término *efebo* en los estados antiguos de Grecia y Roma significó literalmente “el que ha llegado a la pubertad”, pero también adquirió en estas sociedades connotaciones jurídicas. Los *mozos* en las sociedades campesinas preindustriales hacían referencia a personas de poca edad. Los *muchachos* durante la primera industrialización son los adolescentes que surgen a raíz del proceso de transición del feudalismo al capitalismo. Y por último, los *jóvenes* de las modernas sociedades posindustriales son los sujetos que se convierten en actores protagonistas de la escena pública después de la II Guerra Mundial.¹⁰⁴

Me he demorado en explicar estos tipos ideales para que queden un poco más claro mis cuestionamientos. Al examinar esta interpretación se da uno cuenta que se piensan aquí a la categoría juventud como un concepto de evolución social y lineal. Pareciera que en las sociedades precedentes a las industriales y posindustriales fueron las fases previas para que se desarrollara la juventud. El pasado así, importa en cuanto apunta hacia el progreso indefinido. De hecho, pareciera como sí cada una de los tipos ideales fuera la evolución del anterior. Concreto mis ideas, sin lugar a dudas, los cambios políticos, económicos, sociales y mentales fueron fundamentales para que las sociedades occidentales reconocieran a la juventud como una edad diferida, empero ello no debe verse como un proceso lineal, ni llegar a pensarse que “nuestro tiempo es la coronación de todos los tiempos”.¹⁰⁵ Por lo mismo, debe evitarse esa visión en que se apoyado la historia tradicional, de ver a ésta como un proceso único, común a todas las sociedades, que beben transitar por las mismas etapas hacia progreso.

¹⁰⁴ Carles Feixa. *Jóvenes, bandas y tribus*, Barcelona, Ariel, 1999, p. 30.

¹⁰⁵ Jacob Burckhardt. *Reflexiones sobre la historia universal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 45.

Si como lo mencioné antes, la historicidad implica que las y los jóvenes tengan un lugar en la historia del mundo, ello no significa que los procesos históricos sean una construcción unidireccional. En ese sentido, considero necesario tomar en cuenta la especificidad contextual de cada sociedad porque la juventud (como categoría social de edad) ha sido un proceso que ha seguido distintas temporalidades, según la sociedad y cultura. Si bien es cierto que Carles Feixa deja claro que sus tipos ideales no son modelos unívocos, los cuales deben combinarse con otras estratificaciones, por ejemplo, las históricas no renuncia a dotar de universalidad a lo que no son más que experiencias regionales. En concreto, me refiero a que las tipologías que presenta no son incluso aplicables para toda Europa occidental, sociedades a las que se refiere. No lo son porque los efebos sólo se encontraban en la sociedad griega y romana, no en otra cultura. En el caso de los mozos ocurre algo similar, este autor para sustentar su tesis recoge los argumentos de Philippe Ariès y Emmanuel Le Roy Ladourie, ambos historiadores con sus fuentes analizan principalmente a la sociedad francesa y no a occidente en su totalidad.

Falta aún problematizar la historicidad del sujeto representado. Para ello se recalca de nueva cuenta que las representaciones sociales son conocimientos de sentido común que los sujetos individuales y/o colectivos construyen y emplean para clasificar, asignar un lugar y diferenciarse de Otros. Vista de esta manera, las representaciones sociales en torno a las y los jóvenes tienen un contexto histórico propio, por eso, están sometidas al cambio y la continuidad. Para ser más precisos estás “constituyen un proceso dinámico de orden histórico. No se trata de elementos estáticos ni inmutables, sino de sistemas de representaciones que cambian y se reelaboran en el ámbito de imágenes, modelos, creencias y valores en cada contexto y tiempo”.¹⁰⁶ Como lo ha mencionado Mary Nash en la cita anterior, con las representaciones sociales se está frente a la conciencia del cambio, el cual es parte fundamental para escribir y hacer la historia de las y los jóvenes porque nos ayudaría a no escribirla como una sucesión de hechos acomodados linealmente o de manera causal donde uno explique al otro. *De facto*, un elemento sumo importante para pensar al sujeto juvenil representado consistiría en identificar que si la realidad social cambia, entonces, puede haber transformaciones en cómo se ha percibido y representado a las y los jóvenes. En ese sentido, la discontinuidad daría cuenta de lo mutable, de los fenómenos que han ocasionado rupturas en cómo se ha concebido a las y los jóvenes en el tiempo. Aunque, desde luego, uno se tiene que fijar en lo que no ha cambiado del todo.

Rescapitulando se considera importante tomar en cuenta los cambios históricos, por una parte, serían de gran utilidad porque indicarían los acontecimientos políticos, sociales y culturales que tienen implicaciones en las transformaciones sobre cómo se ha representado a las y los jóvenes. Ello además resulta ser útil porque sirve para marcar y precisar los límites en cualquier investigación, al mismo tiempo que haría pensar que los tiempos juveniles y universales siempre se cruzan y se transforman recíprocamente. Por último, es necesario analizar las representaciones sociales de los sujetos juveniles

¹⁰⁶ Mary Nash., *op., cit.*, p. 22.

no como procesos lineales, sino que, por el contrario, como procesos en donde está presente cambio, ello con el objetivo de no considerarlas como nociones inmutables ni estáticas.

Por todo lo dicho anteriormente, se requiere retomar el argumento de Denise Jodelet, autora que ha estudiado la dinámica en las representaciones sociales. Quien señala que éstas se comprometen con el tiempo acelerado y corto, incluso con las precipitaciones coyunturales. Aunque si bien es cierto que las coyunturas y precipitaciones son parte esencial de una investigación, ya que puedan dar pauta de los cambios en la forma cómo se ha percibido y representado a la juventud, sería excesivo negar existencia de continuidades en las representaciones sobre dichos sujetos sociales. En este tenor, las continuidades también son esenciales para pensar de modo histórico, en el sentido en que ayudarían a precisar lo que se ha transformado despacio y lo que permanece casi inalterable.¹⁰⁷ Así se tendría que comenzarse a revisar el porqué algunas representaciones en torno a los jóvenes tardan tanto tiempo en cambiar, si la realidad social está en constante transformación. Aquí sería conveniente comprender lo que las hace perdurar, pero ante todo, lo que propicia el cambio.

Eso me conduce hacia otro momento de mi reflexión, el estudio de las representaciones sociales en torno a las y los jóvenes puede hacer de tres modos: 1) El primero es de tipo diacrónico centrado en revisar a largo plazo cuáles han sido las representaciones que los distintos grupos sociales construyen sobre los sujetos juveniles, esto con la finalidad de ubicar los cambios y, sobre todo, las continuidades en la forma cómo han sido percibidos a las y los jóvenes. Es oportuno recordar que, en este tipo de investigación, los sujetos juveniles no son homogéneos, por lo tanto, tampoco las representaciones lo han sido. Aquí es preciso tomar sumamente en serio las diferencias que han existido entre hombres y mujeres, a través del género y también la diferenciación de las representaciones por cuestiones de clase social. Con este tipo de análisis se podría corroborar si efectivamente siempre se les ha idealizado y representado a las y los jóvenes como baluarte de la sociedad o fuente de conflicto lo que hace que la juventud sea percibida esperanza en el futuro y/o problema en el presente.

Por último, se pensaría que si se toman en su conjunto el cambio y la continuidad histórica, se estaría ante una contradicción ya que, por un lado, se vería lo que permanece casi inmóvil y, por otro lado, los movimientos bruscos. Sin embargo, desde mi perspectiva, no es así. La razón es porque de este modo la historia de las y los jóvenes no parecería un proceso evolutivo, ininterrumpido, ni mucho menos una historia cuyo fin sería el progreso. Habría que leer a historiadores que pensaron –mucho antes que nosotros– en los fenómenos de ruptura, en el *discontinuum*, la lucha de representaciones y en la continuidad. Revisar a autores como Michel Foucault, Walter Benjamin, Roger Chartier y Jacob Burckhardt (entre muchos otros), quienes a su modo dejaron de hacer la historia como un proceso lineal–tradicional.

¹⁰⁷ En el ámbito de la historia, como se sabe, la interpretación de temporalidades de Braudel dio primacía a las estructuras, es decir, a los sistemas políticos, económicos, psicológicos, sociales y culturales que dan cuenta de las continuidades. O como solía decir él mismo: realidades que el tiempo tarda enormemente en desgastar.

Aunque este no es único estudio que se puede realizar. Un segundo tipo sería de modo sincrónico y se encargaría de analizar la especificidad del contexto de la representación. Es fundamental situarlas históricamente para comprender las relaciones sociales, políticas y culturales que forman parte de ese tipo de representaciones, para entender que son parte de proyectos políticos y sociales impulsadas desde las instituciones (familia, Estado, instituciones educativas y mercado). Este caso, me parece necesario para cualquier tipo de investigación social porque toda representación está inmersa en tiempo y espacio determinado, por ello, está dentro de la historia de la humanidad ya que los sujetos individuales y/o colectivos que las producen son parte de momento histórico específico.

La tercera vía de acercamiento al estudio de las representaciones de las y los jóvenes, es preguntarse cómo se gestó esa representación durante ese momento en específico. Este campo de investigación estaría centrado en la génesis. Nuevamente aquí se insta al cambio histórico, al rompimiento precipitado y la variación violenta porqué se preguntaría por los acontecimientos singulares sean sociales, políticos y culturales que propiciaron el surgimiento de esa nueva representación. La preponderancia de abocarse a examinar lo antes dicho, radica en reconocer que las representaciones no surgieron por generación espontánea, debido a que fueron parte de las realidades sociales que las vieron nacer e incluso desaparecer, por lo tanto, ellas tienen una dimensión histórica que es esencial atender.

En ese sentido, según mi opinión, parece útil pensar de modo histórico la juventud para no creer que ésta haya sido inmutable y universal, pues entenderla así la colocaría en una condición ahistórica, cuyo significado sería el mismo en cualquier momento histórico. El punto al que me refiero a continuación es la importancia de trabajar las investigaciones sobre la juventud desde una perspectiva histórica, en algunos casos se puede observar trabajos académicos en donde la juventud toma una consideración ahistórica. A modo de ejemplo cito dos casos: el primero de ellos corresponde a José Antonio Tanguenca, autor que busca la definición conceptual de juventud a través de la propuesta teórica de segmentaridades de Gilles Deleuze y Félix Guattari. Así llega a la conclusión de que la segmentaridad binaria, la cual se centra poner en oposición al joven y al adulto, es la que verdaderamente ayuda a definir a la juventud. Como ha argumentado él mismo autor: “la rebeldía es definitoria de una juventud en sí misma y no en función de lo adulto, y la sumisión es la edad adulta con rostro de juventud”.¹⁰⁸ El otro ejemplo es planteado por Maritza Urteaga, quien pese a trabajar desde una perspectiva histórica, no deja de caer en visión esencialista en torno a la representación institucional de la juventud. De acuerdo con ella, la juventud de ser la esperanza pasó ser un problema social. Para ella, “ser joven’ es en los noventa, y desde los finales de la década de los sesenta, significó ‘ser sospechoso de’ (de algún delito)”.¹⁰⁹

Sobre este último planteamiento Elena Torres pone a discusión el argumento de Maritza Urteaga. Según la primera autora, en esa interpretación se establecen *a priori* ciertas características inherentes a

¹⁰⁸ Juan Antonio Tanguenca Belmonte., *op., cit.*, p. 170.

¹⁰⁹ Maritza Urteaga. *La construcción juvenil de la realidad...*, *op., cit.*, p. 105; “Introducción” a *Por los territorios del rock. Identidades juveniles y rock mexicano*, México, 1998, p. 17.

los jóvenes, predeterminando con ello la realidad social vivida para toda la juventud mexicana. Coincido en gran medida con este cuestionamiento, al igual que Elena Torres dudo evidentemente que ser sospechosos de algún delito exprese totalmente lo que han vivido los jóvenes mexicanos desde finales de los sesenta hasta los noventa, más bien muestra lo que han vivido ciertos grupos específicos de jóvenes. Por eso, agregaría que ni incluso las representaciones sociales en torno a las y los jóvenes son homogéneas dado que no son las mismas para los hombres que para las mujeres o para un tercer sexo. También por razones de clase social, etnicidad ha habido siempre una gran diferencia.

De este modo mi crítica es un poco más amplia y radica en cuestionar el esencialismo en que caen ambas definiciones que sostienen tanto Maritza Urteaga como José Antonio Tanguencia Belmonte. Para comenzar pienso que no se puede hablar de una esencia o naturaleza de lo juvenil que sea inmutable en todos los tiempos y universal para todos los jóvenes, incluso para una misma sociedad. Ambos planteamientos se presentan como generalidades admitidas que de ningún modo representan en su totalidad al sujeto juvenil. En segundo lugar, estas propuestas al apoyarse en una única cualidad que define lo juvenil, plantean un grave problema para los historiadores pues asumen un significado consistente e inherente y con ello se pierde la historicidad de los sujetos y el contexto histórico en que se desarrollan sus prácticas y representaciones. ¿Qué sentido tendría realizar historias de las y los jóvenes si de acuerdo con nuestra definición de juventud, ésta se encajona en ser “rebelde” o ser “sospechoso de algún delito”? Seguramente se encontraría frente a un sujeto que ha sido igual a lo largo del tiempo, al cual los factores económicos, políticos, sociales y culturales no lo determinan ni afectan en absoluto porque su esencia se resume en una sola condición, por ello tales fundamentaciones analíticas se basan en consideraciones de corte ahistórico, se mire por donde se mire.

Para cerrar con este apartado deseo insistir en que pensar históricamente la categoría juventud, así como a las y los jóvenes me parece un enfoque útil porque se tomaría en cuenta la historicidad de ellas y ellos. Visto así, se les percibe como sujetos sociales que participan en los acontecimientos de la historia universal, además con una historia propia. La historicidad de las representaciones, me resulta conveniente porque ayuda a situarlas en contexto histórico específico y mirarlas a través del cambio y la continuidad histórica.

2.2 Argumentos sobre el surgimiento sociohistórico de la juventud

El primer autor que discutió sobre el surgimiento de las edades de la vida fue Philippe Ariès. El “historiador de domingo”, como solía autodenominarse, en *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, obra publicada originalmente en 1960, argumentó que la sociedad del Antiguo Régimen no podía representar al niño, mucho menos al joven. Aunque existía el término juventud este significó “plenitud de la vida” o “mediana edad”, por lo que éste no intentó designar a la adolescencia, fue hasta el siglo veinte cuando ésta edad se volvió un fenómeno general.¹¹⁰ Concluye, además, que la construcción de la infancia y, más tarde de la juventud, se dio en y con las sociedades modernas, a partir de la separación de niños y adultos, llevando a los primeros a permanecer en una especie de cuarentena, llamada escuela.

Luego de los argumentos de Philippe Ariès, diversas investigaciones han seguido reflexionando si las categorías infancia y juventud son construcciones propias de las sociedades modernas o si, por el contrario, las sociedades tradicionales reconocían también a las mismas como etapas diferidas de la vida. Por mencionar a algunos de los estudiosos que han puesto en tela de juicio el planteamiento de Philippe Ariès, se cita a Natalie Zemon Davis, Barbara A. Hanawalt y Caspard Pierre. En general, la línea de argumentación de estos autores señala que la juventud no surge con las sociedades modernas sino se dieron incluso en sociedades tradicionales.

De acuerdo con Natalie Zemon Davis, el trabajo de Philippe Ariès tiene una limitante. Desde su punto de vista, él no tomó en cuenta las abadías (organizaciones de jóvenes que cumplían funciones importantes dentro de las comunidades rurales en el Antiguo Régimen). Sin embargo, el historiador respondió a dicho cuestionamiento, admitiendo sólo la existencia de sociedades de jóvenes, pero en el sentido de solteros. Posteriormente, asevera que la juventud de los solteros, durante ese periodo histórico, no implicó ni los rasgos que llegaban a distinguir al efebo del hombre maduro, ni mucho menos los que oponen hoy en día al adolescente del adulto.¹¹¹ Respuesta que, indudablemente, es debatible, sobre todo, porque, desde mi punto de vista, compara a los grupos juveniles del Antiguo Régimen con el concepto de adolescencia moderna y con el efebo de las sociedades clásicas. Y al no encontrar similitudes, considera que no existía este grupo de edad.

En cambio, Barbara Hanawalt presentadora de un dossier sobre adolescencia histórica en la revista *Journal of Family History*, sostiene que el mundo medieval europeo, sin lugar a dudas, reconoció y definió

¹¹⁰ Philippe Ariès. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, México, Taurus, 1998, pp. 47 y 54 [1^a. ed.: 1960]. Es importante señalar que para este autor en los manuales pseudocientíficos se encuentra una amplia terminología sobre distintas edades de la vida, sin embargo, ello no significó que pasaran al ámbito de las mentalidades ni que todos los individuos transitaran por ellas en una época en que la mortalidad era muy elevada.

¹¹¹ Natalie Zemon Davis. “The Reasons of Misrule: Youth Groups and Charivaris in Sixteenth-Century France” en *Past & Present*, núm. 50, 1971, pp. 41-75; Philippe Ariès., *op. cit.*, p.18.

esta fase de la vida. Es más, a decir por ella misma, la Europa moderna no inventó al adolescente, aunque sí modificó su definición.¹¹² Finalmente, Caspard Pierre también dirige su crítica al historiador francés. Él cuestiona que haya tomado sólo en cuenta la escolarización para evidenciar la invención de la infancia, la adolescencia y la juventud. Este autor propone, contrariamente, buscar las diferenciaciones de edad dentro de la familia. Según su opinión, fueron éstas las que establecieron los límites de las etapas previas a la adultez, mediante lo que denomina *economía política de las edades*, cuyo objetivo era garantizar la organización de la casa de manera racional considerando los costos y ventajas de cada decisión. En síntesis: lo que menciona es que las familias siempre reconocieron la existencia de distintos rangos de edad, por ello, asignaron y arbitraron tareas y demandas específicas a la niñez, adolescencia y juventud.¹¹³

Como queda visto, la pugna existente en torno al surgimiento de la juventud como categoría social en sociedades tradicionales aún está abierta. Mientras en algunas investigaciones se han hallado indicios sobre personas jóvenes en las sociedades tradicionales, sus detractores niegan que ello implique que durante todos los momentos históricos se conociera una noción moderna o simplemente noción de juventud, entendida como “una conceptualización de un actor con identidad propia”.¹¹⁴ Con ello, he decidido señalar que en realidad existe poco acuerdo general respecto a que la juventud haya surgido con la modernidad y, su reconocimiento haya sido un proceso muy reciente. De hecho una opinión personal insiste en que las investigaciones que estudian los fenómenos sociales que provocaron la conceptualización de la juventud como una etapa diferida son sumamente importantes porque no la consideran como un fenómeno universal que en todas las sociedades y momentos históricos ha existido. En cambio, el otro tipo de investigación que ha sido denominada transcultural se debe recordar y, hasta subrayaría que tiene la cualidad de hacer visibles a ciertos grupos de edad que han tenido atribuciones que se les asignan como personas jóvenes, en épocas que se ha creído que no fue reconocida como etapa distinta del ciclo de la vida del ser humano.

Aunque aquí se ha mencionado una discusión en la que decidí no entrar desde el momento en que esta investigación tiene como punto de partida analizar las propuestas que aluden a los factores que propiciaron el surgimiento de la juventud como etapa diferida de la vida. Pero antes de

¹¹² Barbara A. Hanawalt. “Historical description and prescription for adolescence” en *Journal Family history*, núm. 4, 1992, pp. 341-351. Cabe señalar que para esta investigación sólo se leyó la presentación de este *dossier*, trabajo que corre a cargo de la autora citada arriba.

¹¹³ Según Caspard Pierre las tareas que asignaban las familias por grupo de edad fueron: primera infancia le correspondía hablar y caminar; segunda y tercera infancia les tocaban los aprendizajes escolares; adolescencia correspondía la formación profesional y juventud sólo le quedaba trabajar la jornada completa. Si bien, las observaciones del autor son interesantes, me parece que no hay una clara distinción entre juventud y adultez. ¿Qué diferenciaba a un joven de un adulto, si ambos se dedicaban completamente al trabajo? Tampoco esclarece qué ocurría con las familias que no podían costear la educación de los hijos y ellos temprana edad contribuían en la economía familiar, se volvían de inmediato adultos.

¹¹⁴ Pablo Toro., *op., cit.*, p. 489.

embarcarme en el objetivo de este apartado consideré significativo hacer referencia a dicha disputa porque resulta ser una temática en la que es conveniente ahondar y discutir en próximas investigaciones.

Por otra parte, para que el lector pueda comprender cabalmente el apartado que presento a continuación indico el modo como lo agrupé: 1) Los autores del primer postulado sostienen que el sistema educativo fue un factor fundamental para el surgimiento de la juventud. En este grupo se hallan Frank Musgrove con “La invención del adolescente”; Pablo Toro Blanco con “Dimensiones de la *confección* de una *juventud virtuosa*: manuales de urbanidad en Chile (c.1849-c.1900)” y Jean Claude Caron con “La segunda enseñanza en Francia y en Europa, desde finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX: colegios religiosos e institutos”.¹¹⁵ 2) Los autores del segundo grupo apuntan que distintas transformaciones sociales, instituciones, económicas y políticas establecieron la diferenciación del joven del niño y del adulto. Aquí se encuentran Sandra Souto Kustrín con “Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis”; Carles Feixa “Del neolítico al neón” y Sven Morch “Sobre el desarrollo y los problemas de la juventud. El surgimiento de la juventud como concepción sociohistórica”.¹¹⁶

Ahora bien todos los autores analizados a continuación han hecho hincapié en que las sociedades tradicionales no concebían a esta categoría de edad, de este modo su línea de argumentación apunta que el reconocimiento de la juventud como etapa diferida es producto de las sociedades modernas. Pero es importante no olvidar que cada uno de los autores al hablar del surgimiento sociohistórico de la juventud centró su interés en su sociedad o en la cultura europea por lo que al conversar con sus planteamientos, es necesario tener en cuenta que para el caso mexicano uno está frente a un contexto histórico distinto, por ello es conveniente saber discernir lo que puede ser utilidad para explicar la realidad propia.

La primera tendencia que se expone recalca que el surgimiento sociohistórico se dio a raíz de las transformaciones presentes en el sistema educativo. Uno de los autores que ha indagado sobre esta idea ha sido Frank Musgrove. Él arguye que con la invención del adolescente la sociedad se encontró ante un dilema, cómo y dónde colocarlo en la estructura social. Para ello hacia fines del siglo dieciocho hubo un movimiento que reclasificó y rescató a los varones jóvenes de clase alta y media. De ahora en adelante ellos ya no ocuparían el *status* social inferior al que habían sido consignados anteriormente, cabe indicar que de acuerdo con Frank Musgrove a niños y adolescente se les relegaba “al mundo de

¹¹⁵ Frank Musgrove. “La invención del adolescente” en *Teorías sobre la juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Miguel Ángel Porrúa/Consejo Iberoamericano de Investigación en Juventud/ Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2008; Pablo Blanco Toro. “Dimensión de la *confección* de una *juventud virtuosa*: Manuales de urbanidad en Chile (c. 1894- c. 1900)”, *op., cit.*, pp.191-205; Jean- Claude Caron. “La enseñanza en Francia y Europa, desde finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX: colegios religiosos e institutos”, *op., cit.*, pp. 169-231.

¹¹⁶ Sandra Souto Kustrin. “Juventud, teoría e historia: La formación de un sujeto social y un objeto de análisis”, *op., cit.*, pp. 171-192; Carles Feixa. “Del neolítico al neón”, *op., cit.*, pp. 17-36. Sven Morch. “Sobre el desarrollo y los problemas de la juventud”, *op., cit.*, pp. 78-106.

sus inferiores sociales”, por ejemplo, convivir y relacionarse con los sirvientes.¹¹⁷ Como consecuencia del rescate del adolescente, en un primer momento, ocurrió un renacimiento de la educación doméstica, la cual consistió en ya no enviar a los hijos mayores a tener un aprendizaje fuera de la casa. De ahora en adelante, los padres de familias acomodadas se encargarían de educarlos y de hacerlos participar en el hogar, con ello los integraban a la vida familiar, asimismo evitaban que se contaminaran por contacto con sirvientes, tutores y coetáneos. Según la opinión del autor, con esto se hizo presente “una mayor preocupación por los jóvenes”, ya que era “una forma para prolongar y elaborar la adolescencia como una fase distinta del desarrollo”.¹¹⁸

Durante el siglo diecinueve se dio otra transformación con las reformas a la educación pública. Este tipo de escuelas adquirió una significación que no habían tenido, de ser instituciones donde asistían los muchachos incorregibles y de rango social inferior comenzaron a obtener exclusividad social para las élites. De ahora en adelante los estudiantes tuvieron un *status* social que no se había gozado. La educación podía garantizar mejores condiciones de vida a los hijos que las que tuvieron los padres. Esta fue razón suficiente para que los padres enviaran a sus vástagos a hacer buenos contactos por aquello de prever su futuro. Pero como se mencionó antes se tuvo que excluir de estas instituciones a los muchachos de los sectores bajos, por el contrario, los imberbes varones de clase alta y media se apropiaron de un espacio social que tiempo atrás no había sido considerado tan importante. De esta manera se puede apreciar que la juventud surgió entre los varones de las élites quienes comenzaron a posponer su entrada a la madurez mediante el aprendizaje.

Después de haberme ocupado de las ideas de Frank Musgrove, examino la perspectiva sociocultural de Pablo Toro Blanco, quien pone especial énfasis en la escolarización para evidenciar que fue uno de los factores coadyuvantes para la constitución de una noción moderna de juventud. Refiriéndose en concreto a la sociedad chilena observa que el sistema educacional, por un lado, se convirtió en un espacio social de calificación para cierto sector de la población, mismo que dotó de ciertas peculiaridades para construir una identidad como colectiva con atributos sociales propios. En especial, en su trabajo, se alude a los varones de clase alta y media urbana, quienes fueron aglutinados bajo la enseñanza secundaria, sistema cuya finalidad fue educar a los jóvenes para ser dirigentes y, al mismo tiempo para ser moldeados por los valores republicanos y la adscripción a una imagen del mundo europeizante.¹¹⁹

En muchos aspectos, la perspectiva de Pablo Toro Blanco coincide con la de Frank Musgrove porque evidencia que la constitución del sujeto juvenil se dio en sentido estricto en las familias de élite de sector urbano, privilegiando primero a los varones y, tiempo más tarde a las mujeres. Sólo que bajo el contexto latinoamericano, el autor ha hecho hincapié en que este nuevo sujeto se le quiso adherir a

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 230.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 236 y 244.

¹¹⁹ Pablo Blanco Toro., *op. cit.*, p. 93 y 489.

la cultura e imaginario europeo. Por otra parte, el argumento que me parece más indicativo en el escrito del autor fue señalar que la enseñanza secundaria se convirtió en un detonador que asignó ciertas particularidades a un sujeto social colectivo. Como comenta más adelante: ésta posibilitó la constitución de una identidad social, la cual era asignada por ellos mismos (jóvenes) y por la institución adulta (sistema escolar). Con dicha idea se puede interpretar el surgimiento de la juventud como una construcción no sólo creada desde el mundo adulto o producido por las transformaciones sociales. Se agregaría aquí que los jóvenes estudiantes al construir una identidad propia se identificaron más con sus pares que con miembros de otros grupos de edad, a la par que se retrasaba su entrada a adultez.

Bajo un contexto histórico distinto Jean Claude-Caron señala que la burguesía durante los siglos dieciocho y diecinueve descubrió y afirmó, por un lado, la riqueza social de la juventud y, a la vez, la creencia en la educación como un motor importante para la formación del ciudadano. Cabe señalar que este autor no problematiza en sí el surgimiento de la juventud como etapa de la vida, no obstante, leyéndolo entre líneas uno puede encontrar algunos argumentos para buscarla a través del sistema educacional. En primer lugar, explica que fue a fines del siglo dieciocho cuando comenzó una renovación pedagógica, la cual puso hincapié en el poder de la educación para la confección del ser humano. Al igual, ésta fue un detonante e reinventor de las etapas de la vida: infancia y juventud, dado que en el pensamiento pedagógico de la época surgió la presencia física de ambas categorías de edad.

De hecho el sistema escolar entró en disputa con la institución familiar quedando como victoriosa la escuela, la cual se volvió la principal formadora de individuos. Hay que precisar al respecto que este proceso de sustitución resultó claramente expresado durante el siglo diecinueve y de acuerdo con Jean Claude-Caron continuó desarrollándose en el siglo veinte. Aspecto que considero trascendental porque entonces se puede interpretar que a partir de una renovación del sistema escolar la juventud comenzó a tener un valor social que no había tenido. El joven ya era un sujeto de vital importancia en el sentido en que encontró una institución que se encargaría de instruirlo y disciplinarlo. Así la segunda enseñanza en Europa “se mostraba claramente como el laboratorio en el que se elaboraba la formación de las futuras generaciones de notables”.¹²⁰

Se mencionó la palabra “notables” porque los primeros en apropiarse de los espacios educativos y de esta manera pudieron postergar su entrada al mundo adulto y laboral fueron los jóvenes de las familias de élite puesto que en ese momento quienes asistieron a los colegios e institutos era una minoría, como se sabe la permanencia en la escuela implicó cierto desahogo financiero que permita costear los costos y “prescindir de la fuerza del trabajo del muchacho”.¹²¹ Por otra parte, Jean Claude Caron llega a una conclusión un tanto similar a la de Frank Musgrove, al apuntar que fue primero un refugio para los jóvenes varones de las élites, tiempo más tarde para las jovencitas. Empero el miedo y elitismo social se mantuvo y se expresó de manera pública a través del temor de que las clases

¹²⁰ Jean Claude- Caron., *op., cit.*, p. 181.

¹²¹ *Ibid.*, p. 183.

populares asistieran a la enseñanza secundaria fuese por ocupar una posición “que no correspondía ni a su competencias ni a su intereses”.¹²² O por las consecuencias de tener un cúmulo de jóvenes ilustrados en inactividad. Es decir se tuvo temor a que se sublevaran.

En síntesis, desde mi punto de vista, lo importante de las investigaciones expuesta arriba ha sido recalcar que el surgimiento de la juventud como etapa de vida diferenciada de la vida se originó en un primer momento para ciertos grupos de la población de posición económica y social acomodada. Por lo mismo, no puede verse como un proceso homogéneo que se dio a la par con las distintas clases o con las mujeres. En conjunto estas investigaciones ponen de relieve cuestiones que marcaron la separación de los jóvenes del mundo adulto. Por ejemplo, la renovación pedagógica ocurrida durante los siglos dieciocho y diecinueve resignificó el papel del joven en la sociedad y la institución educativa brindó un status social y aspiracional que no había tenido. Los hijos podían adquirir una mejor posición que la de sus padres y la escuela tenía que convertirse en un espacio elitista y excluyente. Pasarían años para que el sistema educación abriera sus puertas a los muchachos de sectores populares y las jóvenes.

En mi opinión: la cuestión verdaderamente crítica de esta postura es que el surgimiento de la juventud visto sólo a través del sistema escolar queda entendido como una “moratoria social”. La juventud así sería considerada una etapa de postergación de la madurez en la que es necesario ejercer cierto tipo de control en las y los jóvenes. Quisiera matizar un poco este punto, pues existe una propuesta esbozada sumariamente por Pablo Blanco Toro, él ha subrayado también mirar el espacio educativo como un lugar donde las y los jóvenes puedan crear una identidad propia, donde comparten experiencias sociales y de vida con sus coetáneos.

A continuación se revisan a los autores que aseveran que el surgimiento de la juventud se dio a partir de múltiples transformaciones en la sociedad occidental europea. Se comienza con Sandra Souto Kustrín, quien apunta que el proceso de reconocimiento de los jóvenes como grupo social definido con características propias se inició en la modernidad y esto sucedió en un lapso que abarca de finales del siglo dieciocho a principios del diecinueve en Europa. Para ella los factores que posibilitaron primordialmente la particularidad de la juventud fueron el desarrollo del Estado moderno y los cambios producidos por la modernización económica, política y social que provocaron transformaciones de diversa índole como: 1) La regulación del acceso al mercado laboral y de condiciones de trabajo de niños y adolescentes, aunque este proceso ocurrió con diferente ritmo en los países europeos, fue en el siglo diecinueve cuando comenzó a restringirse el trabajo de los menores. 2) La creación de ejércitos nacionales a través del servicio militar obligatorio. 3) La obligatoriedad de la educación elemental que se volvió parte fundamental para las familias de clase media porque así los hijos de éstas podían tener *status* social y acceso al trabajo. 4) Las actividades de ocio dirigidas a un público juvenil y una

¹²² *Ibid.*, p. 186.

creciente utilización de mano de obra no cualificada, a consecuencia de la industrialización, normalmente de jóvenes de sectores populares. 5) La regulación del voto.¹²³

Por último y antes de dar paso a otro investigador, Sandra Souto Kustrín expresa que si bien la emergencia de la juventud comenzó desde finales del siglo dieciocho y principios del diecinueve, fue hasta el periodo de entre guerras cuando cobró realmente importancia como actor protagónico. Se podría interpretar así que los jóvenes en dicho periodo adquirieron una mayor politización, se organizaron de manera autónoma y tuvieron un papel significativo en movimientos como el comunismo, fascismo y nazismo, lo cual los llevó a ser un actor político emergente que los distintos cuadros ideológicos supieron capturar.

En su investigación Carles Feixa trata de recobrar a través de datos etnográficos e históricos huellas sobre sujetos juveniles en sociedades como primitivas, antiguas y en el Antiguo Régimen.¹²⁴ Esto es en culturas que podrían considerarse como no modernas, en el sentido en que no hay todavía en ellas Estados estructurados burocráticamente ni industrialización de la producción. Pese a la ubicación temporal y espacial de estos grupos juveniles, este autor ha mencionado que la juventud en occidente como condición social propagada entre las diferentes clases sociales y como imagen cultural diversificada apareció en escena pública hasta lindar el siglo veinte.

¿Pero a qué se debió dicho cambio? Él responde principalmente que fue resultado de la transición al sistema capitalista y las transformaciones que ocurrieron en las instituciones como: la familia, la escuela, el ejército y el mundo laboral. Cada una de estas instituciones, a su manera aportó un sentir joven. Por ejemplo, la familia se volvió un espacio de afectividad y los padres desarrollaron un sentimiento de responsabilidad con su prole, pero como contrapunto se alargó el periodo de dependencia económica. La escuela, por su parte, se encargó de aislar al joven del mundo adulto. También el servicio militar brindó las condiciones para que surgiera una conciencia generacional y finalmente la transformación del mercado laboral con la segunda Revolución Industrial demandó una mayor preparación técnica para el desarrollo de actividades cada vez más complejas que necesitaba el sistema industrial por lo que requería de una formación básica tanto para los jóvenes obreros como para los burgueses, así se les expulsó del trabajo asalariado y fueron conducidos a la calle o la escuela.

Como consecuencia de estos cambios se produjo el descubrimiento de la adolescencia. Empero Carles Feixa anota que fue a mediados del siglo veinte cuando se democratizó la adolescencia porque hasta ese momento se había restringido, en buena medida, a los varones de la burguesía. Dicha invención se difundió a obreros, muchachas, sectores no urbanos y a sociedades no occidentales. Esto al mismo tiempo fue posible porque empezó a darse una separación del mundo juvenil del mundo

¹²³ Sandra Souto Kustrín. "Introducción: juventud e historia" en *Hispania. Revista Española de historia*, núm. 225, vol. LXVII, 2007, p. 12. [En línea en: <http://www.hispania.revistas.csic.es/index.php/Hispania/article/download/33/33>].

¹²⁴ Como ya se mencionó el autor construye "tipos ideales". Léase al respecto a Carles Feixa, *De Jóvenes, bandas...*, *op. cit.*, pp. 15-46.

adulto. Como ejemplos de esta separación, se pueden ilustrar los siguientes casos: 1) La proliferación de teorías sociales y psicológicas que aludían a la inestabilidad y vulnerabilidad de la adolescencia. 2) La conformación de una legislación especial que dio pauta a la creación de tribunales para menores. 3) La universalización de la educación secundaria y la formación de asociaciones juveniles modernas dedicadas al tiempo libre como los *boys scouts*.

Pero según Carles Feixa fue hasta la segunda mitad del siglo veinte, el momento en que la juventud irrumpió en la escena pública como protagonista. Surge, de este modo, la “cultura juvenil”, entendida como la manera en que los jóvenes mediante sus experiencias sociales propias construyen estilos de vida distintos que se ubican en espacios intersticiales de las instituciones.¹²⁵ La cual se desarrolló en lo que este autor considera la sociedad posindustrial, pero en especial se produjo como causa de cinco factores de cambio, a saber: 1) La emergencia del Estado de bienestar que generó mayor posibilidad de educación y ampliación de políticas públicas y servicios a la juventud. 2) La crisis de autoridad paternal que trajo consigo una mayor autonomía juvenil. 3) El nacimiento de un mercado de consumo específicamente destinado al sector juvenil. 4) Los medios de comunicación que hicieron que las y los jóvenes se identificaran con sus pares de edad. 5) Por último, la modernización de usos y costumbres en el ámbito sexual y amoroso que se materializó en más libertad para las y los jóvenes.

Por lo pronto se da paso a analizar la interpretación de Sven Morch, autor que se interesó por conocer las circunstancias que provocaron que la categoría juventud se volviera una fase específica de la vida, en la cual a los individuos le son impuestas ciertas demandas y tareas que suponen una relación con la idea de juventud. Así enfocada, su investigación afirma que cualquier trabajo sobre la conceptualización de ésta es factible hacerla desde una perspectiva histórica, sin embargo, más adelante, advierte la limitación de restringirla a los estudios históricos, a su parecer éstos pueden seguir propagando la idea de que la juventud es fenómeno común o universal para todas las épocas. Más importante aún es que la investigación en torno al surgimiento de la juventud como etapa diferida sea un trabajo científico, social e histórico.

Antes de embarcarme en una exposición más detallada de los argumentos de este autor, recalco que en él está presente la idea de que la juventud sólo pudo ser conceptualizada como etapa con atribuciones propias en la sociedad moderna, de hecho menciona que en los idiomas medievales no existía alguna palabra que designara a esta edad. Aunque, por supuesto, ello no implicó la inexistencia de individuos jóvenes en las sociedades preindustriales.

¹²⁵ Para Carles Feixa el concepto de “cultura juvenil” tiene un significado lato y otro amplio. El primero alude al surgimiento de microsociedades juveniles que poseen autonomía respecto a las instituciones adultas y que históricamente se configuran en el mundo occidental tras la segunda guerra mundial. En cambio, en un sentido amplio se refiere al modo en que las experiencias sociales de las y los jóvenes son expresadas a través de estilos de vida distintos localizados en espacios intersticiales de las instituciones. Carles Feixa., *De Jóvenes, bandas...*, op., cit., p. 84.

A todo ello, Sven Morch se pregunta qué fue lo que propició el surgimiento de la juventud como etapa específica. A este cuestionamiento básicamente responde que el secreto para buscar su emergencia se halla en los cambios propios del capitalismo. Al respecto sostiene que “la juventud es consecuencia del factor productivo, ampliamente expresado en la demanda de calificación impuesta sobre el individuo, así como de la privatización de la familia, la separación de los niños de la vida adulta y el disciplinamiento de la escolarización.”¹²⁶

Por eso, este autor menciona que la determinación del surgimiento de la juventud está relacionado con la burguesía, argumento que es concreto y correcto. Pero ver a la burguesía y juventud como dos aspectos del mismo dilema es problemático.¹²⁷ Por lo mismo, se tiene que conocer ¿cuáles fueron los cambios en la sociedad que hicieron posible que la juventud se configurara en un primer momento en la burguesía y luego en otras clases? Las respuestas que contestan dicha pregunta para Sven Morch fundamentalmente fue que las élites ocurrieron tres procesos que promovieron una conceptualización diferida de la juventud. Entre estos fenómenos sociales se halla, en primer lugar, la privatización de la familia entendida como el alejamiento de éstas de la vida pública. En segundo lugar, la separación de la infancia del mundo adulto, planteamiento que retoma Philippe Ariès porque considera su mayor aportación al estudio de esta etapa de la vida. Como él mismo lo menciona, la gran contribución de este historiador fue considerar a la niñez como requisito para entender a la juventud. En tercer lugar, “los procesos pedagógicos del sistema escolar que se dirigen a las necesidades de calificación impuestas por una nueva forma de producción: el comercio urbano, los textiles y la industria”.¹²⁸ Sin embargo, aclara que todo sería hueco si no se mira los cambios sociales.

Con lo expuesto anteriormente, no cabe la menor duda, que también el trabajo de Morch incita a preguntarse si este proceso sucedió de modo similar con las clases bajas. Aunque, por supuesto, si se desea ampliar más esta interrogante se tendría que cuestionar además ¿cómo se dio este proceso con las mujeres? Pues tal parece que por más tiempo, paradójicamente, las jóvenes no fueron parte de la juventud, los procesos de producción, pedagógicos del sistema escolar y la privatización familiar no las afectaron como a los varones y permanecieron recluidas durante un periodo más largo de tiempo en la esfera familiar. Quizá no esté de más subrayar que desde niñas a las mujeres se les ha orientado como deber ser esposas y madres por lo que esto ha provocado que no se les considerara como jóvenes sino sólo como las futuras novias, esposas y madres.

Tomadas en su conjunto, las investigaciones de Sandra Souto, Carles Feixa y Sven Morch enuncian que el nacimiento de la juventud sólo pudo darse en las sociedades modernas debido a la enormes transformaciones sociales, económicas y políticas que trajo la modernidad. Si bien subrayan

¹²⁶ Sven Morch., *op. cit.*, p. 98.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 98.

¹²⁸ *Ibid.*, pp. 99-100.

que siempre han existido grupos de personas jóvenes ello no necesariamente implicó que se conociera una conceptualización propia para dicho grupo de edad.

Hay algunos puntos que quisiera recapitular en relación con los tres autores analizados anteriormente. En primer lugar cada uno de ellos explora de manera más compleja las transformaciones sociales que produjeron que la juventud se diferenciara del mundo adulto. De hecho existen coincidencias entre los factores que posibilitaron la emergencia de este sujeto social, aunque también discrepancias sobre cuándo emerge lo joven como un actor protagónico. Como se pudo dar cuenta, para Sandra Souto Kustrín ello ocurrió en Europa en el periodo de entre guerras, a causa de una mayor participación política de los jóvenes en cuadros ideológicos. En contraste, Carles Feixa alude a la segunda mitad del siglo veinte con el nacimiento de las culturas juveniles, es decir, la aparición de grupos juveniles que reflejaban estilos propios. Lo interesante de su propuesta sobre este nuevo protagonismo me parece que radica en las tendencias en las que han centrado sus estudios. Por un lado uno enfatiza la participación política en ciertas coyunturas y, por otro lado, se hace hincapié en estilos de consumo y actividades de ocio. Bien es cierto que ambas posturas son significativas para buscar el protagonismo de las y los jóvenes, sin embargo, considero necesario no sólo quedarse con estas dos visiones, porque así los estudios de la juventud se centrarían únicamente en momentos específicos o bajo un enfoque que crea que los jóvenes son sólo jóvenes por su adscripción a un estilo.

Concluyo señalando que todos los argumentos mencionados aquí sobre el surgimiento de la juventud conducen a preguntarse cómo se dio este proceso en la sociedad mexicana y dan pistas para empezar a buscarlo. Finalizo apuntando que es importante rastrear las primeras representaciones que emergen cuando surge un nuevo sujeto social: las y los jóvenes.

CAPÍTULO III.

ITINERARIOS PARA HISTORIZAR A LAS Y LOS JÓVENES DE LA CLASE MEDIA Y ALTA EN LA CIUDAD DE MÉXICO, DURANTE EL PORFIRIATO

No tendrá, como le ocurre a demasiados historiadores, “una idea bastante reductiva de lo real”.

Roger Chartier. *Representación de práctica, práctica de la representación.*

3.1. Comienza el recorrido: nueva historia cultural y representaciones sociales

Este itinerario explora las siguientes rutas. En un primer momento, este capítulo explica qué es la *nueva historia cultural* y qué se entiende por representaciones sociales, enfoques que como indica Roger Chartier, citando a Michel Foucault, subvierten la idea reductiva de lo real que han tenido muchos historiadores. En un segundo momento, se expone el camino metodológico, aquí se detalla pormenorizadamente las técnicas y métodos que empleo para el análisis tanto de fuentes como de las representaciones sociales sobre las y los jóvenes porfirianos. Cabe señalar que a lo largo de estas páginas se establece un vínculo entre la teoría y la metodología.

El concepto de representación social no surge con la *nueva historia cultural*, aunque ésta sí replantea un enfoque propio para la disciplina histórica. *De facto*, la génesis del término proviene de la sociología de Durkheim, quien acuñó por primera vez el concepto de representaciones colectivas. No obstante, ha sido psicología social la disciplina que más ha teorizado sobre las representaciones sociales. Al respecto A. Moñivas, Denise Jodelet y Jean-Claude Abric respectivamente apuntan que las representaciones sociales aparecen por vez primera con Serge Moscovici, cuando publica su obra seminal *El psicoanálisis, su imagen y su público* (1961), donde esboza una nueva teoría del concepto de Durkheim.¹²⁹ Resalto además que dicho concepto ha sido fecundo para la psicología social, y prometedor para la historia, etnología, sociología y economía. Ciencias sociales que han recurrido éste para explicar distintos fenómenos.

¹²⁹ Para conocer más sobre los distintos postulados teóricos sobre representaciones sociales consúltese a A. Moñivas “Epistemología y representaciones sociales: concepto y teoría” en *Revista de psicología general y aplicada*, 1994, núm. 47, pp. 409-419; Denise Jodelet. “Representación social: fenómenos, concepto y teoría” en *Psicología social, II*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 469-494; Jean- Claude Abric, *Prácticas sociales y representaciones*, México, Ediciones Coyoacán, 2004, pp. 11-32.

No obstante, Roger Chartier en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación* al referirse a la trayectoria de la *nueva historia cultural* para el caso de Francia remite a distintos conceptos que han influido la manera en que se ha estudiado pensamientos, percepciones y creencias en las sociedades. Entre los conceptos destaca: el *utillaje metal* de Lucien Febvre; el *habitus* o *costumbre metal* de E. Panofsky; la *visión del mundo* de Lucien Goldman; la noción de *mentalidad* de la historia de las mentalidades y, por supuesto, las *representaciones colectivas* de Durkheim, autor del que retoma dicho concepto.¹³⁰ Pero en el recorrido teórico presentado sobre la *nueva historia cultural* y, en concreto, sobre las representaciones Roger Chartier no hace referencia a algún estudioso de la psicología social. En ese sentido, habría que reconocer que algunos teóricos como Denise Jodelet, Serge Moscovici y Jean Claude Abric, entre otros, desde la psicología social ha hecho aportaciones importantes en torno al enfoque de las representaciones, el cual puedo decir ha sido útil para el campo de la historia porque ha ampliado nuestro conocimiento sobre lo real.

Después de esta clarificación, vuelvo con los planteamientos teóricos y metodológicos de la *nueva historia cultural*, los cuales han roto con algunos postulados de la historia de las mentalidades. Brevemente explico en qué consistió dicho rompimiento. En primer lugar, la historia de las mentalidades para reconstruir los sentimientos, los pensamientos y las creencias ha empleado como fuentes principalmente las series numéricas. En cambio, la *nueva historia cultural* rechaza la cuantificación, se interesa por la cualidad y la singularidad de los textos. De acuerdo con Philippe Ariès y Pierre Chaunu, representantes de la historia de las mentalidades, los documentos estadísticos retiraron a esta forma de historia del impresionismo anecdótico que le había imprimido la tradición literaria. Por consiguiente, desde esta perspectiva, la seriación dio mayor soporte a la cualidad al someterla a lo medible y lo cuantitativo.¹³¹

Contrariamente a este postulado, considero que las fuentes escritas sin seriación ni cuantificación me dan valiosos elementos para comprender cómo la sociedad del Porfiriato percibió a los jóvenes. Por eso, privilegio estas formas de escrituras que muestran representaciones sociales y culturales sobre ser joven. De hecho, para el caso la juventud se ha creído –y muy a menudo– que para comprenderla de manera más amplia habría que recurrir a los datos demográficos o estadísticos. Se ha pensado que son las fuentes más objetivas para estudiar a las y los jóvenes. En oposición a esta visión, opino que la representatividad sobre esta etapa no debe basarse exclusivamente en la cuantificación, de ser así existe el riesgo de pensar a los jóvenes únicamente como un grupo individuos de cierto rango de edad.

¹²⁷ Hago aquí una presentación sumaria del significado de los términos que aludo arriba. La **representación colectivas** son las formas de conciencia impuesta por la sociedad a los individuos. El **habitus** son los esquemas inconscientes que otorgan unicidad a las maneras de pensar de una época. El **utillaje mental** son los símbolos, palabras, conceptos o pensamiento que diferencia las mentalidades de los grupos sociales. **Visión del mundo** es el conjunto de aspiraciones, sentimientos, ideas que reúne a un grupo y lo opone a otro. **Mentalidad** aquello que tiene en común un individuo con otros hombres de su época.

¹³¹ Philippe Ariès. “La historia de las mentalidades” en *La Nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1988, p. 466; Pierre Chaunu. “Economía- superación y prospectiva” en *Hacer la historia*, vol. II, Barcelona, Laia, 1979, pp. 76-78.

Otro punto más de rompimiento se dio a raíz de que los historiadores propugnaron por una visión más amplia de lo social. Si bien la esfera socioeconómica no deja de ser un elemento importante para esta corriente historiográfica, le concierne también el plano simbólico, el cual se puede decir que fija su atención en relaciones y posiciones que construyen para cada grupo un ser percibido. Me adscribo, en ese sentido, a la *nueva historia cultural* desde la perspectiva de la Escuela de los Anales porque me posibilita adentrarme a otras áreas sociales donde el mayor peso no son las luchas económicas o de clase social, sino que, por el contrario, son las complejas relaciones etarias. Al mismo tiempo, me permite formar alianzas con disciplinas como la antropología, la sociología, la psicología social, la crítica y teoría literaria.

Eso es, de hecho, lo que diferencia a la *nueva historia cultural* de otras formas de historia sociales, el desplazamiento a las prácticas culturales y al orden simbólico la pone en cercanía con la antropología. Miguel Ángel Cabrera expone que con dichos postulados, esta corriente historiográfica propone una teoría de la sociedad basada en la interacción entre atributos materiales y propiedades simbólicas, entre coacción e iniciativa individual. Dicho de otro modo: su planteamiento estriba que entre la estructura social y la acción siempre existe una negociación simbólica.¹³² Dicha idea resulta ser importante, pues la *nueva historia cultural* alude a las representaciones como mecanismos de poder y dominación, que se hacen efectivos en el terreno simbólico, sin embargo, me parece fundamental que esta perspectiva rescate el concepto de negociación o “apropiación” (término de Chartier) para establecer que los sujetos tienen un papel activo en sus prácticas culturales y comportamientos. Si bien es cierto que siempre está presente la coerción social, también ésta la capacidad de negociar, resistir y apropiarse de lo impuesto.

Ahora bien, existe poco consenso sobre la definición de *nueva historia cultural*, esto se debe en gran medida a lo polisémico del propio término “cultura”. Algunos de los practicantes de esta forma de hacer historia se han inclinado por una definición semiótica de cultura, poniendo énfasis en los lenguajes y acciones simbólicas de una comunidad. Otros historiadores, en cambio, utilizan el término cultura como un concepto totalizador, desde esta perspectiva, se ha llegado a considerar que toda historia es cultural porque todos los fenómenos “son siempre el resultado de las significaciones que los individuos atribuyen a las cosas, palabras y acciones”.¹³³ Pero el término de cultura que empleo para esta investigación, le interesa comprender las relaciones entre las formas simbólicas y el mundo social. Intenta entender cómo los sujetos individuales y colectivos se apropian y reinterpretan los pensamientos, valores, creencias e ideas que son parte de su sociedad y, con ello modifican su cultura. De ahí que analice los mecanismos de dominación y clasificación cultural conocidos como representaciones. Es debido a lo polisémico del término cultura, como han observado los críticos de la *nueva historia cultural*, que sus practicantes han seguido trayectorias completamente diferentes y, ello los ha llevado a sugerirles a los historiadores

¹³² Miguel Ángel Cabrera. *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2001, pp. 21-46.

¹³³ Roger Chartier. *El presente del pasado: escritura de la historia, historia de lo escrito*, México, Universidad Iberoamericana, 2005, p. 22.

culturales que revisen ante todo el significado de cultura. Aunque en casos más extremos, se ha llegado a denostar a ésta aseverando que se trata de una moda historiográfica.¹³⁴

Otro punto importante es que la *nueva historia cultural* se ha caracterizado por formar alianzas disciplinarias y apropiarse de métodos de análisis, temas y/o propuestas teóricas principalmente de disciplinas como la antropología, la teoría literaria y la sociología cultural. Esto ha despertado críticas, se ha hablado incluso de una posible fragmentación de la historia como consecuencia de que a nivel metodológico todo se valga; de que no haya límites entre una disciplina y otra; finalmente, de que al interesarse por todos los aspectos del pasado, se realicen historias especializadas que se alejen de una visión global de la misma. Sin embargo, tal fundamentación analítica me parece básicamente inadecuada, en mi caso, el estudiar las representaciones de las y los jóvenes durante el Porfiriato, me permiten comprender cabalmente el mundo social; el analizar a los sujetos representados conlleva a entender las relaciones sociales y los mecanismos culturales de poder durante un momento histórico determinado. Es más las representaciones son procesos temporales de dimensiones y contextos variables y, por ello, situadas dentro de la historia del ser humano.

Particularmente he conjugado distintos saberes en torno a una temática específica (juventud), ello con el fin de enriquecer mi trabajo histórico. Considero, por lo mismo, que más que fragmentar a la disciplina histórica, la he puesto en comunicación con las ciencias sociales y humanidades, dialogando con la psicología social, la sociología, la antropología, la crítica y teoría literaria, así como los estudios de género.

Estaría, de hecho, incompleta esta investigación si no se hubieran retomado algunos estudios antropológicos, sociológicos y psicológicos, dado que éstas han sido disciplinas que han aportado vastos elementos para el estudio de las y los jóvenes en México. Para esta investigación, como verán más abajo, han sido imprescindibles algunas de las técnicas y herramientas utilizadas por la crítica y teoría literaria para conformar mi metodología. De igual manera, los estudios de género me han posibilitado comprender que la diferencia sexual constituye un campo primario las desigualdades, jerarquías y relaciones de poder. Por último, la profundidad a la que se llegó en torno al enfoque de las representaciones, fue debido a que retomé algunos puntos de la discusión de la teoría de las representaciones planteados principalmente por la psicología social.

A continuación intento definir ¿qué se entiende por representaciones sociales? Para ello primero se contrapone el concepto de representación planteado por *nueva historia cultural* con la noción de mentalidad. Poco después se señala que se entiende por representaciones sociales. Para finalizar se expone en términos generales algunas características de las representaciones hegemónicas.

¹³⁴ Un estudio pormenorizado que reúne críticas sobre la nueva historia cultural para el caso mexicano puede hallarse en Pablo Piccato. "Conversación con los difuntos: una perspectiva mexicana ante el debate sobre la historia cultural", *Signos históricos*, núm. 8, 2002, pp. 13-41.

Recuérdese, en un primer momento, que la mentalidad de individuo es aquello que tiene en común con otros hombres de su época. En cambio, la representación supone que los sujetos perciben y comprenden de modo diferente la realidad social aunque estén situados en un mismo momento histórico, de tal modo que clasifican de manera distinta “las circunstancias, los fenómenos y los individuos con los que tienen algo que ver”.¹³⁵

No obstante, esas no son todas las diferencias entre ambos conceptos. Denise Jodelet ha observado que la noción de mentalidad se centra en “las cárceles del tiempo largo”. Por el contrario, las representaciones se comprometen con “el tiempo acelerado, incluso precipitaciones coyunturales”.¹³⁶ De lo anterior puedo decir que la historia de las mentalidades y la *nueva historia cultural* son dos prácticas distintas de hacer historia. Algunos practicantes de la historia de las mentalidades, como ya lo indiqué, ha empleado series numéricas en larga duración para comprender que los modelos de comportamiento en las sociedades presentan un ritmo evolutivo sumamente lento y los cambios verdaderamente significativos sólo pueden observarse a largo plazo. Idea que hace parecer a la mentalidad como una estructura poco dinámica, cuestión que, desde mi punto de vista, marca una diferencia con las representaciones.

Surge entonces un punto en discordia entre la mentalidad y las representaciones porque las segundas al ser formuladas por un sujeto individual o colectivo inmerso en un tiempo y espacio determinado constituyen un proceso de orden dinámico. Toda representación al construirse en un periodo específico tiende a deconstruirse y reconstruirse de acuerdo con los requerimientos políticos sociales, económicos y culturales de los grupos que elaboran las representaciones. En otras palabras: con las representaciones no se está frente a un proceso estático ni inmutable sino todo lo contrario se está ante un “sistema de representaciones que cambian y se reelaboran en [...] cada contexto y tiempo.”¹³⁷

Por esta misma razón, considero que la duración de las representaciones ocurre durante un periodo de tiempo corto, al ser los sujetos individuales o colectivos quienes las producen, aunque con el caso de las y los jóvenes no descarto la posibilidad de que algunas representaciones se sitúen en un proceso de más larga temporalidad. Por lo anterior, puedo observar que con las representaciones uno se sitúa en la temporalidad, considerada, según el ideal de Braudel, como superficial e insustancial (corta duración), si se recuerda para él, el objeto de la historia no es el individuo sino el hecho social en su totalidad.

Con respecto a los conceptos aludidos, menciono que la razón por la cual utilizo la noción de representación y no la de mentalidad es porque la primera propugna por la existencia de distintos tipos de percepción del mundo, algo que difícilmente se encuentra en el concepto de mentalidad, siempre

¹³⁵ Denise Jodelet., *op. cit.*, p. 472.

¹³⁶ Denise Jodelet. “Pensamiento social e historicidad” en *Relaciones*, 2003, vol. XXIV, p. 108.

¹³⁷ Mary Nash. “Representaciones culturales y discurso de género, raza y clase en la construcción de la sociedad europea contemporánea” en *El desafío de la diferencia: representaciones culturales e identidades de género, raza y clase*, Bilbao, 2003, p. 22.

homogénea. Por ello mismo, la representación alude a múltiples modos de percepción sobre lo real. Es así como las representaciones me dan elementos para persuadirlos de que hubo varias juventudes y distintos modos de representar a las y los jóvenes. Insisto: si bien pueda haber representaciones homogéneas sobre las y los jóvenes, también es cierto que los sujetos juveniles se volvieron depositarios de distintos idearios, concepciones, proyectos sociales y políticos. Es decir, distintas representaciones.

Frente al concepto de mentalidad, la *nueva historia cultura* postula la noción de representación entendida como:

El trabajo de clasificación y desglose que produce configuraciones intelectuales múltiples por las cuales la realidad está contradictoriamente construida por los distintos grupos que componen una sociedad; [...] las prácticas que tienden a reconocer una identidad social, a exhibir una manera propia de ser en el mundo, significar en forma simbólica un status y un rango; [...] las formas institucionalizadas y objetivadas gracias a las cuales los representantes (instancias colectivas o individuos singulares) marcan en forma visible y perpetua la existencia del grupo, de la comunidad o la clase.¹³⁸

En esta cita puedo apreciar elementos que me servirán para aplicarlos a las y los jóvenes del Porfiriato. El que me interesa desarrollar más a profundidad es el que tiende a asignar una identidad, exhibir un modo de ser y a significar de manera simbólica un *status*. Aunque admito explícitamente que al leer el *corpus* de fuentes que uso en esta tesis (novelas, textos periodísticos y manuales de urbanidad o buenas maneras) leí más que nada un cuerpo ausente porque encontré lo que los literatos, periodistas, padres de familia y religiosos hablaban por las y los jóvenes. Visto de este modo, las representaciones son actos de pensamiento de sujetos (adultos) en relación con otros sujetos (jóvenes). Es por esa circunstancia que el acto de representar es un artefacto capaz de *traslapar a y/o asignarle un lugar en la sociedad* al sujeto que es representado. Es innegable que con el tipo de fuentes que analizo, no leo los discursos producidos por las y los jóvenes sino asignaciones y percepciones simbólicas construidas por los otros, las cuales intentan definir la identidad de un grupo, para ser exactos del grupo juvenil de clase media y alta. Por todo lo anterior, las representaciones tienden a desempeñar un rol importante en el control y coerción social porque muestran mecanismos culturales de poder sobre ser joven en un determinado contexto histórico.

Aquí conviene indicar la distinción entre el sujeto representado e histórico. Como mencioné arriba las representaciones intentan prescribir y proscribir modos de ser o asignar un estatus dentro del mundo social. El sujeto representado se constituye bajo la mirada del otro y adolece de poder para representarse a sí mismo. En cambio, el sujeto histórico tiene la conciencia de aceptar, negociar u oponerse a las

¹³⁸ Roger Chartier. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 2002, pp. 56-57.

imposiciones porque es dueño de sus propias acciones y detentor de sus propias decisiones. En ese sentido, concuerdo con Denise Jodelet y Roger Chartier quienes a pesar de trabajar con el ser percibido no dejan de considerar al sujeto histórico como un individuo pensante que resiste, se apropia y construye representaciones sobre sí mismo. Lo cual resulta ser importante porque los sujetos así tienen un papel activo en las prácticas culturales y acciones sociales.

Resulta significativo, en este preciso momento, señalar qué entiendo por representaciones hegemónicas. Antes aclaro, ¿qué significa hegemonía? De acuerdo con Antonio Gramsci existen dos aspectos en la definición de hegemonía. El primero propiamente político, consiste en la capacidad que tiene el grupo dominante para articular sus intereses con los de otros grupos, convirtiendo sus intereses, en el elemento rector de una voluntad colectiva. En cambio, el segundo aspecto indica las condiciones ideológicas que deben ser cumplidas para que sea posible la constitución de dicha voluntad colectiva. Otra definición que puede ser útil para precisar la hegemonía tomada no en su totalidad de los estudios subalternos, menciona que la hegemonía es un consenso construido por el Estado moderno, cuya función estriba en organizar homogeneidades en la esfera pública y dominios.

Con base en estas definiciones puedo sostener que las representaciones hegemónicas sobre los sujetos juveniles, serían aquellos conocimientos de sentido común que los grupos dominantes, es decir, los que detentan mayor poder, sea político, social, económico o cultural, impulsan y articulan a través de imágenes que conjuntan significados y categorías que sirven para clasificar y asignar a las y los jóvenes un lugar en el mundo social. Estas representaciones hegemónicas en torno a lo juvenil se transmiten mediante redes de instituciones sociales como la escuela, la familia, el trabajo, las instituciones religiosas y medios de comunicación. La finalidad de dichas representaciones es causar consenso en los distintos sectores sociales que componen la sociedad, definiendo en términos sociales y simbólicos modos de ser joven. Si bien toda la representación social intenta definir al sujeto en su esencia, quedando determinado como una imagen que se hace presente en su ausencia, con las representaciones hegemónicas esas imágenes tienen una mayor perdurabilidad en el imaginario social. Ellas pueden trascender el contexto histórico que las vio surgir, pese a que la situación política, social y cultural este en constante cambio histórico. Es así que las representaciones hegemónicas intentan homogenizar a las y los jóvenes, preservando preconcepciones sobre lo son y deben ser jóvenes. Por esa razón éstas legitiman formas de dominación, al asignarles a los sujetos juveniles un lugar en el mundo social y determinar la producción de identidades.

Finalmente debe quedar claro que estas fuentes sólo me permiten conocer la realidad representada. Es evidente que conducen únicamente a historizar las percepciones que otros tenían sobre la juventud durante el Porfiriato, por lo mismo reconozco la limitación de las fuentes. En éstas no hallo al *sujeto histórico* sino más bien al *sujeto representado*. Éste, sin embargo, también tiene la cualidad de ser histórico, ya que las categorías de percepción y las representaciones sociales cambian con el tiempo, la

manera cómo se concibió y representó a las y los jóvenes en periodo determinado como fue el Porfiriato, no fue la misma que durante otro momento histórico.

3.2 Primera parada: descripción de fuentes

El encuentro con el documento histórico es un instante que bien puede ser descrito como traumático.

Cristina Rivera Garza. *Los muertos indóciles*

Es conveniente ahora apuntar por qué para analizar las representaciones de las y los jóvenes me baso en algunas novelas, periódicos y revistas, así como manuales de urbanidad. Mi investigación utiliza textos literarios como: *Ensalada de pollos*¹³⁹ e *Historia de Cucho el Ninfo* de José Tomas de Cuéllar. Escogí la literatura decimonónica como fuente histórica porque con claridad puedo notar que los escritores consultados imputaron a sus obras la finalidad de fortalecer la conciencia nacional y mejorar la sociedad reforzando la moral pública y saneando las costumbres. E incluyeron en su proyecto a la juventud, fueron las pretensiones de los escritores, las cuales vienen desde el pasado y otorgan percepciones sobre las y los jóvenes de aquella época, fueron incluso sus mismos prejuicios y opiniones en donde se hallan las representaciones de nuestros sujetos de estudio.

En este punto, indico que considero a la literatura no solamente por su carácter imaginativo o ficticio. Aunque estoy consciente de que ésta está hecha de palabras, por lo tanto, intervienen en ella recursos sintácticos, morfológicos, estilísticos, fonéticos, poéticos y semánticos no son de interés para este análisis. Más bien, considero que la literatura es un discurso social que representa percepciones del mundo, así como imaginarios y preocupaciones de una época. Ésta además está regida por funciones estéticas (cánones y reglas del arte), por lo mismo, sometida a crítica. En este mismo tenor, recalco que toda obra de arte forma parte de su tiempo –la literatura no es la excepción–, ya que representa las creencias, pensamientos, sentimiento y valores de la época en que fue escrita.

Otras fuentes esenciales para esta investigación son los diarios de publicación periódica y revistas, parto de que la prensa es un registro invaluable de la sociedad, por tanto, de la historia. Además se debe aclarar que tanto las revistas como los periódicos son un medio de comunicación multitudinario por lo

¹³⁹ Debo indicar que la novela *Ensalada de Pollos* fue publicada por vez primera en 1869 como folletín en *La Ilustración Potosina* en ese entonces constaba de veinte capítulos. Luego se hizo una segunda edición que fue publicada en 1871 en la que aumentaron los capítulos a veinticinco. Una tercera edición fue impresa en Barcelona en el año de 1890.

que fueron importantes en la trasmisión de representaciones de la juventud. Si bien como ha observado Milada Bazant entre periódicos y revistas existió una notable diferencia ya que los primeros fueron publicaciones que llegaban a todas las clases y motivaban el desarrollo de la lectura. Contrariamente, las revistas eran especializadas y trataban sobre tópicos definidos, las cuales muchas veces se dirigían a un lector culto perteneciente a una élite intelectual y profesional.¹⁴⁰ Con ello se puede decir que estos llegaron a amplios sectores de la población porfiriana, por tanto, transmitían representaciones sobre las y los jóvenes a los lectores porfirianos.

Quisiera aclarar aquí que con los periódicos y revistas no existe tampoco una percepción transparente sobre los sujetos que estudio, la razón es porque la prensa informa y deforma los hechos, transmite pero también calla. En estos discursos se enuncian opiniones, ideas y juicios sobre la juventud de clase media y alta. Todos estos elementos evidentemente representan características identitarias sobre las y los jóvenes, por esa razón son fundamentales para comprender cómo se pensó y representó a este grupo perteneciente a la burguesía.

Específicamente los periódicos que revisé fueron: *El Monitor Republicano*, *El Monitor del Pueblo*, *El Hijo del Trabajo*, *El Nacional*, *El Tiempo*, *La Patria*, *The Two Republics*, *El Mundo Ilustrado* y *El Imparcial*, sin embargo, aparecerán citas sobre otros diarios de circulación nacional, las cuales serán tomadas de la compilación periodística realizada por Clementina Díaz y de Ovando sobre la Escuela Nacional Preparatoria, ésta lleva por título *La Escuela Nacional Preparatoria los afanes y los días, 1867-1910*.¹⁴¹ De igual modo, las revistas que utilizo son: *La Familia*, *La Mujery Violetas de Anáhuac*.

Las fuentes que empleo pertenecen a distintos géneros periodísticos, los cuales van desde noticias, ensayos literarios, narraciones y crónicas pertenecientes a distintos periódicos y revistas.¹⁴² Finalmente, cuento con un tipo de fuente conocida como manuales de urbanidad y/o buenas maneras, los cuales han sido empleados esencialmente para historiar los comportamientos femeninos o la formación de ciudadanía; sin embargo, me parece que en algunos casos se ha olvidado de que estos discursos estaban dirigidos primordialmente a un público joven. De ahí, al emplearlos en esta investigación serán útiles para explicar cómo debían ser y cómo comportarse los jóvenes. Dicho en otras palabras: con estos manuales

¹⁴⁰ Milada Bazant. "Lecturas del Porfiriato" en *Historia de la lectura en México*, México, Colegio de México, 2005, pp. 210 - 221.

¹⁴¹ Clementina Díaz de Ovando. *La Escuela Nacional Preparatoria los afanes y los días, 1867-1910*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972. Cabe destacar que esta compilación es fundamental para esta investigación porque en ella, la autora recopila información sobre los estudiantes y la Escuela Nacional Preparatoria desde la reforma hasta el ocaso del Porfiriato.

¹⁴² De manera breve defino los géneros periodísticos que empleo para esta investigación. La noticia es un género periodístico cuya finalidad es dar difusión pública a un acontecimiento de interés social, en ella no se dan opiniones se informa solamente del hecho. El ensayo literario es una composición breve sobre un tema sea de cualquier tipo, donde es importante la interpretación y el punto de vista de punto del autor, éste se caracteriza además por la utilización de recursos literarios. La narración es un tipo de relato que comprende textos pertenecientes a distintos géneros literarios, ésta se presenta como hechos relatados. La crónica "es la narración temporal de un acontecimiento, con frecuencia en el orden en que se desarrollo. Se caracteriza por transmitir además de la información las impresiones del cronista". El artículo es el género donde se exponen opiniones y juicios sobre noticias relevantes o temas de interés general. Carlos Marín. *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 2005, pp. 61-70.

conoceremos procripciones, prescripciones y normas que mundo adulto quiso inculcar principalmente a las jóvenes. Específicamente, utilizo los siguientes manuales: *Cartas á mi hija* (1873) y *Consejos a mis hijas* (1874).

Así pues, clasifico todas estas fuentes como *intencionales* por el simple hecho de que ningún indicio es transparente ni neutral con la realidad que capta. Tal vez una de las lecciones más importantes que nos ha dado la *nueva historia cultural* estriba en reconocer que aun el documento más objetivo lleva siempre las representaciones de sus productores.¹⁴³ De ante mano reconozco la subjetividad de estas fuentes, sin embargo, no veo en ello una limitante porque mi objetivo no radica en este momento en estudiar a las y los jóvenes en sí, sino analizar la manera tal como los percibieron y representaron otros hombres (escritores, periodistas, religiosos y padres de familia).

Tampoco es difícil notar que toda fuente escrita implica empoderamiento. Digo lo anterior porque quien escribió y leyó las obras en su momento estuvieron, por así decirlo, en una posición privilegiada. Habría que subrayar la escisión entre letrados e iletrados. Al respecto se calculó que el 80% de la población durante el Porfiriato era analfabeta.¹⁴⁴ Ello de inmediato marcó una enorme barrera centrado en la alfabetización y la escritura. Escribir y leer fue, por lo menos durante esa época, una experiencia de muy pocos. Es decir tanto su uso como su entendimiento fueron actividades para unos cuantos. Pero también disponer de la escritura significó y significa aún tener el poder del lenguaje en su uso activo. ¿Acaso el uso activo del lenguaje escrito implicó relaciones de poder porque quienes escribieron no eran jóvenes? Tal pareciera que sí. Las representaciones dejan ver una violencia de lo omitido, en los discursos escritos e imágenes discursivas se hace presente una ausencia. Ausencia porque es evidente no fueron las y los jóvenes porfirianos quienes se representaron, sino que, por el contrario, los presentaron otros puntos de vista. De este modo, existe aquí una relación entre representación y ausencia, el problema es que estas escrituras sólo capturan a las y los jóvenes bajo las pautas culturales del mundo adulto.

Por lo mismo los lenguajes y los discursos escritos destinados a representar a alguien nunca son transparentes ni neutrales porque, es evidente, que no son la propia voz de ese alguien. Si así fueran no serían representaciones. Todos los discursos que utilizo como fuentes, tal vez suene ya un tanto trillado, intentan decir cómo se percibieron las cosas. Los autores me permiten ver a las y los jóvenes sólo mediante sus ojos, expresando sus muy variados puntos de vista morales, políticos y sociales sobre ellos. Ello parece ser una desventaja, pues, como lo ha previsto la escritora Kathy Acker al hablar del realismo en la literatura. En su afirmación apunta: siempre que se habla de estructura narrativa se habla de poder político porque se limita la recepción de los lectores a una realidad céntrica e incluso, según la autora,

¹⁴³ Roger Chartier. "Representación de la práctica y práctica de la representación" en *HAFQ*, 2007, p. 32. Martín F. Ríos Saloma. "De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX" en *Estudios de historia moderna y contemporánea*, núm. 37, 2009, p. 124.

¹⁴⁴ Milada Bazant. , *op., cit.*, p. 206.

esa realidad representada puede considerarse un método de control.¹⁴⁵ La aseveración anterior para nada la deslegitimo porque pareciera cierta en muchas ocasiones.

Por eso, el acercarme al documento histórico para mí ha sido un instante que describiría como una experiencia traumática porque he estado frente ante un texto cifrado. Porque no encuentro al Otro. Porque todo texto escrito implica poder y porque esos muertos dejaron una enorme ausencia. Pero, sobre todo, leer documentos históricos y escribir historia son experiencias traumáticas porque siempre se desea escuchar y hacer hablar a los Otros (ausentes).

3.3. El camino metodológico

Básicamente el camino metodológico que recorro se divide en dos partes. Realizo, en un primer momento, la crítica de fuentes, para hacerla retomo la especificidad de cada una de ellas, por ello, empleo distintas herramientas de análisis. Aunque para la crítica hago uso de varias técnicas, en general, cada una de ellas tiene la función de alejarme de la corriente teórica llamada *New Criticism* (Nueva Crítica) que considera a los discursos como entidades que se explican a sí mismos, aislándolos y separándolos de los contextos culturales e históricos en que fueron escritos. Para decirlo con palabras de Terry Eagleton: con este planteamiento se postula que la interpretación de los discursos se encuentra sólo dentro de lo sublime del lenguaje y, por lo mismo, debe ser arrancada “de los escombros de la historia”.¹⁴⁶ El punto verdaderamente crítico, en mi opinión, radica en que desde esta perspectiva la lectura e interpretación se basa en consideraciones de corte ahistórico, al no tomar en consideración los contextos sociales, al autor de la obra e incluso a los lectores que atribuyen distintos significados al discurso dependiendo de la época en que la lean.

De igual modo, tiene el propósito entender lo que significaron las fuentes en su tiempo. Como ha observado John Berger, ello no es para nada sencillo, en primera instancia, porque en su momento los documentos significaron algo distinto de lo que hoy en día significan. Con las distintas técnicas de análisis, lo que intento hacer no es la lectura de los documentos desde mi contemporaneidad, sino desde el momento histórico en que fueron escritos. Reconozco, igualmente, que al emplear dichos textos como fuentes transformo el sentido comunicativo por el cual se escribieron originalmente. Los autores dirigieron sus escritos a un público específico, me imagino que no pensaron que serían utilizados por un historiador. He de reconocer, en esta línea, que “nuevos lectores crean textos nuevos”.¹⁴⁷ La lectura de las fuentes realiza por mí y, entendida como práctica y procedimiento de interpretación persigue expectativas e

¹⁴⁵ Kathy Acker. *The killers*. [En línea en: https://www.sfsu.edu/~poetry/.../issueone_toc.html].

¹⁴⁶ Terry Eagleton. *Una introducción a la teoría literaria*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 66.

¹⁴⁷ D.F Mackenzie citado por Roger Chartier. “Comunidades de lectores” en *El orden de los libros*, Barcelona, Gedisa, 2002, p. 26.

intereses muy distintos a los de un lector antiguo. El propósito de leer los discursos como fuentes, persigue en mí un fin académico. Las fuentes que utilizo para escribir esta historia son para mí un objeto de conocimiento académico, pero para los lectores de su época pudieron ser un texto de deleite, un discurso educativo, un discurso de control e inclusive un discurso de placer onírico.

En segunda instancia debo hacer hincapié en esto: lo que se sabe o se cree *a priori* a la investigación siempre “afecta al modo en que vemos las cosas”.¹⁴⁸ Dicho de otro modo, en mi caso, afecta evidentemente al modo en que leo las fuentes, al parecer siempre se cuenta tanto con un conocimiento previo, así como con una serie de prejuicios e idealizaciones sobre los sujetos que se estudia. Todo lo que pienso, creo y siento sobre la juventud afecta y a la vez forma parte del modo en que se investiga. Por eso, el ser consciente de mis propios prejuicios e idealizaciones, es necesario, porque ello me obliga a trabajar a contra corriente de los mismos.

El contraste de las representaciones, *grosso modo*, consiste en emplear elementos de comparación a través de categorías como género, clase social y territorio. Abajo explico más a detalle la forma cómo lo voy a realizar.

3.3.1 La crítica de fuentes

El primer paso de la crítica de fuentes consiste en conocer la *función social* de cada una de ellas. Pregunto aquí: ¿para qué se escribieron? Las respuestas resultan, particularmente, enriquecedoras para saber la finalidad con que tuvieron durante el contexto donde fueron escritas. Por ejemplo: con las fuentes literarias recalco que tuvieron como función en su momento tratar de mejorar la sociedad por ello se denunciaba las malas costumbres y se pretendía fortalecer la conciencia nacional y la moral pública. Por otra parte, las revistas y periódicos tenían como uso transmitir lo que ocurrió, sin embargo es pertinente aclarar que no es posible tener una percepción pura de los hechos que se comunicaban en ellos. En el caso de los manuales su uso estriba en instruir mediante normas a las y los jóvenes en distintos ámbitos de la vida cotidiana.

A su vez, las *funciones sociales* tenemos que considerarlos como hijos de su tiempo y reflejos de las necesidades e ideaciones de las instituciones, la familia o el Estado, por lo tanto, sometidos a cuestiones de poder y relaciones de control que se hacen explícitas dentro de los discursos de los autores.

¹⁴⁸ John Berger. *Modos de ver*, Barcelona, Adolfo Gilly, 2000, p. 13.

La crítica del documento literario

Para realizar el análisis de fuentes literarias empleo una técnica que he denominado *crítica-sociohistórica*. En un primer momento, reviso la crítica literaria con la finalidad de conocer qué tipo de juicios, efectos y apreciaciones provocaron en un público determinado, es decir, en los críticos de la obra literaria. Esta técnica me resulta importante porque, después de todo, se debe recordar que la literatura como cualquier obra de arte está sometida a las apreciaciones de otros, esto es, tiene una función estética, la cual es propia de un contexto social determinado. Aclaro aquí que los juicios, efectos y/o apreciaciones que van a servir para la crítica de fuentes literarias son básicamente desde el punto de vista de la actividad creada por un individuo autor o de la obra creada como producto artístico en sí.

Me parece, por otra parte, pertinente recabar la crítica literaria en torno a las obras o los escritores, la razón es porque ésta permite reconstruir las percepciones, ideas, pensamientos y reflexiones que una cierta élite comparte con las obras en cuestión. Esta técnica, a mi juicio, no sólo deja saber si se aceptó al literato y a su producción artística dentro de los cánones de la época; sino también nos permite conocer cómo fue recibida por ciertos lectores históricos y reales, dando a conocer la función y el valor estético. En sí lo que hago es poner al escritor u obra frente a una cierta élite intelectual (lectores históricos y reales) que concuerda o no con las percepciones que se reflejan a través de las obras.

De tal manera, al recobrar la crítica literaria puedo deducir cómo fue entendida y apreciada la obra y/o el autor por un lector de su tiempo. Esto sitúa mi lectura más cerca del tiempo en fue producida o reeditada. Es evidente que en mi caso, las novelas que analizo no pueden significar lo mismo que significó para alguien que las leyó en el Porfiriato, por la simple razón de que cada época aprecia en ella distintos aspectos. Así pues, el revisar la crítica literaria se convierte en un aliciente puesto que también me da elementos para conocer la importancia de las obras en sus contextos históricos. Ello es sumamente útil, dado que me proporciona ciertas claves de interpretación y comprensión de las fuentes literarias que empleo, se puede decir que me traslada a ese momento y espacio donde ocurrieron los hechos.

Es esencial señalar que los elementos retomados para la crítica literaria son primordialmente extraliterarios, es decir, enfocados al contenido social de la misma. Aunque reconozco que el compromiso de la crítica literaria es fundamentalmente con la literatura.¹⁴⁹ Este análisis al ser de corte histórico, se enfoca más en el plano de lo social y cultural, no al estilo o lo poético.

La parte *sociohistórica*, en cambio, privilegia esencialmente “el contenido social de los textos, su peso histórico” y la significación cultural de la obra literaria.¹⁵⁰ Si con la crítica literaria puedo acercarme a los significados e interpretaciones de la obra durante la época en que fue editada o reeditada, con el

¹⁴⁹ Antonio Alatorre. “La crítica literaria” en *Ensayo sobre la crítica literaria*, México, CONACULTA, 1993, p. 24.

¹⁵⁰ Jacques Pelletier citado por Cristina Elgue de Martini. “La literatura como objeto social” en *Invenio*, núm., 011, 2003, p. 10.

método *sociohistórico* parto de la idea de que la literatura ofrece representaciones sobre las y los jóvenes. Dichas representaciones, por supuesto, deben ser entendidas en su contexto social, cultural e histórico.

Añado a este último aspecto que las representaciones obtenidas participan en la conformación de la identidad social de este grupo de edad, sin embargo, para el caso de las y los jóvenes no tengo la certeza de que solamente los discurso sean capaces de inventar o crear identidades, puesto que se debe tomar en cuenta las prácticas reales de los sujetos. Este tema lo menciono porque ha sido recurrente para la teoría literaria. Pues esta disciplina se ha preguntado si la identidad tiene que ver con una construcción discursiva o con prácticas reales.¹⁵¹ Frente a dicho postulado, el que plantea que sólo los discursos crean identidades, mi postura es más bien que la construcción de la identidad es el resultado tanto de prácticas sociales como discursos.

Ya entrando de lleno con el análisis de las novelas, encuentro que en una parte significativa de las fuentes literarias, los escritores utilizan determinados personajes en su dimensión de *tipos sociales*, éstos se convierten en elementos esenciales dado que exhiben y describen a las y los jóvenes de clase media y alta como fueron percibidos. Un detalle crucial que hay tener en consideración, consiste en corroborar que la narración y la descripción de la novela decimonónica tienen una estrecha relación con el acto de mirar, la razón fue porque escritores realistas y costumbristas tenían una obsesión por lo visual. Si fotografiar y pintar implica retratar tal como vio el fotógrafo y pintor un suceso o un personaje. Entonces describir para la literatura realista y costumbrista consistió en delinear, dibujar, pintar y representar con imágenes a personas o cosas por medio del lenguaje, explicando cómo son y las impresiones que puedan provocar.

Finalmente, la manera de ubicar textualmente a los *tipos sociales* en las novelas es mediante la descripción, en específico, un tipo de descripción, el retrato. En el abismo de palabras que conforma la novela, lo que analizo es cómo describen a las y los jóvenes. Para ello, tomo en cuenta tanto los elementos que tengan que ver con el aspecto social como son comportamientos, acciones, pensamientos y costumbres que el autor expresa sobre sus personajes (las y los jóvenes). Ello lo encuentro en expresiones lingüísticas que representan modos ser joven. A la par de dicha técnica, es necesario contextualizar los *tipos sociales* que se representan en ella. En este punto, se entrecruzan los documentos escritos con el mundo social e histórico.

¹⁵¹ Jonathan Culler. "Identidad, identificación y sujeto" en *Sujeto y relato. Antología de textos teóricos*, México, 2009, p. 411.

La crítica del documento periodístico

A continuación expongo la técnica que manejo para la crítica de los documentos periodísticos, a ésta la he nombrado *ideológico-formal*. Ante todo señalo que las publicaciones periodísticas están mediatizadas por la ideología del grupo social, intelectual y/o político que está detrás de las mismas. Así un elemento importante de análisis es ubicar la tendencia ideológica de los distintos periódicos y revistas. Ello con la finalidad de conocer si los grupos dominantes (conservadores y liberales) comparten o no las mismas representaciones sobre las y los jóvenes.

Vale la pena agregar que por ideología entiendo un sistema de ideas, representaciones y valores que las clases dominantes producen en sus discursos. Las ideologías, por un lado, sirven para dar cohesión a grupo social y, por otro lado, inclusive, desarrollan mecanismos para justificar el poder del o de los grupos dominantes.¹⁵² Pero metodológicamente hablando, analizar la tendencia ideológica en la prensa (periódicos y revistas) se convierte en un elemento clave por dos razones. En primer lugar, porque ayuda a comprender que el discurso periodístico no es una obra individual, sino que, por el contrario, colectiva en donde se hallan percepciones que sirven para tomar posición en el mundo. En segundo lugar, sirve para conocer las relaciones sociales de producción en las que se insertó el escritor. No fue lo mismo escribir en un periódico conservador que en uno progresista. El autor así tuvo que seguir ciertos lineamientos ideológicos para poder aparecer dentro de esa publicación, tal vez, por lo mismo tuvo que minar un tanto su autonomía. Sigo y, al mismo tiempo, subvierto la idea de Walter Benjamin en *El autor como productor*. He de reconocer que el periodista, lo acepte o no, escribe al servicio de determinados intereses ideológicos.

A estas alturas debo subrayar que el método consiste en identificar y agrupar la tendencia ideológica vinculada con los periódicos y/o revistas. Para cumplir con dichos propósitos planteados arriba reviso bibliografía que versa sobre las publicaciones periodísticas durante el periodo que abarca esta investigación. Además comparo la postura ideológica presente en los distintos periódicos y revistas. De lo que se trata aquí es de intentar descubrir si liberales y conservadores representan y enuncian de modo similar o disímil a la juventud burguesa.

Aparte de identificar la tendencia ideológica en la prensa, resulta necesario observar cómo enuncian en los discursos periodísticos a las y los jóvenes. En términos generales centro mi atención en el significado de las palabras escritas con las que se refieren a ellos y ellas. Pero ¿por qué este análisis tendría que dar predilección a la mínima unidad de significado del discurso periodístico? Por varias razones considero conveniente desmenuzar palabras escritas. La realidad se representa con las palabras puesto que ellas se asocian convencionalmente con las ideas. Especifico un poco más con un ejemplo: el escritor concibe una idea y desea trasmitirla, para hacerlo selecciona palabras cuyos significados se

¹⁵² Helena Beristáin. *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 1995, p. 255- 256.

asemejen “suficientemente a esa idea que concibió”.¹⁵³ Tal vez sea ese el motivo más apremiante de centrarme en ellas. Aunque hay otro asunto también acuciante, las palabras son unidades dotadas de significado, por ello, informan y asignan cualidades sobre quien se refieren.

Tomo en cuenta, entonces, distintos tipos de palabras. Entre ellas, adjetivos u proposiciones adjetivas porque simbolizan cualidades que fueron atribuidas a ellas y ellos. Éstos amplían la significación sobre cómo se concibió a las y los jóvenes porque denotan cualidades, características e incluso emiten juicios de valor sobre los sujetos. Pongo además especial cuidado en la reiteración de palabras en los discursos para referirse a estos sujetos, sean ésta idénticas o por analogía de significado (sinonimia). Me fijo en la sinonimia ya que, de este modo, puedo inferir que quien escribió confería en esas palabras un sentido emblemático para dar una representación. E Inclusive identifico, por un lado, con que otras palabras (seres y/u objetos) llegan a compararlos.

Claro está, por todo lo antes dicho, que el significado no lo encuentro en las palabras como tal, más bien, en este caso, lo hallo en la intención que los periodistas les han conferido, porque fueron ellos, quienes utilizaron las palabras para representar lo que deseaban representar. Lo concreto en las palabras no es el hecho de referirse y representar sino la manera cómo se representa mediante el uso de ciertos vocablos. Es inevitable, en sentido estricto, traer a colación un tema frecuente. Por lo general se ha creído que lo profundo está siempre en lo no dicho, en contraste, lo expresado textualmente mediante palabras se considera superficial. Si bien cuando se descubre lo inconsciente, invisible o ilegible se le otorga una profundidad al análisis de fuentes, también cuando se revela lo consciente, visible y legible se puede llegar a un nivel bastante complejo de interpretación. Por eso he decidido en la *crítica formal* del documento periodístico centrarme en aquello se dice, ve y lee a simple vista.

Podría decirse que la estrategia denominada *formal*, se asemeja bastante al *análisis de contenido* es evidente que ambas consideran a la palabra como unidad básica y central del texto y a la inferencia de señales semánticas como herramienta metodológica. Y quizá al análisis estilístico centrado en el estudio de figuras retóricas (comparaciones, sinonimia y máximas). No obstante a diferencia de la primera aquí no se hace un estudio sobre la cantidad de señales porque lo cuantitativo no lo considero esencial para interpretar cómo enunciaban a las y los jóvenes. Mientras que con la segunda, las figuras retóricas son tomadas por lo su carga simbólica, social y significativa. No sólo como elementos que embellecen el lenguaje. De hecho podría argumentarse que esta técnica desprende a la prensa de sus vínculos con la época y la sociedad, porque sólo se centra en los significados. Y tal vez sea así. No obstante, esta herramienta se complementa con el análisis de las tendencias ideológicas pues, en efecto, se necesita insertar los discursos periodísticos dentro de las relaciones sociales y no solamente mediante análisis semántico. Porque una investigación histórica no puede dejar de ser una lectura contextualizada de las fuentes.

¹⁵³ Enrique Teso Martín. “Maneras de referirse a la realidad: simbólica, figurada e implícita” en *Compendio y ejercicios de semántica I*, Madrid, Alarcos, 2002, p. 15.

La crítica del manual de moralidad u urbanidad

En los manuales de urbanidad puedo observar una intencionalidad explícita. Los discursos dentro de los textos intentan moldear y/o condicionar cierto tipo de conductas que se consideraban apropiadas para el público al que estaba dirigido (principalmente a las jóvenes). Bajo esta idea, el método para hacer la crítica de fuentes consiste en identificar los enunciados en donde se refleje que los comportamientos pueden ser susceptibles a ser afectados. Para que quede más claro explico a qué me refiero. He de encontrar en los manuales prescripciones y prohibiciones, para ello habrá que responder: ¿qué debía hacer y qué no debía hacer? ¿Cómo debían ser y cómo no debían ser? La respuesta a estas preguntas son fundamentales porque muestran el tipo de juventud que se quiso formar durante el porfiriato y viceversa el que no.

Pero, en este punto, sería problemático no matizar mi postura. Si bien, como lo he sugerido, los manuales están compuestos por discursos normativos, prohibitivos y prescriptivos, ello no implica que sean lo bastante estructurados para poder suprimir cualquier tipo de elección consciente de los sujetos. Frente a posturas del análisis crítico del discurso que dan por sentado que los discursos son capaces de moldear, condicionar y modificar completamente las conductas del grupo social al que están dirigidas.¹⁵⁴ Más bien considero que fueron los lectores de carne y hueso quienes decidieron aceptar o no lo que provenía de los discursos. No hay que olvidar que los lectores son sujetos activos con discernimiento, por tanto, siempre tienen elección consciente. Al igual que Chartier pienso que ningún modelo dominante de la cultura anula el espacio propio de su recepción. Con ello tampoco, no niego, desde luego, que estos discursos lleven relaciones de poder implícitas, cuando se habla de escritura, necesariamente, se habla de poder.

El siguiente paso es reconstruir al lector o comunidad de lectores a los que la obra estuvo originalmente destinada. Apoyándome en algunas sugerencias de Umberto Eco en torno al *lector modelo*, hago uso de la imaginación para recrear al lector de la época. Pero antes de explicar qué hago, necesito puntualizar ciertas cuestiones. El texto como objeto cultural necesita del sujeto, quién si no él, para otorgarle sentido con su participación como lector. De ahí que el texto postule a su destinatario como una condición indispensable para actualizarlo. Al producir un texto, según Eco, el autor aplica una estrategia que prevé los movimientos del otro.¹⁵⁵ Con dicha estrategia, el autor instituye una serie de competencias en su escrito para su lector modelo. Dichas competencias aluden a un lector histórico, porque el autor las vaticinó esenciales para su tiempo y mundo social al que pertenecía. En algunos manuales como *Cartas á*

¹⁵⁴ Véase a Adriana Rodríguez. “El análisis del discurso y sus aportaciones a los estudios literarios en el marco de las coordenadas autor, obra, lector y contexto” en *Andamios*, núm.9, 2008, p. 91.

¹⁵⁵ Umberto Eco. “El lector modelo” en *Sujeto y relato. Antología de textos teóricos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 233.

mi hija y *Consejos a mis hijas*, quienes los escribieron hacen marcas distintivas por cuestiones de género, seleccionan a su audiencia, se dirigen abiertamente a las jóvenes. Cada uno de los manuales, de igual modo, restringe su campo geográfico, al dirigirse a un sector urbano educado de clase media y/o alta. Los autores eligieron ciertos temas, entre muchos otros, porque suponían, eran los que generaban interés para un público ansioso que concebía la civilización europea como antídoto contra la barbarie. Es sabio que abordaron cuestiones como normas de conducta, buenos modales, asuntos sobre educación considerándolos importantes en la formación de futuros ciudadanos.

Finalmente hay que tomar en cuenta que los escritores se las arreglaron “para que cada término, cada modo de hablar, cada referencia enciclopédica sean los que previsiblemente puede comprender su lector”.¹⁵⁶ Por ello elaboraron un discurso específico basado en consejos para quien escuchaba (leía). Podría decir inclusive que para que los comprendieran cabalmente, hicieron referencia a varios aspectos de la vida cotidiana que creyeron importantes para sus lectores modelos.

Pero rigurosamente hablando, el lector modelo es un lector ficticio, por eso, debo tener en cuenta que aunque el autor prevea al lector del texto, existe siempre la posibilidad de que llegara en su momento a un público completamente distinto al que estuvo destinado en un principio. Empero hago ello a nivel de herramienta metodológica porque me da pautas para entender que los manuales estuvieron propuestos a un lector con ciertos rasgos sociales, por lo tanto, históricos.

3.3.2 Llegar al “instante del peligro”: choque de representaciones de las y los jóvenes

La historia es, entonces, en sentido estricto, una imagen surgida de la remembranza; una imagen que se le enfoca súbitamente al sujeto de la historia en un instante de peligro.

Walter Benjamin. *Tesis sobre la historia*

He comenzado con epígrafe de *Tesis sobre la historia* de Walter Benjamin. A este autor, como se sabe, no le preocupó conocer el pasado “tal como verdaderamente fue”, por el contrario, le interesó “apoderarse de un recuerdo tal como éste relumbra en un instante de peligro”. El peligro que se enfoca al sujeto de la historia. Queda claro así que la labor del historiador consiste en percibir con aguda conciencia los momentos de crisis en los que el sujeto de la historia ha entrado en momentos dados. Supongo que este no es un modo de hacer historia lineal, en contraposición, es hacerla como una lucha,

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 236.

un choque. Un lugar de constante tensión donde el historiador tiene que estar atento al peligro, si es que en realidad desea redimir a “aquellos que yacen en el suelo”.¹⁵⁷

La provocación a la que incita la reflexión de Walter Benjamin sirve para introducir al *choque de representaciones*. Esta técnica consiste en poner una representación frente a la otra para producir pugnas entre las mismas, con ello intento revelar que existieron distintas representaciones que se enfrentaban entre sí. Ello para nada es hacer una historia lineal, más bien es mostrar lo contradictoria que fue la realidad, el pasado. Expongo que para *el choque de representaciones*, en primer lugar, se exhiben las diferencias las cuales se dieron a través de condiciones de género, territorio y clase social. Ahora sí explico que hago para que esta historia sea un choque.

Para el caso del género tomo la conceptualización realizada por Joan W. Scott, esta autora lo define como un “elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos y como campo primario en el que se articulan las relaciones significantes de poder”.¹⁵⁸ Esta definición permite comprender que las diferencias entre los sexos generan relaciones desiguales y jerarquizaciones de poder tanto en el plano social como en el simbólico. Si por el momento me centro exclusivamente en lo simbólico de las representaciones, no dejo de considerar que éstas tienen implicaciones en lo social, por ello opte por la conceptualización de dicha autora, ya que nunca desarticula ambos ámbitos.

En cuanto al método, lo primero que hago es identificar y analizar una serie de códigos normativos en derredor a la sexualidad que se expresan a través de las fuentes que empleo. Éstos se enuncian en las opiniones, preceptos, preocupaciones y ejemplos morales en torno a la sexualidad. Aclaro: si bien los discursos normativos que se expresan a través de las fuentes que analizo en algunos casos no sólo se dirigían a las jóvenes sino también a sus pares masculinos. Para ellas era principalmente la restricción porque los periodistas, los literatos y escritores de los manuales evocaron en un estado de alerta perpetua que las jóvenes debían ser castas, etéreas, puras y vírgenes. Lo anterior se aprecia en los discursos, por eso cito textualmente fragmentos de los discursos que, desde mi perspectiva, ejemplifican este tipo de norma cuyo objetivo era proponer un modelo de comportamiento que se insertó en un contexto histórico específico.

Es preciso también recordar algunas cuestiones que me serán útiles a nivel metodológico. Por un lado, toda representación se origina por un sujeto individual o colectivo que se refiere a algo o alguien. Por esa razón representar significa *asignarle un lugar al otro dentro del mundo social*, y es, precisamente con las representaciones sobre las jóvenes donde uno puede darse cuenta que estas percepciones fueron escritas no sólo desde el punto de vista adulto sino también masculino, ello implica una doble relación de poder, por el hecho de que quien representa y/o escribe no sólo lo hace en lugar de la

¹⁵⁷ Walter Benjamin. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, México, ITACA/ Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008, pp. 40-42.

¹⁵⁸ Joan W. Scott. “Género una categoría útil para los estudios históricos”..., *op., cit.*, p. 289.

juventud sino también de las mujeres. Pero, por otro lado, en los discursos pareciera que no se habla de la sexualidad, sin embargo, haciendo lecturas más profunda me he dado cuenta de que la preocupación adulta en torno a la pureza de las jóvenes estaba siempre presente. El temor de la pérdida de la virginidad no fue otra cosa sino el temor a la sexualidad.

También para el abordaje desde una perspectiva de género hay de tomar en cuenta que existen diferencias entre las representaciones de masculinidad y feminidad. Las diferencias genéricas, las encuentro presentes dentro los discursos de las fuentes que analizo, las cuales ponen de relieve aquello que se consideró como modelos ejemplares tanto para hombres como para mujeres. Entonces primero tengo que identificar representaciones hegemónicas de feminidad y masculinidad que aparecen en los discursos, cuyo propósito era orientar a cierto tipo de comportamientos. Después esas representaciones hegemónicas se contrastaran con otras representaciones que contradicen y trastocan esas ideaciones, esos modelos.

Vale la pena indicar que para entender dichas representaciones se tienen contextualizar bajo qué circunstancias históricas, políticas, sociales y culturales surgieron. Por otro lado - dejo bien claro mi enfoque de género en esta investigación- analizo las representaciones de las y los jóvenes con la finalidad de entender esta categoría más allá del sinónimo de mujeres. Por lo tanto, he de insistir, en lo siguiente: no hago un estudio sobre mujeres, aplico la categoría género a un estudio sobre la juventud. En consecuencia, abordo tanto a hombres como a mujeres, pero al hacerlo centro mi atención en las relaciones de poder y desigualdades entre los géneros.

Entonces, ¿qué significa mirar esas relaciones desiguales y de poder en un estudio sobre la juventud? Significa, desde luego, comparar los modos como representan a los sujetos juveniles femeninos y masculinos. Doy un ejemplo de cómo se expresa esa desigualdad basado en la diferencia sexual en los discursos que analizo. En una parte considerable de ellos, se enuncia a la joven como un sujeto percibido asexual, perteneciente al ámbito privado y pensada como futura novia, esposa y madre. Por el contrario, al joven de clase media y alta a diferencia de la joven, lo enunciaban como un ciudadano en formación. Encuentro aquí una diferencia de género, la ciudadanía en esta época era depositada principalmente en los varones porque ésta, en el contexto del Porfiriato, implicaba la participación en la vida pública y estaba se relaciona con lo político. Este es solamente un ejemplo del modo en que representaron a los géneros mediante la diferencia sexual.

En fin el *choque de representaciones*, se da en un primer momento por cuestiones de género, visto así, éste tiene la finalidad de producir efectos de contraste inesperados y colocar tantas representaciones como sea posible una tan cerca de la otra. Todo ello para persuadirlos de que coexistieron múltiples maneras de representar a las y los jóvenes, lo cual no enuncia un sujeto juvenil representado homogéneo.

Después de haberme ocupado de la categoría género paso a la clase social. Pero antes de comenzar tengo que mencionar que ella, de acuerdo con el marxismo, se interrelaciona en tres ámbitos a saber: económico, político y social. Todas sumamente importantes pues es evidente que toda clase social

se levanta bajo una base económica que hace formar una conciencia política y social. Sin embargo, esta perspectiva añade poco la perspectiva cultural, la cual es fundamental para este análisis. Lo cultural, entendido aquí como el conjunto de costumbres, ideas, creencias, prejuicios, usos, maneras, formas de conducta, estilo de vida, conocimientos generales y sentimientos que ciertos sujetos de un mismo grupo social comparten.

Ahora bien, es de vital importancia hablar de un punto que no he discutido sobre la teoría de las representaciones. Como ya se mencionó anteriormente, las representaciones sociales apelan que cada sujeto interpreta, percibe y da sentido al mundo de una manera particular. No obstante, cuando se pertenece a una cultura o grupo social existen representaciones que pueden llegar a compartir los miembros, sobre todo, porque se tienen en común algunos *códigos sociales* que los hacen identificarse como parte de la clase social a la que pertenecen. En este punto aclaro que he denominado *códigos sociales* las características de una clase social que “permiten a los miembros de un grupo reconocerse entre ellos y excluir a los que no forman parte de él”.¹⁵⁹ En ese tenor, el analizar los *códigos sociales* radica en hallar los signos que permiten a los miembros de una clase social identificarse y reconocerse como parte de ese sector social.

En cierto sentido, los *códigos sociales* presentan coincidencias y diferencias con el concepto de *visión de mundo*, acuñado por el sociólogo de la literatura Lucien Goldman. Coinciden porque ambos términos buscan la coherencia, semejanza y unicidad sobre cómo los individuos perciben, piensan y creen la realidad de acuerdo a la clase social a la que se pertenece. Pero difiere del término *visión del mundo* porque éste apela a un sistema de pensamientos que se imponen a ciertas clases sociales. En cambio apelo a los elementos culturales que se comparten. Por eso la distinción fundamental radica en que la imposición no da la posibilidad de que haya excepciones, con ello parecería que el sujeto está sujeto sin tener elección consciente. Por el contrario, cuando se comparten *códigos sociales*, se reconoce también la diferencia porque incluso en un grupo social unificado puede haber quien no siga dichos patrones.

Tampoco he optado por el término conciencia de clase, ya que éste alude sólo a la forma de ser y actuar en el sistema productivo, es decir, dentro de lo económico y, en específico, mediante la acumulación del capital material. Nadie podría negar la importancia del marxismo, pues, ha enriquecido de manera sustancial las discusiones en torno a las clases sociales, desde mi enfoque historiográfico, lo cultural debe jugar un papel preponderante, a través de los *códigos sociales* puedo hallar elementos significativos que identificaron a la clase media y alta durante el Porfiriato como parte de una cultura.

Luego de esa larga aclaración, mi técnica consiste en identificar algunos de los *códigos sociales* que distinguían a los miembros de clase media y alta y que aparecen como temas recurrentes en las novelas, prensa y manuales de urbanidad. Lo que trato de hacer aquí es buscar las afinidades entre

¹⁵⁹ Jaume Aurell. “El lenguaje mercantil y los códigos sociales identitarios” en *Aportaciones a la historia social del lenguaje España, siglos XIV–XVIII*, Madrid, Iberoamericana/ Vervuert, 2006, p. 130.

códigos sociales y las temáticas que llegan a abordar los discursos. Dicha tarea lleva a identificar las propias interpretaciones de los autores de las novelas, prensa y manuales sobre problemáticas como la movilidad social, aspiraciones de ascenso social por medio de la educación, cualidades morales y valores profesionales que la élite urbana del Porfiriato exigió a su juventud.

Llego al último *choque de representaciones* dentro de la clase alta y media. En el Porfiriato, los grupos dirigentes comenzaron a promover la idea de que la educación de niños y jóvenes podía resolver las graves problemáticas que enfrentaba el país. La clase alta y media construyeron una representación hegemónica que se materializó en el joven estudioso que se oponía a otra representación de aquellos jóvenes que preferían el ocio, principalmente, ellos fueron los bien conocidos *pollos*. Así este contraste se basa en poner en tensión ambas representaciones.

Finalmente con el territorio mi análisis es tangencial. Únicamente puedo decir que a través de las lecturas se puede inferir que las representaciones aluden a sujetos ubicados en un contexto urbano. A diferencia de las y los jóvenes como sujetos sociales, con las representaciones no puedo saber si ellas y ellos se apropian de los espacios, creando no sólo nuevos territorios sino también nuevas formas de sociabilidad y agenciamiento juvenil. Esto confirma por lo tanto que en las representaciones no se tiene esa precisión, por la sencilla razón de que se trabaja con cómo otros los percibieron.

3.4 Porqué seguir este itinerario

Todo individuo [...] marcha por sus caminos propios, [...] y es dueño de aplicar el método conveniente, con arreglo al camino seguido por él.

Jacob Burckhardt. *Reflexiones sobre la historia universal*.

He trazado así este itinerario porque las distintas herramientas que empleo para la crítica de fuentes y luego con el choque de representaciones son métodos que me hacen pensar y analizar de manera histórica la realidad social de las y los jóvenes del Porfiriato, lo cual me permiten alejarme de la herencia más radical del giro lingüístico. Tendencia que tiende a interpretar toda realidad como producto del discurso, que además da primacía al modo de comunicar (forma), en lugar de lo que se comunica (contenido). Frente a esa posición respecto al del lenguaje, que lleva a concebir la realidad social como un fenómeno constituido sólo por éste. Habrá que recordar dos cuestiones, en primer lugar, el lenguaje cuenta con factores extralingüísticos, es decir, elementos que están más allá de la

esfera del propio lenguaje, los cuales son producto de condiciones sociales, culturales, históricas y de poder. En segundo lugar, no todo pertenece al orden del lenguaje, existen prácticas sociales y culturales, como las experiencias cotidianas de los sujetos, las cuales son las que dan el verdadero sentido a la realidad porque es cuando los seres humanos somos conscientes de nuestras propias acciones. Así la realidad social no queda restringida al ámbito del texto. Como contrapunto a la desilusión que provoca absolutización del lenguaje, con estos métodos creo acercarme al giro interpretativo o cultural; por un lado, reconozco que todo discurso remite a posiciones sociales e históricas exteriores al mismo y, por otro lado, soy consciente de que toda fuente en forma de escritura que viene del pasado lleva consigo las representaciones de quién las produjo, enmarcadas en tiempo histórico dado.¹⁶⁰

También lo he trazado así, pues, si como historiador reconstruyo representaciones y lo hago mediante fuentes escritas por alguien que hablaba por, o mejor dicho, escribe por. Debo reconocer que quienes han representado al mundo social mediante la escritura, ostentaron el poder de reproducir lo que se quiere que sea recordado. Ello ya lo ha señalado Walter Benjamin, al indicar que los victoriosos materializan su triunfo a través de los bienes culturales. Precisamente aquí resuena una de las lecciones de su célebre *Tesis sobre la historia*: “Nunca un documento de la cultura es tal sin ser de barbarie”.¹⁶¹ Tomar en cuenta dicho planteamiento me parece muy importante, la razón es porque al reconstruir el pasado con frecuencia se obtienen, como lo diría Benjamin, las versiones que simpatizan o fueron escritas por los vencedores. Lo anterior debe ser considerado para esta interpretación histórica ya que las fuentes que analizo no contienen la percepción de la juventud de aquella época. Y la barbarie está en la representación del Otro, dado que la representación es un mecanismo violento que intenta constituir a un sujeto definiendo su esencia. Indudablemente, quién representa detenta el poder, en contraposición, quien es representado no.

Este planteamiento me conduce a reflexionar en torno a la violencia de las representaciones, la cual no sólo existe en la fuente histórica. Pues, además, puede estar presente en el discurso académico histórico. Esto porque al investigar siempre uno tiene conceptos y conocimientos previos. De igual modo, investiga desde su propia situación, deseo e intereses. Es por lo mismo que la escritura histórica puede contribuir, como lo han hecho distintas disciplinas, a construir representaciones sobre las y los jóvenes.¹⁶²

¹⁶⁰ Roger Chartier. “Historia, lenguaje y percepción” en *Historia social*, núm. 17, 1993, p. 98.

¹⁶¹ Walter Benjamin., *op. cit.*, p. 93.

¹⁶² Maritza Urteaga en un estudio muy interesante menciona que se ha creído que los conceptos científicos en torno a la juventud se alejaron y no han ayudado a construir representaciones sobre ésta, sin embargo, como lo demuestra la autora diferentes corrientes de pensamiento y distintas áreas de conocimiento han jugado un papel importante en la construcción de la juventud. Véase a Maritza Urteaga. “La construcción teórica de la juventud. Los conceptos sobre lo juvenil” en *La construcción juvenil de la realidad*..., *op. cit.*, pp. 133-149.

Quizá muchos historiadores no estén de acuerdo con la postura anterior, sin embargo, me parece esencial que se tome en cuenta la subjetividad y las relaciones de poder que entabla el investigador con los sujetos de investigación. Las razones son simples, en la medida en que uno se sea capaz de darse cuenta de que se puede participar y ser cómplice en la construcción de representaciones sobre las y los jóvenes, se podrá trabajar a contra corriente de nuestras preconcepciones, eliminar quizá los prejuicios propios. Más aún: sacar a flote la propia subjetividad, significa percatarse de que el conocimiento no es sólo racionalidad científica, sino también implica deseos, intereses e intenciones, todo lo que te motiva a escribir esta historia y no otra.

Posiblemente, por ello, el modo en que se puede aminorar nuestras propias representaciones, a mi juicio, es mediante el reconocimiento de la propia intencionalidad y el deseo. ¿Qué implica reconocer la intencionalidad y deseo en una investigación sobre la juventud porfiriana? El reconocimiento de la subjetividad consiste en presentar el deseo que dio fundamento a esta escritura histórica. ¿Por qué elaboré este tema de investigación y no otro? Personalmente deseo reconstruir esta historia por una pregunta que surgió desde mi presente y desde una experiencia personal. En mi opinión, se ha asociado generalmente a la juventud con la inmadurez, la irresponsabilidad, la rebeldía, la belleza, el ocio y el mejor momento para amar. Me parece que todo esto se ha naturalizado en nuestro imaginario, dado que todas esas atribuciones se ha pensado que son exclusivas de las y los jóvenes. De ahí que la intención de hacer una historia de las representaciones consiste en cuestionarlas, vulnerarlas e intentar desnaturalizarlas. Con lo que acabo de exponer soy consciente de que mi intención tienen una finalidad política, ya que pretendo cuestionar las formas de producción de identidades juveniles.

Como ya lo he dicho antes, las representaciones no sólo están presentes en las fuentes sino también en el discurso académico histórico. Por eso, ante todo, es esencial rechazar y evitar asumir a toda costa esa actitud paternalista que suele decir: “aquí se da voz a los sin voz”. Por todo lo anterior resulta necesario reconocer la existencia del *yo de los otros*. Y cómo reconocer el *yo de los otros seres humanos* (en este las y los jóvenes porfirianos) a través de la *diferencia*, que se entabla en toda investigación. Los Otros y yo somos distintos principalmente porque entre ellos y yo existe una tensión de temporalidades contradictorias. Los Otros, es decir, aquellos que vivieron, actuaron y lucharon y yo somos *diferentes*, pues, por más que se liquide la figura del investigador siempre alguien asume ese papel. ¿A caso podría negarse qué cuando uno se encuentra con los sujetos que estudia uno los corteja o peor aún los tortura con preguntas constantes? Negarse incluso a aceptar que el historiador llega a profanar a los muertos sin que ellos se lo pidan. En sí: ello ayude a comprender la relaciones que existe entre poder y saber.

Por paradójico que parezca son las diferencias las que me han hecho reconocer, por una parte, la alteridad del Otro y, por otra parte, el dolerme por la muerte del Otro. Los Otros entendidos como aquellas y aquellos que estuvieron demasiado vivos para ser olvidarlos. A modo personal, siempre he tenido la sospecha de que ello constituye una base ética para repensar las responsabilidades de

acercarse al pasado y las relaciones de poder del historiador. Advierto que reconocer la alteridad y dolerme por la muerte del Otro no es el ingenuo ponerse en sus zapatos. Mucho menos adquirir el rol de guía visionario del Otro. Esa práctica, más bien, es un ejercicio de responsabilidad política y ética porque es una respuesta ante las reminiscencias y el dolor. De ahí que sea conveniente aludir, en este punto, uno de los argumentos de Judith Butler que se encuentra en *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence* y que hablan sobre el proceso de duelo que se enfrenta ante la pérdida del Otro, proceso social que te hace “un ser en tanto Otro” puesto que te acerca a tu condición humana. Al respecto la autora menciona:

Quando no sólo unas cuantas vidas sean dignas de ser lloradas públicamente, cuando el obituario alcanza a los sin nombre y sin rostro, cuando como Antígona, seamos capaces de enterrar al Otro, o lo que es lo mismo, de reconocer la vida de ese Otro, aun a pesar y contra del edicto de Creonte o cualquier otra autoridad en turno, entonces el duelo público, volviéndonos más vulnerables, nos volverá más humanos.¹⁶³

En la cita textual anterior encuentro algunos elementos útiles. El trabajo de duelo es la búsqueda de una doble memoria (del Otro y de su ausencia), ello obliga a no olvidar. Recordar implica querer saber tu historia con la finalidad de traerla la memoria. Memoria y reclamo de dolor conlleva a cuestionar a la historia tradicional. ¿Por qué ciertas historias desde esa perspectiva si deben ser lloradas y otras no? Pero, como se sabe, toda muerte es dolorosa y violenta. Así el historiador tendrá que tallarse y secarse los ojos. Luego entonces encarar al poder, poniendo en jaque la idea de que para estudiar algo y/o alguien el investigador tiene que separarse de su objeto, evitando a toda costa involucrar su condición humana y/o sentimientos.

De igual manera con la sensación de pérdida y trabajo de duelo que provoca la muerte del Otro, como ya lo señaló Judith Butler, uno se vuelve vulnerable y cambia. El cambio invita a pensar y sentir de manera distinta, te invita a ser Otro. Te invita a ser alguien diferente. La vulnerabilidad resulta ser magnífica porque te acerca a tu condición humana. Conmociónándote. Lo cual es fundamental en un momento en que el compromiso y la responsabilidad social de la historia se ven trastocados por el prestigio académico; la jerarquización y la burocratización de las universidades, institutos y centros de investigación histórica.

Pareciera que las academias de historia en ocasiones operaran bajo las mismas reglas del capitalismo globalizado. Producir por producir escritos; hacer investigación para competir dentro del mercado del saber y así adquirir un mejor *modus vivendi*; adjudicar prestigio sólo a ciertos saberes;

¹⁶³ Citado por Cristina Rivera Garza. *Los muertos indóciles*, México, Tusquets, 2013, p. 124.

considerar los temas y las fuentes como si fueran propiedad privada; creer que la escritura histórica es producto de la pura genialidad de un individuo (historiador), cuando en realidad uno escribe con otros y para otros. ¿Será que acaso se ha olvidado la función social la historia, la capacidad crítica y la propia condición humana?

Pese al desalentador pronóstico que se enfrenta hoy en día el escribir historia. A lo que realmente aspira este escrito es “a ser dirigido a los muertos”. Esos muertos que son nuestros muertos. Aquellos y aquellas que tuvieron bastante vida para ser olvidados. El escritor francés Jean Genet solía exigir a la creación artística algo que considero necesario para escribir esta historia. Él decía: “Unirse si le es posible a la inmemorial noche poblada de muertos que van a reconocerse en esta obra”.¹⁶⁴ Y Michelet, en el prefacio de su *Historia de Francia*, señaló que nunca perdió su misión como historiador, a decir por él mismo brindó a tantos muertos la asistencia que habría de necesitar, pues el historiador francés siempre supo que es en la muerte del Otro donde se encarna la anticipación de la propia muerte, por lo mismo, exhumó a tantos a una segunda vida.

Este escrito, entonces, intenta ser un artefacto discursivo de memoria, recobrando voces fragmentarias de esos muertos, su ausencia. Pretende, de ese modo, disipar la sombra y la presencia del olvido. Trata, luego entonces, dejar a estos muertos descansar en paz.

¹⁶⁴ Citado por Cristina Rivera Garza. *Ibid.*, p. 285.

CAPÍTULO IV

FORMAS DIVERSAS DE REPRESENTAR A LAS Y LOS JÓVENES DE LA CLASE MEDIA Y ALTA EN LA CIUDAD DE MÉXICO (1880-1910)

-¿Quién eres tú? -La juventud/ -¿A dó
vas? - Do va el progreso/ -¿Eres feliz? -
Con exceso/ Del placer vibro el laúd/
Es la vida un dulce beso.

Eduardo Peyreillaide. *El Correo de las
Señoras*

Mi interés en este último capítulo es analizar, por un lado, las representaciones sociales construidas por algunas novelas, manuales de urbanidad y escritos periodísticos en torno a la identidad de las y los jóvenes de clase alta y media de la ciudad de México durante el Porfiriato. Pero, por otro lado, contrastar dichas representaciones entre sí. Ello con el propósito de argumentar que durante el Porfiriato las representaciones sociales en torno a las y los jóvenes de clase alta y media en las fuentes que analizo no son homogéneas sino, por el contrario, múltiples. Me interesa cuestionar planteamientos que conciben la identidad como un modelo homogéneo, estático y ahistórico, pues, por el contrario, las representaciones de identidad de la juventud de la época porfiriana que analizo a través de las fuentes, expresaron lo diverso que fue la identidad juvenil en esa época.

Este capítulo se integra por tres apartados. En la primera parte se da una visión instantánea sobre los distintos significados, atribuciones, concepciones y cualidades que se le atribuyó a la juventud, durante el último tercio de siglo diecinueve a través del discurso médico higienista (científico), periodístico-literario (comunicativo) y en la educación (pedagógico-institucional). Esto se hace con la finalidad de conocer cómo se conceptualizó a esta categoría durante el Porfiriato, con el propósito analizar algunas de las definiciones que se elaboraron sobre la pubertad, adolescencia y juventud. Es arbitrario de mi parte congrega todas estas categorías en una sola: "juventud". No obstante, lo enuncio así porque en el Porfiriato a penas se están formando concepciones sobre dicha etapa de la vida, esto es, en esa época comenzó un largo proceso que continúa en el siglo veinte y aún en nuestros días, el conceptualizar a la juventud como grupo de edad específico.

En el segundo apartado analizo algunas representaciones sociales de identidad en torno a las y los jóvenes durante el Porfiriato. La pregunta a responder aquí es: ¿cómo se representó la identidad de los

sujetos juveniles durante el Porfiriato en las fuentes que analizo? Cabe aclarar que en este apartado no sólo se presentan las imágenes discursivas de las y los jóvenes, sino también se problematiza la historicidad de las mismas. Esto para comprender el contexto histórico en que estaban inscritas dichas representaciones sociales. De igual modo, se puntualiza con las representaciones algunas cuestiones de género y clase social.

En el último apartado respondo las siguientes preguntas: ¿cuáles fueron las representaciones hegemónicas de juventud masculina y femenina para la clase media y alta durante el Porfiriato? Y ¿cómo se enfrentaban entre sí esas representaciones sociales con otras no hegemónicas? Este es el punto: identificar, por un lado, las representaciones hegemónicas, entendidas éstas como conocimientos de sentido común que obtuvieron mayor consenso dentro de la sociedad porfiriana dado que sus mecanismos de poder residían en una amplia red de instituciones culturales cuya función fue legitimarlas con la finalidad de crear homogeneidades en los espacios públicos y privados, así como coacciones. Pero, por otro lado, comparar las representaciones hegemónicas sobre el sujeto juvenil con otras que no lo fueron.

4.1 Significaciones sobre el término juventud en la época del Porfiriato

Los muchachos del ilustre siglo XIX, dije para mí, llegan á viejos sin haber sido nunca jóvenes.

“Figaro”

Antes de responder mis preguntas de investigación expongo algunos significados que tuvo la juventud (como categoría social) en el último tercio del siglo diecinueve en México. En mi opinión, ya en algunos discursos se manifestó la emergencia de significaciones, cometidos y atribuciones asignadas a la juventud, las cuales sino intentaban conceptualizarla como etapa diferida de la niñez¹⁶⁵ y lo que se conoce hoy como adultez, por lo menos marcaron algunas connotaciones propias a esa etapa de la vida. Dichos significados, en ocasiones, fueron un tanto confusos, sin embargo, llama la atención que ellos comenzaron a clasificar y definir términos como pubertad y adolescencia con características propias,

¹⁶⁵ De acuerdo con Alberto del Castillo fue en el Porfiriato cuando surgió una conceptualización moderna de infancia, ligado al sistema educativo y al desarrollo de la pediatría, pedagogía y psicología, las cuales sentaron las bases para un nuevo paradigma en torno a la niñez. Sin embargo, la adultez etapa que no ha sido estudiada en México, me parece poco delimitada en el contexto histórico que analizo, pues para definirla se emplearon términos como virilidad, edad madura, vejez y edad adulta.

antes de que Stanley Hall legitimara el desarrollo de la psicología de la adolescencia e influyera en diversos estudios sobre educación, crianza de hijos, trabajo en menores y orientación vocacional.¹⁶⁶ En este punto, cabe indicar que Raquel Barceló ha observado que las teorías psicológicas de Stanley Hall en México llegaron a ser trascendentes hasta la segunda década del siglo veinte, a partir de entonces se pensó que el adolescente debía canalizar su energía e ideas en la educación, el deporte y la creatividad.¹⁶⁷

Lo que sigue es un breve análisis sobre cómo el discurso médico, literario, periodístico y educativo pedagógico entendió a la juventud durante el Régimen de Díaz. Ello lo hago con la finalidad de comprender cómo se concibió la juventud en la temporalidad en que se ubica esta investigación. Lo cual es importante porque me ayuda a entender mejor el contexto histórico donde ubico algunas representaciones sociales en torno a la identidad de las y los jóvenes de clase media y alta del Porfiriato, al mismo esas atribuciones, cometidos y significados presentes en los discursos me harán vislumbrar, a las mismas representaciones.

Según el *Diccionario de la Lengua Castellana* de la Real Academia Española en la edición de 1899, la juventud (palabra que proviene del latín *iuventus*) significó edad que media entre niñez y la edad viril, también conjunto de jóvenes. La palabra adolescencia refería a la edad que sucede a la infancia y que transcurre desde los primeros indicios de la pubertad (época de la vida en que comienza a manifestarse la aptitud para la reproducción) hasta el completo desarrollo del cuerpo.¹⁶⁸ La pubertad también proviene de la palabra latina *pubes* que significa vello; “porque éste suele nacer a los mozos al entrar en la pubertad”.¹⁶⁹ Estas definiciones que en apariencia parecerían estables e inamovibles, durante el Porfiriato tuvieron un contenido social y simbólico un tanto confuso que se plasmó a través de distintas significaciones, concepciones y atribuciones que aparecieron en los discursos. Quizá no muchos fueron jóvenes en la práctica cotidiana debido a la alta tasa de mortalidad o a la desigualdad imperante del régimen, sin embargo, los discursos enunciaron al sujeto juvenil.

Por ejemplo, el discurso médico-higienista de la época marcó cronológicamente las edades de la pubertad y/o adolescencia, éstas aparecieron como etapas divididas mediante los cambios biológicos y fisiológicos corporales. El médico José Olmedilla y Puig en 1878 consideró que el periodo que comprende de los 13 a 25 años, era el momento en que el cuerpo hombres y mujeres adquiriría mayor desarrollo, se despertaban las pasiones y se animaba la sexualidad, advierte que “todo el cuidado que se tengan serán

¹⁶⁶ John Demos y Virginia Demos. “Adolescence in Historical Perspective” en *Journal of marriage and the family*, 1969, pp. 635-636.

¹⁶⁷ Raquel Barceló. “El muro del silencio...”, *op., cit.*, p. 119.

¹⁶⁸ Real Academia Española. *Diccionario de la lengua castellana*, Madrid, Hernado y Cia, 1899, pp. 20, 581, 821. Para esta investigación se conserva la redacción original de las fuentes, se aclara que no son faltas de ortografía.

¹⁶⁹ Lorenzo Hervás y Panduro. *Historia de la vida del hombre. Libro IV. Pubertad y juventud del hombre*, Madrid, Imprenta de Aznár, 1794, pp. 4-5. Este autor fue un sacerdote jesuita.

siempre pocos”.¹⁷⁰ Por su parte, Don José Monlau en *Nociones de fisiología é higiene...*; mencionó que cuatro fueron las edades generalmente aceptadas: infancia, adolescencia (también llamada *juventud* ó *mocedad*), virilidad y vejez. Llama la atención que el ciclo de la vida para mujeres fue diferente, ellas crecían y envejecían más rápido que los varones. Acaso también desde esta perspectiva maduraban más rápido. Según este manual de higiene, la infancia terminaba para las mujeres a los 12 ó 13 años, mientras que en los varones a los 14 ó 15. La adolescencia para jóvenes a los 20 ó 21 y en los muchachos hasta los 25 años. Asimismo, dicha etapa de la vida se caracterizaba por una cabal distinción entre los sexos, así como un cambio marcado de voz.¹⁷¹

Haciendo eco de la idea de Juan Jacobo Rousseau, quien mencionó que la pubertad inicia con el fin de la infancia, empanzando con ello un segundo nacimiento en ser humano, José Ladrón de Guevara en *Ligeros apuntes sobre la higiene de las edades Pubertad y de la Menopausia* mencionó algunas cuestiones sobre la “nueva era de la mujer”. Para él, la pubertad en la mujer comenzaba cuando la naturaleza acumulaba en los organismos de las féminas, las riquezas fisiológicas y anatómicas para el desarrollo de un nuevo ser, es decir, la “época á la cual es perfecta la actitud para reproducirse”.¹⁷² Entiéndase que esta “nueva era” comenzaba con la menstruación, la cual, según él, estadísticamente ocurría entre 13 a 16 años de edad. Aún más, a su juicio, la pubertad llegaba de forma precoz en las jóvenes de la clase acomodada de la ciudad que en las del campo, la razón fue porque las primeras vivían en lugares aglomerados de habitantes, así era más frecuente las oportunidades de reunión de los sexos en paseos públicos y teatros. Es evidente que este autor consideró que la ciudad era un sitio de corrupción para las jóvenes pues en ella había una serie de tentaciones, no así el aire puro del campo. Durante la pubertad, las mamás debían cuidar a sus hijas en lo referente a la alimentación; la lectura de novelas que podían afectar su sistema nervioso y la limpieza del cuerpo.¹⁷³

¹⁷⁰ Citado por Cyntia Montero Recoder. “Vieja a los treinta años”. El proceso de envejecimiento según algunas revistas mexicanas del siglo XIX en *Enjaular los cuerpos*, México, El Colegio de México, 2008, p. 291.

¹⁷¹ Don José Monlau. “De las edades” en *Nociones de fisiología é higiene...*, Madrid, 1872, pp. 156-158.

¹⁷² José Ladrón de Guevara. *Ligeros apuntes sobre la higiene de las edades de la Pubertad y de la Menopausia*, México, 1887, Imprenta de Lucio G. Romero, p. 9. La medicina legal alude también a la pubertad en hombres y mujeres aunque principalmente la caracterizada por un proceso fisiológico y biológico, también menciona que se daba un cambio de inclinaciones y gustos, se dejaban los juegos de la niñez. En los varones se hacía presente cierta petulancia, por el contrario, en las mujeres aparecía el pudor y se afectaba cierta seriedad que rayaba en pataratería. Luis Hidalgo y Carpio. *Introducción al estudio de la medicina legal mexicana*, México, Imprenta I. Escalante, 1869, pp. 9-10. Y desde la filosofía mexicana, Ramón Manterola consideró las edades de la vida humana y el recorrido de la humanidad como un concepto de evolución lineal comprendido por cuatro periodos a saber: infancia, adolescencia, juventud y virilidad. Interpreto que la virilidad, sería lo que se conoce como adultez, la cual era una etapa positiva y de perfeccionamiento, donde se llegaba a una educación completa y armónica. En cambio, las edades precedentes sólo eran estadios previos para llegar al perfeccionamiento. En cuanto a significados de la juventud, ésta fue la edad de las veleidades y la emancipación. Véase a Ramón Manterola “La moral y la civilización” en *Ensayo sobre una clasificación de las ciencias*, México, Imprenta del Gobierno, 1884, pp. 139-149.

¹⁷³ *Ibid.*, p. 12.

Desde luego, se debe tomar en cuenta que estas ideas son tan sólo algunas muestras de cómo el discurso médico-higienista entendió a la adolescencia y/o a la pubertad. En este punto, me parece importante recalcar que la sexualidad en estas dos visiones comenzó a recibir atención, sobre todo, porque a partir de la pubertad el individuo se considero apto para la reproducción sexual. Si bien es cierto que las edades de la pubertad o la adolescencia, aparecen aquí definidas por rango de edad, rasgos biológicos y fisiológicos, nadie podría negar que el discurso médico-higienista diera un mayor peso a dichas cuestiones, también se pueden apreciar connotaciones socioculturales porque atribuyeron características simbólicas a la juventud. Lo anterior quedó expresado cuando mencionaron que para esa edad “cualquier cuidado era poco” o que “la corrompida ciudad podía adelantar precozmente el inicio de la juventud”. Desde mi punto de vista, no es difícil leer entre líneas que se identificó a la juventud como edad de las tentaciones, también es legible ver el contenido moral con el que se conceptualizó a la juventud femenina, la ciudad con su agitada vida podía propiciar el encuentro de los sexos y, con ello corromper la virtud las jóvenes.

En el caso de los discursos periodísticos y literarios que aparecieron en algunas publicaciones “feministas” y “femeninas”, dirigidas principalmente a un público perteneciente a la burguesía urbana del último tercio del siglo diecinueve, Cyntia Montero Recorder en una investigación sobre el proceso de envejecimiento en las mujeres ha observado que la juventud fue definida en muchas publicaciones femeninas y feministas a través de adjetivos que la diferenciaban de la infancia y adultez-vejez: Belleza, donosura, hermosura, candidez, tersura, lozanía ardiente y pudorosa, galanura, imaginaciones mayores, esperanzas, progreso, alegría, felicidad, esplendores de la gloria, fuerza, poder, atrevimientos sin temores, sin razón, sin juicios, amor, deseo, virilidad, matrimonio, reproducción y procreación.¹⁷⁴

Con la cita anterior, se puede interpretar lo siguiente, el término juventud condesó diversas significaciones, atribuciones y concepciones, así la prensa se encargó de transmitir a la burguesía ideas sobre lo que individuos vivían, sentían y eran cuando llegaban a la etapa de la juventud. No obstante, se debe mirar la otra cara de la moneda, en el régimen de Porfirio Díaz la tasa de mortalidad infantil fue alta por lo que muchos niños no llegaron a vivir la donosura, los atrevimientos sin temores y el amor que significó ser y pertenecer a la juventud. De acuerdo con el *Boletín del Consejo Superior de Salubridad* en 1879, la mortalidad infantil capitalina había alcanzado la cifra de 5150 menores de 1 a 12 años, lo que representaba en promedio el 50.37% respecto al total de defunciones.¹⁷⁵ Pero la situación no mejoró de 1884 a 1912, las defunciones de niños menores de 10 años alcanzaron un promedio del 45%. La esperanza de vida que podía alcanzar un individuo en 1880, era aproximadamente de 45 años.¹⁷⁶

¹⁷⁴ Cyntia Montero Recorder., *op., cit.*, p. 320.

¹⁷⁵ Véase en el *Boletín del Consejo Superior de Salubridad del Distrito Federal*, t.1, México, Imprenta del Gobierno, julio de 1880 a junio de 1881, p.100; Alberto del Castillo., *op., cit.*, p. 78-79.

¹⁷⁶ Gerardo Necochea., *op., cit.*, p. 91.

Aquí está presente una tensión, a nivel discursivo la juventud tuvo atribuciones, significaciones y cometidos –diría propios–, estos ocuparon las páginas de revistas porfirianas dirigidas a las élites, sin embargo, en la vida real muchos individuos nunca transitaron por ella. Gerardo Necochea, uno de los pocos investigadores que ha historiado a los jóvenes del Porfiriato, refiere que: “ser joven, para la sociedad del siglo XIX, no integraba una etapa distinta en el ciclo de la vida. Un individuo pasaba sin más de la infancia a la madurez”.¹⁷⁷ Sin embargo, si se revisan los discursos periodísticos, literarios y médico-higienistas se pueden encontrar aunque sea de modo tenue ciertas significaciones sobre ser joven, aquí podría argumentarse que éstas están en un plano abstracto, más que una experiencia concreta y, en cierta parte suena muy lógica dicha postura porque debido a la alta tasa de morbilidad infantil, pocos podían atravesar la etapa siguiente, también debido a la desigual social que imperó en Porfiriato mucha gente sería joven sin saberlo, no obstante, en mi opinión, están presentes significaciones, concepciones y atributos particulares sobre eso que se llama: pubertad, adolescencia y/o juventud. Así como representaciones sociales que hablan de sujetos juveniles.

En la revista *La Familia* publicación dirigida primordialmente, aunque no de manera exclusiva a las mujeres de la élite de la ciudad de México, se divulgó una serie de discursos sobre las edades que recorría el ser humano.¹⁷⁸ Entre las publicaciones se encuentra “La vida humana” y “Reflexiones de un anciano”. El primer discurso en un sentido metafórico dividió el ciclo de la vida en niñez, juventud, cuando se llega a ser hombre y vejez. A la primera etapa le correspondían los juegos inocentes. En cambio, con el paso a la juventud “se agitaba el espíritu”, aparecían “las pasiones que se apoderaban del corazón, encendiendo un fuego que no podía apagarse”. En esa edad estaban presentes “las ilusiones con todo su atractivo”.¹⁷⁹ En “Reflexiones de un anciano”, la carrera de la vida pasaba de la infancia a la juventud, de la juventud a la edad madura y de ésta a la vejez. La juventud se conceptualizó como “acaso la época más peligrosa y aquella en que los buenos consejos son más útiles y mejor recibidos”, donde no es poca la fortuna “si logra calmarse la tormenta de contrariados afectos”.¹⁸⁰

En cuanto a las concepciones encontradas en los textos, se puede apreciar que consideraron a esa etapa de la vida como una edad vulnerable al peligro, donde estaban presentes los afectos contrariados. Pero al mismo tiempo la energía, la exaltación de las pasiones y las ilusiones al por mayor, esto ocurrió antes de que Stanley Hall en 1904 desarrollara su teoría de la recapitulación a partir de la filosofía evolucionista, el darwinismo y el movimiento romántico, donde explicaría que la adolescencia era una

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 92.

¹⁷⁸ La ideología de la revista no me parece bien definida, lo anterior lo indico porque en su primer número el editor recalca que el carácter distintivo de la revista sería la más “completa abstención de controversias políticas y religiosas y el respeto más severo á la moral; este será nuestro estandarte [...] para conseguir el objeto que nos proponemos, esperando confiados en que este amigo del hogar verá coronado sus esfuerzos inspirados por el bien general”. “Nuestro periódico” en *La Familia*, 1 de agosto de 1883, p. 1.

¹⁷⁹ “La vida humana” en *La Familia*, 16 de noviembre de 1887, p. 175.

¹⁸⁰ “Reflexiones de un anciano” en *La Familia*, 16 de noviembre de 1883, p. 12.

etapa caracterizada por una vida emotiva con tendencias contradictorias, así como energías y exaltaciones sobre humanas, *sturm und drang* (tormenta e ímpetu). Lo que quiero decir es que algunas publicaciones dirigidas a la élite porfiriana daban algunos bosquejos sobre lo que en el siglo veinte, el conocimiento científico enfocado a estudiar la adolescencia se preocuparía y presentaría, en muchas ocasiones, como rasgos inherentes en la juventud.

De igual manera la juventud aparecía como la etapa en la que los buenos consejos eran más útiles, esto evidencia que se creía que alguien necesitaba guiarlos. O al menos así también lo decía un antiguo proverbio mexicano:

Si a los jóvenes se deja / a su gusto y discreción/ seguro es que se encaminan / a su ruina y su
perdición:/pues son como el árbol tierno
que cultivarse no pueda/ y que creciendo torcido/ torcido siempre se queda.¹⁸¹

Como contrapunto a esas significaciones, Severo Catalina en un escrito titulado “La edad” mencionó que “la juventud dura tanto como los atractivos”. Para él, los límites entre la juventud y la vejez estaban marcados “con carmín y albayalde”.¹⁸² A primera vista puede interpretarse que la juventud era el reverso de la vejez, no una etapa que mediaba la infancia y la adultez, sin embargo, tiene que entenderse que la vejez a la que se refiere es la pérdida de la hermosura y lozanía, es decir, rasgos que supuestamente identificaban a la juventud femenina. Tal es así que este autor señaló que la edad tenía dos aspectos, uno los años y el otro los atractivos, éste último fue el que tuvo, en su opinión, más peso para las mujeres porque antes de los veinticinco podían hacer conquistas, después de esa edad ya no.

De ahí que se tendría que ver si la juventud tenía las mismas significaciones en mujeres y hombres. En este punto, me gustaría decirles que en algunas revistas femeninas que revisé de la época, la transición de la niñez a la pubertad y/o a la adolescencia fue comparada simbólicamente con la transformación que le ocurre a una mariposa. Como solían decirse en *La Mujer* (periódico que propugnó que la educación para la mujer fuera variada y extensa, claro sin olvidar que esta tenía como propósito servir para que las madres educaran a los hijos)¹⁸³:

El gusano informe rompe su vestidura, y convertido en mariposa, despliega sus alas doradas
y va en busca de aromas de luz y de néctar en cáliz de rosas.

¹⁸¹ *Libro para el pueblo. Contiene mil diez proverbios en verso, por un mexicano* (1889) Citado por Cyntia Montero Recoder., *op.*, *cit.*, p. 312.

¹⁸² Severo Catalina, “La edad” en *La Familia*, 16 de marzo de 1884, p. 2.

¹⁸³ “Nuestro programa” en *La Mujer*, 15 de abril de 1880, pp. 1-2. Esta publicación propugnó por una educación menos escasa y superficial que la recibía anteriormente la mujer, pero también hay que mencionar que ésta fue una publicación dirigida por la Escuela de Artes, institución subvencionada por el gobierno porfirista, por ello, supongo que ésta no llegó a trastocar los ideales del liberalismo positivista del régimen.

La rapidez y la hermosura de esa transformación maravillosa tienen mucha similitud con la transformación espiritual y material que sufre la niña al entrar en ese periodo bello y misterioso que se llama pubertad.

[...] Es que niña se ha convertido en joven, poseyendo ya todos los encantos de esta y todos los atributos de la mujer. Como la mariposa, ella ostenta sus gracias en esa edad que es la primavera de la vida, apetece la luz para mostrar sus atractivos, despliega las alas de su pensamiento yendo en pos de nuevos horizontes, y, con precoz instinto, busca en el jardín del mundo la flor soñada donde ha de librar la dulce miel del amor...¹⁸⁴

Sería conveniente preguntarse por qué la mariposa simbolizó la juventud femenina. Desde mi punto de vista, fue así porque comúnmente estos insectos se asocian como símbolos de la ligereza, la gracia, la debilidad, lo estético, pero, sobre todo, porque para surja una mariposa, la larva debe pasar por una metamorfosis, la cual se relacionó con los cambios físicos y sexuales que implican pasar de la infancia a la pubertad en una mujer. Y desde una lectura más amplia me parece importante indicar que la diferencia sexual constituye un modo de diferenciación significativa, pues hubo distinciones entre las atribuciones que se dio a la juventud femenina y masculina. Desde lo simbólico se legitimó cierta desigualdad dentro de la significación de esta categoría, porque al asociarse a ésta con la mariposa, uno se puede dar cuenta que ésta fue concebida en las mujeres como una edad de delicadeza, fragilidad y belleza características que durante el Porfiriato para nada trastocaba el ideal femenina. Por el contrario, la juventud, en términos de significado para varones se exaltaba la cualidad de ser una edad viril.

Otros periódicos también marcaron distinciones entre las significaciones que asignaron para la juventud femenina. Indico lo que enunciaron dos publicaciones completamente de diferentes ideológicamente hablando. *El Hijo del Trabajo* con ensayo titulado “La misión de la mujer”, periódico que Henry Lepidus catalogó como un diario que no buscó hacer la revolución, pero que sí se dedicó en un tono pacífico a mejorar las condiciones de la clase obrera. Opinión contraria tiene Ernesto de la Torre, quien señala que éste estuvo “destinado a la defensa de la clase obrera y propagador de ideas socialistas en México”.¹⁸⁵ El otro es *La Moral*, que como su nombre lo indica fue conservador, con su artículo “La adolescencia”.

En el primero mencionaron al igual que otros periódicos que la juventud y adolescencia eran “peligrosos periodos”, pero su explicación del por qué lo fueron, en mi opinión, tiene que ver con cuestiones de género. Para el caso de las mujeres, la juventud era peligrosa porque en esa etapa se hacía “visible su destino” dado que se entraba al mundo de las emancipadas o en el cieno de las prostitutas¹⁸⁶ Desde esta concepción, la juventud era una edad muy importante en la vida de la mujer, por ello más adelante se comentó en este diario que los obreros, quienes trabajaban por el progreso del país,

¹⁸⁴ “La joven” en *La Mujer*, 15 de mayo de 1880, p. 1-2.

¹⁸⁵ Ernesto de la Torre Villar. “El periodismo” en *Breve historia del libro en México*, México, 2009, p. 110.

¹⁸⁶ Francisco Aragón. “La misión de la mujer” en *El Hijo del Trabajo*, 24 de febrero de 1884, p. 1.

tenían ver que los gobiernos establecieran más escuelas para las jóvenes. La educación y/o instrucción de las féminas daría moralidad, progreso y sólo así sería grande y feliz la querida patria. Por su parte, *La Moralidad* conceptualizó a la adolescencia como ese periodo deleitable de la vida que comenzaba a los 12 años, época en que se desarrollaba el cuerpo y las facultades del alma, momento importante para el perfeccionamiento de los sentimientos que engendrarían el ánimo en el corazón y los instintos dormidos que se despertarían dando energía a la voluntad. Etapa importante para la mujer por la sociabilidad, ya que la compañía, el recreo, la comunicación de los sentimientos y la amistad fueron necesarios para ellas desempeñar el papel que les correspondería: ser madre.¹⁸⁷

Con estos dos modos de conceptualizar a la juventud, se puede decir que ambas consideraron importante dicha etapa de la vida porque allí se formarían cualidades para ser futuras esposas y madres, por lo visto, ninguno de los dos se alejó del ideal femenino de la época de concebir a la mujer primero como “ángel del porvenir”, para después ser el “ángel del hogar”. Sin embargo, si encuentro una gran diferencia entre *El Hijo del Trabajo* y *La Moralidad*, mientras éste último tiende a idealizar a la adolescencia describiéndola como una bella etapa por la que pasarían las jóvenes, el primero mostró una significación contradictoria como una etapa de inocencia y/o corrupción, de pureza y/o contaminación. Visto de esta manera, aquí se jugó con una concepción binaria de la joven (la buena que sería madre *versus* la mala que sería prostituta), eso representa un afán bastante moralizador sobre la mujer, personalmente la considero tradicional conservadora, pues este escrito imploró que la prostitución no debiera existir para la mujer, la solución que dio para combatirla consistía en la ilustración de las muchachas, ya que a la prostitución la ligaron con la ignorancia. Así por paradójico que parezca *La Moralidad* no lo fue tanto, aunque tampoco digo que haya sido progresista en conceptualizar a la juventud femenina, más bien era idealista respecto a la adolescencia en la mujer. En contraposición, *El Hijo del Trabajo* le atribuyó a la juventud significaciones vistas bajo un tono bastante moralizador, pero común para la época.

Por último, la renovación del discurso pedagógico y la concreción de la Escuela Nacional Preparatoria dieron nuevas connotación al significado de la palabra “juventud”. Es esencial mencionar, en este punto, que para los grupos dirigentes de finales de siglo diecinueve la educación tomó vital importancia, tal fue así que se convirtió en una herramienta básica para intentar mejorar las dificultades que enfrentaba el país en ese momento, la instrucción llegó a concebirse como una especie de panacea social. En el contexto mexicano, la renovación pedagógica comenzó en el período conocido como la República Restaurada, en concreto con la *Ley de Instrucción Pública del 2 de diciembre de 1867*, estatuto por el cual se creó la Escuela Nacional Preparatoria y su plan de estudios positivista. En dicha ley, se estipuló que una de las formas de moralizar, así como establecer libertad y respeto a la constitución y las leyes era mediante la educación de futuros ciudadanos, a quienes se inculcarían las obligaciones morales

¹⁸⁷ “La Adolescencia” en *La Moralidad* citado en *El álbum de la mujer. Antología ilustrada de las mexicanas Vol. IV El Porfirito y la Revolución*, México, 1991, p. 40.

y políticas. Don Gabino Barreda, de hecho, pensó que la educación intelectual de la juventud conduciría a la reconstrucción de la sociedad y al progreso.¹⁸⁸ De ahí que la juventud estudiosa adquirió el significado de esperanza para el futuro.

Si bien con el estatuto de 1867 se establecieron los criterios para la educación en México, el proyecto se consolidó con el Primero y Segundo Congreso Nacional de Instrucción ocurrido de 1889-1890 y de 1890-1891. Lo importante de ambos congresos fue haber declarado la uniformidad de la enseñanza a partir de la *Ley de Instrucción Pública de 1891*. De acuerdo con Milada Bazant, en ésta se mencionó por primera vez el término “enseñanza laica”, antes sólo se hacía referencia a la enseñanza libre, asimismo se decretó la obligatoriedad y gratuidad de la misma.¹⁸⁹ Ello con la misión de formar futuros ciudadanos modernos y patriotas. Es conveniente mencionar que el ciudadano sería el varón, a la juventud femenina el sistema educativo de la época asignó un cometido completamente distinto: ser esposa fiel y madre. Lo anterior lo expresó María Belén Méndez y Mora directora de la Escuela Secundaria de Niñas.¹⁹⁰

Hay que entender que todos estos cambios substanciales en la educación durante el Porfiriato tenían una finalidad política porque lo que el sistema educativo (tanto para la instrucción elemental como superior) pretendió formar futuros ciudadanos de acuerdo con los intereses del régimen. Justo Sierra educador de la época mencionó que la enseñanza de la Escuela Nacional Preparatoria desenvolvería al adolescente en el hombre. ¿Y en este contexto qué implicó desenvolver al adolescente en el hombre? Desde mi punto de vista, aquí no sólo está implícita la importancia de educar a los jóvenes dentro del positivismo, sino también, se involucró la idea de que juventud dentro del sistema educativo interesa no tanto en su presente como en su futuro. Y mientras ese futuro llegue la juventud será promesa de lo que se va a convertir, pero no de lo que es. O dicho de modo más sencillo, la juventud estudiosa en el Porfiriato fue esencial por lo que llegarían a ser, no por lo que fue. De ahí que la juventud tomara la atribución y el significado de esperanza futura para la nación negándole su participación en el presente. Quizá la estrofa que transcribo ejemplifica mejor, lo que hasta aquí se ha escrito. El poema se titula: *A la juventud estudiosa*.

Eres tú Juventud, esa esperanza: / El porvenir destella / El fuego de tu fe y el
de tu ciencia, / Es símbolo de paz la blanca estrella
Y su luz es la ciencia / Tú serás la falange del progreso.

¹⁸⁸ Gabino Barreda. *La educación positivista en México*, México, Porrúa, 1998, pp. 41-54; Charles A. Hale., *op., cit.*, p. 231.

¹⁸⁹ Milada Bazant. *El debate pedagógico durante el Porfiriato*, México, Secretaría de Educación Pública/ Ediciones el Caballito, 1985, p. 10.

¹⁹⁰ María de Lourdes Alvarado. *La educación superior femenina en el México del siglo XIX*; *op., cit.*, pp. 165-166.

A través de la educación la juventud adquirió el significado de esperanza del futuro. Es por esa razón que se pensó que si los futuros ciudadanos dirigirían al país, entonces había que prepararlos, guiarlos, moldearlos para que llevaran a la sociedad a tan anhelado progreso. Don Justo Sierra creyó que la Escuela Nacional Preparatoria formaría una élite que hiciera posible la renovación política, social y religiosa.¹⁹¹ Así no solamente se formó bachilleres, se hizo “hombres útiles a la patria y a la humanidad, no quiere que su hijos sean parásitos, sino que educa a los estudiantes para convertirlos en hombres de bien”.¹⁹² Fue así como la juventud para los grupos dirigentes y las élites pasó a tener la atribución de esperanza futura, ellos aprehendieron este significado y lo trataron de afianzar en la sociedad decimonónica. Lo revistieron con más significados como la honradez, buenos ciudadanos, patriotismo y hombres trabajadores. A partir de ese momento, nadie quedó con la duda de que una de las bases fundamentales para la mejora de la sociedad fuera la educación de la juventud.

Con todo lo anterior se ha podido observar que en el discurso periodístico- literario, médico-higienista y pedagógico-educativo la juventud empezó a tener atribuciones, significaciones, concepciones particulares y propias. De ahí que ello me hace pensar que durante el Porfiriato la juventud fue más que una palabra. La palabra juventud estuvo destinada a significar, por lo mismo, puedo decir que ha tenido una historia. Esas significaciones, atribuciones y/o concepciones tuvieron contenidos sociales, políticos y simbólicos. Algunos ellos aparecerán como rasgos inherentes para conceptualizar a la juventud en el siglo veinte. Pues si algo sabemos los historiadores es que las palabras, conceptos, ideas, cosas y actores sociales nunca surgen por generación espontánea.

En fin: las significaciones, las atribuciones y las cualidades que he enunciado estaban presentes en una época en que realmente pocos fueron jóvenes. Y también en un momento en que se encontraron representaciones sociales sobre sujetos juveniles. Enseguida se analizan las representaciones sociales dentro de sus contextos históricos.

¹⁹¹ Charles A. Hale., *op., cit.* p. 270.

¹⁹² Octavio González Cárdenas. *Los cien años de la Escuela Nacional Preparatoria*, México, Porrúa, 1972, p. 61.

4.2 Jóvenes de la clase media y alta durante el Porfiriato: retratos de grupo

Este escrito analiza distintos discursos con el fin de exponer que las múltiples representaciones de identidad de las y los jóvenes de la clase media y alta durante el Porfiriato fueron múltiples. Mi interés se centra en responder la siguiente pregunta, ¿cómo se representó la identidad de las y los jóvenes durante el Porfiriato? Para responder esa pregunta, me he centrado en las imágenes discursivas que representaron la identidad de las y los jóvenes de clase alta y media.

En ese sentido, es necesario señalar que las imágenes discursivas en torno a los sujetos juveniles de clase media y alta porfirianos concentraron un conjunto de significados; exhibieron maneras de ser; al mismo tiempo reconocieron una identidad social fijada desde la visión de literatos, periodistas y padres de familia. En otras palabras: se miró a las y los jóvenes a través de los ojos adultos. En ese tenor, es conveniente aclarar que las representaciones sociales muestran una presencia, en cuanto traslapan un objeto ausente por una imagen capaz de traerlo a la memoria y, aparentemente pintarlo tal cual. Aunque siempre conviene tomar en cuenta que la representación puede ocultar aquello que es su referente en lugar de pintarlo. Esto es, no puede existir correspondencia entre la imagen que se hace presente y su significado.

Después de la explicación anterior, continuo con la exposición y el análisis de algunas imágenes discursivas sobre las y los jóvenes durante el Porfiriato. En un primer momento, se comienza con los *pollos* y las *pollas*. Es decir, las y los adolescentes pertenecientes a la época del siglo diecinueve, en específico, al último tercio del siglo diecinueve, quienes además eran de la gran capital. Luego se menciona a los jóvenes “á quienes se les daban los diversos nombres de *pisaverdes*, *currutacos*, *mequetrefes*, *dandis*, *petimetres*, *catrines* y el muy popular rotos, vasta nomenclatura reducida hoy al nombre de *lagartijos*”;¹⁹³ quienes quedaron representados a través del personaje conocido como “Chucho el Ninfo”. Más tarde se habla de las *jóvenes virtuosas*. Finalmente se presenta a la *juventud estudiosa* de la Escuela Nacional Preparatoria, a través de su multiplicidad de representaciones.

Pero antes de adentrarme en la presentación que realizó José T. de Cuéllar sobre los sujetos juveniles conocidos como *pollos(as)* es conveniente saber que este literato nunca ocultó en sus novelas la función social que ellas debían cumplir, pues, mediante su escritura deseaba el mejoramiento moral, el progreso humano y, por lo tanto, se puede decir que su escritura tuvo la finalidad de denunciar lo que consideró como vicios y malas costumbres. De hecho, el literato y político Guillermo Prieto reconoció con admiración sus novelas, sobre todo, por la cualidad moral y social que están presentes en las mismas. Ellas encaraban a una sociedad viciada. Ello quedó escrito en el prólogo que hizo Guillermo Prieto para la edición española de *La linterna mágica*.

¹⁹³ Antonio García Cubas. *El libro de mis recuerdos*, México, Hermanos Sucesores, 1904, p. 243.

Encararse con una sociedad viciada hasta en lo más íntimo por la mala educación, fuente de toda clase de errores; errores convertidos en elementos esenciales de la vida social, para combatirlos, corregirlos y presentarlos en su desnudez repugnante, tarea es esta eminentemente humanitaria y patriótica que coloca al *Pensador* y á usted en el primer término de los escritores mexicanos.¹⁹⁴

De ahí que la obra literaria de “Facundo”¹⁹⁵ para su crítico tenía una función social provechosa, la escritura como un arma para luchar contra la mala educación de la sociedad viciada. La preocupación de José T. de Cuéllar, según Guillermo Prieto, lo hacía un escritor patriótico. Pero aún más: existe una admiración por la profunda, verdadera y fidedigna mirada de José T. de Cuéllar. Usted narra lo que veía – señaló Prieto–. Los personajes o, mejor dicho, los “tipos sociales” que presentó fueron “retratos irreprochables” de aquella sociedad mexicana del último tercio del siglo diecinueve. De acuerdo con Guillermo Prieto, la sociedad mexicana los conoció, escuchó hablar de ellos y tuvo trato con ellos. En ese sentido, tanto crítico como escritor reconocieron que los retratos que hacía en sus novelas los habían copiado de la realidad mexicana de esa época. Reconocían que este autor fue una persona proclive a mirar, observar y contemplar lo que pensó como vicios sociales de la clase media.

La obra de José T. de Cuéllar fue bien recibida por otro intelectual del momento, el escritor y político Ignacio Manuel Altamirano, quien mencionó que “Facundo” no tuvo rival en el género de la novela de costumbres, esto por la fidelidad con que reproducía las escenas de la vida social y por su estilo fluido y natural.¹⁹⁶ Ignacio Manuel Altamirano redactó una carta-prólogo a los *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales* – sé que ellos no son las obras que se analizan aquí–. Empero me parece importante porque este escrito encumbra la función social de José Tomas de Cuéllar como escritor. Ello se puede apreciar cuando el crítico de “Facundo” mencionó: “Un moralista así estaba haciendo falta y usted ha venido muy a tiempo”. “Los que quieren el bien de la patria no pueden menos que aplaudirlo”.¹⁹⁷

Con ambos juicios críticos de uno puede interpretar que por lo menos cierta élite intelectual apreció y admitió que la obra de José T. de Cuéllar era útil para la sociedad porque instruía en lo referente a deberes de los ciudadanos; atacaba los vicios sociales y defendía los valores morales. Por ello, ambos críticos mencionan que la narrativa de este escritor poseía cualidades que quizá podían contribuir al desarrollo del progreso y a la formación de individuos moralmente virtuosos. Me atrevería a decir incluso que, desde sus puntos de vista, “Facundo” contaba con una visión profunda para retratar vicios y malas

¹⁹⁴ Guillermo Prieto. “Prólogo” a *La linterna mágica segunda época*, Barcelona, Espasa y Compañía, 1889, p. X. Cabe señalar que Guillermo Prieto realiza en este fragmento realiza una comparación entre José Tomas de Cuéllar y Fernández de Lizardi mejor conocido como “El pensador”.

¹⁹⁵ Pseudónimo empleado por José T. Cuéllar para publicar sus escritos. Para esta tesis empleo tanto el nombre de pila como el pseudónimo.

¹⁹⁶ Ignacio Manuel Altamirano. *La literatura nacional: revistas, ensayos y prólogos*, México, Porrúa, 1949, t. II, p. 17. Hace referencia a *Historia de Chucho el Ninfo* y *Ensalada de pollos* entre otras novelas.

¹⁹⁷ Ignacio Manuel Altamirano., *op. cit.*, t. III, p. 263.

costumbres, anhelando con ello el mejoramiento social del pueblo mexicano e incluso percibiendo a la literatura como modeladora de la identidad nacional. Lo cual fue una intención política, en época en que se buscaba la perfectibilidad y las vías progreso.

Llama la atención también que en esta clase de juicios críticos sea una constante el haber conferido a la novela de “Facundo” la cualidad de haber pintado de una manera fidedigna y real a la sociedad mexicana, estas opiniones coinciden con la idea de que este género literario debía buscar de fondo “el hecho histórico, el estudio de la moral, la doctrina política”. O bien que el lector de esa época se encontraría en ella con el mundo real y “situaciones que por ser ordinarias sean [...] conocidas”.¹⁹⁸ José T. de Cuéllar escribió en el prólogo de *La linterna mágica* que sus personajes no los copió del drama fantástico y descomunal, sino de la vida real. Por este argumento considero que su novela de costumbres presenta tintes de realismo, porque está presente en él la idea mimesis de la vida social, sin mencionar intención realista que lo llevó a plasmar lo que percibió.

También fue claro al mencionar la intención que lo obligó escribir. Él lo indicó así:

De tan alta consideración son las razones que me han obligado a escribir mi *Ensalada de pollos*.

Los pollos son la generación que nos sucede, la semilla que ha de fructificar mañana, y la que atestiguará ante la posteridad que los barbaros de hoy no pasamos de gallos tolerantes y olvidadizos para con la preciada prole, esperanza nuestra.¹⁹⁹

Con la cita anterior, se puede observar que la intención de “Facundo” se centró en cuestionar que los adultos fueron tolerantes y olvidadizos con la juventud conocida como *pollos*, con aquellos muchachos que representaban la esperanza de la sociedad y la semilla del mañana y quiénes en su opinión no tenían bases de moral sólida por los descuidos de los padres, la falta educación social y los vicios que habían tenido durante la infancia y juventud. Es importante señalar que él consideró a la juventud como una etapa transitoria donde se podía formar a ciudadanos útiles. Sin embargo, a *los pollos*, como se verá más adelante, los representó como ociosos, disipados e inútiles para la sociedad. La visión de la juventud como depositaria de esperanza estaba ya presente en la novela *Ensalada de pollos*, esto se puede apreciar cuando señala que la razón se formaba desde la cuna hasta pubertad e imprimía en el hombre su carácter posterior. Si se quería contar con adultos castos, patriotas y útiles se debía educar a la juventud. Esta idea la desarrollaría con más profundidad tiempo después en la novela *Los mariditos* donde expone que:

¹⁹⁸ Ignacio Manuel Altamirano. *Revistas literarias de México*, México, Impresor.- Callejón del Espíritu Santo, 1868, p. 18. Silvestre Moreno Cora. “La novela en México” en *Boletín de la Sociedad “Sanchez Oropeza”*, 15 de febrero de 1892, p.8. Recuérdese además que la obra de Cuéllar se enmarca dentro de las corrientes literarias del costumbrismo y realismo.

¹⁹⁹ José Tomas de Cuéllar. *Ensalada de pollos y Baile cochino*, México, Porrúa, 2010, p. 185.

En la infancia se forma el carácter, en la niñez se prepara al niño para la juventud, sembrando en su espíritu, los gérmenes que vayan a desarrollar en el joven la ciencia, la fuerza y la conciencia; y preparado así pueda el joven llegar a hombre sobrio, casto y fuerte, para poder ser útil así mismo, útil a sus semejantes.²⁰⁰

Ahora bien se conoce que José T. de Cuéllar adoptó para contar sus narraciones al “tipo social” a la manera del escritor francés Honorato de Balzac. Entendido y definido como “un personaje que resumen en sí mismo los rasgos característicos de aquellos a los que se asemeja más o menos; es el modelo del género”.²⁰¹ Entre los personajes que representó se encontraban los y las *pollas*, jóvenes que por razón de edad eran aquellos que estaban pasando de la edad del niño a la del joven. En cambio, según el autor, por razón social fueron los adolescentes de doce a dieciocho años gastados “en la inmoralidad y en las malas costumbres”.²⁰² Al mismo tiempo señaló que los *pollos* se dividían en según la clase social, linaje, costumbres morales y edad. Enseguida menciono cómo clasificó y describió a estos personajes que pertenecieron a la clase alta, media y media baja, estratos sociales que fueron los que más le interesaron retratar al autor.

4.2.1 “Los pollos”

José T. de Cuéllar dividió a los *pollos* en cuatro clases, a saber: 1) *Pollo fino* hijo de señora mocha y rica y señor de pelea, ocioso, inútil que además estaba corrompido por su riqueza. Arturo es el personaje que representa a esta clase de *pollo*. Él pertenecía a una familia acomodada, era un catrín (término que utilizaba la gente del pueblo para referirse al señorito de buen traje), por lo que vestía y calzaba bien. Además de ser simpático era “bonito, espigado, nervioso de cuerpo pequeño prometía llegar a tener muy buena barba; era pulcro, elegante y aseado”. Era hijo único y no necesitaba “buscar destino”, pues, aunque no supiera hacer nada, tenía dinero. De acuerdo con “Facundo” su tiempo “no lo empleaba en nada, y podía ser vago sin título y sin riesgo”. Arturo se robó a Concha después de que ella tuviera una discusión con su madre. Él encuentra su muerte en un duelo de honor a manos de Pío blanco.

2) *Pollo callejero* era “el bípedo bastardo o bien sin madre, hijo de reformistas, tribunos, héroes, matones y descreídos, que de puro liberales no les ha quedado cara en qué persignarse”. José T. de Cuéllar aquí puso como ejemplo a Pío Prieto y Pepe. El primero era hijo del hojalatero Don Pioquinto,

²⁰⁰ José Tomas de Cuéllar. *Los mariditos*, México, Dirección General de Publicaciones y Bibliotecas/ Secretaría de Educación Pública/ Premiá Editora, 1982, p. 106.

²⁰¹ Stéphane Vachon citado por Adriana Sandoval. “Cuéllar y Balzac” en *Letras Mexicanas*, núm. 2, vol.15, 2004, p. 27.

²⁰² En adelante en todas las citas de las novelas de Cuéllar sólo se pondrá el título y número de página. *Ensalada de pollos*, p. 32.

quien una vez que su hijo supo medio leer y escribir lo dedicó a ser soldador. Un día su padre le compró una levita “sin adivinar siquiera que aquella prenda había de ser [...] ‘su grito de Dolores’”. Al poco tiempo, Pío Prieto se avergonzaría de su oficio, sobre todo porque el abrigo de la levita le haría contraer amistades de *pollos* ricos e incapaces de transigir con el mandil de su oficio, así comenzó a negar a su familia y a ocultar el lugar donde vivía.²⁰³

3) El *pollo ronco* se ejemplifica a través de Pedrito hermano de Concha, quien era de la “raza del callejero, que llega al auge de su preponderancia, que es el plagio”. Pedrito se da aires de civilizado, burlándose de la celebración del Viernes de Dolores por considerarlo “fanatismo y embrutecimiento”. Él poco tardó en encontrar destino y se convirtió en escribiente, bien no sabía escribir ni de ortografía, pero “estaba recomendado por el general”. Mucho menos tardó en encontrar sastre, elemento indispensable para indispensable para el *pollo*. Pedrito, señala María Teresa Bisbal Siller, se vendió y no le importó que el precio hubiese sido la honra de su hermana.²⁰⁴ Para “Facundo” por querer desempeñar su papel en el mundo elegante se constituyó en un “ser inútil y ocioso, cuyo porvenir estaba ligado al prorrato”.

4) *Pollo tempranero*: “Cada uno de los tres anteriores que se distingue en su primer emplume por sus avances; de manera que es más tempranero el que con menos edad tiene más vicios y el corazón más gastado”. Esta clase de *pollo* se representa a través de Pío Blanco, quien con quince años era por naturaleza ocioso y disipado. Era el que bebía más, fumaba puro y blasfemaba situación que lo privaba de ser un hombre de provecho. Pío Blanco había estudiado en muchas escuelas ya que pertenecía poco en ellas, las razones fueron por haber desprestigiado al director, por riñas o por alguna maldad de trascendencia y cuando llegó al Colegio Militar fue dado de baja por insubordinación. “Esta última salida lo puso en posición de declararse vago con cargo a los fondos de su papá”; pues su padre que lo quería tanto con el dinero se alegró de apurarle menos el porvenir. Y al decir que era liberal, se consideró dispensado de tener creencias, avergonzándose de haber ido a misa alguna vez. Hacía además alarde de ser cínico y desvergonzado. En un duelo de honor mató a Arturo, circunstancia que propició que le tuvieran una consideración respetuosa los demás *pollos* y pensaran que era todo un hombre, dado que comenzó a tener fama de valiente.²⁰⁵

Luego de estos detallados retratos, me resulta necesario comentar que las representaciones sociales de José T. de Cuéllar sobre los *pollos* dan cuenta de que las identidades de estos sujetos representados existían matices por lo que eran completamente homogéneos, si bien este literato caracterizó a todos ellos por su inmoralidad, vicios sociales y malas costumbres, también diversificó a estos jóvenes por cuestiones de clase social esto se puede observar entre Arturo que era un *pollo fino* y

²⁰³ Susana Sosenski observa que José Tomas de Cuéllar a través de Pío Prieto ironiza que la clase media se interese más por trabajos en oficinas y mostradores que por oficios de talleres. Pero, por otra parte, considero que “Facundo” cuestiona también que la juventud no se interese por labores que requieren de fuerza física, los cuales fueron consideradas labores varoniles.

²⁰⁴ María Teresa Bisbal Siller. *Los novelistas y la ciudad de México*, México, Edición Botas, 1963, p. 62.

²⁰⁵ *Ensalada de pollos*, pp. 25-26, 32, 34, 39, 93, 105, 110-111, 150-151, 175-176, 188.

Pío Prieto un *pollo callejero*. El primero pertenecía a una familia de clase alta, motivo por el cual no necesitaba buscar destino o conseguir empleo, podía gastar su tiempo como él quisiera, y para el autor lo empleaba de manera inadecuada. En cambio, Pío Prieto y Pepe Pardo pertenecían a la clase media baja, pero aspiraban tener una mejor posición social, por lo mismo, Pío deseaba abandonar el oficio de soldador de tinas y Pepe dejó a su familia para buscarse en la capital un mejor porvenir. Ambos quisieron dejar atrás la clase social de sus padres, es evidente que aquí se encuentra frente a la movilidad social de una sociedad cambiante.

Continuando con la clase social, Pedrito no había recibido la primera quincena –dice “Facundo”– cuando fue con el sastre para que le confeccionara ropa para que estuviera presentable. Esta idea coincide con el pensamiento de Francisco Bulnes quien consideró que la clase media en México, empleaba su dinero en mal comer y en vestir de la mejor manera posible, “a la parisiense”.²⁰⁶

Mirando más de cerca a los *pollos*, he podido darme cuenta que Pío Blanco clasificado por José T. de Cuéllar como un *pollo tempranero* representó un modelo de masculinidad hegemónica. Este personaje reprodujo una forma de masculinidad que querrá ser imitada por el resto de sus coetáneos. Luego de haber tenido un desafío en que quedó victorioso adquirió el *status* de ser considerado todo un hombre. Esto fue, al haberse batido a duelo demostró cierta valentía ante el grupo, de ahí que transmitió respeto hacia los demás *pollos*. Con ello, se establecieron relaciones de poder y jerarquía dentro de los jóvenes varones, pues, quienes demostraron cualidades como valor y/o virilidad, como fue en el caso de Pío Blanco, gozaron de respeto ante los demás jóvenes.

Ahora bien, los retratos que pintó José T. de Cuéllar en un tono bastante moralizador²⁰⁷ en torno a la identidad de los *pollos*, estarían incompletos si no se expone cómo este autor los representó en su aspecto físico; características que identificaban a estos jóvenes como sujetos colectivos; así como en el uso de un lenguaje o caló particular. De acuerdo con “Facundo”, por lo general, en lo físico fueron enclenques, pequeñitos, algunos se dejaban crecer la barba. Era común en esa época ver en las calles cientos de *pollos* anémicos.

Ante los ojos de este literato, los *pollos* presentaban también algunos rasgos que compartieron en común. Según él, estos jóvenes tenían dos preocupaciones esenciales: ellas fueron buscar destino y sastre, esto último fue de gran importancia, ya que el traje formó parte de su personalidad, por eso muchas veces “aceptaban el papel de parias sociales, a cambio de poder vestirse con plumas de pavo”.²⁰⁸ Pero su forma de vestir fue muy característica de estos jóvenes, Moisés González Navarro describe con lujo de detalle cómo fue su atuendo y apariencia física:

²⁰⁶ Citado por Gabriel Careaga., *op., cit.*, p. 55.

²⁰⁷ De acuerdo con Adriana Sandoval en la obra de José Tomás de Cuéllar es perceptible un basamento moral religioso cristiano, pero también existen escollos de positivismo.

²⁰⁸ María Teresa Bisbal Siller., *op., cit.*, p. 64. *Ensalada de pollos*, p. 95.

Sombrero jipi a la microscópica y piquitos limítrofes y cinta multicolor; peinado de castaña lo más abultado posible en la región de cogote; onditas melancólicas sobre la frente, clavitos errantes a nivel de las orejas, bigote retorcido en cola de alacrán, cuellos espejeantes hasta arriba de las orejas, corbata tornasol o cuando menos siete colores, zapatos amarillos con punta de alfiler, pantalón angosto cual funda de paraguas, saco rabón cintado coquetamente para lucir el flexible talle.

Detalles: uñas largas, olor a almizcle corriente, clavel en el ojal, o también flores de gran y llamativa corola; pañuelo con monograma pequeño, asomando la punta en el bolsillo del pecho; bastoncillo de mimbre muy delgado, guantes color ladrillo de piel de pelicano, puños hasta la punta de los dedos, con mancuernillas de turquesa; brillantina en el bigote, glicerina en las orejas, vaselina en el cabello, lanolina en las mejillas, ongulina en las uñas, carmín en los labios, pomada en los copetes y otros afeites que varían según la fantasía del individuo, y que lo azucaran todavía más, haciéndolo más trechero, más pérfido y conquistador.²⁰⁹

Por otra parte, uno de los sitio de encuentro para ellos era el *Fulchieri*;²¹⁰ allí fue donde intercambiaron impresiones, aventuras amorosas, hicieron planes y planearon fechorías. José T. de Cuéllar comentó que las cenas del *Fulchieri* “eran de calaverones, pollos y de amantes desvelados: rara vez estas cenas son entre gentes de severas costumbres, porque son a media noche y más succulentas de lo que conviene a estómagos enfermizos y metódicos”.²¹¹ Otro espacio que solían frecuentar los *pollos* fue el Zócalo, ahí estaban todos los domingos en los paseos llamados de exploraciones, en éstos se veía pasar a las muchachas que en compañía de las señoras daban la vuelta alrededor del jardín, entre dos filas de *pollos* y barbilindos. Ello fue conocido como “hacer el oso a la mexicana”. Este hecho Raquel Barceló lo interpreta como un ritual de cortejo, donde los jóvenes coquetos no se diferenciaban de las coquetas en sus gestos y falsas promesas de amor.²¹²

En cuanto a su comportamiento *los pollos* se creían muy hombres, en el sentido en que podían enamorar y seducir fácilmente a su pares femeninas para burlarse de ellas, pero además los describen como renuentes al compromiso del matrimonio. De lo primero dio cuenta un padre de familia “que era un profundo conocedor del mundo” en *Cartas á mi hija*. Este papá que estaba preocupado por la honra de su hija, una jovencita dieciséis años, indicó que *los pollos* se divertían y burlaban de las muchachas que los favorecían.²¹³ Por lo anterior queda sobreentendido que el padre que escribió el manual, pensó que las

²⁰⁹ Moisés González Navarro. *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida social*, México, Hermes, 1985, p. 408.

²¹⁰ Este era el centro de reunión de las altas esferas de la sociedad mexicana durante la segunda mitad del siglo diecinueve, según Clementina Díaz y de Ovando tal parece que fue el café de moda durante el Imperio de Maximiliano de Habsburgo. Véase a Clementina Díaz y de Ovando. “El Café refugio de literatos” en *La república de las letras*, México, vol. 1 Universidad Nacional Autónoma de México, 2005 p. 79.

²¹¹ *Ensalada de pollos*, p. 130.

²¹² Raquel Barceló., *op., cit.*, p. 138.

²¹³ *Cartas á mi hija*, México, Imprenta de Comercio Nabor Chavez, 1873, p. 30.

jóvenes decentes no debían entablar ningún tipo de relación con estos jóvenes, de hacerlo su reputación quedaría trastocada.

Por su parte, Manuel Orihuela dio una recomendación para evitar que una joven decente se enamorara de un *pollo*. Según él, ellos se “resisten á entrar en casa de que en lo que adoran habita, pues conocen que es el principio de un compromiso serio, al que ellos huyen”.²¹⁴ Más bien, *los pollos* preferían esperar enormes ratos en los balcones a la mujer que amaban. O decidían pagarle a un organillero para que tocara una piececita de música y, a ver si así la muchacha cortejada se asomaba al balcón en busca del joven que con paciencia la esperaba. *De facto*, –dijo el padre a su hija Lugardita Orihuela– que si querían asustar a esos muchachos, debía hablarles de matrimonio, eso bastara para que retiraran y no volvieran. Pero el amor del *pollo* era incierto. Lo que ambos manuales aconsejaron y prescribieron a las jóvenes fue debían cuidar su honra, para ello no bebían enamorarse de un imberbe, sino de “hombres”.

Contrariamente a la idea del matrimonio en los jóvenes, “Facundo” en *Los mariditos* y la señora Mateana Murguía de Aleveyra en “Tipos que abundan” publicado en *Violetas del Anáhuac*, revista que puede ser considerada progresista dentro de las publicaciones femeninas, puesto que cada una de sus redactoras tuvo la convicción de que por medio del periodismo levantaban la voz para enseñar e instruir a las mujeres en distintas áreas de conocimiento, motivándolas así a cuestionar su “realidad y a intentar recibir una mejor educación”. Publicación semanal que bajo ideología positivista introdujo imágenes innovadoras de la mujer, aunque conservó también algunas tradicionales.²¹⁵ Lo que ambos cuestionaron fue el casamiento a muy temprana edad, desde la óptica masculina de José T. de Cuéllar el *pollo* no sabía resistirse al atractivo engañoso de la mujer, éste se encaprichaba y pronto se convertía en *maridito*, entendido éste último como un ser precoz que llegaba a ser viejo sin haber sido nunca joven. En unas máximas morales sentenció: las personas no deben casarse jóvenes, ya que si lo hacían no iban a poder responder a las nuevas necesidades que se les presentarían, ni tampoco cumplir con los nuevos deberes ante Dios, la ley y la sociedad.²¹⁶

Mateana Murguía de Aleveyra, por su parte, observó que *los pollitos* se casaban a la edad de dieciséis años con niñas de catorce asumiendo con serenidad e ignorancia el carácter de jefes del hogar. Esos *mariditos* –señaló enseguida– eran tipos intratables, con caprichos de un muchacho malcriado, enfadados y decepcionados por todo, quienes huían de sus mujeres.²¹⁷ Finalmente esta visión coincidió con la opinión de Jesús Valencia, quien estuvo en desacuerdo con la legislación mexicana por cometer la imprudencia de haber fijado la edad del matrimonio a los 14 años para la mujer y a los 16 para el

²¹⁴ Cecilia Ceballos Escobar. *Manuel Orihuela. Consejos a mis hijas. Manual escrito por un padre de familia en vísperas de un nuevo siglo*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2005, p. 157.

²¹⁵ Elvira Laura Hernández Carballido. “La prensa femenina en México durante el siglo” en *La prensa en México. Momentos y figuras relevantes (1800 -1915)*, México, Pearson, 1998, p. 60; Lucrecia Infante Vargas. “Las mujeres y el amor en las *Violetas del Anáhuac. Periódico literario redactado por señoras (1887-1889)*” en *Secuencia*, núm. 36, 1996, pp. 179 y 204.

²¹⁶ *Los mariditos*, pp. 13, 15-16, 105-106.

²¹⁷ Mateana Murguía de Aleveyra. “Tipos que abundan” *Violetas del Anáhuac*, 9 de diciembre de 1889, p. 597.

hombre, edad en la que ninguno de sus contrayentes llegaba a un completo desarrollo.²¹⁸ Y con José Ladrón de Guevara, quien mencionó que las jóvenes al llegar a esa tenían capacidad para reproducirse, empero sostuvo la que la edad conveniente para el matrimonio era de los 20 a 25 años.

Lo interesante de estas percepciones fue el modo de caracterizar a *los pollitos* que se convertían en *mariditos*. Desde mi punto de vista, en ambos, existe una intención por transmitir la idea de que el matrimonio en personas jóvenes no era conveniente porque no podían responder a las responsabilidades sociales que implicaba casarse. Para Mateana Murguía de Aleveyra, los *pollitos* ignoraban el carácter de jefes del hogar, es decir, desconocían el nuevo rol que adquirirían, a diferencia de los *barbudos* de 28 ó 30 años. Lo que está implícito en esta idea es que por razones edad, *los pollos* todavía no eran maduros para entablar un enlace matrimonial, cuestión que entró en contradicción con la realidad social pues la legislación civil pues a las mujeres a los 12 y a los hombres a los 14 se les permitió contraer matrimonio.²¹⁹

De igual modo, *los pollos* poseían un caló particular. Entre las palabras y expresiones que emplearon se encontraban: “chorcha” que significó reunión o círculo de amigos; “entrompetar” era sinónimo de emborracharse; “meco” en el caló de *pollo* significó pobre; “como la chica sepa jalar” hacía referencia a que la muchacha no se opusiera a los deseos de su compañero; “sorbete o cubeta” quería decir sombrero alto; “pollo frito” era un *pollo* reo de muerte; “pico largo”, *pollo* calavera y cínico que puede engañar a los maridos; “media bolina” una chica mareada por el alcohol; “tengo bodorrio”, tengo boda o matrimonio. Según se puede observar, ellos tenían una práctica cultural distintiva el lenguaje, el cual los hizo diferenciarse de otros grupos juveniles y reconocerse a sí mismos porque los hizo poseer un rasgo distintivo.

Finalmente, José T. de Cuéllar se preguntó ¿a qué se debe que hubiera *pollos*? Él contestó a la falta de educación que los padres imparten. De hecho, en el caso de los hermanos Pedrito y Concha el padre está ausente (pues se fue a buscar una mejor posición social combatiendo con los liberales) por lo que deja a los hijos al cuidado de la madre, quien no sólo no podía reprenderlos sino temblaba ante ellos y, cada vez que intentaba corregirlos le echaban en cara su torpeza y le probaban que no tenía razón. *Los pollos* protestaron a nombre del progreso contra la tutela materna.²²⁰ En ese sentido, se debe interpretar esta idea dentro del contexto histórico de la época, pues durante finales del siglo diecinueve el modelo de familia hegemónico fue patriarcal, esto es, el padre concentraba toda la autoridad y los demás miembros de la familia le debían respeto, obediencia y sumisión, por lo tanto se pensó que la ausencia del padre podía ocasionar desorden dentro de la unidad familiar.²²¹ En ese marco, Susana A. Montero Sánchez ha

²¹⁸ Citado por Cynthia Montero Recoder., *op., cit.*, p. 294.

²¹⁹ Raquel Barceló., *op., cit.*, p. 114.

²²⁰ *Ensalada de pollos*. pp. 15-16.

²²¹ Raquel Barceló. “Hegemonía y conflicto en la ideología porfiriana sobre el papel de la mujer y la familia” en *Familia y mujeres en México. Del modelo a la diversidad*, México, El Colegio de México, 1997, p. 91.

señalado que en la literatura decimonónica, el padre apareció como proveedor, hombre ejemplar y figura de máxima autoridad. En otras palabras, se le representó como el “timonel” del núcleo doméstico ante la sociedad”.²²²

Por ello, a mi juicio, se puede interpretar que para “Facundo” la falta de autoridad y la nula educación moral de los progenitores con sus hijos podía traer como consecuencia que *los pollos* fueran disipados, inútiles y ociosos causando con ello vicios y corrupciones no sólo dentro de la estructura familiar sino también en la sociedad. Don Jacobo Baca, papá de Concha y Pedrito no asume su responsabilidad de jefe del hogar y se lanzó a la revuelta, aunado a ello Doña Dolores madre se ponía a disposición de los tiranuelos hijos. Con el caso de los demás *pollos* ocurría algo similar, Pepe Pardo hurta dinero a su padre y se va del hogar, no había una figura de autoridad que se encargue de su educación. El papá de Pío, lo quiere tanto –dijo José T. de Cuéllar– que no le importa declararlo vago con cargo a sus fondos, dicho de otro modo, pensó que lo malcriaba.

También a causa de la influencia francesa en la ciudad México. Para José T. de Cuéllar había un “torrente invasor de prostitución parisiense”.²²³ Se puede decir que cuestiona que *los pollos* imitaran las costumbres y vestimentas francesas. Junto a esos motivos “Facundo” criticó además *el juego de las apariencias*. Como ha observado Belem Clark de Lara, este autor vio “el juego de ser y parecer que existía en la sociedad de su tiempo, sobre todo, en los jóvenes que se avergonzaban de sus familias”.²²⁴ Esto supone entonces que este escritor miró que las y los jóvenes conocidos como *pollos* tenían una tendencia a cubrir las apariencias, imitando incluso a las clases altas, lo anterior se puede apreciar en las siguientes citas textuales:

Doña Lola era deseada y usaba rebozo. Concha usaba castaña, crinolina y tápalo. / Don Jacobo usaba chaqueta; Pedrito saco y botines charolados. / Concha y Pedrito se avergonzaban de la incuria de su padres, *prueba inequívoca del adelanto de la civilización*.

Concha había aprendido a peinarse y a estar de moda, por medio de esa ciencia que poseen las muchachas pobres, imitando a las muchachas ricas [...] ²²⁵

Condensando ambas citas puedo interpretar que José T. de Cuéllar fue un feroz crítico de las clase media. Mirando de una manera prospectiva, esa clase fingía respecto al sector social al que pertenecía, por esa razón, imitaba a la clase social alta y a los parisinos, pero el inconveniente dicha remedo fue que

²²² Susana A. Montero Sánchez. *La construcción simbólica de las identidades sociales. Un análisis a través de la literatura mexicana del siglo XIX*, México, PUEG/ Plaza y Valdes, 2002, p. 88.

²²³ *Ensalada de pollos*. p. 33.

²²⁴ Belem Clark de Lara. “Estudio preliminar” a *La Ilustración Potosina: Semanario de literatura, poesía, novelas, noticias, descubrimientos, variedades, modas y avisos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, p. 62.

²²⁵ *Ibid.*, pp. 60 y 64.

se estaban formando una clase sin identidad propia, una sector que pensó que llegaría al mejoramiento social y al progreso imitando. Se puede inferir, de este modo, que las y los *pollas* aparentaban lo que no eran mediante la vestimenta. Esto para Gabriel Carega y Lucio Mendieta ha sido un *código social* distintivo de dicha clase, la imitación de formas de vida de la clase alta.²²⁶

4.2.2 “Las pollas”

Ahora corresponde el turno de analizar como las imágenes discursivas retrataron a las *pollas*. Retomo la clasificación de José T. de Cuéllar, quien estableció que las había de *alto copete* y de *baja estofa*. Las primeras fueron las jovencitas de la clase alta, Sara y Ernestina dentro de la novela fueron este tipo de *pollas*, por pertenecer a la clase acomodada tenían maestro de canto y piano en casa. Acostumbraban bañarse en la alberca Pane (ubicada sobre el paseo de la Reforma), esto lo hacían por salud ya que la alberca tenía aguas con propiedades sulfuroferruginosas que eran útiles para el crecimiento del cabello y la conservación del cutis. Eran dos *pollas* asiduas concurrentes de los bailes. Debo aclarar que esta diversión, en opinión de “Facundo”, era un “como complemento de la educación de la juventud, pues, fue un ramo de enseñanza indispensable en toda sociedad culta”.

Con la descripción de este literato sobre lo que hacían dichas jovencitas, es importante mencionar que saber cantar y tocar el piano, así como saber bailar era parte fundamental de la educación informal que recibieron las *pollas de alto copete*. Además esas actividades fueron *códigos sociales* que las identificaban como mujeres pertenecientes a la élite, pues, para la cultura burguesa una jovencita de “buen tono” debía saber entonar con voz dulce melodías y tocar algún instrumento para lucirse en salones o tertulias familiares.²²⁷ A primera vista, esta imagen discursiva de las *pollas de alto copete* no difiere mucho del imaginario que debía tener una muchacha de familia acomodada; sin embargo, hay tensión dentro de la misma representación, porque sí llegaron a trastocar el ideal burgués masculino por la siguiente razón: Ernestina y a Sara, desde la visión de “Facundo”, fueron descritas como chicas a la moda y vanidosas (preocupadas por su apariencia física y forma de vestir), así como enamoradizas. Así trasgredían el ideal de virtud, según la moral de la época, la vanidad y la moda podían conducir las a la perdición y, fue bien sabido que una joven de buen tono no debía acceder a las pretensiones de un hombre sin asegurar el matrimonio y “las mujeres decentes no podían flirtear porque no serían apreciadas sino consideradas como ‘novieras’”.²²⁸

²²⁶ Véase a Gabriel Carega., *op., cit.*, p.55. Lucio Mendieta y Núñez. “La clase media en México” en *Revista Mexicana de Sociología*, México, núm. 2/3, vol. 17, 1955, p. 521.

²²⁷ Angélica Velázquez Guadarrama., *op., cit.*, p. 144.

²²⁸ Marcela Suárez Escobar., *op., cit.*, pp. 107-108.

De igual modo, las *pollas de alto copete* sabían de memoria las *Confesiones de Marion Delorme*, novela del escritor francés Víctor Hugo. Por cierto, muchos de los libros de dicho autor fueron censurados por la Iglesia católica porque consideraba que causaban daños morales “al vulgarizar la doctrina del amor sensual”.²²⁹ Por lo anterior, tengo la sospecha de que José T. de Cuéllar pensó que algunas novelas eran mala influencia e incluso peligrosas para las jóvenes. No fue fortuito que *las pollas*, a quienes las representó como enamoradizas leyeron libros en donde se exaltaba ese sentimiento. Tal vez, al mencionar el libro de Víctor Hugo, quiso como lo hicieron otros autores, llamar la atención sobre el control de lecturas, dado que una muchacha honesta no leía novelas de amor, en ello convenían tanto católicos como liberales.

Las *pollas de alto copete* eran cloróticas. José T. de Cuéllar relata que ambas muchachas eran enclenques, con una palidez amarillenta, de constitución anémica, se les caían los cabellos, se desvelaban, comían poco “y la sangre de esos pimpollos escasea, languidece, se agota”. De hecho “el médico llegó a considerarlas tan faltas de sangre”. Sobre esto, cabe mencionar que “Facundo” describió algunos de los síntomas de la “clorosis”, enfermedad considerada de la mujer joven, en especial, de aquella que entraba a la pubertad.²³⁰ Al respecto, Joan Jacobs afirma que esta enfermedad abarcó el último periodo del siglo diecinueve y principios del veinte, era provocada por la disminución de los glóbulos rojos de la sangre y estaba ligada con problemas de mala nutrición, falta de ejercicio al aire libre, exceso de estudio o la menstruación. Este padecimiento, por lo general, aparecía entre las mujeres de 14 y 25 años, cuya cura en algunos casos era el matrimonio.²³¹ La revista científica de corte positivista, *La Escuela de Medicina* recomendó tomar las *Verdaderas Píldoras del Dr. Blaud*, el mejor anticlorótico.²³²

Por otro lado, esta enfermedad, según Ladrón de Guevara, se presentaba con más frecuencia en mujeres púberes de la clase ínfima y elevada, ambos extremos de las clases sociales. Para las primeras se debía a la falta de alimentación, contrariamente, en las jóvenes de clase alta se debía a la coquetería y el estar a la moda.²³³ Para la cura recomendó un régimen alimenticio tónico y sustancial, las madres tenían que vigilar la alimentación de las hijas que estaban en la época de la pubertad, sin embargo, no consideró al matrimonio como una posible cura porque “si las cloróticas se casaren muy jóvenes, casi con seguridad agravarían su estado”.²³⁴

También José T. de Cuéllar retrató a las *pollas de baja estofa*, estas jovencitas seguían los pasos de las *pollas de alto copete*, sin embargo, no tenían ni el dinero ni las comodidades para llevar ese modo de vida. Ese tipo de jovencita fue presentada a través del personaje de “Concha la sacristana”. De

²²⁹ Raquel Barceló., *op., cit.*, p. 129.

²³⁰ Joan Jacobs Brumberg. “Chorotic Girls, 1870 -1920: A Historical Perspective on Female Adolescence” en *Child Development*, núm. 53, p. 1469.

²³¹ Todo lo entrecorrido que aparece hasta aquí fue tomado de *Ensalada de pollos*. pp. 177-183.

²³² *La Escuela de Medicina*, marzo 15 de 1887, p. 202.

²³³ José Ladrón de Guevara., *op., cit.*, p. 26.

²³⁴ *Ibid.*, p. 42.

acuerdo con “Facundo”, las *pollas de baja estofa* eran de la clase media baja o baja. Concha vivía en una vecindad, por eso cultivaba con ahínco la amistad de señoritas ricas, quienes le regalaban ropa. Era muy común –dijo el escritor– que las jóvenes ricas fueran amigas de las pobres, con tal de que ellas fuesen hermosas.

“Concha la sacristana” era bonita, “pero la hermosura engendra las aspiraciones” –pronunció “Facundo” –. Esa joven se enamoró de un *pollo fino* (Arturo), aún sabiendo que no se casaría con ella. En un principio se negó sostener una relación con él, sin embargo, aspiraba el lujo que le daba Arturo, aseguró José T. de Cuéllar. Le puso a Madame Luisa, institutriz francesa que le enseñaba cómo comportarse en sociedad, vivían en una casa lujosa, la llevaba al teatro y al *Fulchieri*. Eso fue, en cierto modo, lo que llevó a trastocar la idea de matrimonio, el vivir en unión libre. Pero habrá que entender dos cuestiones. Por un lado, la moral de la época porfirista inculcó en la mujer el ideal familiar, “enseñándole que desde temprana edad la meta de toda mujer debía ser alcanzar el matrimonio”.²³⁵ De este modo, niñas y jóvenes aprendían que éste era una obligación sagrada y vitalicia, claro, sí deseaban cumplir con el ideal femenino vinculado siempre al hogar. En este contexto y bajo ese ideal femenino, se deben comprender las representaciones de esta *polla*, quien por ser trasgresora del deber ser, tendría un castigo final desde la mirada masculina. La joven pura y casta sólo podía perder el carácter virginal con el matrimonio, ese era el precepto socialmente aceptado.

Lo interesante de esta representación sobre *las pollas de baja estofa* es que coincide con el arquetipo de mujer que por intentar modificar su posición social, es decir, por aspirar y desear lujos acaba mal. Esto, visto desde la visión masculina de “Facundo”, le ocurriría a Concha, quien tras la muerte de Arturo en un duelo recurrió a explotar su belleza física. Dice José T. de Cuéllar: cada vez descende más bajo primero anda con Pío Blanco, luego el General se mete a su casa, de ahí con un señor de Veracruz y finalmente González la hizo su amante. Puedo interpretar que, de acuerdo con este autor, Concha quien representó al tipo de *la polla de baja estofa*, no siguió las normas de conducta moral establecidas desde una normatividad masculina, supongo que con ello “Facundo” deseo transmitir a sus lectores la enseñanza moral de que las mujeres que aspiran tener una posición social que no es la suya y desean lujos acaban mal.²³⁶ Por el contrario, las jóvenes decentes se conforman y aceptan su realidad.

Ahora véase como enunciaron a las *pollas* en tres diferentes periódicos. Me interesa observar si por la tendencia ideológica de la prensa, se marcaron diferencias en la forma de representar a estas jóvenes. Para ello, utilizo dos periódicos y una revista, todos de ellos de corte liberal, pero con diferentes matices.

²³⁵ Martha Eva Rocha. “Introducción” a *El álbum de la mujer. Antología ilustrada de las mexicanas, vol. IV El porfiriato y la Revolución*, México, INAH, 1991, p. 19.

²³⁶ Begoña Arteta en un interesante estudio sobre la novela en el Porfiriato ha señalado que fue común que los autores transmitieran la idea de que la mujer que aspira y desea lujos acaba siempre mal. En su análisis pone el caso de la *Rumba* personaje que, desde mi punto de vista, se asemeja a Concha porque ambos son jóvenes que aspiran tener una mejor *status* y terminan siendo castigadas. Véase a Begoña Arteta. “La novela del Porfiriato: Un reflejo de su sociedad” en *Tiempo y Escritura. Revista electrónica*. [En línea en: www.azc.uam.mx/publicaciones/tye/tye15/art_hist_05.html]

El Monitor Republicano diario progresista en el ámbito político, “ya que atacaba por igual a Juárez y a don Porfirio”.²³⁷ Tenía una postura bien definida sobre el régimen porfirista. A la dictadura de don Porfirio la consideraron como periodo donde no había más poder “que la voluntad del general Díaz (...) él sabe hasta dónde perjudica a las costumbres democráticas”.²³⁸ El otro fue *La vida en México*, el cual perteneció al liberalismo triunfante de la Reforma y por último la revista *Violetas del Anáhuac* “un medio de expresión femenil, destinado a sostener los intereses, los derechos y las prerrogativas sociales de las compatriotas mexicanas”.²³⁹ Imbuida, además, por la filosofía positivista, la cual fue el instrumento ideológico del Porfiriato.²⁴⁰

El literato Roberto A. Esteva en *El Monitor Republicano* indicó que la mujer al igual que mariposa sufría transformaciones. *La polla* era la crisálida, mientras que la mujer la mariposa. Sólo que en la crisálida había más vida y movimiento que en la misma mariposa. Entiéndase que estas comparaciones, escritas en un sentido metafórico, sirvieron para expresar la idea de que el ser humano pasa de edad a otro. Luego diría: “De la niña se convierte en *polla*, de *polla* en mujer”. Pero si de comparar se trataba, entre *la polla* y el niño huérfano y desvalido en autor encontró una analogía, ambos jugaban y reían, sin saber que iba ser de su porvenir. *La polla* juega, [...] sin saber que está jugando con su porvenir”. Y “ríe sin saber que está labrando su propio infortunio”. Ahora bien, ¿por qué compara a los niños huérfanos con las *pollas*? En mi opinión, con esto lo que deseaba recalcar fue que a ambos no les preocupaba su porvenir, es decir, su futuro, por esa razón finaliza su ensayo literario advirtiendo a los padres y madres de familia que abran los ojos ante las costumbres viciadas de la sociedad moderna, que se ocuparan de su educación y que formaran su corazón.

Pero ¿qué fue lo que hicieron estas jóvenes, en opinión de Roberto A. Esteva, para que él considerara que labraban su propia desgracia y jugaban con su porvenir? Esto fue: eran novieras fundando su orgullo en el número de adoradores que tenían. Eran coquetas y ese era el alimento del *pollo*, “el ser más inútil de la creación”. Eran entronas, es decir, estaban bien para pasar el rato pero no para casarse con ellas. Eran tontas –escribió– porque no sabían más que hablar de paseos, teatros, modas y sobre todo de amores. Él dijo: “Notad que digo amores y no amor”. “Ella tiene amores; nunca tiene amor”. Tenían ligerezas y una de ellas fue haber sido perder su reputación.²⁴¹

²³⁷ María del Carmen Ruíz Castañeda. “De Juárez a don Porfirio” en *El periodismo en México: 500 años de historia*, México, 2005, p. 216.

²³⁸ Enrique Krause. *Porfirio Díaz. Místico de la autoridad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 61-62.

²³⁹ *Las Hijas del Anáhuac*, 4 de diciembre de 1887, p. 1.

²⁴⁰ Abelardo Villegas. *Positivismo y porfirismo*, México, Secretaría de Educación Pública/Setentas, 1972, p. 13. Los liberales eran católicos, sin embargo, la religión estaba circunscrita a la conciencia y moral privada, por eso, ellos buscaron una ideología que sustituyera las viejas prácticas coloniales de ahí la penetración de la filosofía positivista.

²⁴¹ Todo lo que aparece entrecomillado fue tomado de Roberto A. Esteva. “Las pollas” en *El Monitor Republicano*, 7 de agosto de 1870, p. 1.

Ahora hay que examinar cómo representaron su identidad otras publicaciones. En *La vida en México* don Luis G. Alva la retrató así:

La pollita al comenzar su época de transición que la ha de llevar a la ardorosa edad de la juventud, [...] sueña todo el día, delira, poetiza, y vive en la religión inconmensurable de lo ficticio, de lo quimérico, de lo ideal [...]

La moda es para ella un medio de brillar. ¡Hacerse notable! ¡Qué placentero, qué dulce! ¡Quisiera que todos los ojos la vieran, que todas las bocas la sonrieran y que todos los corazones palpitaran de emoción a su vista: que todas la amaran [...] La pollita es así. Ve en el mundo todo felicidad, no piensa más que en amar y ser amada, no delira más que con los adornos y los paseos.

Un baile es el objeto de todos sus deseos. Allí irá a flechar un corazón tierno [...] Y después los paseos de su galán, por frente a su balcón, los billetitos perfumados, todos los juramentos de sus novelas por las que tienen una particular predilección: en fin todo lo que es propio de esa edad agitada y febril.²⁴²

Por último, en la revista *Violetas del Anáhuac* apareció un artículo titulado “Los elegidos”, en éste la señora Mateana Murguía dedica unas líneas a hablar de las jóvenes de la aristocracia, como pollitas insípidas y casquivanas. De acuerdo con ella, estas muchachas eran vanidosas, criticonas, frívolas y presumidas debido a la vida tan superficial que llevaba.²⁴³

De este discurso me gustaría comentar algunas cuestiones. En primer lugar, bajo las miradas de estos literatos y periodistas *las pollas* fueron consideradas como un problema para la sociedad de finales del siglo diecinueve, en un contexto social en donde la educación moral era básica en la familia y donde la Iglesia, el Estado y la burguesía imponían preceptos para la formación de ciudadanos, las mujeres debían ser las guardianas de la moral, por eso, era importante que fueran decentes. Pero *las pollas* al tener comportamientos y prácticas sociales no aceptables dentro de los parámetros morales de la época, fueron consideradas como inmorales.

Por eso hay que señalar que las representaciones sociales no se pueden comprender si no se toma en cuenta las relaciones de poder en las que se sustentaron, de ahí que sea importante recalcar que éstas no sólo se inscriben desde una visión adulta que intentan definir en su esencia lo que fue ser *polla*, sino también están circunscritas dentro de la visión masculina de José T. de Cuéllar, Roberto A. Esteva y Luis G. Alva. Con los dos primeros autores, me parece que existió un énfasis por presentarlas como el ser más “perjudicial del mundo” o “un peligro para la sociedad” (expresiones de Roberto A. Esteva otra de “Facundo”). Ahora bien, Luis G. Alva percibió a *las pollas* con cualidades y atribuciones similares a las de los escritores antes mencionados, pero la manera de enunciar al sujeto fue diferente. En ese sentido no

²⁴² Citado por Angélica Velázquez Guadarrama., *op. cit.*, p. 148.

²⁴³ Mateana Murguía. “Los elegidos” citado por Elvira Laura Hernández Carballido, *op. cit.*, p. 60.

está tan presente la estigmatización que en autores como José T. de Cuéllar y Roberto A. Esteva sí se puede observar.

Tal vez, Roberto A. Esteva y José T. de Cuéllar percibieron que la identidad de *la polla* trastocaba la imagen de la joven casta, sobria, pura, prudente y de buenas maneras. Desde mi punto de vista, al ser percibida como enamoradiza también se enunciaba que incumplía con el ideal de noviazgo de la época, ya que éste en las jóvenes de los estratos sociales de clase alta y media, de acuerdo con Martha Eva Rocha, significó que pronto se casarían. En cambio, las pollas al tener distintas parejas sentimentales ponían en jaque no sólo la idea de que el noviazgo debía ser la antesala del matrimonio, ponía en jaque el sistema de comportamientos amorosos que intentó normar el gozo y el deseo de las mujeres.

Me llama la atención que en una publicación como *Violetas del Anáhuac*, haya un pequeño matiz con las concepciones de sus coetáneos, esto en relación con lo enamoradizas que pudieron haber sido las pollas. Pero, sí compartió con los escritores antes citados fue concebir que estas jóvenes se hallaban en una edad de frivolidades, vanidad e insensatez. Lo anterior aprecia cuando mencionó que ellas “con toda la irreflexión de la poca edad, y aguijonadas por la curiosidad y el deseo de lucir sus magníficos trajes han asistido con sus débiles padres para que las lleven [...]”²⁴⁴ a los toros. Ese fue el motivo por el cual, tampoco las consideró útiles para la sociedad puesto que para ella “era muy importante inculcar en las mujeres desde temprana edad la modestia, el don de apreciar lo útil y rechazar lo trivial así se comportarían con acierto en la sociedad pero todo desempeñarían en forma correcta sus labores domésticas y serían capaces de educar a sus hijos”.²⁴⁵

Para finalizar con *las pollas* puedo observar que a nivel de tendencia ideológica, los distintos matices que tuvo el liberalismo a través de estas tres publicaciones no fueron tan disímiles entre ellos. Como se pudo ver, *El Monitor Republicano*, diario progresista en ámbito político, por lo menos en este escrito, dio una representación de la identidad de dichas jóvenes cargado de atribuciones negativas por considerar que atentaban contra las costumbres morales de la época. En contraposición, un poco más condescendiente a nivel discursivo fue Luis G. Alva en *La Vida de México*, al menos no se enuncian tantos calificativos despectivos, ello no quiere decir que no se observe al igual que *El Monitor Republicano* particularidades que presentan a *las pollas* como vanidosas, enamoradizas, entregadas a las pasiones febriles propias de su edad.

En el caso de *Violetas de Anáhuac*, periódico que marcó vanguardia ideológica en lo concerniente al discurso de la mujer, porque tuvo la función social de sostener las prerrogativas sociales, intereses y derechos de las mujeres, tampoco dejó de pensarlas como casquivanas, entregadas a la vanidad y a la coquetería. Quizá con esta revista uno pensaría que por haber tenido concepciones progresistas sobre la mujer, las representaciones sobre *las pollas* serían de manera diferente, sin embargo, no fue así. Nora

²⁴⁴ Mateana Murguía de Avelayra. “Los toros” en *Violetas del Anáhuac* 25 de noviembre de 1888, p. 7.

²⁴⁵ Elvira Laura Hernández Carballido., *op., cit.*, p. 61

Pasternac califica a esta revista como “elegante complemento de la prensa oficial del porfiriato”,²⁴⁶ por lo que define su tendencia ideológica como conservadora -oficialista en lo político. Supongo que por ello, las representaciones sobre estas jóvenes no diferenciaron mucho de los otros diarios, quizá porque la dictadura de Díaz necesitaba buenas amas de casa, madres abnegadas, esposas fieles y, sobre todo, hijas virtuosas. En otras palabras mujeres decentes: no *pollitas*.

4.2.3 Pisaverdes, currutacos, mequetrefes, rotos, dandis y lagartijos²⁴⁷

Con los nombres mencionados arriba, se conoció, según Antonio García Cubas, a los jóvenes que se paraban en “las puertas de atrios de los templos para ver entrar y salir á las damas, en general, y cada cual, al objeto del amor, en particular”.²⁴⁸ Con esa multiplicidad de nombres se representó al *dandy*, es decir, al hombre joven elegante del siglo decimonónico caracterizado por su peculiar manera de vestir: siempre a la moda, impecable con su atuendo, caracterizado por usar trajes de escandalosos colores compuestos por chalecos guindas, verdes o azules; camisas de tablas menuditas; corbatas de toallas; saco listado de colores y pantalón casimir con dibujos de ramas, flores y muñecos, “como si tal prenda fuera hecha con un retazo de alfombra”.²⁴⁹ Al vestirse así, evitaban la vestimenta negra y gris, colores que como mencionó Baudelaire, hacían ver al sexo masculino como si estuviera siempre en duelo.

En este punto, se debe aclarar que el dandismo (movimiento estético basado en el refinamiento y asociado con cierto amaneramiento) surgió en Inglaterra con el movimiento romántico y fue esencialmente aristocrático. Pablo Pena, autor que ha investigado la relación entre *dandismo* y juventud (desde una perspectiva psicosocial), menciona que fue el romanticismo en la indumentaria, señala también que uno de los valores del *dandismo* fue el de la exaltación de la juventud. Según él, los *dandis* no sobrepasaban los veinte cinco años, además interpreta que estos jóvenes quisieron desligarse del código de indumentaria adulta.²⁵⁰ Finalmente, Charles Baudelaire en *El pintor de la vida moderna* apuntó que el *dandy* era el hombre rico y ocioso cuya profesión fue cultivar la idea de lo bello en su persona. El *dandismo*, según él, apareció en épocas en que la aristocracia sólo está parcialmente vacilante y envilecida.

En el contexto mexicano de finales del siglo diecinueve se cuenta con algunas representaciones sobre estos tipos conocidos como *pisaverdes*, *currutacos*, *dandis*, *largartijos* etc. Me atrevería a decir que

²⁴⁶ Citado por Susana A. Montero Sánchez., *op., cit.*, p. 117.

²⁴⁷ Cabe mencionar que esta que está clasificación la tomé de García Cubas Antonio, quien empleó para clasificar a esos jóvenes todos esos términos.

²⁴⁸ Antonio García Cubas., *op., cit.*, p. 243.

²⁴⁹ *Ibid.*, p. 241.

²⁵⁰ Pablo Pena. “Dandismo y juventud” en *Reis*, núm. 98, 2002, pp. 107-121.

el más popular es “Chucho el Ninfo”, personaje principal de la novela titulada precisamente *Historia de Chucho el Ninfo* escrita por José T. de Cuellar. “Chucho el Ninfo” de acuerdo con él era un jovencito vivía para vestirse:

Un jovencito de catorce a diecisiete años, con pelo castaño claro, hermosos ojos, tierna y sedosa barba, boca voluptuosa y fresca [...] Estaba muy bien vestido: su ropa era flamante, su camisa de irreprochable blancura, y sus manos estaban oprimidas en unos guantes color lila. El Joven era una de esas personas que tienen la misión de hacerse ver y el derecho de no pasar nunca inadvertidas [...] Chucho llegó a tener un solo culto: su persona. Un solo deseo: parecer bien.²⁵¹

Cabe añadir que “Facundo” fijó su mirada en esos jóvenes (*lagartijos, lechuguinos, dandis*, etc.) para pintarlos y fotografiarlos de un modo tan real que Guillermo Prieto llegó a señalar que el nombre de “Chucho el Ninfo” sirvió a la gente para designar “al niño mimado y consentido, entregado á los vicios”.²⁵² De ahí que de nueva cuenta, este hombre pensara que la obra de “Facundo” era de gran valía para el momento que les tocó vivir, porque retrataba a aquellos personajes viciosos que consideró peligrosos al igual que *los pollos*, por sus costumbres inmorales.

Sin embargo, aquí la función social de escribir *Historia de Chucho el Ninfo* fue otra, en mi opinión, lo que lo motivó a tomar la pluma y escoger esa vista entre otras posibles fue denunciar a las madres mimosas que eran “casi tan consentidoras y tolerantes como la patria”. Ya que debido a la educación afeminada y viciosa, así como el acaramelado cariño de las madres estaba deformando la moral y masculinidad de los hijos varones, – así lo consideró “Facundo”.²⁵³ Es esencial entender la función social de la obra en su contexto histórico, por eso hay que mencionar que esta obra se halla en un periodo en que la madre fue considerada la primera educadora de los hijos pequeños, por eso, si se quería formar buenos ciudadanos se debía de formar primero buenas madres, por un lado, “Facundo” denunció las consecuencias que puede provocar la mala educación procurada por las madres, en la formación de ciudadanos virtuosos. Pero, por otro lado, aludió a que la falta de educación paterna en sí, podía provocar en el hijo varón cierto afeminamiento.

Es tiempo de exponer cómo José T. de Cuéllar mediante la lente de una cámara fotográfica retrató a los sujetos que quiso mirar entre muchos otros. En este caso me refiero a “Chucho el Ninfo”, quien fue la imagen del *dandy* mexicano, esto es, el prototipo de hombre preocupado por su belleza física y su aspecto personal. Los cuidados que tenía Chucho para conservar su hermosura –nos dice “Facundo”– fueron:

²⁵¹ *Historia de Chucho el Ninfo*. pp. 202 y 211.

²⁵² Guillermo Prieto., *op. cit.*, p. XI.

²⁵³ *Historia de Chucho el Ninfo*. pp. 7 y 257.

Coldcream [que] había realizado su ensueño de tener una tez virginal; había logrado mantener arqueadas las pestañas calentándoselas con instrumentos de su invención; se pintaba los labios con carmín [...] Había logrado convertir su cabello lacio y opaco en ensortijado y brillante; conocía todas las preparaciones adecuadas al efecto, y empleaba gran número de peines y cepillos en su tocador.²⁵⁴

La idea central de la cita anterior fue mostrar que “Chucho el Ninfo” se ocupaba por cuidar su apariencia y belleza. Ahora bien, uno puede darse cuenta que se describe también a un personaje afeminado, no obstante, el afeminamiento aquí no fue visto en términos de sexualidad sino en estilo de vida, comportamientos y vestimenta.²⁵⁵ Así este tipo social rompía con el ideal hegemónico de masculinidad del Porfiriato, si se toma en cuenta que durante ese periodo se ensalzaba el ideal masculino cimentado en la virilidad, la hombría y la fortaleza que en muchas ocasiones era legitimada a través del culto a los héroes patrios y mediante las imágenes de autoridad de los gobernantes.²⁵⁶

“Chucho el Ninfo” fue considerado por su autor como galante y mujeriego. Así lo describió José T. de Cuéllar:

Ese joven afeminado no sólo es bien recibido, hay algo más.

[...] –Vea usted aquella joven del vestido color de rosa.

[...] – Esa joven está profundamente enamorada del Ninfo.

[...] – Observe usted aún.

– ¿A quién?

– A Mercedes.

– ¿La mujer de Carlos?

– Sí.

– Pero si Carlos es todo un hombre y comparado con ese títere...

²⁵⁴ *Ibid.*, p. 211.

²⁵⁵ Sobre Chucho el Ninfo se puede decir que hay una discusión. Para Carlos Monsiváis este personaje refleja a un *gay* (término del siglo veinte), sólo que los lectores de la época no admitirían que se hablara de ello, por eso, José T. de Cuéllar disfraza a su personaje de dandismo y afeminamiento que se acentúa con la edad. Véase a Carlos Monsiváis “Los iguales, los semejantes, los (hasta hace un minuto) perfectos desconocidos (A cien años de la redada de los 41)” en *Debate Feminista*, vol. 24, 2001, p. 303. En contraposición, José Ricardo Chaves asevera que el afeminado es un hombre que se desvía de la norma de masculinidad hegemónica sin trastocar el plano de las prácticas sexuales. Véase en “Elaboraciones cultas y populares sobre los ‘homosexual en el cambio del siglo XIX al XX en México” en *Acta poética*, vol. 26, 2005, pp. 427- 428.

²⁵⁶ Sergio Moreno Juárez en una investigación sobre masculinidades asevera, citando a Víctor Macías González, menciona que el ideal hegemónico de masculinidad era representado a través de la figura de Porfirio Díaz, ya que este gobernante simbolizó la heroicidad y virilidad al defender patrióticamente a su país, así como la autoridad. *Cfr. Masculinidades en la ciudad de México durante el porfiriato. Una aproximación bibliográfica*, Tesis de licenciatura en historia, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2007, p. 96. [En línea en: <http://www.tesiuiami.izt.uam.mx>].

– Todavía no dé rienda suelta a su sorpresa, ya le impondré a usted otra cosa.

Un grupo de pollas se había colocado cerca de un senador.

– El que más me gusta es Chucho.

– Nadie está tan bien vestido como él.

– ¿Has visto que boca tan preciosa?

– ¡Y qué pie!

– ¡Y tan elegante!

[...]– Todas dicen que es muy enamorado; pero no es cierto; lo que tiene, es galante.²⁵⁷

Luego José T. de Cuéllar añadió:

Acreditarse de pillo en materias del amor era su aspiración favorita.

– He aquí un *Lovelance* –dijo un joven a otro refiriéndose a Chucho.

–Tiene usted fama de terrible –le dijo el otro joven.

–No es para tanto: no me debo quejar de las mujeres, pero en realidad hago lo que todos.

–No; algo más que todos, por ahí hay algunas casaditas...

–Qué quiere usted, las mujeres casadas...

[...]–A este vil precio hirió la honra de muchas mujeres honestas.²⁵⁸

Una mirada al respecto sobre la imagen discursiva de “Chucho el Ninfo” expresa rasgos ambivalentes en torno a su identidad. Como se puede ver, por un lado, este *dandy* mexicano adopta accesorios del guardarropa femenino, su pronunciación “repugnaba la acentuación varonil”²⁵⁹ y los cuidados de belleza que tiene en su persona fueron considerados propios de las mujeres. De acuerdo con los estereotipos de género de esa época, moda, ropa, perfume y coquetería fueron asociados con la feminidad, así se tildó de poco varoniles a quienes vestían de forma extravagante o inusual para su sexo. Lo anterior contrastó con la idea de que “Chucho el Ninfo” fue un seductor de *pollitas* y mujeres casadas. Chucho –expresó “Facundo”– fue el ideal de las mujeres tontas, pese a que hería honras y comentaba las indiscreciones de sus amores con *los pollos*. Así se puede ver que se tildó de afeminados a esos jóvenes y, por lo mismo estos sujetos trastocaron ciertas normas de masculinidad, sobre todo si se toma en cuenta que hacían cosas consideradas exclusivamente para las mujeres.

²⁵⁷ *Historia de Chucho el Ninfo*. p. 214-215.

²⁵⁸ *Ibid.*, p. 218.

²⁵⁹ Como señala José T. de Cuéllar: Chucho silbaba las “eses”, y pronunciaba ligeramente las “zetas”; de manera que su pronunciación era dulce, blanda y se alejaba de la manera con que en México se pronuncia el español. *Historia de Chucho el Ninfo*. pp. 210-211.

En ese sentido, esos jóvenes rompieron con la imagen de hombre fuerte, valeroso, brusco y varonil, pues, según “Facundo”, en sus maneras revelaban el amaneramiento.²⁶⁰ Aunque si se mira de cerca también está presente la idea del chico que demuestra su virilidad frente al grupo de amigos, al flirtear con las muchachas y hacer alarde de sus conquistas amorosas adquirió respeto entre el grupo de *pollos*. O al menos así lo relató José T. de Cuéllar en el diálogo que transcribo a continuación.

- ¡Qué afortunado es ese maldito! – dijo un pollo que se llamaba Pío Prieto.
- ¿Por qué? –preguntó este.
- ¡Cómo por qué! Yo le conozco a usted más de cuatro muchachas a cual más linda.
- Calle usted Pío – dijo Chucho pavoneándose de satisfacción.
- ¡Qué dichoso es usted! – agregó Prieto.²⁶¹

Por último, me parece que con dicha representación sobre éstos jóvenes se puede encontrar momentos de tensión. Lo que me hace poner en tela de juicio el argumento que sostiene que las identidades o representaciones de identidad son estáticas, fijas e inamovibles. En contraposición a esa visión, considero que las representaciones de identidad están en constante construcción y confrontación a partir de múltiples significados que puedan tener en un mismo contexto. Tal es así que aquí se puede ver dos maneras distintas de representar a un mismo sujeto juvenil que chocan, como un muchacho que adopta actitudes y estilos de vida pensados como femeninos y a un joven que demuestra su virilidad ante otros jóvenes, enamorando a las mujeres. Así se presenta a un muchacho que se desvía de la norma de masculinidad hegemónica y al mismo tiempo a un joven que está dentro de ella.

En *La Patria*, periódico de corte liberal editado por Irineo Paz, el cual además era antiporfirista.²⁶² Diario que tenía como propósito sugerir y construir políticas para bien de la república, que de igual modo buscaba llenar la necesidad de imparcialidad, pues, editor no quería imprimir uno de esos periódicos que criticaban todo, pero tampoco uno de esos que alababan todo.²⁶³ Así con la supuesta imparcialidad que anunció Irineo Paz en su primer número (allá por 1877), años después se publicaría en su diario un artículo titulado: “¡Lagartijas!” En ese escrito, Francisco Santín dijo que sólo en México se veían “esas reuniones en donde los jóvenes, á mitad ébrios, arrojan sobre las señoritas lo que ellos llaman flores [sic]” o en alguna vidriera de los almacenes de joyas decían frases insultantes a las mujeres “que las hacen encender las mejillas de rubor, y que ellos creen las halagan de placer”.²⁶⁴ Estos jóvenes se preciaban de ser de familias distinguidas, sin embargo, expresó el periodista, su lenguaje era vulgar, sus

²⁶⁰ *Ibid.*, p. 201.

²⁶¹ *Ibid.*, p. 228.

²⁶² Milada Bazant., *op. cit.*, p. 210.

²⁶³ Henry Lepidus. *The history of Mexican journalism*, Columbia, The University of Missouri, 1928, p. 53.

²⁶⁴ Francisco Santín. “¡Lagartijas!” en *La Patria*, 15 de febrero de 1883, p.3.

frases y conceptos lastimaban el pudor de la casada, la virgen y la madre. Ese “ridículo hombrecillo”, “pequeño saurio” o “sietemesino”²⁶⁵ esperaban a que alguien les obsequiara el *brandy* y el pastelillo en la Casa Plaisant, se creían tenorios y arreglaban su naciente bigote.

Y dizque hacían desfiguros relataron Guillermo Prieto y Manuel Altamirano, además de que tenían especial predilección por ir al Café de la Concordia ubicado en la calle de Plateros.²⁶⁶ Así estos jóvenes pasaban sus ratos de ocio en un sitio donde las élites lucían elegantes atuendos. Allá en Plateros podían transitar por tiendas especializadas y hermosas residencias, tal vez algunos frecuentaban el selectivo *Jockey Club* para divertirse jugando boliche y cartas, mientras bebían *brandy*.

Y ¿por qué fueron denominados con el sobrenombre de lagartijas o lagartijos? Según este periodista porque estaban en las calles más céntricas de la ciudad (Plateros, La Profesa y San Francisco) esperando que el sol les diera en el estómago, al igual que una lagartija. A lo que estaba haciendo referencia, era que ellos tenían gusto por estar en las calles chuleando a las mujeres, pasando el rato y/o tomando el sol. Quizá por esa misma razón, la opinión del periódico *La República* (periódico liberal) decía que estos jóvenes eran unos “bichos”. Y el periódico *The Two Republics* (cuyo propósito fue consolidar las relaciones de amistad entre México y Estados Unidos) los calificaba de vagos que desperdiciaban su preciado tiempo.²⁶⁷ En el diario conservador *El Nacional*, Amado Nervo en su faceta de cronista cuestiona que hubiese muchachas que no se enamoraran de “esa nobilísima porción de jóvenes trabajadores en cuyas manos está el futuro del país y que no gastan sus ocios en los *boulevards*, ni lucen corbatas chillonas...”²⁶⁸ En cambio, nuestras jóvenes – sé que es así, dijo Nervo– pese a la vaciedad, nociva ociosidad, insufrible petimetrería preferían al *lagartijo* como marido.

Con los periódicos aquí citados, los cuales presentan dos diferentes tendencias ideológicas, *La Republica*, *La Patria* y *The Two Republics* de corte liberal y *El Nacional* conservador se ha podido observar que ninguno dejó de representar a este sujeto juvenil como vago y/u ocioso. A nivel discursivo, conviene recalcar que las palabras con que se asoció y clasificó a esos individuos tienen connotaciones simbólicas, las cuales intentaron determinarlos. Que estos periódicos hayan difundido esa la imagen de vagancia y ociosidad deja entrever que estos jóvenes fueron pensados como un problema social, en ese sentido es preciso mencionar que la vagabundeo en el contexto del Porfiriato atentaba con la formación del ciudadano ideal, es decir, aquel individuo que debía ser productivo, honorable y trabajador.

Otras opiniones aparecieron conforme trascurrió el tiempo, algunas mencionaron que había que sancionarlos por sus faltas. Fue, en ese momento, cuando Manuel Gutiérrez Nájera salió en su defensa. Él pensó que la vagancia no era delito que mereciera cárcel, como pretendió la policía que quiso

²⁶⁵ Esos son los adjetivos que utilizó el periodista para nombrar a estos sujetos. Sobre último entiéndase que sietemesino es un jovencito que presume de persona mayor, o también enclenque (débil).

²⁶⁶ Clementina Díaz y de Ovando. “El café refugio de literatos...”, *op., cit.*, p. 82-83.

²⁶⁷ “Las lagartijas” en *The Two Republics*, 28 de mayo de 1882, p. 2.

²⁶⁸ Amado Nervo. “La intuición femenina” en *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1955, pp. 666. Originalmente publicado en 1896.

desalojarlos de uno de sus lugares de encuentro la “Peluquería de Micoló”.²⁶⁹ Sin embargo, las restricciones si se hicieron presentes, el gobierno del Distrito Federal aumentó el número de policías en las calles principales. A partir de 1905, señoras y señoritas podían pasear por los lugares céntricos sin que las molestaran los *lagartijos*.²⁷⁰

Por otra parte, en la novela *Historia de Chucho el Ninfo* de José T. Cuéllar, *el lagartijo* o *dandy* fue representado como un individuo afeminado en cuestión de vestimenta, al mismo tiempo, como un hombre mujeriego y galante. Sin embargo, la prensa por su parte atribuyó a este tipo de jóvenes otras características como ser vagos, groseros e irrespetuosos con las mujeres, por eso mismo, dudaban que pertenecieran a las familias distinguidas de la élite porfiriana.

¿Y por qué la prensa se preocupó tanto por la vagancia de estos muchachos? En primer lugar, porque el discurso de los grupos dominantes durante el Porfiriato pensó que la vagancia, el juego y la holgazanería eran fuente de contaminación social y familiar, por ello, se tenían que erradicar dichas prácticas y comportamientos. Por el contrario, el trabajo fue visto como un agente civilizador, de ahí que causó tanto revuelo que estos muchachos estuvieran en la calles. La vida en las calle cada vez más la sociedad la asoció con el vicio. Y Julio Guerrero estaba convencido de que la ociosidad era causa de todos los vicios, en cambio, el amor al trabajo y la educación moral (ésta según su opinión el Estado liberal no la impartía a la juventud varonil) formaría ciudadanos de bien y hombres responsables capaces de llevar a la nación al progreso.²⁷¹

Otro ejemplo similar estuvo presente también en el discurso inaugural de la Escuela Correccional de Artes y Oficios en septiembre de 1881, allí se señaló que en esa institución los menores recibirían “los suaves atractivos de la ocupación y los generosos impulsos que determina el trabajo, harán odiar á esa juventud la pereza, la ociosidad y la vagancia, preparándola insensiblemente á su regeneración”.²⁷² Por lo anterior, se puede deducir que el régimen porfiriano pensó que era necesario combatir la vagancia, sobre todo, en las personas jóvenes.²⁷³ En el caso de la clase media y alta la fórmula para erradicarla fue la educación y para la clase baja fue enseñándoles a los muchachos un oficio que les diera un modo de ganarse la vida, aunque también algo de educación en primeras letras.

²⁶⁹ Clementina Díaz y de Ovando. *Un enigma de los ceros: Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza*, México, 1994, p. 19.

²⁷⁰ Moisés González Navarro., *op., cit.*, p. 409.

²⁷¹ Guerrero Julio. *La génesis del crimen en México. Estudio de psiquiatría social*, México, Librería de Viuda CH. Bouret, 1901, p. 319.

²⁷² *El Siglo XIX*, 20 de septiembre de 1881, p. 1.

²⁷³ Estudios pormenorizados sobre vagancia y menores menesterosos véanse los siguientes trabajos: María Dolores Lorenzo. “El Tecpam de Santiago-México. Una institución pública de asistencia para futuros trabajadores” en *Historia de la infancia en América Latina*, Bogotá, 2007, pp. 247-261; Hilda Sánchez Santoyo. *Miradas a la adolescencia...*, *op., cit.*, pp. 152-159; Vanesa Teitelbaum. “La corrección de la vagancia. Trabajo, honor y solidaridades en la ciudad de México, 1845-1853” en *Trabajo, ocio y coacción. Trabajadores urbanos en México y Guatemala en siglo XIX*, México, 2001, pp. 115-156.

También conviene entender que la vagancia no solamente implicó la negación de trabajo y la presencia de ociosidad, a la cual el proyecto político modernizador y civilizatorio del Porfiriato quiso erradicar; sino además representó en este contexto histórico la presencia de conductas y hábitos considerados como perjudiciales porque no correspondían con la imagen de moralidad que se deseó implantar y difundir en la sociedad.

En segundo lugar, estos jóvenes –mencionaba algunos diarios– hablaban en términos soeces e inmorales, insultando con sus flores a las mujeres en la calle. Y esta forma de comportamiento, fue mal visto bajo el lente de la época porfiriana porque el ciudadano modelo estaba instruido bajo normas y valores morales. Esta forma de conducta se ubicó en un momento en que el Estado liberal impregnado de positivismo, la Iglesia Católica y la burguesía impulsaron preceptos, códigos de conducta y prácticas sociales que fueron considerados aceptables.

4.2.4 “La joven virtuosa”

Esta imagen discursiva se puede apreciar a través de los manuales *Cartas á mi hija*²⁷⁴ y *Consejos a mis hijas. Manual escrito por un padre de familia en vísperas del nuevo siglo*.²⁷⁵ Pero antes de adentrarme enunciar cómo se representó en éstos la identidad de la *joven virtuosa*, me gustaría precisar algunas cuestiones sobre dichos manuales. En primer lugar, ambos tenían funciones sociales bastante parecidas. Por ejemplo, Manuel Orihuela escribió sus consejos con la finalidad de instruir a su hija mayor Lugarda en la administración del hogar, la higiene personal y de cómo conducirse en sociedad, ello con el propósito de preservar y cuidar el honor familiar. *Cartas á mi hija*, por su parte, no sólo se encargó de la educación de las jóvenes, sino del comportamiento que una muchacha virtuosa debía seguir en todos los momentos de su vida, enténdase que el autor la escribió para guiar a la juventud porque ésta en su opinión “comete á menudo desaciertos” y era inexperta, pese a que “los mismos jóvenes se resistan a ello y crean que todo lo saben y de nadie necesitan”.²⁷⁶

Fue por tal motivo que ambos escritos intentaban proporcionar consejos, prescripciones y proscipciones sobre qué debían hacer y cómo debían ser las jóvenes para alcanzar la virtud y el honor,

²⁷⁴ A nivel de estructura, este manual está organizado mediante una serie de cartas que un padre escribió para su hija de quince años, que salía del círculo de las niñas para entrar al de las señoritas, más tarde al de las señoras. A nivel temático aborda diversos tópicos como de educación informal y las conductas consideradas como apropiadas para las élites en bailes, teatros y tertulias ello con la finalidad de formar a una muchacha virtuosa.

²⁷⁵ Hay que aclarar que dicho manual es una versión paleográfica de un documento de la propia familia de Cecilia Ceballos Escobar. A nivel temático este documento aborda tópicos como la administración del hogar, la limpieza personal, cuestiones morales como interrelaciones entre hombres y mujeres, así como comportamientos apropiados en sociedad.

²⁷⁶ *Cartas á mi hija*. p. 127.

es decir, llegar a ser mujeres decentes, ahorrativas, modestas, etc. De allí que ambos textos tuvieran un fin pragmático, es decir, eran discursos sociales cuyo objetivo fue llevar a la práctica inmediata y cotidiana ciertas normas y preceptos de conducta. Su intencionalidad, en ese tenor, fue que sus lectoras los aprendieran, utilizaran en su vida y los repitieran en aspecto de su vida. O, al menos, así lo afirmaron ambos padres de familia. En *Consejos a mis hijas*, Manuel Orihuela advirtió que a su hija que debía de ejecutar todas sus recomendaciones y en *Cartas á mi hija* se mencionó que “á la estimable y virtuosa á quien su padre lo dedica, no le basta leerlo, ni volver á leerlo, necesita imprimir en su memoria todas su frase y palabras, grabar en los más hondo de su corazón todas sus máximas, todos y cada uno de sus consejos, obedecer sus prescripciones con amor y con presteza”.²⁷⁷ Es por lo mismo que la intención de ambos fue que las mujeres jóvenes no sólo los leyeran sino también que los llevaran a la práctica, los obedecieran y sobre todo los guardaran en su corazón.

Estas obras, por otra parte, confirmaron que tenían como destinatarias a las hijas, especialmente las jóvenes de familias de clase alta y media educadas o, por lo menos, que sabían leer. He podido percatarme de ello porque encuentro *códigos sociales* en ambos manuales que permiten reconocerlas como miembros de la clase alta y media. Por ejemplo, aluden a prácticas y comportamientos comúnmente asociados a las clases sociales urbanas de la élite. Además, como se sabe, la clase alta y media durante el Porfiriato establecieron e inculcaron preceptos como la higiene, el trabajo, el buen comportamiento y la sobriedad porque pensaron que así la sociedad tendría individuos civilizados. Estos temas, aunque con distintos matices fueron recurrentes en ambos manuales, he allí pues que estas prácticas, hábitos y comportamientos, como Guadalupe Ríos de la Torre ha subrayado, las élites y la clase media ya las habían hecho suyas, por eso, las consideraban positivas para el progreso, la moral de la nación y el bienestar de los individuos, motivo por el cual querían que los demás mexicanos las adoptaran.²⁷⁸ Finalmente como apunta Cecilia Escobar Ceballos, durante el periodo de la dictadura porfiriana la familia de clase media se volvió la principal portadora de la moral y la buena educación, razón por la cual estos aspectos los consideraron indispensables para la vida diaria, por eso, plasmaron estas ideas en distintos manuales de urbanidad, catecismos laicos y católicos, así como en tratados educativos y de moral.

Por el momento, he dado algunas características de las lectoras a quienes estuvieron destinados estos manuales, pero a continuación ahondo más en ello. Como se sabe, todo texto selecciona a su público y necesita de éste para poder significar. Estos manuales no esperaban a cualquier tipo de lector, concretamente, pusieron su atención en uno específico. De entrada *Cartas á mi hija* y *Consejos a mis hijas* seleccionaron a su audiencia mediante una diferencia de género. Preguntaría: por qué pensaron que sus lectoras debían ser mujeres y no varones. Las mujeres fueron su principal motivo de atención porque

²⁷⁷ *Ibid.*, p. 2.

²⁷⁸ Guadalupe Ríos de la Torre. “Buenos modales para las mujeres del siglo pasado a través de algunas publicaciones” en *Tiempo y Escritura. Revista electrónica* [En línea en: http://www.azc.uam.mx/publicaciones/tye/tye15art_hist_05.htm].

consideraban que las féminas eran las encargadas de salvaguardar y comunicar los valores morales de la sociedad. Ahora bien, ¿por qué para estos discursos eligieron como *lectoras modelo* a las mujeres jóvenes? Con anterioridad había señalado que estos manuales fueron escritos desde y para la clase alta y media. Fue por eso que los autores desde esos estratos sociales previeron que las jóvenes debían aprender los conocimientos y requerimientos necesarios para ser novias decentes, buenas esposas, madres y amas de casa. En el caso de *Cartas á mi hija*, también se encontró la idea de que la juventud debía ser dirigida por alguien de mayor edad. Lo anterior se ve en *Cartas á mi hija*, quien escribió mencionó que los jóvenes viven en un estado de embriaguez natural, “que no les permite caminar sin apoyo, pues que, como los verdaderos ebrios, están espuestos á caer á cada paso y romperse tal vez la cabeza el día menos pensado [*sic*]”.²⁷⁹ Por su parte, Manuel Orihuela aseguró que la “buena educación, sino se aprende en los primeros años de la vida es imposible que en la edad madura pueda aprehenderse; esto es un evangelio”.²⁸⁰

Por lo dicho se puede apreciar que las jóvenes necesitaban una figura de autoridad o con mayor experiencia que las guiara hacia los buenos comportamientos, pero aquí lo interesante fue que esa figura tenía que ser masculina, el padre de familia. Me preguntaría: ¿por qué el padre? Porque éste simbolizó en la familia la imagen de autoridad, a quien los demás miembros debían obediencia, respeto y sumisión, estando sometidos al mando y protección de él. El papá era una figura dotada de poder sobre los hijos y la esposa. El Abate Henry Bolo en *Los hijos* mencionó: “el padre tiene el primer lugar. Toda la casa se ocupa y se preocupa de él, todo el mudo le obedece. Habla como soberano [...]. El padre gana el dinero, lo da, paga los criados. La madre, que es, sin embargo, una autoridad soberana en la casa, le está absolutamente sometida”.²⁸¹

Era preciso, por ese motivo, que el padre se encargara de cuidar el honor y la virtud de las hijas jóvenes enseñándoles consejos morales para que fueran mujeres decentes, honestas y pudorosas. De ahí es conveniente señalar lo que ha observado Mary Poovey, de acuerdo con ella la idea de mujer decente fue una creación de la sociedad burguesa, una sociedad hecha por hombres y para hombres.²⁸² Las figuras paternas a través de estos discursos intentaron prescribir y proscribir comportamientos que creían adecuados para las mujeres jóvenes, según se puede observar el control estuvo regido desde el punto de vista masculino, no del de las propias mujeres, ellos vieron en varias ocasiones mediante modelos normativos de feminidad cómo debía ser una chica.

En este punto podría argumentarse que el *lector modelo* del manual *Consejos a mis hijas* estaba previsto *per se*, desde el momento en que don Manuel Orihuela lo escribió y lo dirigió exclusivamente

²⁷⁹ *Cartas á mi hija*. p. 126.

²⁸⁰ *Consejos a mis hijas*. p. 85.

²⁸¹ Abate Henry Bolo, *Los hijos*, México, Librería Religiosa Herrero Hermanos Editores, 1887, p. 157.

²⁸² Citado por Valentina Torres Séptien. “Manuales de conducta, urbanidad y buenos modales...”, *op., cit.*, p. 283.

para su hija mayor Lugardita Orihuela, quien a ciencia cierta fue la lectora real del escrito.²⁸³ Por lo tanto este manual a primera vista fue un texto sumamente cerrado, es decir, dirigido específicamente a una sola persona, no obstante, sus pretensiones eran mayores, dado que nunca renunció a la posibilidad de que su manual llegara a otras manos. Es más aconsejó a su hija que se le ofreciera a más jóvenes. Como lo mencionó:

Entre esa muchas jóvenes amigas, sólo por curiosar leerán mis versos; pero puede, tal vez, que alguna encuentres que con buena intención acoja mucho mis consejos para ejecutarlos.

Queda a tu discreción, que califiques á que personas deberás mostrarlos, y es de esperarse se presente un caso, en que tú misma tengas que ofrecerlos.

[...] porque si encuentras una muchacha próxima a casarse, aunque tan sólo sea tu conocida, debes decirle, y eso conciencia, como debe en su estado conducirse, y si ella es buena y dócil, es sin duda a ti, a quien deberá su buena suerte [sic].²⁸⁴

Todavía queda una consideración por mencionar, estos manuales no solamente previeron a su *lector modelo*, sino también las situaciones a las que se iban a enfrentarse las jóvenes, las partes que más les llamarían atención de los manuales y las posibles respuestas que darían a los códigos de conducta que fueron establecidos por ellos mismos. A modo de ejemplo cito algunos casos:

– Apuesto á deseas leer esta carta luego que has visto escritas las palabras “bailes y teatro”, pues ellas suenan muy bien en los oídos de todos los jóvenes – dijo–. En efecto [...] que los bailes gusten mucho, á la juventud es natural –afirmó.

– Me parece ya oírte decir, que *es mucho lo tienes que hacer para ser virtuosa* – expresó aquel padre de familia [sic].²⁸⁵

Se tiene que comentar que ambos manuales fueron escritos desde una perspectiva católica. Según Cecilia Escobar, quien realizó el estudio introductorio sobre *Consejos a mis hijas*, don Manuel Orihuela era una persona sumamente católica, por tanto, conservadora. En el caso de *Cartas á mis hijas*, de igual modo, se desearon transmitir comportamientos y valores marcados por esa religión. En este contexto, los grupos católicos difundieron publicaciones y libros que consideraron adecuadas para niños y jóvenes, las cuales además tenían como objetivo erradicar las malas doctrinas y la corrupta literatura que

²⁸³ Se puede interpretar además que Manuel Orihuela dio una mayor relevancia al lenguaje escrito que al lenguaje oral, ya que a través del documento deja claro que algunos de sus consejos los comunicó de manera oral, pero pensó que era mejor tenerlos por escrito porque así los leería cuantas veces quisiera su hija y, quizá, de este modo no olvidaría fácilmente sus consejos y prescripciones, pues, quedando por en el papel perdurarían por más tiempo.

²⁸⁴ *Consejos a mis hijas*. p.181.

²⁸⁵ *Cartas á mi hija*. p. 26.

circulaba.²⁸⁶ Por consiguiente, se debe considerar que ambos manuales al ser escritos desde una visión católica, pertenecían al grupo de los buenos libros que una muchacha debía leer porque infundían buenos valores morales. Pero al estar vinculados con el catolicismo, también se tiene que ver que la incipiente modernidad que está surgiendo en este contexto histórico amenazó los valores tradicionales, sobre todo, en relación con la mujer, a quien debía de protegerse bajo el santuario del hogar y el ideal de mujer decente.

Ahora bien, cómo se representó la identidad de la *joven virtuosa* en los manuales. A manera de decálogo estos textos mostraron cómo debía ser y qué debía saber las muchachas para llegar a ser virtuosas. En *Cartas á mi hijas*, ellas debían ser virtuosas y de mérito, porque las mujeres que así lo eran serían apreciadas y respetadas por cuantos las conocían. / Debían ser prudentes con el fin de distinguir lo bueno de lo malo. / Debían someterse a la voluntad masculina sea esta del padre o del hermano, ambos tenían la autoridad de reprender a la joven. Para ilustrar este caso en el manual se narró la siguiente situación:

“no se encuentran tus padres ni tus hermanos en tu casa, te resuelves irte sola con una costurera á la casa de tu pobre, que vive en un barrio distante del centro de la ciudad.

Mas á poco andar te encuentras con uno de tus hermanos, que informado de lo que ibas á hacer, te dice: que irás, pero con él, porque de otra manera harías muy mal, y aun te reprende por no haber reflexionado por lo ibas á hacer” [*sic*].²⁸⁷

Según se puede ver, la joven virtuosa no sólo estaba bajo la autoridad paterna, sino también del hermano. Cabe mencionar que Óscar Reyes menciona que el sexo de los hijos intervenía en la preferencia de los padres, por lo general, otorgaban una superioridad a los hijos varones sobre las mujeres.²⁸⁸ Con ello intento explicar que la subordinación de la joven específicamente en este contexto histórico era por partida doble, por edad al padre y, en menor medida a la madre, por cuestiones de género a los hermanos varones. Quiero aclarar que no pretendo mostrar una imagen de la *joven virtuosa* como una víctima eterna de la sociedad patriarcal. Como ha indicado Mary Nash, ese tipo de ideas pueden llegar incluso a reforzar argumentos sobre la natural inferioridad de la mujer.²⁸⁹ Si bien es cierto que en este contexto histórico encuentro discursos prescriptivos que establecieron una inequidad por

²⁸⁶ Manuel Ceballos Ramírez. “Lecturas católicas: cincuenta años de literatura paralela, 1867-1910” en *Historia de la lectura en México*, 2005, pp. 153-204.

²⁸⁷ *Cartas á mi hija*. p. 50-51.

²⁸⁸ Óscar Reyes Ruvalcaba. “Las representaciones de las niñas en los manuales de lectura para mujeres en educación elemental a principios del siglo XX” en *Boletín*, México, 2005, p. 85.

²⁸⁹ Mary Nash. “Nuevas dimensiones de la historia de la mujer” en *Presencia y protagonismo de la mujer*, México, 1989, p. 15. Cabe destacar que dicha autora propone una confluencia de la teoría de la victimización de la mujer con la de su protagonismo histórico, pues así se vería a la mujer del pasado en toda su complejidad.

cuestiones de género entre hermanos, la cual constituyó una forma significativa de relaciones poder en donde la mujer joven fue representada bajo la imagen de subordinación frente a los varones de la familia (padre y hermano), esto no debe aceptarse siempre como una generalidad admitida porque no se sabe si en todos los casos ocurrió así.

Volviendo de nuevo con cómo debían ser, era importante que fuera modesta porque ésta suponía bondad y regularidad en los pensamientos y las acciones. La joven modesta, se advierte además, tenía compostura y recato en los ojos. /Debía ser decorosa, entendido el decoro como la honra que una persona llega a merecer por sus buenas acciones y en las señoritas como tú –dijo– es también pureza, honestidad y recato. /Debía conformarse, como indicó un padre: “tú tendrás muchas veces deseos de hacer cosas que tal vez no se te permitan”. “Las jovencitas como tú, no saben lo que les pueda ó no convenir, porque les falta el conocimiento del mundo que solo da los años”.²⁹⁰ Entiéndase que tenían que resignarse a lo que les permitían los mayores, y el adulto ejercía control sobre el hijo: niño y/o joven. Empero, este tipo de restricción no fue propia para las muchachas, dado que se señaló en este manual que los jóvenes de ambos sexos deseaban hacer cosas que no podían permitirseles.²⁹¹ /Debía ser buena (se consideró además que la juventud era la edad más proclive para conseguirlo), aunque se recomendaba buscar un buen modelo a seguir. /Debía ser caritativa, en este punto, se enfatizó que ser caritativo no sólo significó darles limosna a los pobres, había que socorrer al necesitado, dar de comer al hambriento, consolar al afligido, curar al enfermo, secar el paño de lágrimas del que lloraba. Pero, sobre todo, tenía que predicar la caridad cristiana para hacer el bien a los semejantes, por el amor a Dios y sin intereses mundanos. Por este motivo, se puede apreciar que quien escribió no sólo fue un hombre perteneciente a la élite urbana, sino, que, además era un católico que quería inculcar en la *joven virtuosa* ciertos valores apegados a la religión como lo fue la caridad cristiana. /Debía ser distinguida y elegante al hablar, moverse y mirar, en especial, en público, pero por nada en el mundo debía ser coqueta, envidiosa, vanidosa, orgullosa y egoísta.

Sería conveniente preguntarse, desde esta perspectiva, que debían saber o hacer para una muchacha fuera considerada una *joven virtuosa*. /Debía procurar tocar bien el piano. /Debía procurar bailar lo mejor que pudiera, evitando movimientos inmodestos, no bailando con personas desconocidas o que acababa de conocer, no tomando parte de bailes que pudieran ofender su pudor y decoro. /Debía aprender a confeccionar flores (toda señorita bien educada debía de saberlo). /Debía procurar tener ocupado el tiempo, para ello recomendaba el cuidado de plantas y pájaros porque eran placeres inocentes, agradables y domésticos que podían gozarse sin salir de casa. Ya que “nada hay que vulgarice mas á las jóvenes que el encontrarlas á toda hora en la calle ó asomadas en su balcón”.²⁹² / No debía leer novelas, éstas llenaban la cabeza con ideas extravagantes, así la *jovencita virtuosa* se podía volver

²⁹⁰ *Cartas á mi hija*, p. 90 y 92.

²⁹¹ *Ibid.*, p. 89.

²⁹² *Ibid.*, p. 43.

loca o romántica. Es decir los corazones juveniles podían amar de los personajes de aquéllas, “que se sueñan nobles, bellas, ricas, codiciadas, y que pierden con la virginidad del alma el buen sentido común”. O, en el peor de los casos, acarrear problemas del sistema nervioso.²⁹³ /Debía tener discernimiento para elegir buenas amigas. Debía conocer todo el mecanismo del gobierno de una casa (coser, lavar, planchar y cocinar).

En cuanto a la educación, este manual prescribe que la *joven virtuosa* debía hablar, leer y escribir con la perfección de su propio idioma, poseer algunos conocimientos de geografía y de historia, porque esas materias tan importantes no estaban reservadas sólo para los hombres. De igual importancia era el conocimiento de perfecto de los idiomas inglés y francés necesarios “para la señorita que desea hoy distinguirse por su buena educación”.²⁹⁴ En torno a la educación de las jóvenes, contrastando *Cartas á mi hija* con *Consejos a mis hijas*, se puede hallar dos posturas diferentes de entenderla, mientras que en el primer manual existió un intento por proporcionar una educación un poco más amplia a las jóvenes mostrando interés de que ellas tuvieran conocimientos de algunas materias de educación formal como geografía, historia e idiomas, vistas como útiles para la formación de las señoritas y no exclusivas de los varones.²⁹⁵ En *Consejos a mis hijas*, la educación se restringió sólo al ámbito de los comportamientos de etiqueta en sociedad y a los aprendizajes sobre el cuidado y administración del hogar. *De facto*, si se lee el *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos* de Manuel Antonio Carreño escrito en 1854, el cual fue una de las publicaciones más difundidas en los países de América Latina, entre ellos México, también se encuentra que la educación sólo estuvo supeditada a los deberes morales y a las normas de conducta en la sociedad, hogar y espacio públicos.²⁹⁶ De allí que me parece que *Cartas á mi hija*, en cuanto a la educación que debían recibir las *jóvenes virtuosas* intentó propugnar por una mayor instrucción para ellas, aunque claro sin salirse de la norma.

Por otra parte, en *Consejos a mis hijas* la *joven virtuosa* debía ser laboriosa y saber hacer actividades como cocinar, limpiar el hogar, saber música, cantar y coser. No debía ser noviera, pero sí debía saber cómo buscar marido. De hecho, puso como ejemplo a las jovencitas a que llaman *pollas*,

²⁹³ En cuanto la lectura de novelas el discurso médico aludió a que podía afectar el sistema nervioso. Véase José Ladrón de Guevara., *op., cit.*, Ricardo T. Torremocha ¿Hasta dónde debe llegar la instrucción de la mujer? en *El álbum de la juventud: Órgano de la sociedad científico-literaria “Cuauhtémoc”*, México, t. II, 1896, p. 21.

²⁹⁴ *Cartas á mi hija*, p. 14.

²⁹⁵ Y digo educación formal porque si se examina el plan de estudios de la Escuela Secundaria de Niñas (1869-1889) la geografía, historia, idiomas y música eran parte de las materias que las chicas recibieron como parte de su educación. Para conocer el programa educativo véase a María de Lourdes Alvarado., *op., cit.*, pp. 175-177.

²⁹⁶ El manual de Carreño expone los deberes morales del hombre para con Dios, consigo mismo, la patria, los padres y los semejantes. Luego, normas de conducta para conducirse en casa, sociedad y lugares públicos. Finalmente habla de las aplicaciones de la urbanidad. *Cfr.* Manuel Antonio Carreño. *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos*, México, Editorial Época, s/f.

quienes, según él, no sabían buscar marido y sólo eran interesadas. Esto es lo que hacía la *polla* y que no debía hacer la *joven virtuosa*:

las jovensitas á que llaman pollas ... /¡Qué digo jovensitas! cotorronas deben también entrar en la colada. / No miran si su genio es bueno ó malo: /Si por carácter es enamorado: / Si tiene educación: Si es caprichudo: / Si es muy tonto, si es franco ó mesquino: / Si tiene religión ó es impío/ Si respeta a sus padres, ó les diera muchos pesares por sus liviandades [...] / Si es celoso, altanero o imprudente: /Si es capaz de llenar sus compromisos: / Si el es valiente ó fanfarrón cobarde: / Si es de alma generosa ó vengativo: / Si respeto les tiene á las mugeres/ [...] / Si padece alguna enfermedad oculta... [sic]²⁹⁷

No está de más decir que aquí se encuentra una contradicción, por un lado había cierta restricción al noviazgo, sin embargo, dentro de los deberes de una *joven virtuosa* estaba la búsqueda de un marido adecuado a las cualidades que el padre de familia considerable apropiadas para las hijas. Tal vez, por ello, en ocasiones esa búsqueda no correspondía con la del hombre deseado y amado. Finalmente, al matrimonio el jurista Manuel Orihuela le dio mucha importancia porque era un convenio donde hombres y mujeres establecían su relación ante la ley.

Desde la perspectiva de don Manuel Orihuela, la *joven virtuosa* no debía expresarse de modo escandaloso en el espacio público, tampoco debía fumar porque “he de deciros que es muy feo ver fumar a alguna joven”.²⁹⁸ / No debían usar “colorete” ni pintarse, sólo un poco de polvo para que el cutis no se rajara. / Al novio no debían enviarle cartas ni retratos porque estos sólo servían para justificar en los hombres el triunfo alcanzado del amor frente a los amigos.²⁹⁹ /Debía comunicarle al padre o marido (cuando fueran esposas) las nuevas amistades que hacían. / No debía ser coqueta y por nada del mundo enamorarse de un *pollito*. / No debía permitir que el pretendiente les besara la mano. Recuerda – dijo Manuel Orihuela –. “Es un cristal la joven doncella, que con leve bao que empañado: manos de un hombre no deben tocarla” [sic].³⁰⁰ Así la *joven virtuosa* podía ser vista y apreciada por sus pares de edad en los bailes, teatros y tertulias, pero jamás debía ser tocada. Con esta idea, en mi opinión, lo que estaba de fondo era la protección de la virginidad, con ello la honorabilidad de la muchacha y de una familia respetable. /Por ningún motivo debía estar continuamente asomada en los balcones esperando al novio porque esa conducta hacía públicos los amores y, éstos debían estar reservados.

²⁹⁷ *Consejos a mis hijas*. pp. 115-116.

²⁹⁸ *Ibid.*, p. 93.

²⁹⁹ En este punto, Manuel Orihuela señaló que hay muchachos viles que falsificaban la letra de las muchachas y se jactaban de ser correspondidos por tal bella joven. En ese tenor, debe entenderse que éstos fueron parte de los rituales de los enamorados en la época porfirista.

³⁰⁰ *Ibid.*, p. 141.

Haciendo una recapitulación sobre la *joven virtuosa*, en los dos manuales puedo decir que se le representó como modesta, decorosa, prudente, de buen mérito, honesta, recatada, resignada, pura, buena, caritativa, hogareña, casta, virgen, elegante, distinguida y hacendosa. Esta representación refiere a una joven mujer desexualizada, las muchachas de esa época como muñequitas de aparador se les podía ver pero no tocar. Lo anterior, por supuesto, alude indirectamente al control de la sexualidad de la mujer joven. Tema del que ni hablaban las familias burguesas durante el Porfiriato. Como ha mencionado Marcela Escobar, lo referente a la sexualidad no se tocaba ni cuando se llegaba a la adolescencia. Por eso, muchas jóvenes porfirianas desconocían la menstruación, lo cual significó también el desconocimiento del propio cuerpo.³⁰¹ Pero me gustaría puntualizar una cuestión. Estos manuales al intentar controlar la sexualidad de las jóvenes, también hacían lo propio con los varones jóvenes porque para que muchacha fuese pura y virginal, ellos debían respetarlas, restringiendo así su deseo hacia las jóvenes. El cual probablemente en algunos casos se convirtió en un doble discurso porque el mismo joven que identificaba a la noviecita como pura, en algunas ocasiones, tuvo encuentros sexuales previos al matrimonio con prostitutas.

Para evitar caer en un anacronismo habría que señalar, por una parte que la pérdida de la virginidad y, por lo tanto, el ejercicio de la sexualidad ocurrían sólo con el matrimonio, precepto que además fue socialmente aceptado durante el Porfiriato. Sobre dicho punto se precisa que debido a educación moral que recibieron muchas jóvenes, la sexualidad tenía como finalidad principal la procreación, de hecho, se exaltaba la maternidad porque ella “redimía en la mujer la pérdida de la virginidad”.³⁰² Pero, por otra parte, el “castillo de pureza” al que se le quiso mantener a la joven del sector medio y alto estuvo fuertemente afianzado en los estereotipos femeninos dominantes de la época, la buena mujer vista como esposa fiel, madre recatada y ejemplar. O, por el contrario, la mala mujer vista como perversa y prostituta que acabaría mal.³⁰³ Esas representaciones se anclaron, por un lado, en las imágenes la virgen María (símbolo de la pureza y la sublimación de la sexualidad) y en su anverso Eva (representante de corrupción y concupiscencia).

Me detengo a analizar la importancia que se dio a la virginidad en las jóvenes. Desde la mirada masculina y adulta, ésta se volvió una virtud fundamental. Brevemente se expone lo que ocurrió a dos jóvenes de la vida real. El primer caso fue el suicidio de la “cuasi niña” María Luisa Nocker proveniente del sector acomodado. De acuerdo con *El Imparcial*, la joven después de no haber llegado a dormir a casa y de haber estado en un hotel con el torero Rodolfo Gaona y, por ese comportamiento haber sido

³⁰¹ Véase a Marcela Suárez Escobar., *op. cit.*, p. 107.

³⁰² Martha Eva Rocha. “Los comportamientos amorosos en el noviazgo...”, *op. cit.*, p. 123.

³⁰³ Algunos autores han señalado que la mujer de los sectores medios sólo tenía dos alternativas: ser respetable o ser prostituta. Véase por ejemplo a Alberto del Castillo. “Notas sobre la moral dominante a finales del siglo XIX en la ciudad de México. Las mujeres suicidas como protagonistas de la nota roja” en *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio del siglo (XIX-XX)*, México, Universidad Autónoma de México, 2001, p. 322; Valentina Torres. “Manuales de urbanidad...”, *op. cit.*, p. 276; Martha Eva Rocha. “Introducción” a *El álbum de la mujer...*, *op. cit.*, p. 19.

reprendida por su tío, quien, según dicho periódico le dijo iracundo que: “si hablaba con una mujer perdida ó con una señorita”.³⁰⁴ Según el diario, esta muchacha sintió remordimiento de haber faltado su casa, así que tomó la decisión de quitarse la vida. La publicación expresó lo siguiente: “En el caso de la señorita Nocker, cuando la seducción dejó su puesto al desengaño, la moral le hizo comprender que era una proscrita y como no era perversa, prefirió no ser y optó por el suicidio”.³⁰⁵

El siguiente caso le ocurrió a la joven Edelmira C*. *El Monitor del Pueblo* narró lo acontecido. Luego de salir de misa fue convencida por el joven H* para ir a la cafetería Concordia. Ella aceptó la invitación y pidió a la sirvienta, quien fungía como chaperona que la esperara. Sin darse cuenta, los enamorados demoraron mucho, por eso, la sirvienta se marchó. El joven H* instó a Edelmira C* de que no podía volver a casa, fue por esa razón que la joven asintió fugarse con su novio. El muchacho la llevó a un hotel y con “las intenciones de un caballero, la tuvo á ella en un cuarto, mientras él habitaba otro distinto”. Pero él no estaba en posición de casarse de inmediato con Edelmira C*. Él llevó a la novia a casa de unos parientes, quienes, según el diario, la maltrataban mucho. Entones sucedió que Edelmira C* conoció a una mujer de *bajo oficio*, “la cual la convenció de que ya no tenía familia, de que su novio no podía casarse, de que la casa en la que vivía no era la suya y, por lo mismo, no le quedaba más remedio que entregarse á la prostitución”.³⁰⁶ La mujer puso en venta a Edelmira C* con varios jóvenes calaveras. Pero Edelmira C* pudo conmovier a sus clientes con las lágrimas, éstas rodaban por sus mejillas por recordar lo que le había pasado. El último “comprador de doncellas” llevó a la joven a la Inspección de policía de la 3ª demarcación, con el fin de ponerla a poder de sus padres. Allí se hizo lo que se tenía que hacer. Médicos y empleados se sorprendieron, la joven “había conservado intacta la flor de su pureza”. *El Monitor del Pueblo* termina esa noticia mencionado, cuando la mujer defiende verdaderamente su honra, no existe fuerza humana que la arranque.

Con los casos ocurridos a las jóvenes María Luisa Nocker y a Edelmira C*, así como las prescripciones que se hallan en ambos manuales, uno se puede dar cuenta de la importancia que tuvo la preservación de la virginidad en las jóvenes, ésta no sólo estaba en el imaginario colectivo sino fue parte de la vida real. Las excesivas imágenes discursivas utilizadas para representar a las jóvenes como pudorosas, defensoras de su honra, decentes, modestas y recatadas aluden a un sujeto que estuvo en constante vigilancia y control. Indica también que una mujer joven vivió su sexualidad a la espera porque esta fue sólo asunto de adultos, teniendo que esperar hasta consumir el sagrado matrimonio, pero aún casada debía saber que la sexualidad estaba orientada a la procreación. La misma representación circunscribió, asimismo, lo lícito e ilícito para una *joven virtuosa*. Por todo ello, puede decirse que las

³⁰⁴ *El Imparcial*, 8 de diciembre de 1909, p. 1. Esta noticia ocupó los titulares de diferentes diarios, sin embargo, aquí sólo se consultó *El Imparcial* del día 4 de diciembre al 8 diciembre de 1909.

³⁰⁵ *Ibid.*, p. 2.

³⁰⁶ “Historia Maravillosa” en *El Monitor del Pueblo*, 16 de febrero de 1888, p. 3. El 12 de febrero de 1880 apareció una crónica titulada “Charla Dominguera” en este mismo diario, ésta tiene mucho parecido con la noticia que ocurriría ochos años más tarde.

representaciones sobre la *joven virtuosa* aluden a una cultura conservadora, ligada al catolicismo, cimentada en tradiciones vetustas y “buenas costumbres”, las cuales entraban en contradicción con la sociedad porfiriana que en lo material se transformó rápidamente a causa del crecimiento de la industria, el aumento de vías de comunicación como el ferrocarril y el telégrafo, con las cuales sobrevino el incremento del mercado interno y externo del país, el embellecimiento y saneamiento de la ciudad, el desempeño financiero sobresaliente que registraba en 1906 un superávit 26%.³⁰⁷ Fue así como la representación de *la joven virtuosa* se entretejió como un conocimiento de sentido común en una sociedad moderna en lo material y económico, con ello no quiero decir que necesariamente fue equitativa o que esas mejoras económicas llegaron a todas las clases sociales. Y finalmente fue conservadora en lo cultural.

Nuestro fin de siglo victoriano o, mejor dicho, porfiriano prolongó costumbres y cánones de comportamiento más allá de la dictadura. La Revolución Mexicana un movimiento social y político que reivindicó causas sociales y convulsionó la vida cotidiana no rompió con las mentalidades, representaciones e ideales sobre la mujer joven. Este es el punto: si se toma en cuenta las observaciones que han hecho tanto Valentina Torres Séptien como Martha Eva Rocha, se puede decir que fue en la década de los sesenta cuando comenzó a fracturarse la representación de la *joven virtuosa* con su inocente imagen de pureza virginal. Lo que ocasionó dicha ruptura fueron los movimientos juveniles, el feminismo, el empleo de anticonceptivos y el cambio de usos amorosos ocurridos en esta época.³⁰⁸ Pese a que fue un periodo de importantes transformaciones, por esa década, en el ámbito católico siguió vigente el culto a la virginidad (abstinencia sexual) y el ocultamiento de la sexualidad humana en las y los jóvenes.

En este punto, se va a esbozar de modo tangencial parte de la discusión en torno a la juventud femenina, para ello retomo uno de los argumentos centrales de Sven Morch, quien citando a Philippe Ariès, indica que las niñas a diferencia de los varones por más tiempo transitaron de la infancia a la adultez, sin que hubiera para ellas una etapa de juventud, esto debido a que la vida escolar y la prolongación de la misma, cuyo objetivo era la capacitación de la juventud para la incorporación a la esfera productiva, fue sólo un fenómeno aplicable a los varones durante un periodo más largo. Ello aunado a que la mujer permaneció por más tiempo en la esfera privada, lo lleva a concluir que las mujeres permanecieron bastante tiempo en un “estado de feminidad infantil”. Motivo por el cual no existía ninguna base para el desarrollo de una juventud femenina.

Coincido en parte con dicho argumento porque es evidente que la juventud como categoría social se desarrolló de modo diferente en varones y mujeres y, si se considera como un factor coadyuvante la moratoria social que dio el sistema educativo, se encontrará que la mujer joven se incorporó tiempo después que los varones a éste. Pero, a mi modo de ver, durante el Porfiriato ocurrieron cambios

³⁰⁷ Sobre el progreso material durante el Porfiriato revítese a Enrique Krauze *Porfirio Díaz...*, *op. cit.*, pp. 103-114.

³⁰⁸ Sobre este tema consúltese en la bibliografía a Valentina Torres y Martha Eva Rocha.

importantes en torno a la educación femenina, un ejemplo fue creación de la Escuela Normal de Profesoras que brindó la posibilidad de educación superior para las jóvenes principalmente de clase media. Si bien es cierto que la formación académica que recibieron las muchachas, se basó en el ideal de la madre como maestra nata. Ellas mejor que nadie para instruir y/o educar. Como Justo Sierra lo señaló: “instintivamente las mujeres se dirigen hacia las tareas educativas, hacia el cuidado moral y material de los niños, a todo prefieren esto, para nada son más aptas”.³⁰⁹ Es decir, el formar jovencitas estudiantes para ejercer como profesión la docencia, no se alejó de la idea predominante de la mujer como madre. Empero esa misma educación también permitió a las jóvenes incorporarse a la vida productiva del país.

De igual modo, si se aúna que a partir de la década de los ochenta del siglo diecinueve, arribaron las primeras alumnas a la Escuela Nacional Preparatoria. Jóvenes que les tocó lidiar en varias ocasiones con comentarios y críticas que las satirizaban por haberse atrevido a incursionar en un campo que hasta ese momento habían sido exclusivamente masculino. Pero, quiénes, al mismo tiempo, abrieron una brecha importante para que generaciones posteriores, pues, si desde el Porfiriato las jóvenes demandaron educación superior. Más tarde, acabada la Revolución Mexicana, un número considerable de jóvenes se incorporó al sistema educativo. De ahí que si se considera que el surgimiento de la juventud está relacionado con el sistema educativo, se debe tomar en cuenta que durante el Porfiriato dentro de la minoría que asistió a la escuela para capacitarse para incorporarse al mercado laboral, hubo todavía otra más pequeña que demandó educación para tener una profesión. Quizá con ello las jóvenes estudiosas lograron un poco de más autonomía y, quizá, de este modo no pertenecieron a esa “feminidad infantil” de la que habla Seven Morch.

En cuanto a que la imagen de la *joven virtuosa* estuvo por más tiempo en el ámbito privado. Es innegable que fue así porque a la mujer en este contexto histórico se le educaba desde la tierna edad para ser hija, novia, esposa y madre. Se inculcaba labores domésticas como el cuidado y vigilancia del hogar, así como la crianza y educación los hijos. Asimismo a la joven se le intentó prescribir y proscribir tipos de comportamiento y prácticas sociales que el mundo adulto y masculino creían adecuados. Pues si una función cumplió la representación social de la *joven virtuosa*, fue orientar y/o guiar cierto tipo conductas, ideales, valores y acciones. Pero conviene imaginar que hubo mucho más que eso. La razón fue porque los espacios públicos como teatros, bailes y tertulias no sólo representaron códigos y normas de etiqueta que debían seguir las jóvenes, que las distinguían de clase social alta y baja, sino también lugares en donde se podía negociar e incluso burlar las reglas. Si, como han mencionado Barceló y Marcela Escobar, siempre hubo jóvenes que lograron construir una identidad más allá de la de mujeres decentes, entonces se debe considerar la posibilidad de que la *joven virtuosa*, no era el anhelo al que todo chica quiso llegar a ser. Es por eso que considero necesario que en futuras investigaciones no sólo se analicen las representaciones sino también las prácticas. Tarea nada sencilla dado que a la mujer a

³⁰⁹ Justo Sierra citado por Raquel Barceló. “Hegemonía y conflicto...”, *op. cit.*, p. 89.

finales del diecinueve y principios del siglo veinte se le representa “mucho antes de que ellas mismas hablen”.³¹⁰

4.5 Los jóvenes estudiosos

He mencionado ya, que durante el Porfiriato la educación constituía una panacea para erradicar todos los males presentes. Se pensó que ella redimiría al pueblo mexicano y llevaría a la reconstrucción de la sociedad. Por un lado, con la educación se consideró que se conquistarían mejores condiciones de vida y, por otro lado, se formaría a niños y jóvenes en profesiones liberales, con ello el país se trasformaría en lo social y lo económico. Es más: para el Estado liberal la nación sólo así llegaría al progreso y a civilizarse, ya que los muchachos educados bajo el positivismo no fueron vistos sólo como futuros abogados, médicos etc., sino sobre todo como “ciudadanos hipotéticos” que en lo público llegarían a ser hombres racionales, modernos, obedientes, disciplinados, patriotas, honorables, trabajadores, útiles y de bien.³¹¹ En lo privado serían padres responsables, capaces de sostener a su familia, educadores con autoridad y firmeza, pero sobre todo serían un buen ejemplo a su progenie, pues, el discurso de las élites con frecuencia señaló que los hombres con vicios arraigados afectaban a sus hijos.³¹² En resumidas cuentas, llegarían a ser amigos del orden, del progreso y de las buenas costumbres, de ahí que la ciudadanía en esa época era vínculo entre Estado y los individuos a través de la obediencia cívica y moral. A los jóvenes formados bajo la educación positivista se les inculcó una conciencia de sus obligaciones morales, cívicas y políticas.

Si bien con la educación se pensó que se solucionarían muchos de los males que aquejaban al país, no obstante, se debe hacer hincapié en lo siguiente: durante este contexto una minoría de niños y jóvenes fue beneficiado con ella. Eso se vio reflejado en el elevado porcentaje de analfabetismo que hubo durante el régimen porfirista, aproximadamente el 80% de la población no sabía leer ni escribir. Por aquella época, el número de *jóvenes estudiosos* de nivel secundaria (preparatoria) y profesional eran pocos. Por ejemplo: en 1878 en todo el país había un total de estudiantes de nivel secundaria fue de 3, 375. En el Distrito Federal durante ese año la Escuela Nacional Preparatoria contó con 782 estudiantes inscritos, todos varones. Para el año de 1900, el total de alumnos en país aumentó a 7, 506, de los cuales un poco más de la mitad pertenecían a escuelas de la capital, pues ésta concentró el mayor número de colegios. Finalmente, en el caso de las escuelas profesionales en 1878 había 5, 552 estudiantes, el 11%

³¹⁰ George Duby y Michelle Perrot. “Escribir la historia de las mujeres” en *Historia de las mujeres*, vol. I, Madrid, 1991, p. 15.

³¹¹ El ciudadano reposa en modelo cívico, el cual es entendido como lo público, por lo tanto, vinculado estrechamente con la política y el gobierno. Dicho modelo cívico supone que el ciudadano (individuo) es responsable y solidario en lo público. *Cfr.* Fernando Escalante Gonzalbo. “Moral pública y orden político” en *Ciudadanos imaginarios*, México, El Colegio de México, 2002, pp. 35-39.

³¹² Abate Enrique Bolo., *op., cit.*, p. 152.

eran técnicos, el 1% normalistas y resto universitarios. Y escuelas secundarias en la capital para el año de 1907 había 42 de gobierno y 18 privadas. Lo anterior reflejó un aumento si se toma en cuenta que 1878 de las 59 escuelas en función sólo 25 fueron públicas.³¹³

De ahí que los jóvenes privilegiados que asistieron a las aulas durante la *belle époque*, en su mayoría no eran pertenecientes a la clase baja sino de la media o alta. Incluso los muchachos que migraron a la capital para estudiar, eran hijos de familias que tenían la posibilidad de costear la educación de los vástagos, desde ese entonces asistir a la escuela era conveniente porque posteriormente los jóvenes podían avanzar en la estructura social. Tanto Gabino Barreda como Justo Sierra coincidieron en que la educación de la juventud era para “las clases influyentes de la sociedad”. Este último, de hecho, habló inclusive de una nueva élite encargada de la “renovación política y social” de México.³¹⁴ Algunos diarios de manera conmovedora relataron como los alumnos ricos protegían a los pobres. O, contrariamente, en sus páginas enunciaron como el rico envidiaba al pobre en el gremio estudiantil, debe recalcar que a causa de las desigualdad social imperante en ese contexto histórico, la población estudiantil era de muchachos pertenecientes a los estratos altos y medios. El Dr. José Terrés, director de la Escuela Nacional Preparatoria, mencionó lo siguiente: las carreras que demandaban bastantes años de estudio no eran convenientes para las familias de los jóvenes cuya necesidad requería lo más pronto posible el producto de su trabajo para el sostenimiento de ésta. A esos muchachos les recomendó colocarse “en donde puedan y como puedan, ó buscar una carrera de muy corta preparación”.³¹⁵ Lo expuesto supone que la educación secundaria o superior, una escolaridad elemental completa y, al mismo tiempo un desahogo financiero de la familia, “que permitiera sufragar los estudios y prescindir de la fuerza de trabajo del muchacho”.³¹⁶

Lo que enseguida se menciona son las representaciones sociales en torno a esos “efebos enardecidos por el amor santo de la ciencia”.³¹⁷ Es decir: los *jóvenes estudiosos* principalmente de la Escuela Nacional Preparatoria. Y no es que ella fuera la única institución de educación secundaria durante el Porfiriato, desde luego hubo más instituciones públicas y privadas, así como otras dedicadas a la educación femenina y una serie de institutos de enseñanza superior.³¹⁸ La razón de centrarse

³¹³ *Estadísticas sociales del porfiriato 1877-1910*, México, Dirección General de la Estadística, 1956, pp. 47- 49; Gabino Barreda “Último informe sobre la Escuela Preparatoria”, en *op., cit.*, p. 275; González Navarro Moisés., *op., cit.*, pp. 627 y 673.

³¹⁴ Charles A. Hale., *op., cit.*, pp. 231 y 264. La premisa de comenzar por educar a las clases influyentes porque así se pondría más rápidamente en orden a las demás clases sociales está también presente en el pensamiento de John Locke.

³¹⁵ José Terrés. *Ventajas de la educación recibida en la Escuela Nacional Preparatoria*, México, Tipografía Económica, 1906, p. 16.

³¹⁶ Jean Claude Caron., *op., cit.*, p. 183.

³¹⁷ Justo Sierra. “Panegírico de Barreda” en *Positivismo y porfirismo...*, *op., cit.*, p.114.

³¹⁸ Estas fueron algunas de las instituciones de educación secundaria, técnica y superior como: Escuela secundaria de niñas (más tarde Escuela Normal de Profesoras), Escuela de jurisprudencia, Escuela de medicina, Escuela de ingeniería, Escuela Nacional de Bellas Artes, Conservatorio de Música, Escuela de Artes y Oficios para hombres y mujeres, Colegio militar y la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria. No se mencionan aquí las 31 escuelas sostenidas por el clero.

específicamente en los jóvenes de esta institución no sólo radica en las abundantes huellas que se encuentran sobre ellos, sino también, en que la creación y los programas de estudio reflejan ampliamente la ideología dominante del grupo en el poder, esto es, el positivismo. De igual modo porque los jóvenes que asistieron a formarse como futuros ciudadanos representaron “la esperanza espiritual de México” y/o también esa “nueva élite” educada que dirigiría a México.

Por otro lado, quiero aclarar que casi todas las fuentes que consulté se refieren al joven estudiante, pocas hablan de la joven estudiante motivo por el cual me centro en los varones. Como se sabe, a partir de la década de los ochenta hubo una escasa aunque significativa matrícula femenina perteneciente principalmente a la clase media progresista. Esas jóvenes fueron quienes abrieron brecha al decidir estudiar profesiones liberales. Sin embargo, a ellas a nivel representacional algunos periódicos en varias ocasiones hicieron comentarios sarcásticos y dieron atribuciones como “marisabidillas” y “sabias ridículas” e incluso en ese entonces a la joven Matilde P. Montoya (primera mujer en estudiar medicina) la tildaron de mujer impúdica por el hecho de querer ser médico.³¹⁹ Por lo anterior, se observa una diferencia en la forma cómo se representó a la juventud estudiosa masculina y femenina, mientras que los primeros fueron considerados la esperanza de la nación, las jóvenes en varias ocasiones recibieron críticas por atreverse a entrar a un espacio que había sido pensado como masculino.

Los “imberbes jóvenes” como solía llamárseles en la prensa, quienes representaban la esperanza del porvenir y la renovación político-social del Porfiriato tuvieron representaciones ambiguas, en momentos oscilaban entre el vicio y la virtud. Así se enunció a los jóvenes estudiantes en las fuentes que analicé. Por un lado, la imagen del joven estudiante en su versión virtuosismo hacía referencia a un muchacho obediente y disciplinado capaz de forjarse un destino mediante el estudio, evitando los amoríos y tentaciones que podían distraerlos de su cometido aprobar los exámenes. Transcribo a continuación un fragmento que ejemplifica dicha imagen:

[...] se ven en las calzaditas de la Alameda y del jardín de Santo Domingo jóvenes estudiantes pasear con el libro abierto, estudia y estudia sin fijarse en las guapas costureras que atraviesan próximas sonriendo, ni admiran las gentilezas que pasean su esplendor, ni burlarse de los petulantes gomosos, - época en que no hay asunto por serio que sea, que preocupe más que el *gran golpe* futuro del examen...³²⁰

No exagero si digo que esta imagen del joven entregado completamente al estudio ha llegado a convertirse en concepción estereotipada del estudiante. Pero en la época de “amor, orden y progreso”³²¹ con obediencia, disciplina, patriotismo y sobre todo estudio se podía moldear a una élite capaz de

³¹⁹ Hilda Sánchez Santoyo., *op. cit.*, p. 139.

³²⁰ Heriberto Frías. *El amor de las sirenas: los destripados*, Mazatlán, Valadés, 1908, p. 119.

³²¹ Lema de la Escuela Nacional Preparatoria

impulsar la renovación político-social. Así, y por eso razón, la prensa miró durante el Porfiriato con beneplácito el buen éxito de los estudiantes al aprobar los exámenes efectuados.

Sabían, además, los diarios de tendencia oficiosa y liberal que era una muestra de patriotismo que los *jóvenes estudiosos* hicieran homenajes a figuras heroicas que infundían amor y respeto a la nación, como fueron, Benito Juárez, Gabino Barreda, Guillermo Prieto y los Niños Héroes, entre otros.³²² Por cierto, sobre los cadetes del Colegio Militar, Enrique Plasencia apunta que durante la República Restaurada comenzó el culto a los Niños Héroes, no obstante fue en la época de la *paz porfiriana* cuando se consolidó. *De facto*, la imagen del héroe inmolado por su país, por un lado, ha tenido la función de dar cohesión al grupo social porque proporciona a sus miembros, en especial, a los de más temprana edad (niños y jóvenes) modelos de imitación. Pero, por otro lado, ha servido para que los grupos de poder en turno infundan el sentimiento de amor y respeto a la patria.³²³

Pero las arengas en nombre de la juventud estudiosa de las que hablaron distintos diarios, en las que se enaltecía la imagen de virtuosismo, hicieron eco de la solemnidad y el respeto que mostraban los estudiantes en los eventos cívicos; en las premiaciones donde los preparatorianos resultaban victoriosos; o en las felicitaciones que dieron los jóvenes al presidente Díaz por su onomástico, so pretexto para enunciar también el cariño y la confianza que inspiraba a la juventud el fundador de la paz.³²⁴ Todos esos discursos destacaban a un muchacho obediente, disciplinado y estudioso. Al fin y al cabo, la imagen aludía a alguien preocupado por su porvenir, a ese ciudadano del futuro.

Contrariamente los jóvenes encargados de la reconstrucción moral de la sociedad no siempre fueron percibidos como ciudadanos virtuosos. Julio Guerrero en *La génesis del crimen. Ensayo de psiquiatría social*, estaba convencido de que el Estado era responsable de los vicios de la juventud, dado que éste había sido impotente para moralizar a los jóvenes. Desde su criterio, el liberalismo al hacer laica la educación no buscó sustituto para la moral católica. De acuerdo con él, faltaban máximas, represiones y prácticas honestas que remplazaran la liturgia. Las consecuencias del Estado de intelectualizar la moral en los jóvenes, según él, se reflejó en ciertos comportamientos adoptados por los muchachos. Él citó lo ocurrido en los colegios varoniles, lugares donde circulaban cartas, poesías, cuentos y novelas eróticas que al ver las ilustraciones que contenían “se estremecía de horror el espíritu”. También habló sobre los actos de “depravación” de los jóvenes estudiantes, los cuales radicaban en sueños y juegos con ninfas y cupidos, esto es, en el amor. El amor entendido no en un sentido romántico, sino en el plano del placer y la sexualidad, para él, fue causante del embrutecimiento de esos futuros ciudadanos. Finalmente miró con cierta preocupación la iniciación sexual de los jóvenes, por lo mismo, descalificó las visitas nocturnas

³²² Para ver los reportajes sobre homenajes, cortejos fúnebres, así como de la marcha que se efectuó durante la conmemoración del Centenario de la Independencia donde participaron los estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria véase a Clementina Díaz y de Ovando. *La Escuela Nacional Preparatoria los afanes y los días*, México, Universidad Autónoma de México, 1972.

³²³ Enrique Plasencia de la Parra. “La conmemoración de la hazaña épica de los niños héroes: su origen, desarrollo, simbolismo” en *Historia Mexicana*, México, núm. 2, vol. 45, 1995, pp. 241-255.

³²⁴ Clementina Díaz y de Ovando., *op., cit.*, p. 220.

a escondidas que hacían a las habitaciones de las criadas; que fueran padres antes de dieciséis años de edad o peor aún que vendieran sus sagrados libros para pagar sus cuotas en los mercados del placer donde se volvían víctimas de enfermedades horribles.³²⁵ Todo ello los hacía perder los estudios escolares, los hacía no ser la esperanza del Porfiriato, pero sobre todo tornaba oscuro su futuro prometedor.

Un poco de esa opinión fueron algunos periódicos católicos de tendencia conservadora, para ellos el positivismo en el que se educaba a la juventud de la Escuela Nacional Preparatoria no moldearía ciudadanos obedientes, honrados, disciplinados y útiles a su patria, sino todo lo contrario. Pese a que simbólicamente durante el régimen de Díaz hubo una conciliación entre el Estado y la Iglesia, ciertos grupos conservadores repudiaron a la doctrina ideológica del positivismo porque creían que estaba en contra de Dios. En específico, los diarios que encendieron su alerta sobre lo irreligioso e inmoral que resultaba el positivismo en la educación fueron: *El Tiempo*, *El País*, *La Moralidad*, *El Nacional* y *La Voz de México*. Cada uno a su modo, intentó comunicar a sus lectores que el positivismo causaba daño a la educación del país; coadyuvaba al anarquismo; o representaba un peligro para los muchachos, pues, en su opinión, esa doctrina atea era la causante de los suicidios entre los jóvenes. Por cierto, sobre los suicidios, el periódico oficioso *El Imparcial* en 1902 publicó un artículo burlándose de la prensa católica-conservadora que en cuanto sucedía un suicidio se endilgaban a la educación positivista y laica, por proscribir el catecismo del jesuita Jerónimo Ripalda.³²⁶

En fin, la educación positivista que se enseñó en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria y demás instituciones no fue bien vista en varias ocasiones por la prensa católico-conservadora, con ello las imágenes de los jóvenes estudiantes fueron negativas pues se pensaba que allí se formaban gente no honrada, ni útil a la patria o, peor aún ateos. En una narración que apareció en la revista *La Familia*, a la cual puedo clasificar como ideológicamente conservadora, se relató la historia de Pepito, un jovencito que tras cursar la clase de filosofía descubrió que Dios no existe.³²⁷ Lejos de irónico que resulta el relato, me parece que éste ilustró el temor que sintieron algunos grupos católicos, quienes veían en la doctrina positivista a un rival, si los jóvenes perdían su fe, para ellos no había la posibilidad de guiarlos y, al mismo tiempo, tendrían menos adeptos.

De igual forma, la preocupación por las prácticas sexuales, el gusto por fumar y tomar bebidas alcohólicas de los jóvenes estudiosos causó desconcierto y preocupación en el mundo adulto. Quizá muchos padres de familia pensaron por una parte que la Escuela Preparatoria daría la posibilidad convertirse en *buenos ciudadanos*, sin embargo, en los alrededores había una serie de tentaciones que podrían desviar a la juventud de su camino de virtud. Lo anterior se reflejó tanto en la literatura como en la prensa de la época. José T. de Cuéllar, por ejemplo, en la novela *Los mariditos* caracterizó a modo de

³²⁵ Julio Guerrero., *op. cit.*, pp. 318-323.

³²⁶ Clementina Díaz y de Ovando., *op. cit.*, pp. 148, 155, 226 y 228. Puede verse también a González Navarro Moisés., *op.cit.*, p. 608.

³²⁷ Daniel Mendoza. "Los muchachos a la moda" en *La Familia*, pp. 8-11.

tipo social a Pepito un joven estudioso de la Escuela Nacional Preparatoria, adolescente que según este escritor salió precoz en el amor y en los vicios. En primer lugar, sabía jugar al billar, fumar y beber copas tanto de coñac como de tequila dado que no le raspaban la garganta. En segundo lugar, le encantaba estar solo, ya que de esta manera podía entregarse a sus sueños eróticos y pensar libremente en su novia, ello provocaba que se desconcentrara de sus estudios. Y en último lugar, había contraído una enfermedad vergonzosa que le duró seis meses, es muy probable que este escritor se refiriera a la sífilis.³²⁸

Años después, en 1908, Heriberto Frías en la novela *El amor de las sirenas: los destripados* escribió en su prólogo un mensaje a los estudiantes mexicanos, esos jóvenes de la clase media y del pueblo obrero de la capital, quienes podía caer en la tentación, dejándose llevar por los vicios que ofrecía “ese híbrido París-Tenochtitlán”. Él, quien fue un bohemio durante su juventud, aconsejó a los jóvenes que no naufragaran por “escuchar la eterna canción de las sirenas...”. Según Heriberto Frías, las sirenas simbolizaron la seducción y la tentación, seres fantásticos que podían distraer a los jóvenes de su meta, llegar a ser los ciudadanos del porvenir. Las distracciones a evitar a toda costa fueron: el alcohol, el juego, la prostitución y la morfina.³²⁹ Habría que decir que las imágenes de los jóvenes estudiosos representados como bohemios no sólo fueron registradas en la literatura, sino también en la prensa, además de los recuerdos de las personas.³³⁰ Uno que otro adulto habló con preocupación sobre el consumo o abuso de alcohol en cantinas por los menores de edad. Sobre ello, *El Imparcial*, periódico oficial del régimen, en 1905 mencionaba las consecuencias del consumo del alcohol. Según el diario, el hombre que tenía gusto por bebidas embriagantes era más vulnerable a los demás vicios, por esa razón, descalificaba que la autoridad hubiera retirado su disposición para prohibir la entrada de menores de edad en cantinas y pulquerías. En su consideración así no se evitaba “que la niñez se corrompiera desde temprano y, que la adolescencia se vicie prematura é irremediamente” [*sic*].³³¹

Otros cuestiones que causaron preocupación entre los mayores era que los jóvenes estudiantes fueran clientes de las casas de prostitución que se hallaban por el rumbo de San Idelfonso. La Escuela Nacional de Medicina, en ese entonces, exhibió en vitrinas los problemas de salud que podía acarrear la sífilis, quizá ello se hizo con el propósito de que los jóvenes no asistieran a los prostíbulos, quizá el

³²⁸ *Los mariditos*, pp. 100- 101.

³²⁹ La novela refleja las añoranzas de bohemio del autor, esto durante su vida estudiantil, por ese motivo, podría considerarse autobiografía o vivencial ya que Heriberto Frías fue alumno de la Escuela Preparatoria. Véase el prólogo de la novela. Heriberto Frías., *op., cit.*, s/p.

³³⁰ Véase por ejemplo a las memorias de José Vasconcelos. *Ulises criollo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 150; Juan José Tablada. *La feria de la vida* citado por Carlos Martínez Assad. “Andanzas y extravíos de los estudiantes en el barrio universitario en *La Universidad Nacional y el barrio universitario*, México, Universidad Autónoma de México, México, 2010, p. 25. Véase los siguientes artículos periodísticos: “Las cantinas y los menores de edad”..., *op., cit.*, p.1; “En el café” en *El Álbum de la Mujer*, 15 de julio de 1890.

³³¹ “Las cantinas y los menores de edad” en *El Imparcial* 20 de julio de 1905, p. 1.

mensaje de la vitrina fue una advertencia. Asimismo la vida nocturna en billares, cafés, tabernas y tertulias, no fue bien vista, sobre todo, porque ello los distraía de su objetivo primordial y conducía hacia la inmoralidad a esos jóvenes.

¿Pero porqué las prácticas sociales de los jóvenes bohemios fueron representadas como vicios excesivos? Para responder a la pregunta anterior hay que mencionar una cuestión, los bohemios tenían ideas contrapuestas a la moral burguesa, dado que buscaban más libertad en las costumbres sexuales; tenían gusto por la vida nocturna en tabernas, cafés y prostíbulos; consumían alcohol y drogas. Pero sobre todo la bohemia hacía referencia a la vida pobre y placentera, los jóvenes bohemios frecuentaban lugares desclasados, donde convivían con criminales, artistas, escritores modernistas y prostitutas.³³² Visto dentro del contexto social del Porfiriato, se pensó que ese modo de vida para los jóvenes no era adecuado, en primer lugar, si los muchachos de la clase alta y media encabezarían la renovación de la sociedad y ellos serían el destino intelectual de la patria tenían que preservar y cultivar ante todo el orden social y moral. Y como el mayor número de jóvenes estudiosos perteneció a la élite porfiriana, debo decir que con frecuencia las familias acomodadas durante el Porfiriato veían con alarma el mundo de la clandestinidad, sitios donde el alcohol, las drogas, el sexo ilícito y la poesía eran comunes, sitios donde era fácil hallar a “mujeres de bajo oficio” y “criminales de vida deplorable”, esto según las élites.

Sin embargo, habrá que decir que no toda prensa aludió al joven bohemio como un sujeto que oscilaba en el vicio. *El Mundo Ilustrado* (periódico oficioso) en el año de 1909 publicó una nota sobre la Casa de Estudiantes, la cual se fundó un año más tarde, el periódico mencionó lo siguiente:

Los estudiantes, esos simpáticos bohemios á cuyo cerebro se confía el destino intelectual de la patria, esos alegres poetas sin saberlo ni quererlo que apenas tienen más riqueza que sus sueños, ó como se dice en lengua vulgar “ni en que caerse muertos”, pretenden... ¿sabéis qué?, pues tener, á más de los sueños, una casa... [sic]³³³

Con esta breve cita, se puede observar la bohemia no tiene que ver con el consumo de drogas y/o alcohol, menos aún con la vida nocturna. Más bien, desde mi punto, tiene relación con no tener dinero propio, sólo contar con los sueños. Si bien los estudiantes de la Escuela Preparatoria pertenecían en su mayoría a las familias que podían costear los estudios, algunos jóvenes estudiantes en sí, no contaban con recursos propios sino los que les destinaban los padres. Así el gobierno otorgó para esos “verdaderos jóvenes de ciencia” pensiones de aproximadamente 30 pesos mensuales y, el Teatro Virginia Fábregas en apoyo a la economía de los muchachos dio “los jueves de estudiantes” a mitad de precios. Librerías como

³³² La bohemia fue una postura cultural originada en Francia entre 1841 y 1871. Véase a Sergio González Rodríguez. *Los bajos fondos*, México, Cal y Arena, 1989, pp. 38-43.

³³³ *El Mundo Ilustrado*, 19 de diciembre de 1909, p. 1230.

Bouret, Herrero, Guillet y Helvetia dieron descuentos especiales. En diversiones como paseos en bote en Lago de Chapultepec e ir al Café Inglés también hubo descuentos estudiantiles.³³⁴

De igual modo, la vida estudiantil produjo ciertas representaciones sociales, a los preparatorianos se les asoció con la “raspa”, esto fue, con la travesura y alegría de esos cuerpos juveniles que transitaban por el barrio estudiantil. Tal fue el caso de los *Canis Scholasticus* o, mejor conocidos, *Perros Preparatorianos*, quienes se distinguieron por las comidas que organizaban, en ellas eran habituales las bromas, los chistes y los chascarrillos entre ellos mismos y a las personas que pasaban por las calles y cafés cercanos al barrio estudiantil. Ellos fueron parte de una generación que abarcó de 1885-1895, época en que entraron a estudiar a la Escuela Preparatoria este grupo de amigos. Esos “escuintles de pantalón corto” – según Alfonso Pruneda– se caracterizaron por los apodosos que se ponían entre ellos, algunos de éstos fueron: “perro suelto y sin bozal”, “galgo que busca una galga” y “lebrél que ladra sin miedo”. Se identificaron por la camaradería que había entre los mismos porque la amistad fue una religión para los *perros preparatorianos*, pues nada mejor que amigos que oscilaban entre la misma edad para comprender las experiencias que vivían día a día. Los *Canis Scholasticus* no tenían líderes ni tampoco se rajaban por nada, así lo expresaron en unos versos: Somos los perros de otra centuria / Que a nadie tienen por capitán/ Al fin de cuentas aún damos guerra/ No nos arredra la suerte perra/ Fuerzas tenemos para ladrar/ Somos los perros de otra centuria / Que a nadie tienen por capitán/.³³⁵ Al parecer esos jóvenes, quienes se denominaron a sí mismos *perros preparatorianos*, disfrutaron tiempo libre, experiencias, recuerdos entre coetáneos, pertenecieron a una generación y construyeron una sociabilidad distinta a la adulta.

En la Escuela Nacional Preparatoria existió una disciplina férrea dentro del plantel. El reglamento para los alumnos señaló lo siguiente: bebían guardar respeto y obediencia a sus superiores; se les prohibía platicar en clase o distraer con algún ruido o desorden; debían evitar silbidos, carcajadas estrepitosas, carreras y retozos impropios de jóvenes cultos; finalmente no se toleraría a alumnos que fueron hacer tertulia con sus compañeros y no a estudiar.³³⁶ José Vasconcelos, con base en sus experiencias como estudiante de aquella época, recordó en *Ulises criollo* que había una disciplina casi militar. Los prefectos como método de castigo los encerraban en separatos 5 ó 6 horas a los jóvenes, en caso de que hubiera una tercera aprehensión, ello ameritaba la expulsión. Dentro del salón tenían que centrar sólo su atención en las lecciones, en una ocasión se sorprendió a Ricardo Uribe escribiendo y

³³⁴ Clementina Díaz y de Ovando., *op., cit.*, p. 321.

³³⁵ Para saber más sobre los *Perros Preparatorianos* de 1885-1895 pueden verse los siguientes textos: Alfonso Pruneda “Luis Cabrera y los perros preparatorianos” en *Excelsior*, 18 de mayo de 1954, p. 7-A; Hilda Sánchez Santoyo., *op., cit.*, p. 140; Maritza Urteaga., *op., cit.*, p. 64; Octavio González Cárdenas., *op., cit.*, pp. 109-118; Raquel Barceló. “El muro del silencio...”, *op cit.*, pp. 131-132.

³³⁶ *Reglamento de alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria* artículos 5, 14, 15 y 20. Archivo Histórico del Distrito Federal (AHDF) Fondo Gobierno del Distrito Federal, Sección Bandos, leyes y decretos, Caja 55, expediente 12, 1885, f. 1-2.

circulando versos obscenos a sus compañeros, ello causó su expulsión.³³⁷ De hecho, una orden gubernamental de don Porfirio Díaz señaló que los encargados de cuidar a los jóvenes tenían que “vigilar debidamente el orden y la moralidad de los alumnos”, pues, el presidente quien tenía personalidad autoritaria, pensó que a los jóvenes se debía educar con mano dura.

Pero fuera de las aulas de clase, las fuentes registraron imágenes que iban más allá de la obediencia y la disciplina, algunos *jóvenes estudiosos* construyeron representaciones distintas. Lo anterior quedó registrado en la presa porfiriana. En algunos diarios católicos y/o conservadores, así como oficiosos miraban con disgusto ciertos comportamientos de los jóvenes. *El Tiempo* y *El Partido Liberal*, en dos momentos históricos distintos reportaron lo irrespetuosos que fueron los preparatorianos con las señoritas del Colegio de la Encarnación. El primero se mostró muy satisfecho de que la policía haya tomado medidas para los estudiantes evitaran molestar a las muchachas con piropos de mal gusto y subido color. Por su parte, *El Partido Liberal* del 12 de febrero de 1888, alude también al lenguaje soez de los estudiantes, pero añade los más atrevidos aventaban piedras, razón por la cual el periódico pidió al gobernador del Distrito tomara cartas en el asunto.³³⁸

Ahora se profundiza un poco más en este argumento: las representaciones sociales en torno a los sujetos juveniles son cambiantes, sobre todo, en coyunturas políticas, como fueron las protestas estudiantiles de noviembre 1884 y 1892. La primera fue una protesta estudiantil donde participaron – según Clementina Díaz y de Ovando– todas las escuelas nacionales, pero quienes llevaron la batuta fueron las escuelas de Jurisprudencia, Medicina y la Preparatoria, ésta estuvo en contra el proyecto de reconocimiento del pago de la deuda inglesa y, también en oposición a la falta de patriotismo de algunos personajes de la vida política como el presidente Manuel González considerado como un traidor a los intereses de la nación, Justo Sierra y Francisco Bulnes, quienes, a decir, por los mismos estudiantes de aquel momento, no fueron “profesores dignos para dirigir a la juventud”. El primero ocupó el cargo de profesor de historia en la Escuela Preparatoria, precisamente a él, los estudiantes advirtieron que si no renunciaba, se verían en la penosa necesidad de arrojarlo de ella, y el segundo fue profesor de minería.

La lucha estudiantil de 1884 fue animada por don Guillermo Prieto, viejo liberal de la Reforma, quien instó a sus “amados hijos”, es decir, a los estudiantes a presentarse a la Cámara con el fin de impedir la aprobación del proyecto de la deuda inglesa, de este modo, los jóvenes llevaron una petición firmada a nombre de “la juventud de las escuelas”. En ésta se explicitó a los diputados su deber con la patria, recordándoles que votaran en contra del reconocimiento de la deuda. Pero en esos días de fervor, por cierto, la protesta no sólo consistió en entregar su petición con los diputados, los jóvenes visitaron periódicos de oposición para felicitar a los directores por su actitud patriótica; mostraron su apoyo incondicional a los diputados que se opusieron al pago de la deuda; repartieron manifiestos donde se

³³⁷ La mujer más principal/ de quince años no cabaes/ vale cuando más dos reales/ todas las demás un real. Fragmento de verso que provocó la expulsión de este estudiante.

³³⁸ Citado por Clementina Díaz y de Ovando., *op., cit.*, pp. 151, 161.

convocó a la ciudadanía a no permanecer indiferentes sino que se opusieran en contra del negocio de la deuda; salieron a las calles a protestar y si se toma en cuenta lo que señaló la prensa, los muchachos tuvieron que enfrentarse a la agresión de la policía, algunos jóvenes estudiantes fueron encarcelados y, otros desafortunadamente perecieron en los enfrentamientos. El periódico católico *El Tiempo* del 20 de noviembre de 1884, menciona la historia de un joven herido que pide antes de morir ir a conocer a don Guillermo Prieto.³³⁹

Pero con la derrota del proyecto, la cual ocurrió el 22 de noviembre los jóvenes estudiosos salieron a las calles de nuevo a manifestarse, portando estandartes con las siguientes consignas: “¡Viva la honradez administrativa!” “¡Vivan los dignos representantes del pueblo!” “¡Viva la constitución de 1857!”³⁴⁰ Cabría, entonces, preguntarse por las representaciones que esta coyuntura política produjo. A cada acción de los jóvenes estudiosos correspondió una representación. Ese cambio de representación en mucha medida fue consecuencia de que la lucha estudiantil fue premiada con la admiración y la simpatía del pueblo, aunque también la prensa de la ciudad de México y de toda la república los felicitaba. En honor a la juventud estudiosa se organizaron fiestas, obras teatrales, veladas literarias y ceremonias donde se entregaban medallas y trofeos por defender a su patria cuando peligraba. Prueba de ello fue la muestra de gratitud por parte de señoras y señoritas de la capital, quienes obsequiaron al joven valeroso Diódoro Batalla y a sus dignos compañeros una corona de plata por demostrar su valor cívico.³⁴¹

Así la prensa porfirista de muy diferentes tendencias ideológicas, pues, tanto periódicos conservadores-católicos entre ellos *El Tiempo* y *El Nacional*, así como de oposición al régimen, entre los que destacaban *El Monitor Republicano* y *La Patria*, aludieron a un sujeto representado con gran valor cívico, patriota, un joven que demostró ante el peligro ser muy valiente y simbolizó la vanguardia de la sociedad. Totalmente, a través de esta imagen se puede deducir que la generación de jóvenes estudiosos que participó en la lucha por derogar el pago de la deuda, fueron percibidos como los grandes protectores de la nación o, como los llamó *La Patria*, “los salvadores del país”.³⁴²

Pese a todas las acciones que impulsaron los estudiantes, las cuales los visibilizaron en su presente, a esa juventud nunca dejó de vérselo a futuro. Como ejemplo, menciono lo publicado por el periódico *El Tiempo* del 11 de noviembre de 1884, en éste se felicita a los *jóvenes estudiosos* por su participación en la defensa de la patria, empero se llegó a la conclusión de que con sus acciones cuando fueran adultos y tuvieran una familia sabrían educar a con lealtad, justicia y deber a sus hijos, además de que cuando formaran parte de la vida pública serían la vanguardia de la nación. Es necesario poner aquí atención: desde la visión de la prensa a los jóvenes les correspondía el futuro, no el presente. Aunque

³³⁹ *Ibid.*, p. 125

³⁴⁰ *El Nacional*, noviembre 25 de 1884, p. 3.

³⁴¹ *El Tiempo*, 11 de diciembre de 1884, p. 2.

³⁴² Citado por Clementina Díaz y de Ovando. *op., cit.*, pp. 129- 133.

esos muchachos participaron de manera activa en un acontecimiento político, no dejaron de ser vistos como la esperanza futura.

Años más tarde, en 1892, ciertos grupos estudiantiles desaprueban la cuarta reelección del general Porfirio Díaz, digo ciertos porque también hubo otros jóvenes estudiosos que apoyaron al presidente. Es por esa razón que la juventud estaba dividida entre *porfiristas*, quienes formaron el “Club Central de la Juventud” y *antiporfiristas* mejor conocidos como antireeleccionistas, quienes instaron a la ciudadanía para que ejerciera su derecho en los próximos comicios. Estos últimos, de igual modo, organizaron manifestaciones por las principales calles de la capital, la del 16 de mayo fue una lucha entre jóvenes *porfiristas* versus *antiporfiristas*, entre ellos hubo insultos y golpes por lo que la policía tuvo que intervenir.

Lo interesante aquí es lo contradictorias que fueron las representaciones sociales en tornos al grupo de jóvenes *antiporfiristas*, ya que de acuerdo con la tendencia ideológica de la prensa se le atribuyeron ciertas imágenes. Por un lado, el periódico liberal que mostró su apoyo al régimen de Díaz, fue *El Partido Liberal*. Ese diario retrató a los muchachos como agitadores de la paz pública, revoltosos, e incluso como vándalos, se les atribuyó que rompieron los cristales de una tienda, así como apedrear los trenes de Tacubaya y Peralvillo. Es más *El Partido Liberal*, en un tono bastante despectivo expuso que “ese lastimero quejido de los infelices y vagos, no constituía ningún problema para el gobierno”. Es así como se tuvo en esta publicación una representación negativa de los jóvenes que se opusieron a la reelección de don Porfirio. Aunque, por el contrario, *El Hijo del Ahuizote* y *El Diario del Hogar* ambos opositores del régimen, trataron de redimir las acciones de los muchachos alegando que no eran vándalos ni revoltosos, sino solamente querían democracia.

Se ha llegado así al final de estas imágenes de las y los jóvenes de clase media y alta durante el Porfiriato. Ahora se da paso a reconocer cuáles fueron las representaciones hegemónicas y a contrastar todas estas representaciones.

4. 3. A modo de cierre: representaciones homogéneas y choque de representaciones

Como mencioné páginas atrás, las representaciones hegemónicas son los conocimientos de sentido común uniformes y coercitivos, las cuales son legitimadas por los grupos en el poder en turno, quienes las impulsan y articulan mediante una serie de imágenes que conjuntan significados y categorías, cuya función consiste en asignar y/o clasificar a las y los jóvenes en el mundo social. Las representaciones hegemónicas durante este periodo fueron transmitidas y, lograron cierto consenso principalmente aunque no exclusivamente a través de sistema educativo, la familia y la prensa y literatura. Ellas, además, de

intentar definir en su esencia el ser joven, tenían como propósito prevalecer mostrando homogeneidades sobre el ser y deber ser de las y los jóvenes en el Porfiriato.

Las representaciones hegemónicas, como se vio, durante Porfiriato, evidentemente se diferenciaron por cuestiones de género. No fue la misma para mujeres que para hombres. Mientras los jóvenes estudiosos de clase media y alta representaron la esperanza de México, considerándolos la nueva élite intelectual que a futuro se encargarían de la renovación política y social. Por norma general, los ciudadanos del futuro fueron presentados por lo que llegaría a ser, mediante la imagen de racionales, modernos, obedientes, disciplinados, patriotas, honorables, trabajadores, estudiosos, útiles y de bien, así la educación positivista los deseó uniformar. Es importante destacar, en este punto, que dicha representación se estableció porque el sistema educativo porfirista tuvo la convicción de que la educación desenvolvería – o al menos así lo conjeturó Justo Sierra– al adolescente en el hombre completo, es decir, al ciudadano que proclamaría ante todo: orden, progreso y civilización.

Pero en el caso de las jóvenes se está ante una situación contraria. La representación hegemónica para las jóvenes fue otra, diría una muy distinta. Ésta se condensó en la imagen de la joven casta, pura, modesta, honesta, prudente, decorosa, caritativa, elegante, etc. Imagen que aludió básicamente a una joven perteneciente al ámbito privado no público, la cual era completamente opuesta a la del joven, pues, desde esta óptica, ambos sexos tenían futuros prometedores distintos. La distinción por género, en ese periodo contó con expectativas disímiles, las jóvenes del sector medio y alto más que como ciudadanas hipotéticas³⁴³ fueron pensadas como futuras esposas, mujeres decentes y ángeles del hogar.

En este estudio enfocado a las y los jóvenes durante el Porfiriato se puede apreciar cómo algunas representaciones hegemónicas, las cuales se basan aparentemente en el consenso hay también conflicto. Para ilustrar este planteamiento basta mirar las distintas imágenes en torno a la identidad y prácticas sociales de los jóvenes estudiosos. Para algunos católicos-conservadores interesados en preservar un orden social, político, económico y educativo tradicional, los jóvenes educados en la Escuela Nacional Preparatoria bajo la doctrina positivista eran irreligiosos, inmorales e inútiles a la patria. Percepción compartida en cierto sentido por Julio Guerrero, quien concibió a los jóvenes estudiantes como una generación viciada como consecuencia de haberse vuelto laica la educación. Otros adultos sentenciaron en un tono bastante moralizador las prácticas y comportamientos que los jóvenes debían tener.

También hubo quienes los presentaron como irrespetuosos, debido a los piropos que decían a las señoras y señoritas que pasaban por la calle de San Ildefonso. Aunque tampoco faltaron discursos sobre los vicios que rodeaban a la escuela, todos ellos asentados en los hondos temores adultos, estos aludían que los jóvenes estaban sometidos a una constante tentación: alcohol, cigarros, drogas y sexo. Visitas a lugares clandestinos como tabernas, cafés y prostíbulos, sitios que bajo el punto de vista de la élite adulta, daban la imagen de un joven corrompido que no concordaba con la civilidad, educación y moralidad de la clase media y superior. Contrariamente a esa imagen, a los jóvenes además se les

³⁴³ Como ya lo expliqué la ciudadanía hace referencia al individuo, pero aquel que participa en la vida pública y política.

representó a través del valor cívico, patriotismo e incluso la virilidad por el hecho de defender “a su patria cuando peligraba”. Esto ocurrió cuando protestaron en contra del pago de la deuda.

Por todo lo anterior, me gustaría persuadirlos con el siguiente argumento: las representaciones sociales en torno a la identidad de los jóvenes estudiosos durante el Porfiriato fueron dinámicas y/o heterogéneas. Incluso las representaciones hegemónicas cuya función fue homogenizar al sujeto juvenil durante la dictadura, tendieron a reconstruirse o a deconstruirse de acuerdo a las necesidades y exigencias del contexto y de los propios sujetos. Por eso, me parece conveniente reflexionar que en una representación hegemónica se hace visible que ésta surge a causa de una relación problemática con el sujeto al que intenta definir y/o clasificar. Si como anoté líneas arriba, la representación del joven estudioso impulsada por las élites aludió a un ciudadano del futuro que se encargaría de la renovación social y política del país porque cumpliría con una serie cualidades consideradas positivas, se debe dar cuenta de que en este contexto histórico había otras imágenes que contradecían o eran completamente opuesta a esa imagen de ciudadano con un futuro prometedor.

Volviendo con la representación hegemónica de la *joven virtuosa* pasó algo diferente. En ésta apareció de modo más estático, es decir, ligada con la continuidad. En la misma representación no encontré el dinamismo que sí está presente en las imágenes de los *jóvenes estudiosos*. Me parece que ello fue así porque esa representación obtuvo más consenso entre los distintos grupos sociales, pues, tanto católicos, liberales y positivistas hombres estuvieron de acuerdo con la imagen de mujer decente, la cual estuvo condicionada por el modelo de domesticidad femenina (ángel del hogar) y por la moral dominante de la época. Si a ello se le añade el contexto histórico en el que se desarrolló, es decir, una sociedad patriarcal, donde la subordinación de la mujer joven dentro de la familia era latente, de este modo, las desigualdades en distintas esferas de sociales fueron evidentes. Pese a un escenario de modernización económica en el Porfiriato, había aún una cultura cimentada en buenas costumbres y tradiciones añejas que, desde luego, se refieren a una sociedad conservadora, pero sobre todo una sociedad regida muchas veces desde una visión masculina.

Aunque aquí es necesario recalcar que la imagen de la *joven virtuosa* fue sólo una representación, por el momento no sé cómo las jóvenes aceptaron, negociaron o rechazaron lo impuesto. No sé como vieron su juventud como tal.

Las representaciones sociales que se presentan en las distintas fuentes analizadas aquí, dan testimonio de un conjunto de imágenes sobre distintos sujetos juveniles. Sin embargo, éstas aludieron a jóvenes representados de clase media y alta con identidades múltiples, las cuales se oponen entre sí. La *joven virtuosa*, por ejemplo, con su imagen de recato, modestia, decencia, etc., se opone a la representación de *las pollas*, es decir, de las jóvenes que no se conformaban con modelos de domesticidad, de aquella mujer que iba más allá del ideal femenino: ser esposa y madre. Estas según los periodistas y literatos hombres eran novieras, vanidosas, tontas porque no pensaban en su futuro. Cabe mencionar que ambas imágenes señalaban a la mujer como símbolo de pureza o de corrupción.

Contrarias fueron las representaciones de identidad de los varones. La representación hegemónica de los *jóvenes estudiosos* se oponía como se vio a otras imágenes que se construyeron sobre ellos mismos. A veces con su participación política fueron representados como salvadores de la patria, otras como revoltosos por oponerse al régimen. Por antonomasia, los *jóvenes estudiosos* se diferenciaron de la imagen del *pollo*, a quien de un modo despectivo se presentó como vicioso, inmoral y vago, es decir, no como el ciudadano del futuro que se encargaría de la renovación política y social. En una sociedad en la que estuvo presente constantemente el discurso sobre el progreso, donde las élites a toda costa lucharon por erradicar lo que consideraron vicios porque representaban el atraso de la civilización, *los pollos* fueron representados con una identidad discordante. Las prácticas y comportamientos de *los pollos* representaron lo “irrealizable”, si se considera que la sociedad no deseaba ese tipo de juventud. Esto nos revela formas de ser que se excluyen dentro de una cultura.

Finalmente parecería que la imagen del *pollo* fue muy similar a la del joven *dandy*, no obstante, a mi juicio, existió un pequeño matiz porque a los últimos se les representó como afeminados. De ahí que en los mismos jóvenes estuvieron presentes distintas formas de masculinidad. En fin, lo anterior refleja que las historias sobre los sujetos juveniles presentaron identidades contingentes.

CONCLUSIONES

Uno de los significados de concluir es dar por terminado. En pocas palabras: se ha llegado al final de este texto, no así de esta investigación. En términos quizá más académicos al hablar de conclusiones, se hace referencia a las interrogantes de un razonamiento planteado. No obstante, para finalizar este escrito, deseo mencionarles lo que me dejó el proceso de investigación y escribir este texto. Tal vez lo más evidente de terminarla fue comprender que aquí se concluyó poco. La razón es porque la historia de las y los jóvenes continúa, dado que todavía faltan historias por contarse. Esa forma de hacer historia sigue en proceso de escribirse. Enseguida, preciso ciertas reflexiones personales que me parecen importantes para cerrar este texto, pues, ustedes y yo hemos llegado al final de esta historia.

En un principio

Esta escritura histórica comenzó como suele comenzarse cualquier historia que haya escrito un historiador o historiadora, a causa de una pregunta en el presente. La historiografía, estoy convencido, actualiza el pasado, es decir, produce presente. Lo que Walter Benjamin en su *Tesis sobre la historia* denominó, “tiempo del ahora”. Con el paso de los años, la pregunta se transformó, al mismo tiempo dio vida a más preguntas.

Era el año 2011 cuando cursé el seminario monográfico: “Historia de las edades de la vida: la juventud de la ciudad de México en el siglo XX”, impartido por la Mtra. Elena Torres. En esa asignatura tuve la posibilidad de leer algunos de los argumentos centrales de la discusión académica en torno a las identidades juveniles. Fue allí donde, se habló de la posibilidad de escribir historias de las y los jóvenes en México. Allí confronté lo que sabía de las categorías de edad, por vez primera, infancia, juventud, adultez y vejez no fueron pensadas sólo como procesos biológicos y/o psicológicos sino como construcciones sociales, culturales y, por supuesto, históricas. Allí empezaron a debatirse algunas de las discusiones que aparecen escritas en este texto.

Lo que pasó después fue que comencé a sumergirme en la historia de las y los jóvenes de clase alta y media durante el Porfiriato.

Quizá la más importante reflexión fue pensar en la necesidad de analizar la categoría juventud, así como a los jóvenes desde una perspectiva histórica. Dicho y hecho. Aquí apelé a que existe una historicidad tanto para los sujetos tanto sociales como para los representados, de igual manera, para la categoría juventud. La razón fue porque considero que la historia puede hacer aportaciones a los estudios de dichos sujetos. Será y es útil que las disciplinas que se dediquen a estudiarlos revisen los contextos históricos, los cambios, las continuidades, de igual modo que se piense que la misma categoría es una construcción en el tiempo. Innegablemente: la juventud y los jóvenes tienen historias.

Clase social

Llegué a comprender que nunca se es solamente joven, más bien, se es joven de alguna clase social, género, preferencia sexual, etnicidad, discapacidad, por mencionar algunas realidades sociales que forman parte de las experiencias de vida de las y los jóvenes. En otras palabras: no existe una Historia con mayúscula sobre la juventud, sino historias referentes a muy diversos jóvenes. Sobre la clase social, trabajada aquí, recalco de nueva cuenta los vacíos y silencios que existen. En cuanto a ésa, me llamó mucho la atención que una parte considerable de los estudios que se han hecho se dediquen a los jóvenes de la clase baja, a los que consideran en muchas ocasiones como “problemáticos” o, por el contrario, los analizan a partir de una implícita teoría de la victimización.

En cambio, las y los jóvenes de clase media y alta permanezcan, por lo general, desapercibidos o, peor aún, queden bajo formulaciones estereotipadas que los representan sólo como sujetos “pasivos” e “incorporados”. Luego de decir eso, considero que se deben trascender las imágenes mencioné antes, no sólo porque homogeniza las representaciones de identidad de las y los jóvenes de clase media y alta; sino también porque la identidad de esos jóvenes queda constreñida de manera ahistórica e inmutable, cuando en realidad durante el Porfiriato hubieron múltiples representaciones, las cuales se configuraron conflictivamente en el devenir histórico.

He dicho: las y los jóvenes en ocasiones fueron virtuosos y otras viciosos. A veces se les representó como desobedientes civiles, otras como salvadores de la patria. En el caso de mujeres a veces novieras otras puras y castas. En fin, representaciones de identidad heterogéneas.

Pensar en el género

Nunca fue mi intención escribir una historia sobre las jóvenes, sino, por el contrario, aplicar la categoría a un estudio sobre la juventud. Por ello, puedo decir que aquí se habló sobre ciertas desigualdades. La que quizá acaparó más la atención en estas páginas fue la normatividad que hubo sobre la sexualidad de la joven de clase media y alta. Observé que durante el Porfiriato las prohibiciones sobre placer sexual y el conocimiento del propio cuerpo (pudor) se evidenciaba más para las muchachas, aunque no exclusivamente para ellas. Existió: un culto a la virginidad en este contexto, el cual se estableció en muchas ocasiones no sólo desde parámetros masculinos, sino también adultos, esto evidenció que las relaciones de poder se instituyeron con base en la diferencia sexual y la edad. Por esa y otras razones, menciono que la mujer joven de clase media y alta durante ese periodo se le normó, exigiéndole ciertas maneras de ser, de comportarse en la esfera pública y privada. Lo anterior aludió a una jerarquización, así como a la subordinación de lo femenino al orden masculino. La joven tenía que obedecer, respetar y mostrar sumisión al padre, hermano y madre, más tarde al esposo. No obstante, hubo trasgresoras como *las pollas*, representaciones de las jóvenes de clase media y alta que fueron discordantes a la imagen de

“ángel del hogar”. Pienso, entonces, en lo fundamental que significa no sólo estudiar el consenso, sino también centrarse en analizar el conflicto.

Con respecto al género no quiero pasar por alto en esta reflexión final algunas cuestiones vitales. En primer lugar, para estudiar a la juventud femenina se tiene que pensar que ellas no sólo han pertenecido al ámbito doméstico-privado; sino también han estado presentes en la política, lo económico, la educación, es decir, en distintas esferas de la vida pública, por lo hay que estudiarlas en todos esos ámbitos. En segundo lugar, me parece fundamental establecer una conexión entre el género y la sexualidad, pues, en el contexto que examiné hubo una condena al ejercicio de la sexualidad, se instó a las jóvenes a cuidarse más, preservando la virginidad. En último lugar, si al considerar el género como un campo primario en el que se constituyen las relaciones de poder y desigualdades sociales, ello no significa que en todo momento histórico la joven sea un sujeto sin poder.

Llegué a este punto de reflexión, en cierta medida, gracias a las sesiones a las que pude asistir del “Círculo de Estudios de Género”, fue allí donde se discutió sobre el poder, la jerarquización y la desigualdad que se establecen a partir de la diferencia de género.

Como el cazador a su presa perseguí huellas

Cuando, en otro tiempo, empecé a discutir sobre las fuentes que emplearía para escribir esta historia, muchas de los cuestionamientos recibidos se centraron en lo poco confiable y subjetiva que es la novela para realizar investigación histórica. Mis detractores pusieron en tela de juicio, por una parte, la veracidad de la información que podía recabar de esta fuente y, por otro parte, creían que en realidad el análisis estaba más enfocado a lo literario.

No comprendí porque la desconfianza sobre el uso de la novela como fuente histórica, pues, como cualquier otro vestigio del pasado nos conduce a comprender cómo se percibía el mundo social. Tampoco comprendí la etiqueta disciplinar que no posicionaba mi trabajo ni como histórico ni como análisis literario. Pero tengo que confesarles que fueron esos cuestionamientos los que me animaron a reflexionar sobre fuentes y metodología. A nivel metodológico, lo que me llevo de esta investigación no consistió en pensar que existen fuentes que son fidedignas y otras no (aunque sí creo que en toda fuente están presentes las representaciones e intenciones de quien las produce). Por lo mismo, más que pensar en lo veraz de las huellas del pasado, mi atención se centró en reflexionar sobre el método(s) porque es importante develar su contenido para interpretar esas voces.

Como el cazador oli carne humana y supe que allí estaba mi presa.³⁴⁴ O, para ser más exactos, elegí las huellas que me llevaron a reconstruir esa historia que deseé escribir. Olvidándome del docto academicismo y científicismo que plantea que existen fuentes que “captan lo que realmente aconteció” o que plantea que la objetividad está en la cuantificación.

³⁴⁴ Cfr. Marc Bloch., *op., cit.*, p. 30.

Si hago historia pura o no. Lo único que me resta decir es que esta investigación se nutrió de fuentes literarias, se nutrió de la teoría literaria, en específico, de algunas cuestiones de la teoría de la recepción y sociología de la literatura. Quizá por eso este texto sea híbrido.

Teoría versus historia

Algo que pude notar a lo largo de esta investigación es que el historiador e historiadora, salvo excepciones, utiliza la teoría. Esto a veces con justa razón dado que los planteamientos de ésta con frecuencia son universalistas, ello la contrapone con la historia, disciplina que se encarga de estudiar la especificidad contextual. No obstante, lo que aprendí durante un largo proceso de investigación que concluyó con la escritura de estas páginas, fue precisamente trabajar la teoría junto con la especificidad de los contextos históricos. Quienes lean esta investigación recordarán que aquí sí se conceptualizó a la juventud como una construcción sociocultural vinculada a un contexto y momento histórico específico, aunque siempre tomando en cuenta el cambio y la continuidad histórica.

Recordarán, además, que se retoman algunos planteamientos de la teoría de las representaciones sociales (TRS), como fueron la lucha de representaciones, la multiplicidad de representaciones y las representaciones hegemónicas. La teoría, en gran medida, me ayudó a conducir esta reflexión por otras vías de análisis. Ya lo he dicho, en la presente investigación exploré y formé vínculos entre lo teórico y el periodo histórico que analizo. Por lo mismo el valor de este escrito, tal vez, radica en mostrar uno de los caminos que se pueden seguir para estudiar a las y los jóvenes, el de las representaciones sociales.

Violencia de las representaciones

Desde que decidí trabajar con representaciones sociales, me interesé por la relación entre la violencia y la ausencia. La violencia, así lo creo, en una representación se encuentra en que el sujeto, por un lado, esté definido en su esencia. La representación pretende constituir al sujeto y, del mismo modo se intenta determinarlo en sus relaciones sociales. Las atribuciones de sentido común que se han construido sobre las y los jóvenes establecen el tipo de relación entre quien representa y lo representado. Habría que cuestionar a la misma representación dado que ésta está intrínsecamente ligada al tema del poder. Como mencionó Edward Said en *Orientalismo*, la dominación no se consigue sólo sometiendo al otro por la fuerza sino requiere un elemento representacional. Requiere la institucionalización de una cierta imagen o representación sobre las y los jóvenes. Y, por otro lado, quedan determinados como representantes, esto es, como una imagen que se hace presente en su ausencia.

Es por eso que les hago una advertencia: “ustedes y yo, estamos ante un acto de violencia”.³⁴⁵

³⁴⁵ Cfr. Cristina Rivera Garza. “Prefacio en cinco vocales” en *La Castañeda...*, *op., cit.*, p. 11.

Saber tan poco a la vez

He dicho que los estudios históricos concernientes a la juventud no son inexistentes, aunque esos enfoques son esporádicos y mínimos, se puede decir que sí existe un interés por investigar a las y los jóvenes desde la disciplina histórica en el contexto mexicano. Sin embargo, esta área de conocimiento necesita, en mi opinión, reconocer ante todo que las y los jóvenes son seres completos, autónomos, sujetos históricos y, por supuesto, sujetos que han construido modos de ser joven bajo sus propios términos. Aunque en mi caso analizo representaciones, me parece de vital importancia investigar sobre prácticas, participaciones y acciones de los mismos, con el fin de no quedarse solamente con la mirada de otros sobre las y los jóvenes. Hay que estudiar las normas, representaciones e imaginarios y, al mismo tiempo, ponerlas en disputa con las acciones propias de las y los jóvenes. He intentado persuadirlos con la idea de que la juventud no sólo se ha construido socioculturalmente, sino que se ha construido a sí misma.

Pensé entonces en la necesidad de un enfoque histórico para analizar y complejizar los estudios en torno a la juventud. No pretendo decir con ello que se deban restringir a dicha área de conocimiento social. Más bien, lo que expongo radica en mencionar la importancia de analizarlos en el tiempo; de pensar a la juventud como construcción histórica; de recordar a las y los jóvenes del pasado, de quienes aún se conoce poco; de cuestionar la naturalidad que existe al definir a la juventud. Importante es la historia para comprender a la juventud, así como lo han sido otras disciplinas. En fin: las distintas ciencias sociales y humanidades pueden proponer distintos enfoques formas de abordarlos. Hoy en día sobre la juventud, académicamente sabe tanto y tan poco a la vez, por paradójico que sea.

Una importante discrepancia

En algunos de los trabajos sobre las identidades juveniles que revisé de muy distintas disciplinas, me di cuenta que intentan definir el ser joven en su esencia, es decir, conciben las identidades como un modelo homogéneo, estático y ahistórico. Frente a esa idea, argumenté en esta tesis que las representaciones de identidad de las y los jóvenes de clase alta y media durante el Porfiriato en la ciudad de México fueron más múltiples. Las representaciones de identidad, como se pudo observar a lo largo del análisis, fueron heterogéneas porque distintos discursos sociales aluden una diversidad juvenil dentro de la clase media y alta; dinámicas porque en momentos como una coyuntura tienden a veces a cambiar (aunque existen también continuidad) e históricas porque pertenecieron a un tiempo específico. Por lo mismo, me parece

esencial cuestionar todas aquellas definiciones que con toda naturalidad exponen que las identidades de las y los jóvenes han sido así durante todo el tiempo.

Escribir esta historia

Cuando me preguntaban por la originalidad, lo novedoso o la aportación que haría a la disciplina histórica al escribir sobre las y los jóvenes de clase media y alta durante el Porfiriato, en realidad no sabía qué contestar. Hoy en día contestaría de la siguiente manera: La escribiría para que yo no olvide, tú no olvides, en sí para que no olvidemos. Quizá piensen que es una respuesta extraña, no obstante, no lo veo así, porque a lo que apelo es a la memoria, a una lucha contra el olvido. Deseo que no se olvide: la exclusión de prácticas y comportamientos juveniles que no se consideran adecuados para una época; la sujeción genérica que vivieron las jóvenes en este contexto; en fin las vidas que cuentan como tales.

Si como afirmó Walter Benjamin, la verdadera imagen del pasado amenaza con desaparecer con todo presente que no sienta aludido a él, entonces, se tiene que recordar cómo fueron abatidos nuestros muertos. Si, como Hélène Cixous dijo, la escritura “vivifica la ausencia rescatándola del silencio”. Entonces, cuando se escribe “el otro está a salvo”. La escritura histórica se vuelve un medio para vivificar al Otro, acaso traer a la memoria a nuestros muertos. Por último, si la escritura histórica evita el olvido, entonces, invita a cuestionar. Cuestionar es la otra cara de la subversión porque nos obliga a ustedes y a mí a pensar que el mundo puede ser distinto.

Ojalá ustedes reconozcan en este escrito a la inmemorial noche poblada de muertos. Tal vez esta historia en su momento de lectura los invite a rememorar un tiempo que no es suyo. Estas palabras hechas escritura, espero tengan el poder de hacer como si leyeran voces inscritas, sabiendo que las y los jóvenes en esta investigación no hablan, sino son otros los que lo hacen por ellos.

FUENTES CITADAS

FUENTES PRIMARIAS

Cartas á mi hija, México, Imprenta de Comercio Nabor Chavez, 1873.

CUELLAR, José Tomas (De). *Ensalada de pollos y Baile cochino*, México, Ed. y pról. Antonio Castro Leal, Porrúa, Colección Escritores Mexicanos, 2010 [1ª. ed. San Luis Potosí, 1869].

_____. *Historia de Chucho el Ninfo y la Noche buena*, Ed. y pról. Antonio Castro Leal, México, Porrúa, Colección Escritores Mexicanos, 1975 [1ª. ed.: 1871].

DÍAZ Y OVANDO, Clementina (De). *La Escuela Nacional Preparatoria los afanes y los días, 1867-1910*, México, 1972.

ESCOBAR CEBALLOS, Cecilia. *Manuel Orihuela. Consejos a mis hijas. Manual escrito por un padre de familia en vísperas de un nuevo siglo*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2005, (versión paleográfica de 1874).

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El Imparcial. Diario de la mañana, director Rafael Reyes Spindola, México.

El Monitor del Pueblo. Diario Independiente, México.

El Monitor Republicano. Diario de política, artes, industria, comercio, modas, literaturas, variedades y anuncios, México.

El Tiempo. Diario Católico, México.

La Familia, México, Imprenta de J.F Jean.

La Mujer. Semanario de la Escuela de Artes y Oficios, directores Ramón Manterola y Luis G. Rubin, México.

La Patria. Diario de México, México.

Violetas del Anáhuac. Periódico literario redactado por señoras, director Ignacio Pujol, Calle del Cinco de Mayo núm. 16, México.

The Two Republics, México.

El Nacional, director y propietario Gonzalo A. Esteva, México.

El Siglo XIX, México.

El Mundo Ilustrado. Diario de noticias universales, eco de la opinión y resumen de la prensa, México.

FUENTES SECUNDARIAS DE LA ÉPOCA

- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel. *Revistas literarias de México*, México, Impresor.- Callejón del Espíritu Santo núm. 11, 1868.
- _____. *La Literatura Nacional. Revistas, Ensayos Biografías y Prólogos*, México, t. I y II, Porrúa, 1949.
- Archivo Histórico del Distrito Federal (AHDF), Fondo Gobierno del Distrito Federal, Sección Bandos, leyes y decretos, Caja 55, expediente 12, 1885.
- BARREDA, Gabino. *La educación positivista en México*, selección, estudio introductorio y preámbulos por Edmundo Escobar, México, Porrúa, 1998.
- Boletín del Consejo Superior de Salubridad del Distrito Federal*, México, t. 1, Imprenta del Gobierno, 1881.
- BOLO Henry. *Los hijos*, México, Herrero Hermanos Editores, 1887.
- CARREÑO, Manuel Antonio. *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos*, México, Editorial Época, s/f [1ª. ed.: 1854].
- CUELLAR, José Tomas (De). *Los mariditos*, México, Dirección General de Publicaciones y Bibliotecas/ Secretaría de Educación Pública/ Premiá Editora, Colección la Matraca, 1982 [1ª ed.: Barcelona, 1890].
- Estudio anatómo-patológico de la clorosis: Acción específica del hierro*, París, 49 Boulevard de Port-Royal, s/f.
- FRÍAS, Heriberto. *El amor de las sirenas: los destripados*, Mazatlán, Valadés, 1908.
- GARCÍA CUBAS, Antonio. *El libro de mis recuerdos*, México, Hermanos Sucesores, 1904.
- GUERRERO, Julio. *La génesis del crimen en México. Estudio de psiquiatría social*, Librería de Viuda CH. Bouret, México, 1901.
- HIDALGO Y CARPIO, Luis. "Legislación médica" en *Introducción al estudio de la medicina legal mexicana*, México, Imprenta de I. Escalante, 1869, pp. 59-73.
- LADRÓN GUEVARA, José (De). *Prueba escrita para el examen general de medicina: Ligeros apuntes sobre la higiene de las edades de la pubertad y de la menopausia*, Puebla, Imprenta de Lucio G. Romero, 1887.
- LEPIDUS, Henry. *The history of Mexican journalism*, Columbia, The University of Missouri bulletin, núm. 4, vol. 29, 1928.
- MANTEROLA, Ramón. "La moral y la civilización" en *Ensayo sobre una clasificación de las ciencias*, México, Imprenta del Gobierno, 1884, pp. 139-149.
- MONLAU, José. "De las edades" en *Nociones de fisiología é higiene, con nociones de anatomía correspondientes. Obra escrita para uso de la juventud escolar, y estudio de la asignatura establecida en el plan vigente de estudios de segunda enseñanza*, Madrid, 1872, pp. 156-158.

- MORA, Arturo. "En el café" en *El Álbum de la Mujer*, México, 15 de febrero de 1890.
- MORENO Cora, Silvestre. "La novela en México" en *Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza*, Veracruz, 15 de enero de 1892, pp. 4-11.
- PRIETO, Guillermo. "Prólogo" a *La linterna mágica*, Barcelona, Espasa y Compañía, Tomo I, 3ª ed., 1889, pp. 5-13.
- PRUNEDA, Alfonso. "Luis Cabrera y los perros preparatorianos" en *Excelsior*, 18 de mayo de 1954, p. 7-A. *Primer Congreso Nacional de Instrucción Pública 1889-1890*, México, Ediciones El Caballito, 1975.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua castellana*, Madrid, Hernando y Cía, 1899.
- REYES, Alfonso. "Pasado inmediato" en *Obras completas de Alfonso Reyes XII*, México, Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas, 1997, pp. 182-216. [1ª ed.: México, 1939].
- SIERRA, Justo. "Informe del Sr. Licenciado Justo Sierra, presidente del Congreso" en *Segundo Congreso de Instrucción Pública Informes y Resoluciones*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1891, pp. 49-72.
- TERRÉS, José. *Ventajas de la educación recibida en la Escuela Nacional Preparatoria*, México, Tipografía Económica, 1906.
- T. TORREMOCHA, Ricardo. ¿Hasta dónde debe llegar la instrucción de la mujer? en *El Álbum de la Juventud: Órgano de la Sociedad Científico-Literaria "Cuauhtémoc"*, México, t. II, 1896.
- VASCONCELOS, José. "La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país" en *Conferencias del Ateneo de la juventud*, pról. Juan Hernández Luna, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Nueva Biblioteca Mexicana, 1984, pp. 135-138 [1ª ed.: México, 1911].

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS: ARTÍCULOS, LIBROS Y TESIS

- ABRIC, Jean-Claude. "Las representaciones sociales: aspectos teóricos" en *Prácticas sociales y representaciones*, México, Ediciones Coyoacán, 2004, pp. 11-32.
- ALATORRE, Antonio. "La crítica literaria" en *Ensayo sobre la crítica literaria*, México, CONACULTA, 1993, pp. 17-25.
- ALVARADO, María Lourdes (De). *La educación "superior" femenina en el México del siglo XIX. Demanda social y reto gubernamental*, México, Plaza y Valdés/ Centro de Estudios sobre la Universidad/ Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- _____. "La universidad libre: Primer movimiento estudiantil del México independiente (1875)" en Marsiske Renate (coord.). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad/ Plaza y Valdés/ Universidad Nacional Autónoma de México, 2002, pp. 61-83.
- ARIÈS, Philippe. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, México, Taurus, 1998.

- _____. "La historia de las mentalidades" en *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1988, pp. 460-480.
- AURELL, Jaume. "El lenguaje mercantil y los códigos sociales identitarios" en Rocío García Bourrellier y Jesús M.^a Usunáriz (eds.). *Aportaciones a la historia social del lenguaje España, siglos XIV –XVIII*, Madrid, Iberoamericana/ Vervuert, 2006, pp. 129-146.
- BARCELÓ, Raquel. "Hegemonía y conflicto en la ideología porfiriana sobre el papel de la mujer y la familia" en González Montes Soledad y Julia Tuñón (comps.). *Familia y mujeres en México. Del modelo a la diversidad*, México, 1997, pp. 73- 109.
- BAZANT, Milada. *Debate pedagógico durante el Porfiriato*, México, Secretaría de Educación Pública/ Ediciones el Caballito, 1985.
- _____. "Lecturas del Porfiriato" en *Historia de la lectura en México*, México, El Colegio de México, 2005, pp. 205-242.
- BERGER, John. *Modos de ver*, Barcelona, Adolfo Gilly, 2000.
- BERISTAÍN, Helena. *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 1995.
- BERMAN, Marshall. "La modernidad: ayer, hoy, mañana" en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México, Siglo XXI, 2004, pp. 1-27.
- BISBAL SILLER, María Teresa. *Los novelistas y la ciudad de México*, México, Ediciones Botas, 1963.
- BLOCH, Marc. *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios 64), 2001.
- BOURDIEU, Pierre. "La 'juventud' no es más que una palabra" en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, Colección Los Noventa, 1990, pp. 163-173.
- BRUMBERG, Joan Jacobs. "Chorotic Girls, 1870 -1920: A Historical Perspective on Female Adolescence" en *Child Development*, núm. 53, 1982, pp. 1468-1477.
- BURKE, Peter. *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- CABRERA, Miguel Ángel. *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2000.
- CAREAGA, Gabriel. *Mitos y fantasías de la clase media en México*, México, Cal y Arena, 1988.
- CARON, Jean- Claude. "La enseñanza en Francia y Europa, desde finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX: colegios religiosos e institutos" en *Historia de los jóvenes*, vol. 2, Madrid, Taurus, 1996, pp. 169-231.
- CASPARD, Pierre. "La infancia, la adolescencia y la juventud: para una economía política de las edades desde la época moderna" en Lucía Martínez Moctezuma (coord.). *La infancia y la cultura escrita*, México, Siglo XXI/ Universidad Autónoma de Morelos, 2001, pp. 77-101.
- CASTILLO, Alberto (Del). *Conceptos, imágenes y representaciones de la niñez en la Ciudad de México 1880-1920*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2006.
- _____. "Notas sobre la moral dominante a finales del siglo XIX en la ciudad de México. Las mujeres suicidas como protagonistas de la nota roja" en Claudia Agostoni y Elisa Speckman

- (coords.). *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio del siglo (XIX-XX)*, 2001, pp. 319-338.
- CHARTIER, Roger. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 2002.
- _____. *El presente del pasado: Escritura de la historia, historia de lo escrito*, México, Universidad Iberoamericana, 2005.
- _____. “Historia, lenguaje y percepción” en *Historia Social*, núm. 17, 1993, pp. 97-103.
- _____. “Poderes y límites de la representación” en *Escribir las prácticas*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 1996, pp. 75-99.
- _____. “Representación de la práctica, práctica de la representación” en *HAFQ*, núm. 38, 2007, pp. 29-34.
- CHAUNU, Pierre. “La economía superación y prospectiva” en Jacques Le Goff y Pierre Nora (eds.). *Hacer la historia*, Barcelona, Laia, vol. II, 1979, pp. 59-80.
- CHAVES, José Ricardo. “Elaboraciones cultas y populares sobre los “homosexual en el cambio del siglo XIX al XX en México” en *Acta poética*, vol. 26, 2005, pp. 427- 428.
- CEBALLOS RAMÍREZ, Manuel. “Lecturas católicas: cincuenta años de literatura paralela, 1867-1910” en *Historia de la lectura en México*, 2005, pp. 153-204.
- CISNEROS SOSA, Armando. “Cotidianidad e historicidad en las identidades colectivas” en Sergio Tamayo y Kathrin Wildner (coords.). *Identidades urbanas*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2005, pp. 37-55.
- CLARK LARA, Belem (De). “Estudio preliminar” a la edición facsimilar de *La Ilustración Potosina: Semanario de literatura, poesía, novelas, noticias, descubrimientos, variedades, modas y avisos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, pp. 19-96.
- DÍAZ Y OVANDO, Clementina (De). *Un enigma de los cerros: Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- DEMOS John y Virginia DEMOS. “Adolescence in Historical Perspective” en *Journal of Marriage and the family*, 1969, pp. 632- 638.
- EAGLETON, Terry. *Una introducción a la teoría literaria*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- ECO, Umberto. “El lector modelo” en María Stoopan (coord.). *Sujeto y relato. Antología de textos teóricos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, pp. 229-246.
- ELGUE MARTINI, Cristina (De). “La literatura como objeto social” en *Invenio*, núm. 011, vol. 6, 2003, pp. 9-20.
- ESCALANTE GONZALBO, Fernando. “Moral pública y orden político” en *Ciudadanos imaginarios*, México, El Colegio de México, 2002, pp. 21-53.
- Estadísticas sociales del porfiriato 1877-1910*, México, Dirección General de Estadística, 1956.

- FEIXA, Carles. "Aída. 'A todo el mundo le dicen fresa'" en *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, México, Secretaría de Educación Pública/ Causa Joven, Colección JÓVENES, núm. 4, 1998, pp. 180-189.
- _____. *De jóvenes bandas y tribus*, Barcelona, Ariel, 1999.
- _____. "Los espacios y los tiempos de las culturas juveniles" en Gabriel Medina Carrasco (comp.). *Aproximaciones a la diversidad cultural*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 45-60.
- GARCIADIEGO, Javier. "Movimientos estudiantiles durante la revolución Mexicana (estudio de caso sobre la participación de un grupo de clase media urbana) en Renate Marsiske (coord.). *Los Estudiantes*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad/ Plaza y Valdés, 1998, pp. 139- 190.
- GIROLA, Lidia. "Historicidad y temporalidad de los conceptos sociológicos" *Revista sociológica*, núm. 73, vol. 26, 2011, pp. 13-46.
- GONZÁLEZ CÁRDENAS, Octavio. *Los cien años de la Escuela Nacional Preparatoria*, México, Porrúa, 1972.
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés. *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida social*, México, Hermes, 1985.
- HALE, Charles A. *La transformación del liberalismo en México a finales del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- HANAWALT, Barbara A., "Historical Descriptions and Prescriptions for Adolescence" en *Journal of Family History*, núm. 4, vol. 17, October 1992, pp. 341-351.
- HAREVEN, Tamara. "La última etapa: la adultez y vejez históricas" en Erik H. Erikson (comp.). *La adultez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, pp. 294-318.
- HELLER, Agnes. "La historicidad" en *Teoría de la historia*, México, Fontamara, 2005, pp. 9-67.
- HERNÁNDEZ CARBALLIDO, Elvira Laura. "La prensa femenina en México durante el siglo XIX" en Laura Navarrete Maya y Blanca Aguilar Plata (coords.). *La prensa en México (1810-1915)*, México, Pearson, 1998, pp. 47-63.
- JODELET, Denise. "El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales" en *Cultura y representaciones sociales*, núm. 5, 2008, pp. 32-63.
- _____. "La representación social: fenómenos, concepto y teoría" en Serge Moscovici, *Psicología social II*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 469-494.
- _____. "Pensamiento social e historicidad" en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. XXIV, 2003, pp. 99-113.
- KOSELLOCK, Reinhart. "Historia de los conceptos y conceptos de historia" en *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 53, 2004, pp. 27-45.
- KRAUZE, Enrique. *Porfirio Díaz. Místico de la autoridad (Biografía del poder /1)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- LEAL, Luis. "La Generación del Centenario" en *Hispania*, vol. 37, núm. 4, 1956, pp. 425-428.

- LEVI, Giovanni y SCHIMITT, Jean-Claude (coords.). "Introducción" en *Historia de la juventud*, vol. 1, Madrid, Taurus, 1996, pp. 7-18.
- LÓPEZ CÁMARA, Francisco. "Los rebeldes de la clase media" en *El desafío de la clase media*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1971, pp. 90-104.
- MARÍN, Carlos. *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 2005.
- MEDINA, Gabriel. "Amplitud, fragmentación y articulación de saberes. A modo de presentación" en *Juventud, territorios de identidad y tecnologías*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2009, pp. 11-56.
- MENDIETA Y NÚÑEZ, Lucio. "La clase media en México" en *Revista Mexicana de Sociología*, México, núm. 2/3, vol. 17, 1955, pp. 517-531.
- MORCH, Sven. "Sobre el desarrollo y los problemas de la juventud" en *JÓVENES. Revista de Estudios sobre la Juventud*, México, núm. 1, 1996, pp. 78-106.
- MONTERO RECODER, Cyntia. "Vieja a los treinta años". El proceso de envejecimiento según algunas revistas mexicanas del siglo XIX" en Julia Tuñón (comp.). *Enjaular los cuerpos*, México, 2008, pp. 281-326.
- MONTERO SÁNCHEZ, Susana A. *La construcción simbólica de las identidades sociales. Un análisis a través de la literatura mexicana del siglo XIX*, México, PUEG/ Plaza y Valdés, 2002.
- MOÑIVAS, A. "Epistemología y representaciones sociales: concepto y teoría" en *Revista de psicología general y aplicada*, núm. 47, 1994, pp. 409-419.
- MUSGROVE, Frank. "La invención del adolescente" en *Teorías sobre la juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Miguel Ángel Porrúa/Centro de Investigaciones Multidisciplinarias/Consejo Iberoamericano de Investigación en Juventud/ Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2008, pp. 227-448.
- NASH, Mary. "Representaciones culturales y discurso de género, raza y clase en la construcción de la sociedad europea contemporánea" en *El desafío de la diferencia: representaciones culturales e identidades de género, raza y clase*, Bilbao, 2003, pp. 21-35.
- PENA, Pablo. "Dandismo y juventud" en *Reis*, núm. 98, 2002, pp. 107-121.
- PÉREZ ISLAS, José Antonio y URTEAGA Castro-Pozo Maritza (coords.). *Historia de jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX*, *JÓVENES*, México, núm. 16, Secretaria de Educación Pública/ Archivo General de la Nación/ Instituto Mexicano de la Juventud, 2004.
- PÉREZ ISLAS, José Antonio. *Teorías sobre la juventud*, México, UNAM/ Miguel Ángel Porrúa/ Centro de Investigaciones Multidisciplinarias/ Iberoamericano de Investigación en Juventud/ Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2008.
- PICCATO, Pablo. "Conversación con los difuntos: una perspectiva mexicana ante el debate sobre la historia cultural" en *Signos históricos*, núm. 8, 2002, pp. 13-41.

- PLASENCIA PARRA, Enrique (De la). "La conmemoración de la hazaña épica de los niños héroes: su origen, desarrollo, simbolismo" en *Historia Mexicana*, vol. 45, núm. 2, 1995, pp. 241-279.
- PONIATOWSKA, Elena. *La noche de Tlatelolco*, México, Era, 2004.
- POTTHAST, Barbara y CARRERAS Sandra. "Introducción. Niños y jóvenes entre la familia, la sociedad y el Estado" en *Entre la familia, la sociedad y el Estado: niños y jóvenes en América Latina siglos XIX-XX*, Madrid, Iberoamericana/ Vervuert, 2005, pp. 7-24.
- RAMOS ESCANDÓN, Carmen. "Señoritas porfirianas: Mujer e ideología en el México progresista, 1880-1910" en Carmen Ramos Escandón (coord.). *Presencia y transparencia de la mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, 2006, pp. 145-162.
- _____. "Entre la ley y el cariño. Normatividad jurídica y disputas familiares sobre la patria potestad en México (1873-1896)" en Barbara Potthast y Sandra Carreras *Entre la familia, la sociedad y el Estado: niños y jóvenes en América Latina siglos XIX-XX*, Madrid, Iberoamericana/ Vervuert, 2005, 115-141.
- RICO MORENO, Javier. "La historiografía como crítica. Apuntes para una teoría de la historiografía" en José Rozón y Saúl Jerónimo (coords.). *Reflexiones en torno a la historiografía contemporánea*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2002, pp. 69-79.
- RÍOS SALOMA, Martín F. "De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX" en *Estudios de historia moderna y contemporánea*, núm. 37, 2009, p. 124.
- RIVERA GARZA, Cristina. *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General. México, 1910-1930*, México, Tusquets, 2012.
- _____. *Los muertos indóciles*, México, Tusquets, 2013.
- ROCHA, Martha Eva. "Introducción" a *El álbum de la mujer. Antología ilustrada de las mexicanas Vol. IV El Porfirito y la Revolución*, México, INAH, 1991, pp. 9-34.
- _____. "Los comportamientos amoroso en el noviazgo, 1870-1968. Historia de un proceso secular" en *Historias*, México, núm. 35, INAH, octubre 1995- marzo 1996, pp. 119-139.
- RODRÍGUEZ, Adriana. "El análisis del discurso y sus aportaciones a los estudios literarios en el marco de las coordenadas autor, obra, lector y contexto" en *Andamios*, núm.9, 2008, pp. 77-98.
- REYES RUVALCABA, Óscar. "Las representaciones de las niñas en los manuales de lectura para mujeres en educación elemental a principios del siglo XX" en *Boletín*, núm. 1-2, vol. 10, 2005, pp. 65-101.
- SÁNCHEZ CALLEJA, María Eugenia. "Adolescente homicida: un caso para la psiquiatría criminal" en Delia Salazar Anaya y María Eugenia Sánchez Calleja (coords.). *Niños y adolescentes: normas y trasgresiones en México, siglos XVII-XX*, México, INAH, Colección científica, 2008, pp.103-116.
- _____. *Las prostitutas adolescentes en la ciudad de México 1926-1940*, México, Tesis de licenciatura en historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1996.

- SÁNCHEZ SANTOYO, Hilda. *Miradas a la adolescencia: Las prácticas culturales hacia los adolescentes en México en el proceso de construcción del Estado mexicano*, México, Tesis de doctorado en antropología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2011.
- SANDOVAL, Adriana. "Cuéllar y Balzac" en *Letras Mexicanas*, núm. 2, vol.15, 2004, pp. 23-38.
- SOSENSKI, Susana. "Diversiones malsanas: el cine y la infancia en la Ciudad de México en la década de 1920" en *Secuencia*, México, Instituto Mora, núm. 66, 2006, pp. 37-64.
- _____. *Niños en acción. El Trabajo infantil en la ciudad de México (1920-1934)*, México, El Colegio de México, 2010.
- _____. "Niños y jóvenes aprendices. Representaciones en la literatura mexicana del siglo XIX", en *Estudios de historia moderna y contemporánea*, núm. 26, 2003, pp. 45-79.
- SPECKMAN GUERRA, Elisa. "Infancia es destino. Menores delincuentes en la ciudad de México (1884-1910)" en Claudia Agostini y Elisa Speckman Guerra (coords.). *De normas y trasgresiones enfermedad y crimen en América Latina 1850-1950*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 225- 253.
- SCOTT, Joan. "El género: una categoría útil para el análisis histórico" en Marta Lamas (comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/PUEG/ Miguel Ángel Porrúa, 2000, pp. 265-302.
- _____. "El problema de la invisibilidad" en Carmen Ramos Escandón (comp.). *Género e historia*, México, Instituto Mora, 1992, pp. 38-65.
- SUÁREZ ESCOBAR, Marcela. "Cuerpo y erotismo en el discurso para las 'señoritas decentes' porfirianas" en Edith Yesenia Peña Sánchez et al., *Memorias de la II Semana Cultural de la Diversidad Sexual*, México, INAH, 2005, pp. 101-112.
- TAGUENCA BELMONTE, Juan Antonio. "El concepto de juventud" en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, enero-marzo 2009, pp. 159-190.
- TESO MARTÍN, Enrique. "Maneras de referirse a la realidad: simbólica, figurada e implícita" en *Compendio y ejercicios de semántica I*, Madrid, Alarcos, 2002, pp. 9-17.
- TORRES, Elena. *Aproximaciones a las identidades juveniles en México: un estado del arte segunda mitad del siglo XX*, México, Tesis de maestría en historia y etnohistoria, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2002.
- _____. "Con H de Historia" en *La Juventud: Una historia para contarse. Jóvenes de clase media en la Ciudad de México, 1940-1960*, México, Tesis de doctorado en historia y etnohistoria, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2012, pp. 26-77.
- _____. "Jóvenes, educación y ciudad: la tríada mítica" en *Revista mexicana de estudios de la juventud*, núm. 1, México, 2011, pp. 31-48.

- TORRES SEPTIÉN, Valentina. "Cuerpos velados, cuerpos femeninos. La educación moral en la construcción de la identidad católica femenina" en *Historia y Grafía*, México, núm. 9, Universidad Iberoamericana, 1997, pp. 167-190.
- _____. "El noviazgo: una aproximación desde la Iglesia Católica, 1930-1970" en María Martha Pacheco (Coord.). *Religión y sociedad durante el siglo XX*, México, INEHRM, 2007, pp. 111-137.
- _____. "Manuales de conducta, urbanidad y buenos modales durante el Porfiriato. Notas sobre el comportamiento femenino" en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (coords.). *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio del siglo (XIX-XX)*, 2001, pp. 271-279.
- TREJO Evelia. "Historia Mexicana" en *La historiografía del siglo XX en México*, 2010, pp. 157-173.
- TUÑÓN, Julia. "El ángel caído. El adolescente en el cine mexicano (1954-1962)" en Delia Salazar Anaya y María Eugenia Sánchez Calleja (coords.). *Niños y adolescentes: normas y trasgresiones en México, siglos XVII-XX*, México, INAH, Colección científica, 2008, pp. 157-177.
- URIBE HERNÁNDEZ, Eloísa. "Adolescencia en la estatuaria mexicana del siglo XIX (1851-1876)" en María Eugenia Sánchez Calleja y Delia Salazar Anaya (coords.). *Los niños su imagen en la historia*, México, INAH, 2006, pp. 55-87.
- URTEAGA, Maritza. *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Juan Pablos Editor, 2011.
- VALENZUELA ARCE, José Manuel. *El futuro ya fue. Socioantropología de los jóvenes en la modernidad*, México, Colegio de la Frontera Norte/Juan Pablos Editor, 2009.
- VELÁZQUEZ GUADARRAMA, Angélica. "Castas o marchitas 'El amor del colibrí' y 'La Flor muerta' de Manuel Ocaranza" en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 73, 1998, pp. 125-160.
- VILLEGAS Abelardo. *Positivismo y porfirismo*, México, Secretaria de Educación Pública/ Setentas 40, 1972.
- WALTER, Benjamin. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, México, ITACA/ Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008.
- ZEA, Leopoldo. "Hacia un nuevo liberalismo en la educación" en *La educación en la historia de México*, México, El Colegio de México, 2005, pp. 291-311.
- ZEMON DAVIS, Natalie. "The Reasons of Misrule: Youth Groups and Charivaris in Sixteenth-Century France" en *Past & Present*, núm. 50, 1971, pp. 41-75.

FUENTES ELECTRÓNICAS

- ACKER, Kathy. *The killers*. En línea en: <http://www.sfsu.edu/~poetry/.../issueonetoc.html>. [Consultado el 15 de enero de 2014].
- ARTETA, Begoña. “La novela del Porfiriato: Un reflejo de su sociedad” en *Tiempo y Escritura. Revista Electrónica*. En línea en: http://www.azc.uam.mx/publicaciones/tye/tye15/art_hist_05.html. [Consultado el 20 de marzo de 2013].
- BLANCO TORO, Pablo. “Dimensión de la *confección* de una *juventud virtuosa*: Manuales de urbanidad en Chile (c. 1894- c. 1900), en *Universum*, núm. 27, 2012, pp.191-194. En línea en: <http://www.dialnet.unirioja.es//servlet/autor?codigo=335767>. [Consultado el 10 de enero de 2013].
- _____. “Desordenes y juegos de chapas en la plaza: estudiantes, espacio público y juventud (San Fernando, c.1870-c. 1900) en *Historia*, núm. 45, vol. II, 2012, pp. 485-502. En línea en: http://www.academia.edu/2369858/DES%C3%93RDENES__ESPACIO_P%C3%A9BLICO_Y_JUVENTUD_SAN_FERNANDO_C.1870-C.1900_. [Consultado el 15 de febrero de 2013].
- BRITO LEMUS, Roberto. “Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud” en *Última Década*, núm. 009, pp. 1-7. En línea en: <http://www.redalyc.com/articulo.oa?id=19500909>. [Consultado el 10 de noviembre de 2012].
- MORENO JUÁREZ, Sergio. *Masculinidades en la ciudad de México durante el porfiriato. Una aproximación bibliográfica*, Tesis de licenciatura en historia, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2007. En línea en <http://www.tesiuami.izt.uam.mx>. [Consultado el 11 de diciembre de 2012].
- RÍOS TORRE, Guadalupe (De la). “Buenos modales para las mujeres del siglo pasado a través de algunas publicaciones” en *Tiempo y Escritura. Revista electrónica*. En línea en: http://www.azc.uam.mx/publicaciones/tye/tye15/art_hist_05.html. [Consultado el 20 de marzo de 2013].
- SOUTO KUSTRÍN, Sandra. “Introducción: juventud e historia” en *Hispania. Revista Española de Historia*, núm. 225, vol. LXVII, 2007, pp. 11-20. En línea en: <http://www.hispania.revistas.csic.es/index.php/Hispania/article/download/33/33>. [Consultado el 15 de noviembre de 2012].
- _____. “Juventud, teoría e historia: La formación de un sujeto social y un objeto de análisis” en *Historia Actual Online*, núm. 13, 2007, pp. 171-192. En línea en: http://www.dialnet.unirioja.es/servlet/dcfichero_articulo?codigo=24793343. [Consultado el 15 de noviembre de 2012].
- VELÁZQUEZ ROSA, Duzko (De la). *En busca de la identidad perdida: Micro-Historias de una juventud indígena abandonada*, Tesis de licenciatura en historia, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2010. En línea en: <http://www.dgbiblio.unam.mx/index.php/catalogos>. [Consultado en mayo de 2013].